



MIGUEL MARTÍNEZ

SALVATIERRA

La heroica resistencia de la Orden de Calatrava
frente al ejército almohade

Lectulandia

Año 1.211. Han pasado dieciséis años desde el desastre de la batalla de Alarcos y trece desde que los freires de la Orden de Calatrava, en una arriesgada expedición, conquistaran el castillo de Salvatierra, enclavado en pleno territorio almohade.

El califa Al-Nasir convoca a su ejército y cruza el Estrecho para llevar a cabo una campaña de castigo contra tierras castellanas. La Orden inicia los preparativos para la defensa de la fortaleza, aunque surgen las tensiones con el rey Alfonso VIII, que no quiere arriesgar a su ejército en una empresa de dudoso éxito.

Elvira, joven viuda de un caballero asesinado años atrás en un oscuro episodio, vive en la frontera en una pequeña heredad. La vida allí es dura y arriesgada, por lo que decide enviar a su hijo Nuño a Toledo a casa de Guzmán, un mercader amigo de la familia.

Días después, el freire Félix González se dirige a Salvatierra para participar en la defensa de la fortaleza, pero antes se desvía de su ruta para visitar a Elvira, a la que todos estos años ha estado ayudando, ya que se siente responsable de la muerte de su marido. Pero cuando llega, la casa está destruida y Elvira ha desaparecido...

A partir de ahí, las vidas de los protagonistas —Elvira, Nuño, Guzmán y Félix— se entrelazan con las de los habitantes de la frontera en un escenario en el que la tensión y el peligro van creciendo a medida que avanza el ejército almohade y los freires se preparan para una defensa heroica.

Lectulandia

Miguel Martínez

Salvatierra

ePub r1.0

Titivillus 15.01.16

Título original: *Salvatierra*
Miguel Martínez, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Septiembre 1198

Rodrigo Núñez sintió en su espalda la dureza y frialdad del suelo de piedra sobre el que yacía. El contraste entre el calor en el exterior de la nave y la quietud del interior de la bóveda invitaba a abandonarse a un descanso bien merecido. Tenía la boca seca. El sudor le había dejado surcos de suciedad en la cara y había empapado la espesa barba morena que escondía la mitad de su rostro.

Paseó su mirada en círculo por el subterráneo en el que se encontraba, pero aparte de la oscura bóveda del recinto, casi invisible a sus ojos aún acostumbrados a la luz brillante del exterior, no alcanzó a ver a nadie más que al freire y al muchacho que le habían acompañado en la pelea.

Tras unos instantes, aún tendido, se percató de que no podía mover las piernas y trató de incorporarse sin lograrlo. Lo intentó de nuevo, pero solo alcanzó a levantar un poco la cabeza antes de rendirse y relajar los músculos para dejarse caer de nuevo. Por primera vez después de muchos años, el peso de su cota de mallas se tornó opresivo y asfixiante. El escudo descansaba sobre su torso, sujeto por las correas de cuero que lo ceñían a su brazo izquierdo, doblado a la altura del codo en la postura natural de defensa. Le cubría desde el mentón hasta la cadera y estaba recubierto por un grueso forro de cuero pintado de blanco, con una cruz griega negra cuyos brazos terminaban en una flor de lis. En su diestra todavía asía la espada, sin que su aparente debilidad le hiciese aflojar la fuerza con la que su puño aferraba el acero.

Una oleada de furia le invadió como el fuego extendiéndose por la hierba seca. El caballero quiso hablar, pero al intentarlo una bocanada de sangre le provocó una tos ahogada y le hizo retorcerse en el suelo. Al moverse notó una punzada de dolor y la humedad caliente y pegajosa de la sangre bajo su cuerpo. Su vida se escapaba por una puñalada traidora y cobarde, lo que le hizo recordar a su joven esposa y maldijo para sí el día de su partida.

Cuando su viejo amigo vino a buscarle, Rodrigo se había negado a acompañarle objetando que en esos días ya solo se dedicaba a cultivar sus tierras para el sustento de la familia y de sus antiguos compañeros calatravos, que cada año le solicitaban religiosamente el pago de la renta acordada. La postura del antiguo freire era firme e inamovible.

—Además, apenas son seis meses desde que me he casado y no tengo la intención de abandonar a mi mujer para una empresa de tan dudoso lance. No creo que sea el momento de romper las bisoñas treguas acordadas por el rey castellano y el califa

almohade hace tan solo un año. Es un despropósito.

—No seáis terco, Rodrigo. Sabéis que las treguas no existen para nosotros, los freires solo respondemos al Papa de Roma. Los acuerdos del monarca no nos atan de manos —replicó Martín, sabiendo que su argumento era formalmente correcto pero difícil de defender en la práctica.

—Estoy cansado de guerrear. La primera guerra del noble Alfonso duró quince años y la segunda otros trece. Recordad que fue el monarca castellano quién la inició, con el asedio y la conquista de Cuenca, y sin mediar provocación. —Rodrigo invitó a sus dos visitantes a sentarse mientras continuaba evocando los acontecimientos de los últimos años en la frontera—. El rey necesitaba tiempo para ocuparse de sus asuntos con el leonés, pero en cuanto se resolvieron sus diferencias se volvió contra los moros y comenzó la última guerra, que tanta muerte y sufrimiento ha traído a Castilla y a nuestra Orden. Primero fue la rota de Alarcos, luego fueron cayendo las fortalezas más avanzadas y, por fin, ascendió la frontera desde Congosto hasta Guadalerzas. —Rodrigo fue elevando la voz a medida que hablaba—. Los moros rechazaron nuestras peticiones de tregua durante tres años y camparon a sus anchas por Castilla, devastando y asolando campos y villas. ¿Para qué tentar nuestra suerte con una nueva provocación? Castilla no está en posición de defenderse.

Martín le miraba muy serio, erguido y con gesto fiero.

—Bien sabéis que la Orden perdió Calatrava y todos sus defensores fueron pasados a cuchillo por los sarracenos. La sangre de nuestros hermanos y de todos los cristianos clama venganza. El Santo Padre nos respalda —replicó al instante.

—Como no podría ser de otra manera. Inocencio III no había cumplido treinta y siete años cuando fue proclamado Papa por la curia cardenalicia el pasado enero. Con esa edad seguro que aún organiza unas cuantas cruzadas.

—Aunque no pertenezcáis a la Orden, como cristiano debéis respeto al vicario de Cristo en la tierra —replicó Martín, ofendido.

—No contéis conmigo, Martín. Estoy cansado de todo esto.

El calor sofocante del verano castellano pareció abrirse camino en el interior de la casa de Rodrigo mientras Martín Martínez veía que su amigo no entraba en razón. Tenía que hacer algo o no lograría su participación en la empresa.

—La Orden está muy debilitada por estos tres años continuados de derrotas y reclutamos a cualquiera que solicite su entrada en la milicia. Los nuevos hermanos andan faltos de experiencia, tanto en la lid como en la fe, y necesitan de líderes sólidos que les guíen.

Martín desvió su mirada y alzó las cejas para señalar al muchacho que le acompañaba. Rodrigo se fijó en él por primera vez. Era evidente que el jovenzuelo no alcanzaba la edad de veinte años, que la Orden había establecido como requisito para profesar como hermano. El chico era alto y bien parecido, de cabello castaño claro y lacio. Su tez sonrosada y mirada ingenua, unida a la ausencia de barba, acentuaban su juventud. El hábito blanco de la Orden cubría su loriga, a todas luces demasiado

ancha para aquel cuerpo larguirucho y no completamente desarrollado. En verdad que la Orden andaba necesitada de ayuda, pero Rodrigo no veía la necesidad de apuntarse a una empresa tan arriesgada.

—No insistáis, Martín. Apenas conquistéis la fortaleza, los moros os la arrebatarán, está demasiado al sur y completamente aislada de las plazas castellanas. Nadie podrá acudir en vuestro socorro si los moros se empeñan en recuperarla y acabaréis por rendirla.

La puerta de la casa crujió al abrirse y apareció una muchacha menuda que entró canturreando, sonriente.

Los hombres se levantaron y la muchacha enmudeció de repente. Los invitados realizaron una inclinación de cabeza en señal de respeto y musitaron un breve «Señora...», a modo de saludo.

—Esta es mi mujer, Elvira —presentó Rodrigo a su esposa—. Y él es Martín Martínez, comendador mayor de la orden de Calatrava. Le acompaña uno de sus freires.

Titubeó al no recordar el nombre del muchacho y el comendador intervino con naturalidad.

—Félix González. Aún no ha profesado los votos y es todavía novicio, no freire —puntualizó el comendador.

El chico se sonrojó por las palabras y aún más al descubrir la sonrisa amable y divertida de Elvira, que observaba a los dos con gran curiosidad. La mirada abierta y franca de la muchacha, mucho más joven que su esposo, destacaba la belleza de su rostro, enmarcado por un cabello dorado que recogía con una cinta celeste en una coleta sobre la espalda. Un vestido de paño púrpura dejaba sus hombros al descubierto y resaltaba su talle estrecho.

—Veo que no les has ofrecido agua, Rodrigo, y con este calor estarán sedientos —dijo Elvira, acercándose a una estantería de madera en la que se encontraban varias calabazas llenas.

—No se moleste, señora —intervino Martín—, estamos acostumbrados a no comer ni beber más que cuando la regla lo permite.

—No es molestia —repuso Elvira, alegre, mientras cogía una de las calabazas.

—De verdad que os agradecemos el agua, pero no nos está permitido beber a cualquier hora.

Elvira miró a los dos monjes, desconcertada; no estaba acostumbrada a que un extraño rechazara un ofrecimiento tan humilde en su casa. Los freires devolvieron la mirada sin contestar y, ante su pasividad, Elvira se mordió el labio inferior y miró interrogante a Rodrigo en busca de consejo.

—No les sirvas nada, Elvira. Es cierto que no pueden beber fuera de su hora.

—Como digáis —contestó la joven, azorada por su desconocimiento, y decidió salir de la casa para ocultar su turbación—. Si me disculpan... He dejado algo de ropa para lavar en el río.

—Señora... —repitieron los frailes cuando salió la muchacha.

Martín paseó la vista por la humilde estancia en la que se encontraba; apenas una mesa y varias banquetas, un hogar ennegrecido, un arcón y algo de paja esparcida por el suelo de tierra batida de la vivienda. Alcanzó a ver una segunda estancia, separada de la primera por una manta de lana gris que colgaba de pared a pared atada a unos grandes clavos de hierro oxidado. Rodrigo no vivía en condiciones desahogadas y pensó que podría sacar partido de ello.

—La situación de la milicia de Salvatierra es apurada, pero no miserable. Si estuviésemos dispuesto a cabalgar con nosotros, podríamos mostrar nuestra generosidad —dijo el comendador con gran seriedad.

Rodrigo captó la oferta y miró a los ojos de Martín antes de contestar. Él se había imaginado una vida menos dura para su mujer y se reprochaba las penurias y la falta de comodidades que podía ofrecer a Elvira. En el trayecto desde Palencia, la joven había mencionado lo distinta que parecía la vida en Castilla, la parte del reino que se encontraba al norte del Duero, de la de la Extremadura, entre el Duero y las sierras al sur de Ávila y Segovia, y todavía más en la Transierra, al sur de las montañas y ya en el reino de Toledo. Durante el viaje a su nuevo hogar le llamó la atención que en muchos pueblos de esa zona apenas tenían lavaderos y las mujeres de las villas frotaban la ropa sobre rocas más o menos pulidas a la orilla de los ríos. Ahora, en su heredad, ella misma se veía obligada a bajar al río a lavar sobre una piedra.

Elvira provenía de una acomodada familia palentina y no estaba acostumbrada a la dureza de la frontera ni a las fatigas de vivir sin ayas, mozos o esclavos. Por todo ello, Rodrigo se tomó tiempo para contestar y el aire de la estancia pareció inflamarse mientras el calor y la tensión se hacían cada vez más evidentes.

Una ampliación de varias estancias en la casa y una pareja más de bueyes para cultivar más yugadas de tierra les ayudaría a salir de la apurada situación en la que se encontraban. Así podrían dar cobijo y sustento a cambio de trabajo a alguno de los colonos que venían del norte en busca de nuevos horizontes. Si Martín ofrecía una buena parte del botín, solo faltaba una garantía de que la Orden velaría por su mujer si él caía en la expedición.

—La Orden cuenta con el favor del rey y la curia castellana —repuso Rodrigo—. Bien es cierto que ha perdido muchas tierras, pero aún posee riqueza y rentas. Sin embargo, también es conocida la dificultad que le supone desembolsar dineros para pagar a las tropas laicas y a los caballeros que luchan a su lado a cambio del botín de guerra...

Martín dio gracias a Dios por el giro de su amigo y soslayó una sonrisa. Su estrategia había dado resultado, ahora la discusión solo giraría en torno al precio del caballero por sus servicios.

El trato no era malo, pensó Rodrigo cuando cesó el ataque de tos que a punto estuvo de ahogarle. Incluso Martín había aportado una pareja de braceros que ayudaría en la heredad durante su ausencia. No parecían gran cosa, pero eran mejor

que nada.

La sangre le había salpicado la barba y un hilillo rojo le resbalaba por la comisura de los labios. No intentó hablar de nuevo y tampoco trató de moverse. La tibieza de la sangre que empapaba su espalda desapareció con rapidez y comenzó a notar un frío implacable en sus extremidades. Sintió la sensación de rigidez que se apoderaba de sus pies y manos y que se extendía por su cuerpo de manera inexorable. A pesar de eso, todavía aferraba la empuñadura de su espada como si su vida dependiera de ello, igual que en tantas ocasiones. El dolor de las dos puñaladas que había recibido en la espalda nubló sus recuerdos y su vista durante unos instantes y, cuando por fin recuperó la visión, pudo distinguir al muchacho que había acompañado al comendador cuando le convencieron para participar en la expedición. Félix estaba asustado y le observaba con gesto culpable y triste. En ese instante los momentos que había compartido con el joven, previos al asalto del fuerte, cruzaron su mente como un relámpago.

La pregunta flotaba en el ambiente pero ninguno de los convocados se atrevía a formularla. Sabían que muchos no llegarían a ver acabar el día y trataban de evitar malos augurios dedicándose a ajustar sus protecciones o repasando sus armas una y otra vez hasta la obsesión. Los más religiosos repetían en voz baja las oraciones que habían aprendido de niños y los de mayor rango o experiencia se ocupaban en mantener conversaciones intrascendentes para acortar el tiempo de espera.

Félix apretó las riendas de su montura cerrando los puños para evitar que los demás notaran el temblor en sus manos; estaba hecho un manojo de nervios. Su caballo se movía inquieto sintiendo la agitación del jinete y el joven imberbe se esforzaba en mantenerlo bajo control tensando las riendas mientras apretaba sus rodillas contra los costados del alazán.

Clavó espuelas ligeramente y avanzó sin separarse de las sombras de la ladera que protegía al grupo. La vista de la fortaleza le pareció siniestra en mitad del campo, desolado por la dureza del verano. El castillo se levantaba imponente sobre el cerro, dominando el paso entre las ricas tierras del sur y las arrasadas planicies de la frontera. La silueta de su torre maestra se recortaba nítida en el cielo lechoso del amanecer, mientras que a los pies de la atalaya una docena de casas formaban el arrabal en el que se apiñaban las familias musulmanas que se habían instalado tras la grave derrota del ejército cristiano, tres años atrás.

Rodrigo Núñez sujetó las riendas del caballo de Félix y trató de tranquilizarlo, acariciándole el cuello con suavidad. Miró al muchacho y, al verle temblando bajo el peso de la cota de mallas, pensó que más valdría tranquilizar al jinete que a su montura.

—Me ha dicho un amigo que conoce las tierras de moros, que acaban de coronar la torre de la mezquita de Sevilla con cuatro esferas de cobre que reflejan la luz del sol y se vislumbran desde muchas leguas —comentó, tratando de distraer al muchacho—. Han tardado doce años en acabarla y es todo un prodigio. Han

construido dos torres cuadradas, una dentro de otra, y las han unido mediante rampas para que el rey de Marruecos pueda subir por ellas sin tener que bajarse del caballo. Quizá algún día podamos verla tú y yo. ¿No te gustaría?

Félix asintió, nervioso, y él se percató de que sus esfuerzos eran en vano. Prefirió no mencionar que aunque la torre se había acabado dos años atrás, era ahora cuando se conmemoraba la terrible derrota que habían sufrido los cristianos en Alarcos. Él mismo había tenido que huir de la villa, junto con centenares de refugiados, bajo la mirada victoriosa de los musulmanes.

—La espera no puede durar mucho. ¿Estás dispuesto?

—Lo estoy —contestó Félix con un gruñido apenas comprensible.

No eran buenos tiempos, pensó Rodrigo mientras observaba las escasas fuerzas que la Orden había conseguido reunir; unos cuatrocientos jinetes y setecientos peones que se apretaban intentando entrar en calor antes del asalto.

La demora hacía que la inquietud de Félix se fuese propagando poco a poco por la hueste.

—Si podemos realizar un acercamiento rápido y sorprender a los agarenos, el asalto será sencillo. Una vez que tengamos la plaza, no nos resultará difícil hacernos con el otro castillo, el Castell de Dios, a poco menos de media legua del primero —comentó Rodrigo con aire despreocupado para tranquilizar a su compañero—. Nos hemos adentrado mucho en territorio enemigo. Hemos tenido suerte en llegar hasta aquí sin mayores contratiempos y, aunque el plan es algo atrevido, seguro que saldremos victoriosos —aseguró con una sonrisa confortadora y plena de serenidad.

El plan establecido era totalmente descabellado, pensó Rodrigo. Un esclavo musulmán, a cambio de su libertad, les había informado de que la guarnición del castillo era muy reducida y conocía un postigo por el que se podría entrar en la fortaleza sin ser descubierto. Una vez dentro, un pequeño grupo se encargaría de abrir las puertas al grueso de la hueste y tomar el castillo.

Reflexionó sobre el plan una vez más y se puso de mal humor.

—Escúchame con atención, Félix —continuó mientras miraba fijamente al joven—. Si caigo, quiero que te ocupes de que la Orden cumpla sus compromisos con mi mujer. Las tierras son suyas igual que mías y la Orden no tiene derecho a echarla de allí ni a obligarla a malvenderlas. Es muy importante que alguien defienda sus intereses dentro de la milicia. Sé que Martín lo hará, pero no puedo estar seguro de que no lo olvide, con la cantidad de ocupaciones que tiene. Dime muchacho, ¿lo harás por mí?

Félix contestó, orgulloso por la confianza que depositaba el caballero en él.

—Por supuesto, señor. Os doy mi palabra de que nada faltará a vuestra esposa y haré todo lo posible por ayudarla si fuera necesario, Dios no lo quiera.

—Gracias, muchacho. Sabía que podía confiar en ti.

Había pedido el favor al joven, más para infundirle ánimos que porque realmente pensase que el chico pudiera hacer algo por su viuda, si se diese la fatalidad.

Rodrigo acercó su caballo al del comendador dejando que Félix, un poco más calmado, se reuniese con los demás jinetes.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó mientras miraba hacia la fortaleza—. Pronto habrá tanta luz que nos verán acercarnos claramente desde el valle, y si no podemos entrar por sorpresa, no tendremos ninguna posibilidad de escalar esos muros. Tampoco podemos emplear todo el día en acabar la faena, porque podrían recibir ayuda de alguna de las guarniciones cercanas. ¿Qué demonios está pasando?

—Todavía no hemos visto la señal —contestó el comendador—. Debe de haber algún contratiempo.

Rodrigo pensó que después de haber organizado la expedición debería existir otra alternativa en caso de que fallase el plan inicial, pero sabía que no había ninguna, así que desvió su mirada hacia el grupo de freires más cercano y se sorprendió al reconocer a Silvestre Osorio entre los convocados.

—¿Ahora también empleáis a escribanos en la hueste? Sí que estáis desesperados —afirmó con la mirada fija en Silvestre. Su malhumor iba en aumento.

—Empleamos a todo el que podemos —respondió su amigo con fastidio—. ¿Por qué no te olvidas de él?

—No me gusta. Algo me dice que no es de fiar. Con los años que lleva en la milicia, aún no ha entrado en combate. Es posible que no sepa hacerlo. ¿Por qué le habéis traído? Será más un estorbo que otra cosa.

—Es suficiente, Rodrigo —cortó el comendador—. Silvestre presta un buen servicio a la Orden y estamos faltos de caballeros, así que no hay más que hablar. Hazme un favor... —continúo más conciliador—. ¿Recuerdas a Félix?, el escudero que me acompañó a tu casa... Procura que se quede a tu lado durante el asalto. Es su primer combate y no me gustaría que le ocurriese nada.

—Está un poco nervioso —contestó Rodrigo—, pero en cuanto entremos en acción se le pasará. Lo he visto otras veces. De todas formas, ya en mi casa me pareció que llegará a ser un buen mesnadero, si sobrevive el tiempo suficiente. Déjalo en mis manos, al fin y al cabo necesitáis savia nueva y yo ya estoy cansado de todo esto.

Un zumbido desvió la atención de Rodrigo, que miró hacia el fuerte y vio cómo una flecha ardiendo cortaba el aire, dejando una estela de humo tras de sí en el cielo de la mañana.

—Es la señal —apuntó a su amigo, que ya levantaba su lanza dando la orden de atacar.

Los caballeros espolearon sus monturas para salir del recodo desde el que habían estado esperando ocultos. La distancia a la fortaleza no era grande, pero había que recorrerla lo más rápido posible, porque no se sabía el tiempo que la avanzadilla podría mantener las puertas bajo su control una vez dada la voz de alarma. El terreno bajaba un poco, rodeando el cerro que les ocultaba, y tras un tramo llano ascendía, escarpado, entre las peñas donde se asentaba la fortaleza.

Rodrigo apreció lo favorable del desnivel inicial, que les hizo ganar velocidad rápidamente, mientras la hueste avanzaba en una alargada línea de a tres para evitar que al llegar al último tramo el estrechamiento del camino entorpeciese el asalto. Las lanzas apuntaban al cielo y los pendones blancos con la cruz negra de la Orden ondeaban con cortas sacudidas provocadas por el viento de la carrera. Los caballos cabalgaban poderosos mientras sus músculos se tensaban bajo el cuero de las sillas y los jinetes se sujetaban a los costados de sus monturas, con las botas apoyando con fuerza en los estribos y la zurda asiendo las riendas y las correas del escudo. Los peones, en completo silencio, corrían detrás como refuerzo.

No había necesidad de alarmar al enemigo más de lo necesario, aunque el estruendo de los cascos de los caballos al galope no dejaba dudas de lo que estaba ocurriendo.

La cabalgada sentó bien a Rodrigo, que en cierto modo la echaba de menos. Avanzaba en las primeras posiciones del grupo, mientras el comendador guiaba por delante, flanqueado por curtidos freires. Félix cabalgaba en el centro, a su lado, y Silvestre cerraba el flanco izquierdo, menos expuesto por ser el del escudo.

Al cruzar el arrabal, entre gritos de alarma, un musulmán con el torso desnudo salió de una de las casas, junto al camino, blandiendo una espada y se abalanzó contra él que, sin aminorar la marcha, le atravesó el hombro con la lanza enviándolo hacia atrás por el fuerte golpe. La herida no era mortal, pero los peones darían buena cuenta de él.

La pendiente se hacía más empinada a medida que se acercaban a la fortaleza. El último tramo, justo antes de la puerta, tenía una muralla natural formada por unas peñas. Al lado opuesto del camino las rocas terminaban en un desnivel considerable, por lo que el grupo se estrechó al máximo. Por fin llegaron a la entrada, que aparecía abierta y sin guardia. Uno de los peones de la avanzadilla, agazapado junto a la puerta, les saludó y les indicó con un gesto que continuasen rápidamente hacia arriba. Félix vio dos cadáveres tendidos en el suelo junto al peón. Parecían musulmanes, aunque no habría sabido decirlo.

Después de salvar la primera muralla sin oposición, el grupo avanzó derecho hacia la segunda puerta atravesando el amplio patio situado entre los dos muros. Allí fueron recibidos por la lluvia de flechas y piedras que caía desde las torres a cada lado de la entrada. Al haber perdido la puerta exterior, la escasa guardia a cargo de la primera muralla había bajado al patio para hostigar a los atacantes. Apenas un puñado de hombres, vestidos con túnicas y pobremente armados con lanzas y cuchillos, pero sin escudos ni lorigas, corrió hacia los asaltantes. En verdad que habían cogido desprevenida a la guarnición de la fortaleza.

Rodrigo no se preocupó por ellos, lo importante era seguir avanzando, puesto que los defensores iban llegando en mayor número a la muralla y la estrechez de la puerta al segundo recinto impedía el paso de varias monturas a la vez. Si no se introducían rápido en la plaza, los asaltantes quedarían expuestos a los proyectiles que caían

desde las defensas. Sintió cómo una flecha atravesaba su escudo y golpeaba su antebrazo, sin clavarse en él gracias a la protección de las mangas de su cota de malla y una piedra le golpeó el yelmo nublándole la vista, pero por fortuna no le había alcanzado de lleno y en un instante se recuperó del golpe. Tenían que avanzar como fuese o el asalto se convertiría en una carnicería de caballos y hombres atrapados entre dos muros.

Vio que la puerta quedaba libre y se lanzó a cruzarla. Tuvo un instante de respiro al pasar bajo el arco, pero al salir se dio cuenta de lo desesperado de la situación; el comendador y otros tres caballeros estaban atrapados en un pequeño espacio rodeados por un gran número de defensores, que les hostigaban desde el suelo y la muralla. Un caballo yacía muerto y su jinete luchaba desesperado por mantenerse con vida frente al empuje de los musulmanes, que salían a combatir por la única entrada que comunicaba la barbacana con el interior del segundo recinto. Apenas había lugar para maniobrar las monturas y mucho menos para que siguieran entrando más atacantes.

Decidió deshacerse de la lanza, que no resultaba manejable en tan reducido espacio, y la arrojó a uno de los arqueros de la muralla, que murió atravesado al instante. Inmediatamente desenvainó su espada y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro, tratando de mantenerse siempre en movimiento. Sus tajos, cortos y secos, caían sobre cabezas, hombros o brazos y rara vez eran detenidos por sus enemigos. La sangre saltaba con cada corte, salpicando escarlata sobre el blanco de las túnicas de los freires. El griterío era ensordecedor.

Hizo caracolear su alazán a la diestra, en la dirección en que asestaba los golpes, para evitar con la grupa de su montura que se le acercase nadie por el flanco desatendido. Uno de los defensores, aislado por los giros del caballo, se protegía con su escudo esperando el momento de lanzar su ataque contra él, que no podía herirlo desde arriba. Rodrigo golpeó una y otra vez el escudo enemigo hasta que consiguió derribar a su oponente. Inmediatamente después cambió el giro de su montura, para dejar que los cascotes traseros del caballo acabasen con el desdichado, que trataba de levantarse. Se inclinó hacia el otro lado, donde apartó a varios enemigos con su escudo mientras lanzaba un tajo desde arriba que alcanzó a uno de los defensores en la base del cuello, dejando una terrible herida al descubierto. Luego se protegió el costado con el escudo otra vez e hizo girar de nuevo a su caballo para atender el otro flanco.

Otro freire fue derribado justo delante de él y se abrió un pequeño hueco por el que consiguió maniobrar para tratar de romper la línea de defensores que les impedía pasar de la barbacana al interior. Tiró con fuerza de las riendas para lanzar su caballo, como un arma, contra sus enemigos. Su montura se alzó de patas y cayó sobre el grupo de hombres que bloqueaba la entrada, aplastando el cráneo de uno de ellos y haciendo que el resto se apartara. Al instante aflojó las riendas para permitir al animal que alcanzase a algún contrincante con sus dentelladas. Al griterío generalizado se

unió el desconcierto provocado entre los defensores ante la embestida del corcel de guerra.

Rodrigo rompió la línea y abrió una brecha por la que también se colaron Félix y Silvestre, que repartían golpes sin mucho acierto a todo el que se les acercaba. En un abrir y cerrar de ojos, los caballeros que esperaban para poder pasar al siguiente recinto, desesperados por entrar en acción, encontraron una vía por la que introducirse. Los defensores ya no pudieron taponar la riada imparable de jinetes y trataron de plantar cara en el patio interior, reorganizándose a toda prisa.

Félix se había encontrado aturdido en los primeros instantes del asalto, sin tener dónde refugiarse ni nadie a quien atacar mientras llovían proyectiles. Después de la angustiada espera había cruzado con rabia la segunda puerta y, una vez alcanzó el amplio patio, espoleó su montura y se lanzó directamente hacia un pasillo por el que, desde unas naves semienterradas, continuaban saliendo enemigos. Un musulmán corría hacia él empuñando una lanza corta y, ante la embestida del jinete, se cruzó por delante de su montura en el último instante para atacarle por el flanco descubierto. Él intentó frenar a su caballo, pero ya había llegado a la altura de su contrincante y la lanza del moro apuntaba directamente a su costado. No había manera de eludir el golpe, pensó, tratando de inclinarse para evitar la cuchilla. Pero cuando el lanzazo parecía inevitable, pudo ver cómo el caballo de Rodrigo le adelantaba y, en un destello fugaz de su espada, la cabeza del bereber se desprendió del cuello.

El patio había sido tomado por los caballeros, que se repartían para terminar con los focos de defensores que aún quedaban en las murallas y la torre. Muchos habían descendido de sus monturas y, espada o puñal en mano, remataban en el suelo a los restos de la guarnición.

Silvestre Osorio descabalgó y se adentró en una de las bóvedas subterráneas a grandes zancadas. Ordenó a Félix que le acompañase y en pocos pasos abandonaron el ruido del exterior. El ambiente se enfrió de improviso llenándose de humedad y la luz se tornó gris, tamizada por el polvo que se había levantado por la refriega. El aljibe no debía estar lejos, pensó Silvestre, con un poco de suerte podría encontrar algo de valor que le recompensase por el esfuerzo del asalto.

Mientras escrutaba la bóveda, un anciano de tez oscura y barba blanquísima se acercó a él y abrió los brazos enseñando sus palmas en señal de paz, a la vez que se inclinaba hacia delante como muestra de sumisión. Silvestre se fijó en el medallón de oro que colgaba de su cuello y en las ricas piedras que adornaban su turbante. Sin dudar un instante, clavó su espada aún limpia en el vientre del viejo hasta atravesarle. La hoja de su acero sobresalió ensangrentada por la espalda del anciano, que emitió un sonido ahogado mientras intentaba sujetar la marea de sangre y fluidos que se escapaban por la herida. Cuando sacó su acero del cuerpo del moro, el viejo cayó al suelo inerte. Rápidamente el freire le despojó del medallón y de las piedras preciosas y mandó a Félix que lo guardase; lo mejor era ocultarlo de las miradas codiciosas de la tropa.

Rodrigo había visto cómo sus compañeros entraban en la nave y se apresuró a seguirlos por si necesitaban ayuda. Al llegar al final sus ojos apenas se habían acostumbrado a las sombras y distinguió a los dos freires al lado de un cuerpo que yacía inmóvil en el suelo. Le pareció ver que Félix guardaba algo en una bolsa de cuero y se dirigió hacia él con dureza.

—No estarás escondiendo el despojo de la Orden, ¿verdad, jovenzuelo? Enséñame ahora mismo qué es lo que guardas en la bolsa.

Félix le miró asustado, apenas le conocía y parecía que el caballero estaba muy enfadado. El aspecto de Rodrigo, que llegaba cubierto de polvo, sudor y sangre resultaba de lo más amenazador. Esperó a que Silvestre saliera en su defensa, pero no lo hizo.

—¡Muéstrame eso ahora mismo! —rugió Rodrigo mientras le arrebatava la bolsa y vaciaba su contenido, agitándola boca abajo en el aire—. ¿Qué es esto? —dijo al ver cómo caían las joyas al suelo—. ¿Estás robando a tus hermanos de la Orden mientras estos se dejan la vida en el asalto? Ya veremos qué es lo que opina el comendador.

En ese momento Rodrigo notó una presión en la mitad de la espalda, a la altura de los riñones, y sintió el hierro que se abría paso entre los anillos de su cota de malla y le atravesaba la carne y el hueso. Su espalda se puso rígida y las piernas dejaron de sujetarle. Cayó hacia delante y se sostuvo un instante sobre las rodillas, antes de doblarse hacia atrás con la segunda puñalada que se hundió entre sus costillas y desgarró uno de los pulmones. Al caer de espaldas, en mitad de una gran confusión, pudo ver a Silvestre empuñando la daga que le había derribado.

—Esto lo he hecho por tu culpa —gritó Silvestre a Félix mientras recogía el medallón y las piedras para guardarlas—. He tenido que matarlo para salvarte la vida. ¿No has visto que te iba a acusar frente al maestre? Si no intervengo te hubieran expulsado de la Orden. ¿Qué iba a ser de ti? —Silvestre continuaba hablando sin dejar de mirar a Félix—. Será mejor que no digas ni una palabra. ¿Qué pasaría si los freires se enteran de que has sido el culpable de la muerte de un esforzado caballero? —Estaba completamente fuera de sí—. No se te ocurra hablar hasta que yo haya contado lo sucedido. Diremos que el anciano apareció por detrás y lo mató por la espalda y que yo mismo atravesé al viejo con mi espada intentando evitar la tragedia, pero ya era tarde.

Félix estaba paralizado, no era posible que esto le estuviese sucediendo. Como decía Silvestre, era responsable de la muerte de un caballero de la Orden. Y no solo eso; de un amigo personal del comendador, que además se había portado como un héroe durante el asalto y le había salvado la vida. ¿Qué iba a hacer ahora?

Bajó su cabeza y vio a Rodrigo tendido sobre las losas, con la mirada fija en él. Su expresión inicial de sorpresa había cambiado por la de ira cuando había visto quién le había apuñalado. Ahora sus ojos claros, entrecerrados por el dolor, solo transmitían tristeza.

Rodrigo sentía la dureza y el frío de la piedra del suelo. Intentó moverse, pero sus piernas no le respondieron, levantó entonces la cabeza para decir algo, pero había perdido la voz. El frío de la piedra se extendía ahora por todo su cuerpo.

En ese instante varios caballeros entraron en la nave y se aproximaron a las dos figuras que se encontraban inmóviles al fondo del subterráneo. Pronto distinguieron los otros dos cuerpos inermes que yacían a sus pies.

Martín Martínez, comendador mayor y futuro maestro de la Orden de Calatrava, venía al frente del grupo. Al reconocer a su amigo en el suelo se apresuró a tomarlo entre sus brazos, pero al hacerlo pudo ver el charco de sangre que se había ido formando debajo de su cuerpo, que no dejaba dudas de las consecuencias mortales de la herida. No quedaba mucho tiempo, así que abrazó a Rodrigo contra su pecho, tratando de darle calor en sus últimos instantes, mientras le sostenía la cabeza para reconfortarle.

Rodrigo supo también que había llegado su fin cuando empezó a perder visión y el rostro de su amigo se convirtió en una sombra borrosa y oscura. La frialdad de la muerte fue alojándose en todo su cuerpo y envolvió el dolor de la herida hasta sustituirlo por completo.

Martín no tuvo tiempo de despedirse de su compañero y solo alcanzó a ver cómo una profunda tristeza se fue apagando lentamente en los ojos de Rodrigo hasta que no quedó nada salvo una mirada vacía.

PRIMERA PARTE

Cruce de Caminos

A orillas del río Algodor
29 de mayo 1211

La noche anterior Nuño había dormido poco, estaba tan emocionado por su inminente viaje que no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer.

Acostado sobre su colchón de paja imaginaba cómo sería la casa de su anfitrión, su familia y la vida en la ciudad, mientras paseaba su mirada una y otra vez por la estancia. El dormitorio se veía repleto de claroscuros que la luz de la luna creaba al colarse por la ventana. Por primera vez la habitación le pareció pequeña y desolada, y le asaltó la idea de que él y su madre llevaban demasiado tiempo aferrados al mismo terruño. La casa tenía una sola planta y dos estancias, comunicadas entre sí por una puerta que no cerraba bien. En el cuarto más amplio se alojaban él y su madre, en el otro Diego y Sancha, el matrimonio que trabajaba la tierra y les ayudaba desde que su padre se marchó a guerrear contra los moros para no regresar jamás. Al otro extremo de la habitación, la espalda de su madre se movía lentamente al ritmo de su respiración. Nunca se había separado de ella y pasó la noche debatiéndose entre la alegría de poder escapar de la dura vida en el campo y la tristeza de dejar a su madre allí.

Elvira le despertó a la misma hora de siempre y vio enseguida sus ojeras. Nuño se levantaba después del canto del gallo pero antes de que el sol saliera. Se sorprendió cuando el niño saltó de la cama totalmente despejado y de buen humor; habitualmente tardaba en levantarse y siempre refunfuñaba, incluso después de la siesta.

Nuño se lavó la cara en la jofaina y se puso la camisa que colgaba de un clavo en la pared. El jubón le caía por encima de los calzones con los que había dormido y le daba un aspecto desaliñado. Elvira se lamentó en silencio de que el muchacho solo tuviese un par de calzas con las que vestirse. Acto seguido le observó sentarse a desayunar unos trozos de pan que mojaba en un cuenco con leche templada, recién ordeñada de las cabras.

—¿No has dormido bien, hijo? —le preguntó.

—No, madre. Con la ilusión del viaje no podía dormir. ¿Cuánto crees que tardará? Hace ya días que Guzmán pasó por aquí.

—Ya no puede tardar mucho. Yo diría que llegará hoy o, a más tardar, mañana. Toledo queda a tres jornadas y, a poco que se retrase en su casa, calcula un par de días más. Ten paciencia y disfruta de la espera.

Sonrió a su hijo y posó su mano en la de él.

Nuño notó cómo el contacto de su madre le hacía sentirse bien. El paso de los

años no había hecho mella en su belleza. Elvira todavía lucía una espesa y rizada cabellera dorada y unos grandes y verdes ojos llenos de energía; la misma energía que la mantenía delgada y tiesa como una vara. Su cara tenía algunas arrugas que conferían a su rostro una gran serenidad. Estaba seguro de que su madre había tenido varios pretendientes a lo largo de los años, pero los había rechazado a todos.

—No creas que me hace mucha gracia la idea de verte marchar —continuó Elvira en un tono más serio—. Es posible que después de las incursiones del rey por tierra de moros, haya represalias.

—Madre —replicó Nuño enojado—, la situación no ha estado nunca tan calma como ahora. Además, voy con Guzmán que conoce la región como la palma de su mano y nunca se mete en líos. Ya no soy un niño, madre. Si me dejaras, podría empezar mi instrucción con algún caballero o incluso bajo la tutela de alguna de las Órdenes.

—¿Cuántas veces tengo que repetirme que te olvides de eso? No voy a permitir que esos fanáticos te hagan lo mismo que a tu padre y acabe perdiéndote en cualquier escaramuza por un puñado de ovejas o un trozo de tierra. No estoy dispuesta. —Elvira no quería regañar a su hijo antes de su marcha, pero Nuño ya sabía que el tema era delicado—. No quiero volver a oír hablar de eso.

—Mi padre fue un caballero y yo lo seré también —contestó él sin levantar la mirada de la mesa—. ¿Qué clase de hijo sería si no vengase su muerte?

—Por el amor de Dios, Nuño, el que mató a tu padre ya está muerto. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir para que te entre en la cabeza? —Elvira notó cómo la conversación se le iba de las manos y decidió dar un giro brusco—. Tendrás tu formación en las armas a su debido tiempo. De momento preocúpate de aprender a leer y a escribir. Ya hablaremos después de las armas.

—¿Cuándo? —preguntó Nuño, ansioso por descubrir su futuro.

—Primero el viaje. A tu regreso espero que domines el árabe y el latín con soltura. Si es así, empezaremos a pensar en la universidad.

Nuño clavó la mirada en su madre y se produjo un silencio incómodo.

—Entonces, ya podrás iniciar tu formación en las armas —cedió Elvira, que sabía que no podía negarse a la petición del muchacho.

—¿Podré estudiar en Toledo? —preguntó, dándose cuenta de que demasiado interés podría tener el efecto contrario en su madre—. Allí podría perfeccionar mis conocimientos con alguno de los maestros judíos.

—Ya vas a estudiar en Toledo. Piensa en el viaje y en cómo vas a organizarte. Tienes doce años, todavía eres un niño y te queda mucho tiempo por delante.

A Nuño no le gustó ese comentario. Su madre se empeñaba en no ver que ya había crecido, aunque la idea de la estancia con Guzmán y la posibilidad de trasladarse a Toledo en el futuro hizo que se tranquilizara.

—Gracias, madre —dijo, tratando de ocultar su alegría—. Voy a ayudar a Diego con la cebada, que ya se está haciendo tarde.

Nuño se bebió la leche que le quedaba y salió hacia el río, intentando calmarse, mientras imaginaba las aventuras que tenía por delante.

Elvira le vio alejarse por la vereda saltando de entusiasmo. Ya era tan alto como ella y había heredado sus rasgos suaves y su color de pelo, sin embargo era de constitución fuerte, como su padre, aunque aún le faltaban peso y músculos. Quizá no fuese tan mala idea que empezase a ejercitar las armas. Tendría que hablar con Guzmán, porque Nuño seguía siendo un niño. Qué distinto hubiera sido todo si no se hubiesen quedado solos.

Cuando recibió la noticia de la muerte de Rodrigo se hundió; se había marchado de pronto y la había dejado sola. Ya no volvería a verle ni a oír su voz, no podría sentir su cariño ni su protección. Todo el esfuerzo y la ilusión que habían empleado en formar una familia se esfumó de pronto. Maldijo al comendador y a la Orden por venir a buscarle. Su ira se dirigió después contra los nobles y los reyes, por enfrentarse por un puñado de tierras que olvidarían una vez conseguidas. Calumnió a los ejércitos, siempre sedientos de sangre, y acabó culpando a todos los hombres por su estúpida codicia y, desde luego, a la Iglesia. Durante días recordó una y otra vez el relato de los últimos instantes de vida de su marido y trató de imaginar qué sintió en esos momentos; dolor, soledad, tristeza. Llegó entonces la culpa y empezó a recriminarse el no haber podido retenerle antes de su partida. Ella había cambiado su mundo de caballeros y batallas por una vida tranquila a la que le costó adaptarse.

Si su padre le hubiese aceptado, no habrían tenido que trasladarse a la Transierra y hubieran vivido lejos de la frontera.

Pero había sido ella misma la que no facilitó la relación entre Rodrigo y su padre, por las continuas disputas con su familia y su deseo de marcharse de Palencia.

Semanas después de la triste noticia empezó a notar los cambios de su cuerpo; sus pechos eran más grandes y pesados y su cintura había empezado a ensancharse. Cuando recordó que no había sangrado desde la partida de Rodrigo supo que estaba embarazada. La amargura se fue disipando con la idea de tener una parte de él cuando naciese el bebé, pero el vacío que le quedó en el alma ya no se llenaría nunca.

Sancha se acercó a Elvira mientras observaba a Rodrigo alejarse por el sendero. Volvía de recoger huevos y de echar de comer a los dos cerdos; la hembra estaba preñada otra vez y pariría al menos diez cochinitos en pocos días.

—Está muy mayor el chico —comentó—. Y baja muy contento a la labor.

—Demasiado contento —replicó Elvira—. Todavía es un niño, pero ya se cree un hombre.

—He oído que se habla con una de las muchachas de la villa.

—Vamos, Sancha, no empiece con los chismes, que sabe que no me gusta. Está contento porque se va de aquí y deja de vernos a todos. A usted, que es una chismosa; a Diego que siempre le cuenta las mismas historias y no para de blasfemar, y a mí, que estoy amargada desde que murió Rodrigo.

—Señora, lo que está usted es de muy mal humor esta mañana —respondió

Sancha, dando media vuelta para entrar en la casa, murmurando y dejando a su señora plantada en la puerta.

Elvira pensó que Sancha tenía razón, pero la marcha de su hijo no le hacía ninguna gracia aunque fuese lo mejor para él. Si Guzmán no hubiera mencionado sus planes delante del niño, todo hubiera sido más fácil; habría tenido tiempo de pensar con calma. Pero Nuño se había ocupado de airear la noticia y, como siempre, tenía el apoyo incondicional de los dos ancianos.

Sancha había sido la única persona que había estado a su lado en todo momento desde la muerte de Rodrigo, si bien tenía un carácter seco y decía lo que pensaba sin tapujos. Cuando nació Nuño, ella y Diego se ocuparon de todo. Gracias a su ayuda se recuperó del parto y pocos meses después estaba totalmente restablecida.

Sancha siempre conseguía que alejase los pensamientos melancólicos y volviese al presente, a ocuparse de los vivos.

Vio que seguía murmurando mientras sacudía mantas y aireaba colchones antes de que apretase el calor. Su espalda se había ido encorvando con el paso de los años, tenía la piel manchada y llena de arrugas y el pelo totalmente blanco.

Decidió que se disculparía más tarde con ella, aunque sabía de sobra que no era necesario.

Zorita

30 de mayo de 1211

El caballero cruzó exhausto el puente levadizo.

Empapado por el sudor y cubierto de polvo, no se entretuvo en saludar a los dos freires que bajaban alegres camino del río. Desmontó en el patio y se quitó el yelmo, dejando a la vista su nariz y su frente, que destacaban pálidas entre la suciedad que le cubría la cara y los churretes formados por el sudor. Con toda aquella mugre que llevaba encima, la cruz negra que adornaba su pecho era apenas una mancha más en la sobreveste.

El jinete había salido antes del amanecer y había cabalgado sin descanso hasta su destino. Durante el último tramo del camino, con el sol cayendo a plomo, se había visto obligado a bajar el ritmo. Su caballo estaba cubierto de sudor y babeaba espuma desde hacía rato, pero había aguantado con entereza hasta Zorita. La fortaleza era el final de la cadena de mensajeros que se había iniciado en Salvatierra, llevando las nuevas a los castillos más importantes de la Orden.

Los amigos se habían alejado de la muralla por la vereda, buscando la sombra y el frescor del río. El sol estaba todavía alto en el cielo y el calor traía olores a cieno y a cañas al acercarse al agua.

La alegría habitual de *Mustafá* por salir a campo abierto aumentó cuando se dio cuenta de su suerte; la hembra objeto de deseo de toda la colonia canina de Zorita le acompañaba en su paseo.

—Será mejor que lo sujetes o no llegaremos a ninguna parte —se quejó Tello, mientras intentaba separar a *Mustafá* de su nueva compañera.

—Me da pena atarlo ahora que está tan contento —respondió Félix.

—Emocionado, dirás. Ya disfrutará cuando le toque. Por muy bien que te lleves con el comendador, sabes que a los freires más viejos no les gusta que los perros se apareen donde todo el mundo pueda verlos. Alguno podría ponerse demasiado... — Tello hizo una pausa teatral y guiñó un ojo—, contento, y tener que hacer penitencia durante semanas.

Los dos amigos rieron a carcajadas y Félix sujetó a su perro por el collar de púas.

Tello y Félix se conocían desde hacía años.

Félix había entrado al servicio de la Orden de Calatrava cuando aún era un niño. Tras la muerte de su madre, y a pesar de que con nueve años soñaba con seguir el camino de su padre y su hermano, su progenitor creyó que aún era demasiado joven para correr tierras de moros, que los freires se ocuparían mejor de su educación y que lo mejor para él sería que la Orden lo acogiese. Y no se equivocó, al cabo de tres

veranos su única familia murió en la derrota de Alarcos y Félix se quedó completamente solo.

El tiempo había cerrado la barba castaña con vetas doradas del freire y sus cabellos se habían tornado cobrizos por el sol. Los duros años de instrucción e intemperie le habían curtido la piel, bronceada y surcada de arrugas en la frente. Su aspecto delgado y huidizo de niño se había tornado imponente y firme con la edad.

Tello García era un año menor que Félix y a primera vista no se parecía en nada a su amigo. Bajo y compacto, vista de frente sobre la muralla del castillo su figura se confundía con una almena, pero sus poderosos brazos, que le colgaban casi hasta las rodillas, paradójicamente le conferían un aspecto ágil y elástico. Al igual que Félix, Tello vestía la sobreveste de la Orden con la cruz negra sobre el pecho y el equipo completo de loriga y brafoneras, del que no se desprendían ni para dormir.

Tello tenía un carácter abierto y alegre que contrastaba con lo reservado del de Félix. Su familia poseía varias villas cerca de Ávila y se había criado consciente de su condición, si bien su padre no veía con buenos ojos su actitud altanera ni sus aficiones; le consideraba un holgazán. Las advertencias paternas sobre su falta de constancia en el estudio, sus continuas visitas a las bodegas de la ciudad y varios altercados nocturnos no le ayudaron por lo que, cansado de dar la cara por su hijo, García tomó la decisión de enviarle a formarse en la disciplina de la orden militar. Así pues, Tello ingresó a los quince años como familiar de los calatravos, sometido únicamente al voto de obediencia, pero no al de pobreza ni al de castidad.

A su llegada se le asignó a Félix como compañero y guía a la hora de realizar sus tareas y aprender la disciplina a la que estaban sometidos dentro de la Orden.

Tello solía bromear con su amigo diciéndole que era alto como los del llano, que tenían que levantarse para ver a los moros a muchas leguas, mientras que él era del tipo montañés; más fuerte y resistente, acostumbrado a ver las cosas desde arriba a pesar de su corta estatura. Cuando estaban juntos parecían complementarse a la perfección.

Después de una breve y agradable caminata rodeando la peña sobre la que se asentaba el fuerte, descendieron al río. Félix soltó a *Mustafá* y fue a apoyarse en un aliso que ofrecía buena sombra. El alano se acercó muy zalamero a la perra, moviendo la cola con interés mientras intentaba conquistarla. Tras unos instantes el macho empezó a montarla, pero ella se revolvió, gruñendo. Tello no quitaba ojo a la escena mientras Félix observaba las algas verdes sumergidas en el río, preguntándose de dónde vendría el jinete con el que se habían cruzado al salir del fuerte.

—Fíjate, Félix, ya está casi a punto —dijo Tello con sorna—. Como ella no se deje, al final le va a hacer daño. *Mustafá* es primerizo y no sabe que a las hembras hay que tratarlas con delicadeza.

Félix se limitó a mirar a los perros por si tenía que atar al macho de nuevo. Quizá no había sido una buena idea cruzar a dos primerizos de carácter tan dominante, pero

no cabía duda de que eran los mejores ejemplares del castillo. *Mustafá* tenía el lomo negro y las patas, la cara y el pecho de color marrón. Su manto de pelo corto dejaba entrever su musculatura bajo una tensa capa de piel. De hocico corto y ancho, y con las orejas recortadas para evitar que le hiriesen en el combate, sus poderosas mandíbulas le daban un aspecto rocoso. El cuello ancho y largo terminaba en un lomo musculoso que se estrechaba en la cintura y acababa en un rabo largo y grueso ligeramente enroscado. Cuando caminaba con la cabeza agachada parecía un lince. Verlo subir a los árboles de un salto con agilidad felina hacía de los alanos de combate una raza extraordinaria.

—A veces me parece que disfrutas viendo esto —comentó Félix.

—Pues claro que disfruto, me trae buenos recuerdos —empezó con tono aleccionador—. Si todos hubiéramos sido monjes, ni tú ni yo estaríamos aquí. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que caté una buena hembra —continuó confidencial—. Creo que la Orden me absorbe demasiado. —*Mustafá* había conseguido su objetivo y después de varios envites, se giró sobre la perra y quedaron unidos en posición contraria—. La verdad es que puede que tengas razón; un momentito de placer y luego penitencia. Quizá debería pensar en hacer los votos yo también. ¿Qué te parece?

—Haz lo que te dé la gana —comentó Félix, ausente—. Que pecarías está claro y, aunque hicieses penitencia, te faltaría el arrepentimiento.

—Es lo que siempre me ha dicho mi padre. A veces pienso que hubiera sido más feliz con un hijo como tú.

A Félix el comentario le trajo recuerdos de su propia familia y su expresión se endureció por un instante.

Las campanas de la iglesia del castillo tocaron a capítulo. Tello y Félix se miraron sorprendidos y se apresuraron a regresar a la fortaleza. El comendador debía tener algo importante que comunicar, o habría esperado hasta la asamblea nocturna. Félix dejó a los alanos con la guardia de la puerta y cruzaron por el puente que salvaba el foso para dirigirse a la sala capitular.

Cuando entraron en la sala, el comendador estaba a punto de comenzar su discurso.

Una docena de caballeros ocupaba sus asientos de madera colocados a lo largo de las cuatro paredes de la sala. Félix y Tello se sentaron en sus sitios y observaron los huecos existentes entre sus compañeros; había mucha gente en campaña.

El jinete que se habían cruzado en el camino estaba sentado a la diestra del comendador. Félix no pudo reconocerlo pero, con tantas nuevas incorporaciones, era difícil recordar todas las caras.

—Hermanos de la Orden de Salvatierra... —comenzó el comendador con una voz que llenaba la estancia—. Ante las graves noticias que hemos recibido, me he visto obligado a llamaros a este capítulo de urgencia.

Hizo una pausa para organizar sus pensamientos, y al pasear la vista por la sala le

pareció que estaba casi vacía.

—Nuestro buen hermano —continuó, inclinando la cabeza hacia el jinete— ha realizado el viaje desde Ciruelos para traernos las nuevas del maestro Ruy Díaz, que Dios lo guarde, desde Salvatierra. El noble Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, se halla en tierras de Murcia junto con el infante don Fernando y las fuerzas de los concejos de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés. Su incursión está siendo un éxito; han asolado y quemado muchas aldeas y varios castillos y han llegado hasta el mar sin encontrar demasiada resistencia.

Hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras.

—Nuestros hermanos de Salvatierra colaboran en la campaña arrasando las tierras de Baeza, Andújar y Jaén, dando fuego a cosechas y talando campos con la ayuda de Dios. El concejo de Toledo, al mando del Señor de Meneses y de Rodrigo Ruiz, está asediando la torre de Guadalerzas con máquinas de guerra y, según las noticias que tenemos, su caída es inminente, si no se ha producido ya. Esta importante victoria contribuirá a sosegar la situación en los Montes de Toledo, que durante el verano no sufrirán aceifas desde esta posición.

El comendador hizo una pausa y Félix y Tello se miraron sabiendo que la noticia verdadera estaba a punto de llegar.

—Ante tan favorable panorama, hemos recibido la nueva de que el rey de Marruecos, el Miramamolín, sin duda aconsejado por Satanás, está cruzando el estrecho en estos momentos con un gran ejército. Desconocemos el número de sus tropas, pero hemos sido informados de que el paso de hombres, caballos y armas se lleva produciendo desde hace días y se están empleando alrededor de cien naves en el transporte.

Un murmullo recorrió la sala. El rumor de que un gran ejército subía por Marruecos en dirección a la península se había ido propagando durante muchas semanas en círculos próximos al rey, pero las informaciones nunca habían sido confirmadas para la gran mayoría.

El comendador se levantó de su asiento y pidió silencio.

—¿Hasta qué punto podemos confiar en estas informaciones? —preguntó uno de los caballeros.

El mensajero intervino por primera vez.

—Las informaciones han sido contrastadas por varias fuentes y no ha habido diferencias entre ellas.

A Félix le quedó claro que se trataba de espías o prisioneros capturados por las huestes de la Orden.

—La situación es crítica para nosotros —continuó el comendador—. Nuestra sede en Salvatierra se encuentra en grave peligro y el maestro ya ha dado instrucciones para avituallar la fortaleza en previsión de un largo asedio. No creo necesario mencionar que, hace dieciséis años, perdimos nuestra antigua sede de Calatrava y por ello adoptamos el nombre de Salvatierra. Otra pérdida así podría acarrear la

disolución de la Orden. —Hizo una pausa para dejar que la idea calase en las mentes de los asistentes—. Por si esto fuera poco, las puertas de Castilla quedarían abiertas de par en par a las aceifas de los musulmanes. Hermanos de la Orden de Salvatierra, roguemos a Dios para que no permita la pérdida de esta fortaleza.

La gravedad de la situación fue calando en todos y cada uno de los asistentes y el fantasma de Alarcos y Calatrava se sentía en el ambiente. De ser ciertas las informaciones, se avecinaba un verdadero baño de sangre. El comendador trató de levantar la moral de sus caballeros, entrar en acción siempre se veía con buenos ojos entre los freires.

—Hoy mismo saldrán varios mensajeros para informar de la nueva entre los castillos, villas y casas de nuestra Orden que aún no la conocen, y en cinco días partirá una columna con provisiones y armas para nuestra sede de Salvatierra. En su ruta hacia el Sur se irán uniendo pertrechos y hermanos de las otras encomiendas, si bien la columna no será demasiado grande para no dejar los castillos de la retaguardia desprotegidos ante un posible ataque.

El murmullo volvió a comenzar y el comendador tuvo que alzar la voz para ser escuchado.

—Las instrucciones son muy claras en este sentido; cada encomienda aportará la quinta parte de sus caballeros y el doble de sargentos y escuderos.

La noticia molestó a los freires más incluso que la amenaza almohade. Aunque la misión era arriesgada y no había perspectivas de botín, nadie quería quedar al margen de la expedición. El motivo de pertenecer a la Orden era el de defender la cristiandad y la fe de la amenaza de los infieles, y qué mejor ocasión que esta para demostrar su valía. Los murmullos empezaron a subir de tono y el comendador alzó una mano para hacer callar a los freires.

—El hermano Félix González se encargará de organizar la hueste y me mantendrá al tanto de todos los detalles —dijo, mirando a Félix con seriedad e intentando ocultar el gesto de complicidad que a floraba en su cara.

—Doy por concluido el capítulo extraordinario y ruego a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y a la bienaventurada y gloriosa Virgen Santa María, su madre, que nos ayude y nos dé fuerza para superar esta nueva prueba contra el Maligno.

Antes de salir de la sala se volvió.

—Otra cosa... —dijo—. Los que participen en la organización están excusados de asistir al servicio de vísperas, pero espero ver a todos los presentes en completas; necesitaremos toda la ayuda que podamos recibir del Altísimo.

Acto seguido salió de la sala con paso decidido.

*Afuera de Toledo**31 de mayo de 1211*

La salida de Toledo se había retrasado y Guzmán ben Martín impuso un ritmo vivo a su montura a fin de recuperar el tiempo perdido. El cierre de los negocios había requerido más tiempo del previsto y su mujer no le había dejado partir nada más regresar de su última expedición.

Guzmán comerciaba con tierras almohades. Producía seda en su alquería y elaboraba telas que vendía a los moros, con cuyas ganancias compraba libros de las extensas bibliotecas de Al-Andalus y obtenía buenos precios en las escuelas de Toledo. Gracias a la prohibición de vender libros a los cristianos que habían impuesto los almohades, la escasez de comercio había hecho que los precios aumentasen varias veces por encima de su valor anterior.

Él recorría el camino de Toledo a Córdoba desde hacía años y, durante sus expediciones, eran frecuentes los problemas para cruzar el territorio dominado por las órdenes militares, sobre todo después de la prohibición impuesta por el rey Alfonso de vender armas a los musulmanes. En el territorio dominado por los almohades la situación era más sencilla, puesto que los andalusíes todavía apreciaban el lujo, pero se tornaba arriesgada al regresar con los libros prohibidos. Solo alguien con su conocimiento de la frontera, su habilidad como mercader y su origen musulmán podría llevar a cabo un comercio tan arriesgado.

Sin la limitación de los carros de la expedición podría llegar a su destino en menos de tres horas; el camino era prácticamente llano, cruzaba varios riachuelos y algunas lomas de pendiente suave, por lo que su caballo estaba descansado y agradecía el trote, a pesar de que el calor de la tarde iba en aumento. El invierno y la primavera habían dejado muchas lluvias y el campo florecía con aromas a tomillo, romero y mejorana, que Guzmán agradecía después de frecuentar los barrios menos ventilados de la ciudad.

A mitad de camino decidió dar un respiro a su montura, tiró de las riendas con suavidad y se detuvo junto a un arroyo de aguas claras, donde dejó al caballo beber y pastar en la hierba de la orilla. Se arrodilló y se lavó la cara y las manos. El frescor le reanimó de inmediato.

Bebió y cambió el agua templada de su calabaza por la más fresca del arroyo; se sentía fuerte y lleno de energía, a pesar de las canas que plagaban su barba y sus sienes. Vestía una túnica corta de lino, unos bombachos hasta la rodilla y, sobre el granate del traje, llevaba un albornoz verde de lana con capucha. Una espada recta y simple, junto con un puñal curvo ricamente adornado, colgaban del cordel que

cerraba su vestido.

Los continuos viajes entre Córdoba y Toledo lejos de cansarle le suponían un aliciente siempre lleno de buenas experiencias y recuerdos. El negocio marchaba estupendamente y, en poco tiempo, podría instalarse con su familia donde quisiera; cuanto más lejos de las tierras fronterizas mejor.

Cuando su caballo dio un bufido, se levantó a ver quién se acercaba. Subió por la ladera que se elevaba junto al arroyo y divisó a varios jinetes que venían desde Toledo y llevaban su misma dirección. Por su aspecto parecían caballeros de alguna orden militar, pero hasta que no estuvieran más cerca no podría distinguirlos.

Decidió montar y cruzar el arroyo para esperar al otro lado, como si el cauce del riachuelo pudiera ofrecerle protección; con los años había ganado peso y se notaba algo más lento. Se aseguró de que el hacha que llevaba colgada de la silla estuviera lista para tirar de ella, nunca se había sentido demasiado cómodo con la espada, pero con el hacha y el puñal podía enfrentarse a cualquiera. Sentado sobre el caballo no se apreciaba su baja estatura, y su porte, con la espalda recta y los brazos abiertos, por la envergadura de sus músculos le daban un aspecto pesado y feroz.

A medida que se aproximaban contó cuatro caballeros sin acompañamiento de escuderos o peones. Por el escapulario y la cruz negra sobre el hábito blanco supo que eran de la Orden de Salvatierra, lo que no era extraño puesto que aquel territorio estaba lleno de sus villas y castillos. Los jinetes no se detuvieron en el arroyo, sino que lo cruzaron y le rodearon. Su caballo pateó la tierra nervioso al verse cercado por las otras bestias y él lo sujetó con firmeza mientras apoyaba la mano libre en la empuñadura de su espada. Luego se volvió con gesto amistoso a cada uno de los recién llegados a modo de saludo y analizó su situación; todos bien pertrechados —yelmos, espadas y cotas de malla— y bastante más jóvenes que él, pero por la forma de sostener las lanzas parecían tener experiencia en la lid. No le sería fácil salir con vida si las cosas se ponían feas.

—Buenas tardes —saludó al que tenía enfrente, que parecía el de mayor rango.

—Buenas tardes nos dé Dios —contestó el freire sin quitarle ojo—. Buenas y calurosas para andar recorriendo los caminos. ¿A dónde os dirigís, si no es molestia?

El tono empleado por el freire dejaba pocas dudas sobre su desprecio por el interrogado, y Guzmán sospechó que su vida corría peligro.

—Molestia ninguna, voy a visitar a unos amigos que viven cerca del río Algodor. —Guzmán sabía que lo mejor era decir la verdad siempre que fuera posible—. Sí hace calor, sí —dijo para bajar la tensión—. Me imagino que, cargados con sus armas y cubiertos por las túnicas, la cota y las capas, el sol os estará recalentando. El agua del arroyo está muy clara, yo acabo de refrescarme y rellenar mi calabaza, si lo deseáis podríais hacer lo mismo.

La oferta sonó como un burdo intento de ganarse la confianza de los freires, así que decidió arriesgar un poco más.

—Yo os esperaría y podríamos continuar juntos por el camino, veo que lleváis mi

misma dirección.

Sus palabras parecieron surtir efecto en el caballero, que desvió su mirada hacia el horizonte mientras sopesaba la posibilidad de acompañarle. El sol había empezado a descender y no quería retrasarse.

—Gracias por el ofrecimiento de su compañía. Somos caballeros de la Orden de Salvatierra. ¿Con quién tenemos el honor?

La tensión disminuyó. Guzmán alejó su mano de la espada y acarició el cuello del caballo para que el freire se diese cuenta del gesto.

—Guzmán ben Martín, cristiano de Andújar, aunque hace años que me trasladé a Toledo por las persecuciones de los almohades, Dios los confunda.

—Me lo había imaginado por las ropas y el caballo árabe. Quizá conozcamos a sus amigos... ¿Cómo se llaman?

—Nuño Rodríguez. Vive con su madre en una heredad a orillas del río. Su madre se llama Elvira.

El caballero conocía la zona, y sabía que la viuda y su hijo vivían con una pareja de ancianos y que estaban relacionados con la Orden a pesar de vivir rodeados de tierras del arzobispado de Toledo.

—Los conozco —dijo, aunque nunca había cruzado una palabra con ellos—. ¿Hará el favor de darles recuerdos de parte de la Orden?

—Por supuesto.

—No quisiéramos parecer descorteses, pero llevamos prisa y tenemos que continuar sin demora. Vaya con Dios, pues.

—Gracias y quedad con Dios vos también.

El caballero espoleó su montura y emprendió la marcha junto con sus tres compañeros sin detenerse en el arroyo.

Guzmán se sintió aliviado y sonrió al verles alejarse. Le hubiera gustado preguntarles por su nombre y destino, le intrigaba el motivo de su urgencia, pero dadas las circunstancias había preferido terminar cuanto antes con aquel encuentro. Como buen comerciante había sabido salir airoso de la situación. Tratar con las gentes de la frontera se le daba cada día mejor, incluso con los belicosos monjes guerreros.

Azuzó su caballo, sonriendo ante la perspectiva de encontrarse con Elvira y Nuño. Si no había más contratiempos llegaría a la casa antes del anochecer.

El calor había hecho la jornada de labor agotadora.

Diego y Nuño habían sacado los bueyes para arar la tierra que estaba en barbecho; el terreno, blando por las lluvias de abril y mayo, se airearía durante los meses de verano. Las otras dos yugadas que pertenecían a Elvira estaban sembradas de trigo y de cebada, en igual proporción, como requería la Orden.

La siega de la cebada ya había concluido y los haces descansaban en el almacén antes de la trilla. Por el contrario, el trigo estaba todavía alto y las espigas necesitaban sol para madurar. Si mayo era demasiado seco o junio demasiado lluvioso, la cosecha

se echaría a perder y el invierno sería duro para los habitantes de la Transierra.

Nuño había estado irritable todo el día; tan pronto se sentía exultante por su partida como mohíno por la tardanza de su anfitrión. Al notar lo quisquilloso que estaba el muchacho, Diego decidió que un día de trabajo duro bajaría los malos humos a cualquiera, así que dejó que el niño se encargase del arado mientras él tiraba de la pareja de bueyes que lo arrastraba.

Regresaron a la caída de la tarde. Nuño caminaba junto a los bueyes, cabizbajo y silencioso, y Diego trató de animarle, como había hecho durante todo el día. Para él era como el hijo que nunca había podido tener.

—Vamos, chico, ya no tardará en llegar. Ten paciencia.

—Eso dijiste ayer. Puede que ni siquiera vuelva; quizá le haya pasado algo, en estas tierras nunca se sabe. Pueden haberle atacado los moros.

—Por las barbas de Dios, muchacho, pero si Guzmán es más moro que los moros de Arabia. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que con ellos está más a salvo que con nosotros? ¿Es que no te has fijado en sus ropas y en su forma de hablar, con todas esas florituras?

—Guzmán es cristiano de pura cepa, y con más mérito que nosotros, por atreverse a comerciar con infieles y mantenerse apegado a nuestra fe. Si tú tuvieras que viajar a tierras de moros ya te habrías cambiado de religión.

—Yo y cualquiera. ¿O es que acaso los habitantes de esas tierras han venido todos de Arabia? No, chico, no. Esos eran tan cristianos como tú y como yo, solo que se convirtieron en musulmanes para mantener sus tierras y sus animales.

La conversación no mejoraba las cosas, pero a Diego le faltaba tacto para darse cuenta de eso y continuó en la misma línea.

—Es más, cuanto más noble y poderoso el señor, menos le importa pertenecer a una religión u otra mientras mantenga sus riquezas. Somos nosotros, los campesinos, los que nos aferramos a nuestras creencias y mantenemos la fe —dijo indignado, aunque Diego no había vuelto a pisar una iglesia desde el día de su boda—. A veces pareces más tonto que una mata de habas.

A la puesta de sol llegaron a la casa y metieron a los bueyes en el corral. Nuño comprobó que el abrevadero tuviese agua y cerró la portezuela tras de sí. La pared de la casa servía de muro de uno de los lados del establo, y el cobertizo para guardar el único caballo que tenían estaba en la esquina, pegado al dormitorio de Sancha y Diego. Una cerca de madera cerraba los dos lados restantes. Un poco más allá estaba la cochiguera, donde dos enormes cerdos cubiertos de polvo, con la hembra a punto de parir, descansaban de su inactividad.

Diego entró en la casa y se sentó a la mesa a cenar. Las mujeres ya les estaban esperando.

—¿Es que no te vas a lavar las manos, gorrino? —espetó Sancha a su marido al verle tan dispuesto a dar buena cuenta de los manjares.

—Calla, mujer, y no ofendas a tu esposo —respondió enfadado—. Dios, qué vieja

más necia.

—Basta los dos —intervino Elvira—. No quiero que empecéis a reñir.

Fuera, Nuño se hacía el remolón con los animales tras otro día de interminable espera. No veía la hora de su partida.

De repente oyó los cascos de un caballo que se acercaba al trote y salió corriendo en su busca. Era Guzmán que llegaba de Toledo. Por fin, pensó.

En un instante desapareció el cansancio que sentía y, antes de que Guzmán llegase a su lado, se dio la vuelta gritando y entró en la casa para avisar a los demás.

—¡Ha llegado! ¡Ya está aquí! Sabía que llegaría hoy —dijo—. ¿Por qué no salís a recibirle?

Y, fuera de sí por la alegría, los sacó a empujones de la casa.

Guzmán se acercó al grupo y desmontó, sonriendo a todos. En aquella sonrisa amarillenta aparecían dos huecos oscuros, donde había perdido los dientes años atrás durante una escaramuza.

—Buenas tardes. Parece que mi llegada era esperada con impaciencia... Ni siquiera en mi casa me dan este recibimiento —saludó mientras desataba una de las alforjas de cuero que llevaba su caballo.

—¿Has hecho un buen viaje? —preguntó Elvira.

Nuño agarró las riendas y llevó al corcel al establo para quitarle la silla y cepillarlo.

—Muy bueno, aunque con algunas dificultades sin importancia al salir de Toledo. Hoy hemos tenido un día estupendo. Después de un invierno tan húmedo da gusto viajar con este tiempo; los pájaros y las flores me han acompañado durante todo el camino.

—Pero pasa, Guzmán, no te quedes ahí parado, que empieza a refrescar —dijo Elvira.

Guzmán siguió a Elvira al interior mientras saludaba a Sancha, que inclinó la cabeza como si estuviese frente a un gran señor, al tiempo que Diego se limitó a abrir mucho los ojos y gruñir algo incomprensible a modo de saludo.

Al entrar en la casa el aroma del guiso abrió el apetito del invitado. En una cazuela de bronce, colgada de un gancho sobre el fuego, se cocían varias perdices que había cazado Diego unos días atrás. Sobre una cama de cebolla, el guiso se aderezaba con aceite, vino, varios ajos y unas ramitas de tomillo.

—Qué aroma más maravilloso —exclamó Guzmán—. La cocinera de esta casa sería digna del mismísimo califa de Marruecos. ¡Qué delicia!

Con satisfacción y orgullo, Sancha se acercó a comprobar si las perdices estaban en su punto mientras los demás se sentaban a la mesa, algo retirados del fuego. Elvira añadió, jubilosa, una copa y un cuenco de barro a los que ya estaban colocados sobre la mesa.

Nuño entró en la casa después de haberse ocupado del caballo de Guzmán. La comida ya estaba servida y, cuando el niño se sentó, Elvira musitó unas palabras

dando gracias a Dios por los alimentos.

Nada más terminar la bendición, Guzmán cogió un muslito de perdiz con los dedos y lo saboreó mientras continuaba alabando la calidad de las viandas. Sabedor de las ganas de sus anfitriones de recibir noticias, les contó las novedades de su viaje desde que pasó por allí la última vez y describió su estancia en Toledo con todo lujo de detalles.

Cuando comenzó a oscurecer en la casa, Elvira encendió unas velas. Era un gasto extraordinario que Sancha no aprobaba, pero la dueña creía que la visita de Guzmán bien lo merecía. Al terminar la cena Guzmán cogió sus alforjas.

—He traído lo que me encargaste —dijo a Elvira, y sacó unas botas rojas de fieltro con suela de cuero, una camisa verde de lana y unas calzas marrones.

Elvira se había preocupado de que Nuño estrenase ropa nueva para el viaje y se la había encargado a Guzmán, pero como él se había negado a aceptar las monedas de Elvira, ella había preferido no pedirle nada más.

—Ahora me dirás cuánto te ha costado. Es un mandado que te hice y lo quiero pagar.

—Las imprevistas y succulentas perdices de esta noche han sido paga más que suficiente —cortó el mercader—. Si vamos a salir mañana temprano, lo mejor será que te acuestes, Nuño.

—Tiene razón —dijo Elvira—. Además debes de estar muy cansado después del día de hoy. Sancha, ayúdeme a recoger esto y cada uno a su cama, que se está haciendo muy tarde. Guzmán, si no te importa, me gustaría hablar un momento contigo a solas. ¿Te parece bien que salgamos fuera?

—Solo con la condición de que me dejes colocar mi albornoz sobre tus hombros, no quiero que te enfríes.

—¿Puedo salir con vosotros? —preguntó Nuño.

—Es mejor que te acuestes —replicó Guzmán—. Mañana nos espera una larga cabalgada, quiero llegar a Toledo cuanto antes.

Los dos adultos salieron a la puerta de la casa mientras Nuño se acostaba a regañadientes y Sancha discutía con Diego por alguna cosa sin importancia.

La noche estaba despejada y fresca. La luna empezaba a menguar, pero aún brillaba lo suficiente como para poder distinguir los contornos del paisaje.

—Una noche preciosa —comentó Guzmán mirando al cielo—. La luna nos mira envidiosa porque la estrella más bonita está aquí, a mi lado.

—Guzmán, que ya eres mayorcito... —replicó Elvira mientras se cubría con el albornoz—. ¿Tendrás cuidado de Nuño?

—Por supuesto. Lo cuidaré como si fuera mi propio hijo.

—Me preocupa el viaje, Nuño nunca ha dejado esta casa y no sé cómo se sentirá alejado de nosotros. —Elvira se mordió el labio inferior, pensativa—. Es un buen muchacho pero no sé cómo podría comportarse fuera de su mundo. Además, ya está entrando en una edad en la que se cree adulto y piensa que puede decidir por sí

mismo aunque sigue siendo un niño.

—Elvira, ya lo hemos discutido antes; Nuño se comportará como cualquier chico de su edad. Lo mantendré en casa sin que salga demasiado, así no tendrá ocasión de meterse en problemas, y si todo va bien podrá ir a la ciudad a tomar clases en alguna de las escuelas, aunque al principio recibirá las clases en mi casa, junto a mis hijas.

—No quiero que su estancia se convierta en un encierro para él ni en una carga para vosotros.

—En absoluto, el estudio no le dejará tiempo para pensar en otras cosas. La primavera que viene no queda tan lejos y aprender el latín y el árabe en tan poco tiempo le resultará difícil. Le será muy útil en el futuro y, si se queda en Toledo, podrá ganarse la vida sin problemas.

—Seguramente le ayudará, aunque quiero que continúe con el *trivium* y el *quadrivium*.

—Mejor sería que aprendiese con los moros, que son los que en verdad poseen los mayores conocimientos sobre todas las cosas.

Elvira frunció el ceño, no estaba dispuesta a que Guzmán afease a los cristianos y mucho menos dudase de los planes que tenía para su hijo.

—Los estudios que se enseñan en las escuelas cristianas son muy completos. En el *trivium* se estudia la gramática, la dialéctica y la retórica. En el *quadrivium* la aritmética, la música, la geometría y la astronomía. Una vez completado me gustaría enviarlo a Italia, a Bolonia, donde está la mejor escuela de derecho de toda Europa. Es la única opción que tengo de que se olvide de los caballeros y las batallas y se aleje de las malditas guerras de la frontera.

—Lo que te decía, ¿qué pueden enseñar en Toledo si todo lo que aprenden es una mera sombra de lo que se sabe en Córdoba y Sevilla? Además, ¿es eso lo que quiere el chiquillo?

—Nuño no sabe lo que quiere, está embelesado por los caballeros de la Orden de Salvatierra. Le he tenido que prometer que empezaría su instrucción con las armas en cuanto regrese del viaje, aunque quizás tú puedas enseñarle algo. No dudo que sabes luchar, si no no nos hubiéramos conocido.

—Seguro que puede aprender algo de mí. —Guzmán se encogió de hombros—. Aunque la espada no es mi fuerte, le enseñaré a defenderse con destreza.

El padre de Nuño siempre admiró cómo Guzmán usaba el puñal. Los dos se habían conocido en uno de los habituales lances fronterizos, cuando Guzmán transportaba mercancías desde Andújar hacia Toledo evitando los caminos, para no tener que pagar portazgo a la Orden. En una de sus patrullas, Rodrigo les descubrió y se originó una escaramuza cuando el grupo de contrabandistas plantó cara a los caballeros. Aunque las fuerzas parecían muy desiguales, la superior destreza de los freires de la Orden acabó por imponerse y la mayoría de los musulmanes murieron luchando.

Guzmán había peleado contra Rodrigo y le había vencido gracias a su montura

árabe, más ágil que el corcel de guerra del caballero. Cuando Guzmán se abalanzó sobre él y le desmontó del caballo, se dio cuenta de que la pelea estaba perdida y se entregó. El contrabandista le perdonó la vida. Rodrigo, a cambio, le dejó en libertad y comenzó así una extraña amistad que duraría años y continuaría con la obligación que sentía Guzmán de velar por la viuda y el hijo del caballero.

—¿Cómo piensas pagar los gastos de tanto estudio? —preguntó Guzmán.

Elvira permaneció un rato callada. No quería dar explicaciones a Guzmán, que iba y venía cuando le daba la gana sin rendir cuentas a nadie. Al final decidió compartir sus planes.

—Vendiendo la casa y las tierras. Estoy muy preocupada por el futuro de mi hijo y no creo que estos aires fronterizos le hagan ningún bien. En cuanto lo venda todo nos iremos. Nos instalaremos más al norte, mi familia vive en Palencia y seguro que nos acogerán. También tendría la posibilidad de estudiar allí. Por cierto, Nuño no sabe nada y no quiero que lo sepa.

—No te preocupes, yo no voy a contarle nada, pero me parece que deberías hacerlo tú.

—No hay tiempo y además aún no he vendido las tierras. Podría suceder cualquier cosa, así que es mejor que no le hagamos pasar un mal rato.

—Dejaré de veros, entonces —dijo Guzmán, triste.

—Solo si quieres. Sabrás dónde vivimos y podrás ir a visitarnos cuando desees. ¿Cuándo vas a decidir instalarte más al norte?

—Vivimos bien en Toledo, aunque es cierto que corremos peligro cada verano con las incursiones de los moros. Mi mujer me pide que nos vayamos, sobre todo por las niñas que ya son mocitas, pero necesito al menos tres expediciones más. Este año, con un poco de suerte, podría organizar dos recuas antes del invierno, aunque no sería suficiente.

Elvira decidió dar por terminada la discusión, no quería que Guzmán se acostase muy tarde y no estuviese en condiciones para partir con su hijo al día siguiente.

—¿Me prometes que cuidarás de Nuño como si fuera tuyo? —preguntó Elvira mirándole fijamente.

—Lo cuidaré como a mi mujer y a mis hijas.

—Gracias Guzmán. —Elvira se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Es hora de descansar.

Se había levantado una ligera brisa y la luna se veía fría en mitad de la noche estrellada. Elvira entró en la casa y fue a acostarse con Nuño para dejar su cama a Guzmán. Cuando él se acostó pensó en los grandes y felinos ojos de Elvira, en la delicadeza de su rostro y en la elegancia de su porte. Sin embargo, la última imagen que se dibujó en su mente antes de caer rendido fue la de Zubayda, su mujer.

Afuera de Toledo
1 de junio de 1211

Guzmán y Nuño partieron antes del amanecer.

La madrugada era fría pero a Nuño no le importó, estaba tan ansioso por empezar el viaje que su madre tuvo que obligarle a colocarse sobre la ropa nueva que le había traído Guzmán la vieja capa gris que usaba en invierno.

Elvira había colocado pan, queso, tocino y chorizo en las alforjas de Nuño, y unos hatillos de tela envolviendo nueces y almendras. Hasta ese momento nunca se había separado de su hijo y no podía dejar de pensar en la última vez que vio marchar a su marido.

Cuando llegó el momento de la despedida, Elvira le abrazó con fuerza, conteniendo las lágrimas, y a Nuño le pareció que su madre ya no era la mujer fuerte y protectora que le había alimentado y educado durante toda su vida. Su cuerpo se notaba frágil en el abrazo, aunque ella se empeñase en no soltarle.

—No te preocupes, Elvira, te lo traeré más grande, más limpio y más educado. Cuando lo veas de nuevo no lo vas a reconocer —trató de consolarla Guzmán.

Elvira se separó de Nuño y le vio subir al caballo que había pertenecido a su padre. Al animal comenzaban a notársele los años, pero con el liviano peso del chico aguantaría el viaje con facilidad.

Nuño estaba tan contento que no se percató del sufrimiento de su madre y, antes de perderse de vista, se volvió para saludar una última vez. Su madre notó cómo se le humedecían los ojos y se sumergió en un mar de lágrimas cuando el muchacho desapareció en la oscuridad.

Las dudas sobre el viaje la habían estado asaltando toda la noche. Tras verlo partir se dio cuenta de que ya no había vuelta a atrás y volvió a sentir el miedo de perder a su única familia. Diego y Sancha estaban a su lado y escrutaban la oscuridad en silencio. La anciana le pasó el brazo por encima de los hombros y la abrazó para consolarla, pero en realidad los tres se habían quedado pesarosos.

Guzmán tenía prisa. Los ánimos estaban revueltos por la ofensiva del rey y no quería arriesgar su suerte cabalgando por tierras castellanas. Tras vadear el río galoparon por una suave pendiente hacia la llanura. El terreno, casi pelado, estaba salpicado de encinas. Si hubiera habido alguna aldea habrían avistado tierras de labor, pero las villas eran muy escasas en aquella planicie. Aún era arriesgado instalarse en la zona, que a pesar de ser territorio cristiano se veía atacada por las aceifas musulmanas durante el verano.

Nuño cabalgaba en silencio rememorando su reciente despedida. Su madre, en el

centro, lívida y delgada pero erguida; y Diego y Sancha, encogidos y con un aire endeble del que no se había percatado hasta entonces. El recuerdo le provocó un nudo en la garganta y se aguantó las lágrimas. Miró a Guzmán de soslayo y supo que estaba en buenas manos, aunque tampoco le conocía más que por algunas visitas a lo largo de los años.

—No estés triste —dijo Guzmán, que se había dado cuenta de lo callado que iba el niño—. Volverás a ver a tu madre, que Dios la guarde, antes de lo que imaginas. El tiempo pasa volando, aunque a tu edad parezca interminable.

Nuño no respondió, así que Guzmán decidió llenar el silencio para distraer al muchacho.

—Está a punto de amanecer. En breve llegaremos a la llanura y podrás divisar los límites del reino de Castilla hacia el sur, donde los montes rompen la monotonía del paisaje. Es una tierra dura y áspera, apenas poblada. No creas que es solo por eso, también por su cercanía con la frontera y la inestabilidad que le da cambiar con frecuencia de bando, según la suerte de cada uno. Dime Nuño, ¿has salido alguna vez de tu casa?

—He ido a Toledo una vez —contestó, pareciéndole demasiado poco—, y muchas veces a la villa con Diego —añadió—, al molino a moler grano, a comprar carne y vino, y también a las fiestas.

—Eso está muy bien. Toledo es una gran ciudad, aunque no tan grande como Sevilla, que la dobla en población. ¿Te gustará vivir en Toledo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Seguro que tendrás una opinión sobre si te gustó más Toledo o la aldea cercana a tu casa. Es importante saber lo que uno quiere en esta vida.

—Creo que me gustaría más Toledo, aunque solo estuve un día y no vi mucho de la ciudad.

—No te preocupes, si estudias y aprendes rápido, tendrás grandes posibilidades en Toledo. Hay una industria floreciente de libros y legajos que se venden por toda la cristiandad, pero para que los eruditos del norte los entiendan, antes hay que traducirlos del árabe al latín. De todas maneras, los almohades han prohibido la venta de libros a los cristianos, pero en mi casa podrás leer todo lo que se te antoje; tengo una buena biblioteca.

Nuño se alegró con la perspectiva y comenzó a preguntar cosas a Guzmán sobre sus visitas a la ciudad y sus viajes. Seguía atento las explicaciones y comenzaba a apreciar sus conocimientos sobre el territorio. Para el muchacho el mundo se reducía a su casa, la aldea cercana de Villamuelas y un vago recuerdo de Toledo.

El sol ascendía lentamente en el cielo calentando la espalda de los viajeros, que agradecían el calor aunque comenzaban a acusar el cansancio de la cabalgada.

—Sabes muchas cosas de esta zona —se le escapó a Nuño, mitad halago mitad pregunta.

—Si te dedicas a transportar mercancías durante años, te conviene estar bien informado sobre las tierras que atraviesan las rutas comerciales. Ya estamos cerca de la ciudad, lo mejor será desmontar y caminar un rato, para que descansen las bestias. ¿Has tenido miedo?

—No —respondió Nuño, orgulloso, tirando de las riendas para detener su montura. ¿Cómo iba a tener miedo en su compañía?, además había sido emocionante cabalgar por la llanura, lejos de la casa.

—Eres muy valiente, aunque no es malo tener miedo; solo hay que saber controlarlo para que no te impida actuar. A veces el miedo paraliza a los hombres y se vuelven lentos y torpes, así que es importante controlar las emociones si se quiere sobrevivir en estas tierras. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Una vez, hace tres inviernos. Unos forasteros intentaron entrar a robar en la casa por la noche, mientras dormíamos, pero los perros nos avisaron. A mí me despertó Sancha mientras Diego y mi madre salieron fuera armados con la hoz y la horca, gritando, al tiempo que Sancha vociferaba también desde dentro de la casa. Acabaron ahuyentándolos. Yo pasé mucho miedo, era una noche sin luna y no se veía nada. Los chillidos me asustaron mucho, pero luego me explicaron que había que hacer como si hubiera mucha gente en la casa para que los ladrones se asustaran.

—Tu madre es una mujer muy valiente, pero tendría que haber vuelto a casarse hace años. No puede seguir viviendo en el pasado, la vida continúa y no es fácil llevar las tierras con la ayuda de dos ancianos, sin un hombre que se ocupe de las tareas del campo y vele por su seguridad.

—Ya está Diego para eso —protestó Nuño.

—Diego es un buen hombre, pero no vivirá muchos años. Tu madre necesita pensar en el futuro y encontrar un buen marido.

Nuño no supo qué contestar. Su madre le había criado lo mejor que había podido a la vez que llevaba la casa y trabajaba la tierra. Sabía que, a pesar de vivir sin lujos, nunca les había faltado de nada; incluso conservaban el caballo de su padre, cosa que en la villa nadie se podía permitir. ¿Para qué iba a casarse su madre?

Elvira le había contado algunas cosas de su padre; lo valiente y apuesto que era, y lo atento y caballeroso. Siempre le decía lo orgulloso que estaría de tener un hijo como él, tan inteligente y trabajador, aunque nunca le hablaba de la relación de su padre con la Orden ni de las batallas en las que había participado. Tampoco de los detalles de su muerte. Le hubiera gustado conocer a su padre y le echaba de menos aunque jamás pudo compartir un solo instante con él, pero también era cierto que Diego había sido como un padre para él.

—¿Qué sabes del matrimonio? —espetó Guzmán.

—Que un hombre y una mujer se casan en la iglesia ante Dios, para formar una familia para siempre, como Diego y Sancha, que están juntos hasta que se mueran.

—¿Y de los hijos?

—Pues unos los tienen y otros no, depende de lo que Dios quiera.

Guzmán no se quedó satisfecho con la respuesta. Estaba preocupado porque en casa, además de su mujer tenía dos hijas, una de la edad de Nuño y otra un poco mayor, por lo que quería saber más del interés del chico por las mujeres y qué cuidado debía poner en su vigilancia.

—¿Has estado alguna vez con una muchacha?

Nuño le miró extrañado, sin saber a qué se refería.

—¿Tienes amigas?

—No, las mozas de la villa no hablan con los mozos y van siempre acompañadas por sus madres o por algún hermano. Además, ¿de qué iba a hablar yo con ellas?

La respuesta tranquilizó a Guzmán, que pensó que tal vez debería vigilar a sus hijas en vez de al pobre infeliz de Nuño.

El sol ya estaba alto y en poco tiempo el calor empezaría a apretar.

Guzmán y Nuño avanzaban a buen paso por la senda Galiana. Acababan de dejar atrás la Huerta del Rey, con sus palacios y frutales que se asomaban al río, cuando la ciudad apareció de golpe al superar la loma que la ocultaba. La roca de granito sobre la que se asentaba Toledo estaba encerrada por altas murallas y desafiantes torres que se recortaban nítidamente iluminadas por el sol del mediodía.

—Ahí la tienes, muchacho, la antigua capital de Hispania antes de que los musulmanes invadiesen estas tierras sometiendo a sus habitantes —dijo Guzmán—. Su situación privilegiada la hace casi inexpugnable.

Nuño se detuvo a observar la imponente imagen de Toledo. Recordaba la impresión que le había causado la ciudad la primera vez que la vio, pero no recordaba el tamaño de las murallas, la altura del puente de Alcántara ni la majestuosidad del Alcázar, que dominaba toda la llanura coronando el recinto del Alficén.

—Vamos, Nuño. Tenemos que entrar a ver a un buen amigo y ya se nos está haciendo un poco tarde. Vadaremos el río por la islilla de Antolínez y entraremos por la puerta del Vado, que nos queda más cerca.

—¿Y por qué no vamos por el puente? —dijo el chico, señalando hacia el puente de Alcántara.

La puerta situada frente al puente estaba flanqueada por dos grandes torres cuadradas, que junto a las situadas a ambos lados del paso protegían la margen izquierda del río de cualquier posible asalto.

—El puente da entrada al Alficén —contestó Guzmán—. Escúchame bien, Nuño, el Alficén es independiente de la ciudad y está totalmente cerrado y rodeado por una calle al oeste para evitar cualquier asalto de la población. La puerta que da acceso a la ciudad, el arco de los caballos, está fuertemente protegido y tiene delante una gran explanada para eliminar cualquier cobijo que pudiera proteger a los asaltantes. Es la plaza de Zocodover, en donde los martes se celebra un mercado de bestias. Además del castillo que corona el recinto, dentro del Alficén hay unas casas que el rey donó a la Orden de Salvatierra hace seis años. A nosotros nada se nos ha perdido con esas fieras.

—¿Por qué tantas precauciones? ¿Es que el rey no se fía de los toledanos?

—Nuestro rey no tiene nada que temer de la población que le aprecia y le apoya, no en vano fue el actual alguacil el que le proclamó rey desde la torre de San Román, incluso antes de acceder al puesto que heredó de su padre, don Illán Petrez, alguacil en aquel tiempo de la ciudad. El Alficén es de cuando los moros dominaban la ciudad y había continuas revueltas. *Al-hisen* significa ceñidor. Los toledanos son rebeldes e insubordinados por naturaleza, es mejor no andarse con cuitas y evitarlos si es posible.

Los caballos vadearon el río sin dificultad y, después de pagar el portazgo correspondiente, Guzmán y Nuño cruzaron la puerta bajo la despreocupada mirada de los soldados santiaguistas que la protegían. El arrabal de San Isidoro era uno de los centros de alfarería más importantes de Toledo y los artesanos se afanaban en la producción de platos, vasijas y cuencos de todos los tamaños y formas, pero también había talleres de azulejos, tejas y baldosas. Los tornos giraban sin descanso y a Nuño le resultó difícil de asimilar el bullicio reinante en el interior de la ciudad comparado con la tranquilidad que había disfrutado durante todo el viaje.

—No te dejes impresionar —dijo Guzmán—. A medida que nos vayamos acercando a la parte alta, la ciudad estará más concurrida, con mesones y mercados por doquier y también con multitud de iglesias, baños y palacios. El arrabal te resultará de lo más insípido después de que hayas conocido el resto.

—Hay muchos que no hablan nuestra lengua —observó el muchacho.

—Así es. Gran parte de los artesanos del barro y la arcilla son musulmanes que todavía conservan su lengua y sus tradiciones. Los reyes los dejan vivir aquí desde los tiempos de la conquista de Toledo por el tatarabuelo del rey. Además son buena gente, trabajadores, y prestan un servicio al engrandecimiento de la ciudad.

Con las monturas avanzando sin prisa llegaron a una pequeña parroquia con una torre cuadrada que el rey había cedido a la Orden de Santiago, frente a la puerta de Bisagra, y tomaron la cuesta a la izquierda ascendiendo rápidamente hacia el Zocodover. Cruzaron por la puerta Vieja de Herrería y Nuño se fijó en los talleres de herreros y caldereros que trabajaban en esa parte de la ciudad.

—Estos son cristianos, muchacho —dijo Guzmán señalando a los herreros—. Aunque elaboren herramientas de todo tipo, espuelas, herraduras y demás utensilios, el rey nunca dejaría la producción de armas en manos de los musulmanes.

El caballo de Guzmán resopló y el mercader le dio unas palmaditas en el cuello en reconocimiento por el esfuerzo de la subida.

La vista hacia el río se extendía por la llanura y, a pesar de no haber llegado todavía a la plaza y mucho menos al punto más alto de la ciudad, Nuño apreció la altura a la que se encontraba; mucho mayor de lo que nunca había estado en sus doce años de vida. A medida que avanzaban el gentío iba en aumento y se vieron obligados a adelantar algunas carretas tiradas por mulas, que subían exhaustas sus cargamentos de agua y carbón para abastecer a los habitantes de Toledo.

El día anterior había habido mercado de animales, así que cuando llegaron a la plaza, a pesar del bullicio, pudieron avanzar con facilidad. Los mesones que rodeaban la plaza estaban repletos de mercaderes, hidalgos y caballeros que podían permitirse pagar cobijo y fonda y que compartían el espacio con los animales y mercancías a los que estaban destinados.

Cruzaron la plaza y bajaron por la calle de Francos hacia las alcaicerías para curiosear los productos que vendían. Dejaron atrás el mesón del lino, el de sogas y la odrería, y Nuño se fijó en la cuesta que subía a su derecha, plagada de comercios en los que se vendían y reparaban todo tipo de esteras y objetos de esparto.

—Bajaremos por ahí —dijo Guzmán, señalando un callejón que salía a la derecha de la plaza de las Cuatro Calles—. Quiero evitar la Alcaná, hay mucho gentío. Pasaron por unas tiendillas y talleres de gorreros, guarnicioneros y zapateros para tomar a su derecha, por la calle de Panaderos, desde donde accedieron a la plaza Mayor, que servía de mercado de verdura y donde se vendían también carnes y pescados.

Un fuerte olor a sangre provenía de los pellejos y despojos de animales que, cubiertos de moscas, se acumulaban cerca del mercado de carne. Nuño no pudo reprimir el impulso de una náusea que le revolvió el estómago. Guzmán chascó la lengua para que su caballo apretara el paso y, después de un corto trayecto por la calle de Tornerías, llegaron a la explanada donde se asentaba la catedral.

—Ahí la tienes, muchacho, la catedral de Santa María —exclamó orgulloso Guzmán.

Nuño no había visto nunca una catedral y su imagen le pareció imponente, aunque algo descuidada. El edificio era antiguo y necesitaba una buena remodelación, sin embargo, los arcos de herradura que adornaban la entrada y las pequeñas ventanas que dejaban pasar la luz al interior, muy cerca del tejado, le daban un aspecto armonioso y ligero que le cautivó.

—Es un edificio muy bonito, aunque está un poco viejo —dijo Nuño.

—Se trata de la antigua mezquita mayor de la ciudad, que tras la conquista se remodeló convenientemente. Fíjate en las campanas que ves allí arriba, en la torre; antes era un alminar.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Vamos a ver a uno de mis principales clientes: el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, un gran hombre que lleva dos años como primado de la iglesia de Toledo. Habla siete lenguas: castellano, italiano, francés, alemán, árabe, latín e inglés. Estudió en Francia y en Italia y es la mano derecha del rey Alfonso. Un gran personaje, aunque el cabildo le critica bastante porque es muy ahorrativo y está acaparando una gran fortuna en rentas, casas y tierras. Obviamente para la Iglesia, no para él mismo, como te podrás imaginar.

Guzmán guiñó un ojo en una mueca maliciosa y continuó:

—Entremos, no tenemos tiempo que perder. Aquí podrás contemplar el encuentro

entre lo humano y lo divino.

Dejaron los caballos con unos frailes junto a la puerta principal del edificio y pasaron inmediatamente a la iglesia.

El interior de la catedral estaba fresco y oscuro. Los rayos de sol que se colaban por las ventanas superiores apenas alcanzaban a iluminar los artesonados del techo y las paredes. La iglesia se dividía en tres naves, separadas por hileras de columnas octogonales y arcos de herradura que sujetaban el techo de madera conservando la estructura originaria del templo musulmán.

Nuño observaba todo el recinto boquiabierto mientras Guzmán tiraba de él sin dejar que se detuviese. Las formas geométricas que decoraban el techo con multitud de estrellas que se entrelazaban entre sí no se parecían a nada de lo que el chico había visto hasta ese momento. Enseguida llegaron a la puerta de la sacristía, junto al altar, y Guzmán se presentó a uno de los monjes para pedir audiencia con el arzobispo.

Rodrigo Jiménez de Rada era un hombre de estatura mediana, mirada penetrante y gesto enérgico. Estaba departiendo con dos canónigos y cuando vio acercarse a Guzmán y a su acompañante los detuvo alzando la mano derecha.

Los visitantes esperaron pacientemente hasta que el arzobispo terminó de despachar y, con una ligera inclinación de cabeza, les invitó a acercarse.

Guzmán se arrodilló para besar la mano del arzobispo y Nuño le imitó.

—Alzaos, alzaos... Esperaba vuestra visita desde hace días —dijo don Rodrigo—. Pero decidme, ¿quién es este joven tan apuesto que os acompaña?

Nuño no pudo reprimir una sonrisa orgullosa.

—Se trata de Nuño Rodríguez, hijo de un amigo de mi familia. Va a pasar una temporada con nosotros en Toledo para estudiar y aprender a leer y escribir.

—Excelente idea —señaló el arzobispo—. De seguro que el muchacho se aplicará con los estudios y, con la ayuda de Dios, será un hombre de provecho. Siempre he opinado que no hay nada mejor para un niño que ser criado en otra casa que no sea la suya.

El arzobispo unió sus manos sobre el pecho entrelazando los dedos y comenzó a pasear por la sala. Guzmán y Nuño lo seguían sin atreverse a interrumpir sus pensamientos.

A pesar de la aparente cercanía entre el mercader y el arzobispo, Nuño sintió que los dos hombres se movían en mundos antagónicos y existía una cierta tensión por el encuentro. Nuño recordó las palabras de Guzmán al llegar a la iglesia, y la representación de «lo divino» en la figura del arzobispo se le hizo inalcanzable.

—Tengo un gran proyecto en mente, Guzmán, y para eso voy a necesitar toda la información que puedas obtener. Tendrás que llevar a cabo otra de tus expediciones y conseguir libros que hablen sobre la conquista de Hispania por los árabes. Estoy seguro de que habrá suficientes autores musulmanes que hayan documentado la invasión del reino visigodo.

Guzmán comenzó a valorar las opciones de poder llevar a cabo el encargo. Si ya

era difícil hacerse con cualquier tipo de libro, los almohades podrían ser más celosos de aquellos que relataban la historia de los musulmanes en la península. A primera vista era un mal encargo.

—Es una magnífica elección —elogió, en cambio, Guzmán—. ¿Y no preferiríais también algo de medicina? He oído que los andaluces están muy avanzados en el tema.

El arzobispo se alisó la casulla y sonrió malicioso. Los libros árabes de medicina abundaban por todo el territorio.

—Ya sabes lo que opina san Bernardo del tema: intentar curar la enfermedad es tratar de interferir con la voluntad divina. Si Dios nos envía un castigo, ¿quiénes somos nosotros para tratar de remediarlo?

Guzmán se pasó la mano por la barba aparentando meditar su respuesta. No le convenía hacer enojar al arzobispo, pero tampoco quería dejarse amedrentar delante del chico.

—Su Ilustrísima no tiene necesidad de recurrir a otros para exponer sus opiniones —respondió con fastidio—. Si el arzobispo quisiera aumentar su gran biblioteca, podríamos añadir volúmenes sobre otros temas.

—Mi buen mercader, tengo muchos proyectos entre manos y el más grande es el de unir los reinos cristianos de Hispania bajo un solo monarca. No se va a conseguir en poco tiempo pero, si Dios quiere, acabaremos lográndolo. Para ello me hacen falta símbolos que la población pueda tomar como referencia. El cristianismo nos une frente a los musulmanes y por eso habrá que engrandecer esta iglesia y construir un templo adecuado para esta ciudad. El Papa de Roma nos insta a guerrear con los sarracenos y una gran victoria daría ánimo a la población y reforzaría la idea de unidad; debemos derrotar a los almohades de manera definitiva. —Rodrigo hablaba con los ojos cerrados, como si pudiese ver lo que iba a ocurrir en el futuro—. Necesitamos también una historia común de los pueblos de Hispania y me he propuesto escribir una. Ya tengo recopilada bastante información, pero necesito más datos de los tiempos de los visigodos.

—Tan grandes propósitos solo pueden venir de una personalidad como la suya —aduló Guzmán. El arzobispo asintió satisfecho y el mercader aprovechó para continuar—: Corren rumores de que los moros preparan una gran ofensiva y, de ser ciertos, sería peligroso realizar una expedición en estos momentos.

El arzobispo estaba puntualmente informado de los movimientos del ejército del califa, pero no quería que Guzmán rechazase el encargo.

—Todavía no se sabe nada con seguridad. De todas maneras, los moros aún tardarían varios meses en organizar una campaña así, por lo que no creo que te cause mayor inconveniente. Este encargo es importante. Podría pagarte el doble de lo habitual.

—Si los moros se ponen en marcha no podré llevar mis mercancías porque se retrasaría mucho la expedición. Perdería todas las ganancias de la venta y, sin

embargo, será un viaje lleno de peligros, solo con el fin de obtener vuestros escritos.

El arzobispo miró indiferente a Guzmán. Sabía lo que venía después y dejó que fuera el mercader quien fijase su precio para empezar a negociar.

—Si Su Ilustrísima estuviera dispuesto a compensarme solo una parte de las pérdidas que voy a tener con el mandado y quisiera tomar en cuenta el riesgo al que me expongo... De seguro que no tendrá inconveniente en recompensarme con cincuenta monedas de oro por este especial encargo, puesto que podría dejar viuda y dos huérfanas si las cosas se tuercen, Dios no lo permita.

Guzmán se santiguó y Nuño miró expectante al arzobispo. Rodrigo Jiménez observó con semblante serio al mercader y se tomó su tiempo antes de contestar.

—La oferta ha sido más que generosa, Guzmán. —El arzobispo hizo otra larga pausa—. La avaricia es uno de los siete pecados capitales y no creo necesario referirme a las escrituras para citar el episodio de nuestro Señor Jesucristo y los mercaderes en el templo.

Guzmán valoró sus opciones frente a tan importante dignatario y cliente.

—Disculpad mi atrevimiento, ilustrísima, no quiero enriquecerme a costa de los bienes de la Iglesia. Vuestra oferta es generosa y se hará como decís.

La negociación había concluido. El arzobispo extendió su brazo y Guzmán se arrodilló y le besó la mano. Nuño hizo lo mismo.

—Id con Dios y confío en que no tengáis ningún contratiempo durante vuestro viaje —dijo el arzobispo a modo de despedida.

Se apresuraron hacia la salida en silencio. El chico no quería interrumpir a Guzmán, que parecía contrariado, y la atmósfera en el interior del templo se le hacía opresiva. Al salir, la luz del sol les hizo entornar los ojos hasta que se acostumbraron a la claridad. Fuera de la catedral reinaba el bullicio habitual y Nuño olvidó al instante el encuentro con el arzobispo.

—¿A dónde vamos ahora, Guzmán? —preguntó el muchacho.

—Nos daremos un baño aquí cerca, en el Cenizal, e iremos a mi casa; estoy cansado del viaje... Pero antes pasaremos a ver a Miguel Escoto.

Nuño le miró interrogante mientras subían a los caballos y dejaban atrás la catedral.

—Miguel llegó de Escocia, una tierra muy lejana, más allá del mar —aclaró Guzmán—. Es traductor. Hace tiempo le conseguí unos ejemplares de Aristóteles y puede que necesite alguno más. Si Rodrigo cree que me voy a arriesgar por los miserables precios que me paga, está muy equivocado.

—¿Por qué no rechazas el encargo si es tan peligroso?

Guzmán juntó su montura a la de Nuño y se inclinó sobre el muchacho.

—El arzobispo es un cliente importante y una persona con mucho poder. Además, tengo un proyecto secreto que me puede reportar importantes ganancias y necesito tener una buena relación con la Iglesia para poder llevarlo a cabo. Te voy a decir lo que haré, hijo; organizaré una expedición, venderé mis sedas, conseguiré los libros y

el avaro don Rodrigo me pagará el doble por el mismo trabajo de siempre.

Guzmán espoleó su caballo, que comenzó a levantar polvo por las calles menos transitadas de la ciudad, indiferente a las quejas de los transeúntes. El mercader reía a carcajadas y Nuño le siguió sin comprender muy bien el porqué de su buen humor.

*Zorita**4 de junio de 1211*

Todo estaba a punto para iniciar la expedición.

Félix había revisado la lista de preparativos junto con el comendador de Zorita, Martín Fernández. Las provisiones y los refuerzos de Atienza, Auñón, Cogolludo y las casas del Collado habían ido llegando durante la tarde del día anterior, así que podrían salir temprano para viajar frescos.

Como de costumbre, se había levantado antes del amanecer para los rezos de maitines, sin embargo el día de su marcha, en vez de permanecer rezando hasta el oficio de laudes, bajó al río para bañarse antes del frugal desayuno.

La Orden no veía con buenos ojos un exceso de higiene personal, que podía interpretarse como un acto de vanidad. Los freires estaban obligados a dormir vestidos y ceñidos con su equipo de campaña, y su vestimenta no debía denotar el más mínimo adorno o superficialidad. Félix había conseguido un trozo de jabón de uno de los habitantes de la villa, y se lavó con cuidado después de haberse frotado arena con fuerza para eliminar la suciedad de las últimas semanas. Sumergido en el río hasta la cintura, la piel se le enrojeció por el frío y las cicatrices más recientes, que surcaban sus brazos y su torso, destacaban amoratadas. Siempre se había sentido incómodo dentro de su cuerpo, demasiado larguirucho y desgarrado hasta que, al dejar atrás la adolescencia, su musculatura empezó a desarrollarse. La instrucción con todo tipo de armas, especialmente la espada; las cabalgadas interminables por la frontera, y la vida al aire libre, en continuo movimiento, terminaron de dar forma a su imagen.

Debía de estar loco para bañarse tan temprano, pensó, pero tenía la costumbre de no iniciar nunca una expedición sin antes haberse aseado. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta el siguiente baño, podrían ser semanas o incluso meses, y sabía que una herida se infectaba con mayor rapidez si estaba rodeada de suciedad.

Uno de los hermanos legos le había conseguido ropa limpia y, al salir del agua, se secó al aire antes de colocarse la camisa y los calzones. Sobre esta se encorsetó el gambax, una prenda de tela acolchada sobre la que se colocaba la loriga, una cota de malla que le cubría el torso y las mangas y le llegaba hasta media pantorrilla, que previamente había sido pulida con esmero por el hermano que le había conseguido la ropa. También se colocó las brafoneras, unas calzas confeccionadas con los mismos anillos de acero entrelazados que la loriga, que se ajustaban a sus piernas como unas medias de tela.

La cota de malla relucía de limpia, lo que le hizo pensar que, cuando el sol

estuviese alto, sus protecciones brillarían demasiado. Para entonces más le valdría encontrarse en camino, lejos del castillo y de las miradas severas de algunos de los hermanos de mayor edad. Los estatutos prohibían llevar bridas o espuelas de oro, pectorales adornados de oro y seda, cabestros y vainas de cuero teñido o mantillas demasiado adornadas. Así pues, hablaría con el comendador después de laudes y, para el oficio de prima, al salir el sol, ya estarían cabalgando hacia Ciruelos.

Dejó las manos fuera de las manoplas de acero en las que terminaban las mangas de la cota y se puso el escapulario y la sobreveste blanca de la Orden; una túnica sin mangas que se usaba sobre la loriga para evitar que los anillos de acero se calentasen demasiado por el sol. Luego se ajustó el cinturón, de manera que el peso de la cota de mallas quedase repartido entre los hombros y la cintura y, antes de colocarse el casco, se ató los cordones de la cofia por debajo de la barbilla y puso encima un bacinete de cuero protector que cubrió con el almófar, una malla de anillos de acero que le cubría la cabeza, el cuello y parte de los hombros, que disponía de un agujero para dejar que asomase la cara.

Recogió la ropa sucia y los guantes de cuero, que sujetó entre el cinturón y la sobreveste, y comenzó a caminar hacia la fortaleza. Apenas notaba el peso de la espada y la daga que le colgaban del cinto y se sentía preparado para emprender el camino. A punto estuvo de pecar de soberbia cuando notó las miradas envidiosas de los centinelas. Ascendió por el camino angosto al pie del muro y cruzó bajo el rastrillo colocado entre los dos arcos que formaban la entrada del lado del río.

Ya no era el muchacho asustado que había participado en la toma de Salvatierra doce años atrás. Desde entonces había recorrido la frontera en numerosas ocasiones y siempre había salido victorioso de los lances en los que había luchado, incluso en las situaciones más desesperadas.

Una punzada de rabia le recordó la muerte de Rodrigo Núñez y su cobardía al no haber delatado a Silvestre. El anciano todavía vivía y había ido ganando apoyos entre algunos de los freires, por lo que su palabra pesaba mucho dentro de la Hermandad. Se debatía entre su obligación de contar lo sucedido o dejar los hechos en el pasado, pero en no pocas ocasiones sus rezos habían sido para pedir perdón por su miedo a confesar al maestro lo que sucedió aquel día. Las consecuencias de revelar su secreto después de tanto tiempo serían imprevisibles por lo que intentaba olvidarse del tema aunque no siempre lo conseguía.

Al dirigirse hacia los aposentos se cruzó con el grupo de caballeros que había seleccionado para la expedición, y se saludaron con un gesto. La Orden imponía el voto de silencio en determinadas estancias, aunque los freires eran hombres de pocas palabras ya de por sí.

Cuando llegaba a la puerta de los edificios adosados a la muralla se topó con Tello, que salía hacia el patio para reunirse con los demás freires de la expedición.

—¿Pero dónde va este príncipe de la cristiandad, tan reluciente? —le saludó el joven.

—Buenos días, Tello —respondió él, ignorando el comentario de su amigo—. ¿Estás listo para partir?

—Todo listo. Anoche recogí las lanzas que faltaban por afilar y el herrero le ha dado un repaso a mi espada, solo que no le ha sacado tanto brillo como a tu loriga. Tienes que contarme el secreto...

—El secreto está en cuidar el equipo para que la suciedad no lo estropee. Creía que fue lo primero que aprendiste al entrar en la Orden... Por cierto, un poco de limpieza te vendría de maravilla, o los infieles nos olerán a muchas leguas de distancia —respondió Félix—. Voy a ver a Martín, ¿sabes dónde está?

—El comendador está en su celda. El servicio ha terminado y se ha retirado a sus asuntos, seguramente a orar por el buen fin de la expedición.

—Gracias, Tello, saldremos enseguida. Hazme un favor, busca a *Mustafá*, nos lo llevamos.

—¿Podrá mantener el ritmo?

—Lo hará sin problemas. Creo que podría sernos útil en Salvatierra.

—Si se prolonga el asedio tendremos que matarlo, ¿has pensado en eso?

—Por lo que sé, tenemos víveres de sobra y el asedio no se prolongará. El rey vendrá en nuestra ayuda en cuanto se haya recogido la cosecha; Salvatierra es demasiado importante para dejarla caer en manos de los infieles.

—Que Dios te oiga —terminó Tello, y salió en busca del perro antes de unirse al grupo.

Félix avanzó por un estrecho pasillo abovedado en busca del comendador. Cuando llamó a la puerta con dos golpes secos, la voz de Martín respondió desde el interior.

—Adelante.

—Buenos días, Martín —saludó Félix al entrar.

—Buenos días nos dé Dios. ¿Está todo listo?

—Todo preparado. Vengo a despedirme y a ver si se ofrece alguna cosa más.

—Esta carta para el maestre —repuso Martín, entregándole un rollo de pergamino lacrado con el sello del comendador—. Quiero que la reciba de tu mano.

—Por supuesto.

—Para saciar tu curiosidad, te diré que le envíó una relación de las cuentas de la encomienda y del estado de las provisiones, así como de los caballeros de que disponemos en caso de necesidad. Puede que necesitéis ayuda con la morisma, pero como comprenderás, los detalles solo le interesan a él. —Martín alargó la mano y cogió otro rollo de la mesa—. Esta carta también es para Ruy, en ella le hablo de tu situación.

—No es necesario —interrumpió Félix—. Además, dadas las circunstancias, no creo que sea el momento más adecuado. Ni siquiera yo mismo sé lo que va a pasar.

—Por favor, Félix, déjame continuar. Entiendo que para cuando llegues a Salvatierra ya habrás tomado una decisión y no me cabe duda de que no vas a dejar

de cumplir tus obligaciones con la Orden, pero desde que el rey rompió la tregua, nunca va a ser buen momento. Si cambias de opinión, siempre puedes destruir la carta y olvidaremos el asunto.

Martín estaba presionándole para que tomara una decisión y podía ver en la cara de Félix lo incómodo que se encontraba. El joven sabía que podía contar con el apoyo del comendador, pero le aterraba la idea de dar un mal paso.

—Como quieras —contestó Félix, resignado.

—Id con Dios y no os retraséis más de lo debido —se despidió Martín.

Félix inclinó su cabeza y salió de la celda con los dos rollos de pergamino. En su mente se agolpaban los planes para los próximos días.

Salió al patio y se dirigió a las cuadras, donde le esperaban diez caballeros dispuestos para partir. La expedición se completaba con otros tantos escuderos, hermanos legos o novicios, y siete mulas que cargarían con las provisiones. Algunos de los freires no convocados habían ido a despedir a sus hermanos y rodeaban al grupo deseándoles que la misión llegase a buen término, con envidia mal disimulada por permanecer en la retaguardia. Félix guardó las cartas en una de sus alforjas y montó sobre su alazán. Su amigo le pasó las riendas y él se volvió hacia el grupo para comprobar por última vez que todo estaba listo.

Había elegido una mezcla de hermanos maduros, que le apoyarían en sus decisiones, y jóvenes con arrojo, capaces de salir al paso en una situación comprometida. Estaba más que satisfecho con las facilidades que le había dado el comendador, que le había permitido llevar a Tello como su lugarteniente en la expedición.

Vio a *Mustafá* con su collar de púas, sujeto por uno de los novicios.

—Cuando salgamos de la villa y aumentemos la marcha quiero que lo sueltes, seguirá mejor el ritmo —dijo al escudero.

—Sí, hermano —contestó el joven, orgulloso de que se hubiera dirigido a él.

Félix hizo avanzar a su caballo y se acercó a Tello. Una vez estuvieron uno junto al otro, comenzaron a caminar hacia la puerta sin necesidad de azuzar sus monturas.

El grupo se puso en marcha casi al unísono. No era una salida muy triunfal, pensó Tello, pero a su amigo nunca le habían gustado los discursos.

*Salvatierra**4 de junio de 1211*

La partida regresó al castillo al caer la tarde.

Los freires habían salido al amanecer en busca de provisiones y habían conseguido varios sacos de trigo y cebada, asaltando algunas aldeas situadas al este de la fortaleza. Los habitantes de la zona, como ocurría desde la ruptura de la tregua, se habían quedado sin las primeras mieses.

Al ver llegar a los jinetes habían huido a los montes cercanos, lejos de las espadas y las lanzas de los freires, mientras maldecían a los perros cristianos que asolaban sus tierras. Se hicieron, además, con unas ovejas y alguna que otra cabra, previendo la próxima llegada de un contingente de caballeros. Cualquier ayuda era bienvenida, pues las informaciones sobre el paso por el Estrecho de un descomunal ejército habían caído como una losa sobre el ánimo de los freires aún a pesar de los éxitos de las recientes incursiones cristianas.

Silvestre Osorio desmontó y fue en busca del maestro, que se encontraba en el patio revisando las vituallas confiscadas durante el día. La piel colorada de su cabeza, redonda y pelada, relucía brillante por el sudor. El anciano se movía con agilidad a pesar de su edad y parecía que la cabalgada en busca de provisiones apenas le había fatigado.

—Buenas tardes, hermano Silvestre —saludó el maestro de la Orden de Salvatierra, Ruy Díaz—. ¿Cómo se ha dado la jornada?

—Buenas tardes, maestro —respondió con una ligera inclinación—. No ha sido mala: tres arrobas de trigo y casi cinco de cebada, aunque aún es pronto porque los campesinos todavía están recogiendo la mies. Además hemos tenido la fortuna de toparnos con un pastor y le hemos arrebatado cinco ovejas y dos cabras. Ha sido una pena no haber tenido más mulas donde cargar los animales. Estábamos bastante lejos y pastorear hasta aquí todo el rebaño hubiera sido demasiado arriesgado.

Silvestre tenía la boca seca y llena de polvo y se enjuagó con el agua que le ofrecían, escupiéndola a un lado antes de ponerse a beber a grandes tragos.

—Debemos dar gracias a Dios por la buena presa que habéis conseguido. Hace tiempo que no se ven pastores por los alrededores, nos temen demasiado. He oído decir que están enviando cartas al rey Alfonso, desde Jaén, protestando por estos ataques. Pero el buen rey nos respalda e incluso nos apremia a continuar asolando las tierras de los enemigos de la Fe, así que no tenemos de qué preocuparnos.

El maestro miraba a Silvestre de frente, muy erguido, con las manos agarrando su cinturón y las piernas ligeramente abiertas. Los ojos marrones de mirada intensa, la

piel gruesa surcada de arrugas y la barba oscura veteada de plata le daban un aspecto respetable que emanaba autoridad por los cuatro costados.

—Así es —asintió Silvestre, que decidió aprovechar la conversación para tantear al superior—. La situación de Salvatierra, tan lejos de territorio castellano, nos hace muy vulnerables. ¿No deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en recuperar nuestra antigua sede en Calatrava y ganar los castillos de la zona para asegurar nuestra posición? Así podrían socorrerse unos castillos a otros y afianzar la frontera.

—He pensado lo mismo en muchas ocasiones, pero sin el apoyo de la Corona no tenemos fuerzas suficientes para acometer una empresa así. El rey prefiere meter la lanza más al sur, donde hace más daño.

—Es cierto que las tierras de aquí a Toledo no pueden competir con la riqueza de Al-Andalus y el botín no es tan abundante, pero tendríamos la posibilidad de consolidar nuestra posición e ir recuperando castillos y creando encomiendas — insistió.

Silvestre había estado mirando alrededor suyo mientras hablaba, pero cuando concluyó su frase, sostuvo la mirada de Ruy esperando una respuesta.

El maestro sabía del interés de Silvestre por recibir una fortaleza y administrar los bienes de la Orden como cabeza de la encomienda. Silvestre llevaba veinte años de freire y había visto cómo los cargos de comendador pasaban de largo e iban a hermanos más jóvenes, con menos experiencia y valía, pero de mejor linaje o reputación.

—No creo que sea el momento de dudar de nuestra lealtad a la Corona, ni de su apoyo a nuestra Orden —dijo el maestro, alargando la mirada más de lo necesario—. Hemos recibido nuevos informes sobre los movimientos del Miramamolín.

Silvestre cambió el gesto en actitud expectante hacia el maestro.

—Andados dieciséis días de mayo, el ejército de los agarenos finalizó el paso del Estrecho con la travesía del califa cerrando la operación. Acampó sus tropas en Algeciras y tenía previsto salir para Sevilla cuando nuestro informante se puso en camino. Es posible que ya hayan llegado a la capital.

—¿Conocemos la fuerza de la expedición?

—Todavía no, pero parece que se trata de un ejército colosal. —En aquel momento otra partida regresaba al castillo—. Quedad con Dios, hermano. Ahora tengo otros asuntos que atender —finalizó Ruy con brusquedad.

Silvestre entró al recinto interior de la fortaleza sin saludar a nadie, a veces el voto de silencio se le antojaba de lo más práctico, y se dirigió de inmediato a la capilla. Se sacudió el polvo de su sobreveste y se arrodilló frente a la imagen de Cristo. Rogó por conservar la serenidad y la fuerza suficientes para continuar con la penitencia que era su vida desde huyó de su tierra natal.

Silvestre Osorio había nacido cerca de la ciudad de Lugo, a orillas del río Miño, como el menor de siete hermanos. Con tres varones mayores que le dejaron a un lado en el reparto de las atenciones paternas, su padre estaba demasiado ocupado con la

administración de sus tierras y las frecuentes intrigas de la nobleza gallega como para estar pendiente de otro mocoso más, y su madre, además de ocuparse de llevar la casa, empleaba todo el tiempo que le quedaba en la educación de sus tres hijas con el fin de poder casarlas con pretendientes de familias nobles como la suya.

Silvestre era de carácter fuerte y, desde muy pequeño, demostró ser un niño difícil. Su comportamiento hizo que su madre se desentendiera de él y encargara su educación al párroco de la aldea. El padre Anselmo se preocupó de domesticar al rapaz y transmitirle todos sus conocimientos, así que Silvestre aprendió a leer y a escribir en latín y conoció la vida y obras del apóstol Santiago el Mayor, al que se le estaba construyendo una catedral desde hacía cien años.

La paz que le inspiraba la capilla siempre le traía buenos recuerdos; el estudio y el trabajo en la parroquia ayudando al padre Anselmo le hacían sentirse querido por el sacerdote.

Sus hermanos le despreciaban por ser el más pequeño y cuando jugaban con él era para practicar su destreza con espadas de madera, por lo que acababa siempre apaleado, sorbiendo lágrimas de dolor y rabia. Fue después de una de aquellas palizas cuando se propuso no soportar más agravios ni sufrir por la crueldad de otros. Su carácter cambió y se hizo más esquivo y reservado, pero continuó siempre dispuesto a devolver una afrenta, ya fuera en el momento o, si la situación no era propicia, mediante una venganza posterior.

La cicatriz que le bajaba desde la comisura de los labios hasta la mandíbula, fruto de una pelea en una taberna de Lugo, había terminado con una puñalada mortal en un callejón oscuro al muchacho que le había herido.

Silvestre ansiaba labrarse un futuro en Roma, verdadero centro de poder de la Cristiandad y, si para ello tenía que convertirse en sacerdote, profesaría los votos y sacrificaría su vida por llegar a dominar los cuerpos y las almas de los feligreses. Llegaría a obispo, o incluso a arzobispo o cardenal, y nadie osaría cuestionar sus palabras o sus actos.

En la época en que más dedicado estaba al estudio, su cuerpo comenzó a experimentar los cambios propios de la juventud y empezó a sentirse atraído por las muchachas de la aldea. Silvestre no había hablado del tema con nadie, ni siquiera con el padre Anselmo, que nunca mencionaba a las mujeres pues las consideraba hijas de Eva y manchadas por el pecado original, pero empezó a cruzar miradas con la hija de una sirvienta de la casa de su padre y notó una extraña ansiedad que no le dejaba dormir ni concentrarse en los libros.

Una tarde en que la lluvia había dado paso a un crepúsculo anaranjado, mientras el joven volvía a su casa desde la iglesia, se cruzó con la chica en el lindero del bosque y ella le cogió de la mano y lo condujo a un robledal donde, recostados el uno sobre el otro y envueltos en la humedad de la floresta, tuvieron su primer encuentro amoroso. Para él el descubrimiento de las suaves formas femeninas, la dulce melodía de la voz de su amante, la alegría de sus risas y los momentos compartidos

significaron el despertar a lo bello de la vida. La delicadeza y el cariño de sus primeros encuentros dio paso a tardes de pasión arrebatada y la espera hasta la siguiente cita se hacía insoportable.

Las semanas pasaron y Silvestre se convenció de que el inicial sentimiento de pureza que le había hecho sentirse próximo a Dios se había convertido en un ritual de pasión y lujuria que se repetía cada tarde y para el que no encontraba otra justificación que la debilidad de su carne y la influencia del demonio. Sin duda se encontraba en pecado mortal.

Trató de sonsacar al padre Anselmo intentando no parecer demasiado interesado.

El párroco le decía que el demonio andaba acechando en cada esquina y podía tomar las formas más inverosímiles; el deseo de gloria y poder, una bolsa de dinero sin dueño aparente, una jarra de vino, la desgana en obrar correctamente o unas curvas femeninas que despertasen la lujuria. Los siervos de Dios debían resistir a la tentación en cualquier forma en la que esta se presentase. Por fin encontró la respuesta a sus dudas en el libro de los Proverbios: “miel destilan los labios de la mujer extraña y es su paladar más suave que el aceite, pero su fin es amargo como el ajeno y punzante como espada de dos filos”.

Silvestre sintió pánico cuando, una tarde, estuvieron a punto de descubrirles unos hombres que buscaban leña muy cerca de donde yacían. Nunca se había asustado tanto y lo interpretó como un aviso divino. Consiguió evitar a la muchacha durante varios días, pero terminó rindiéndose a la sensualidad de la joven y, después del ansiado encuentro, ella le confesó que estaba embarazada.

Él estuvo rezando toda la noche y pidiendo perdón a Dios por haber vuelto a ceder a la lujuria ya que, justo cuando se había propuesto volver al camino de la virtud, Dios le había castigado arruinando su futuro en el seno de la Iglesia por culpa de la joven y de su preñez.

Al día siguiente se encontró con la chica y le dijo que tenía que acabar con el embarazo como fuera, que él no podía hacerse cargo ni de ella ni del niño, por lo que debía visitar a alguna de las viejas de las otras aldeas para que le diera algún bebedizo para terminar con aquello. Que además se acabarían aquellos encuentros y sería mejor que ella se marchase de allí.

Pero la chica le amaba y no lo entendió. Discutieron y la muchacha le amenazó con contarle todo en la aldea. Sus padres se enterarían, y sus hermanos, y el padre Anselmo, también. Silvestre la empujó y ella se abalanzó sobre él. Cayeron al suelo, ella sobre él, golpeándole y arañándole la cara y él tratando de sujetarle las manos. Entonces dobló una pierna y sacó un cuchillo que siempre llevaba escondido en la bota y, sin pensarlo, lo hundió con un fuerte golpe en el costado de la chica, que murió casi al instante. Sus ojos claros, llenos de lágrimas, le miraron sin comprender lo que estaba pasando. La mirada sorprendida y triste de la muchacha durante sus últimos instantes le acompañaría el resto de su vida.

Silvestre cubrió el cuerpo lo mejor que pudo con tierra, hojas y musgo para

disimular la sepultura. Le sangraba la cara y estaba sucio y sudoroso. Se dirigió a su casa evitando el camino y, durante el trayecto, decidió contárselo todo a su padre para que le ayudara a huir.

Cuando, a solas, entre jadeos y llantos le contó lo sucedido, su padre le maldijo por estúpido; por yacer con la sirvienta y, más aún, por haberla matado, aunque se alegró de no tener que solucionar él mismo el problema con la familia de la chica. Entregó a Silvestre una bolsa de monedas y un par de caballos del establo y le vio partir de madrugada con la promesa de no regresar jamás.

A orillas del río Algodor
5 de junio de 1211

Mustafá trotaba al lado de Félix sin acusar el cansancio del camino. Había pasado el mediodía cuando el caballero reunió el valor suficiente para desviarse del grupo, dejando a Tello al mando hasta que él les alcanzase al día siguiente.

La expedición había descansado la noche anterior en Ciruelos. Allí se les unieron varios freires con las correspondientes vituallas destinadas a engrosar las provisiones de la sede de la Orden en Salvatierra y, a la mañana siguiente, al pasar por la cercana encomienda de Huerta de Valdecarábanos, la hueste aumentó con nuevos jinetes. Desde allí, la ruta hacia Salvatierra les llevaría aguas arriba bordeando el río Algodor. Cuando el terreno se hiciese más escarpado, al girar el río hacia el oeste, abandonarían su curso y la partida continuaría por la llanura para atravesar el río Záncara por tierras de la Orden de San Juan. Dejando la imponente fortaleza de Consuegra a su derecha y cabalgando siempre hacia el sur, lejos de la amurallada ciudad de Calatrava, se desviarían finalmente al oeste para rodear unos cerros y, tras seguir brevemente el curso del río Jabalón, avistarían su sede.

Sin agotar a las bestias, pero manteniendo un buen ritmo y sin mayores contratiempos, en apenas tres días alcanzarían el castillo de Salvatierra. Félix observó a *Mustafá* y envidió la vida despreocupada del animal, atento solo a los accidentes del camino. La mente del freire hervía con la anticipación del próximo encuentro. Repetía una y otra vez las frases que quería decir, aunque sospechaba que en el momento de la verdad se olvidaría de todo lo que había estado preparando durante tantos días.

Para despejarse un poco se entretuvo observando el paisaje. A pesar de las pasadas lluvias, el campo amarilleaba ya por el calor del sol y parecía que en pocos días empezaría a deslucir. Sin embargo aún conservaba todo su esplendor y los ocres de los pastos, salpicados de flores silvestres azules y blancas con algunas manchas rojas donde se levantaban las amapolas, aún llamaban la atención. El día estaba completamente despejado y se respiraba una gran calma en el ambiente gracias a la amplitud del horizonte, que cortaba con nitidez el azul del cielo. Félix sonrió, era justo lo que necesitaba.

Al iniciar el descenso hacia el río avistó la heredad de Elvira a lo lejos. Esperaba encontrarla en la casa para evitar tener que buscarla por los campos; no quería perder un tiempo precioso que necesitaría para alcanzar de nuevo a la expedición.

Mientras se aproximaba a la casa salieron dos perros a su encuentro. *Mustafá* no dudó un instante y corrió hacia ellos con unas zancadas poderosas. De un salto

derribó al primero con un golpe en el pecho y, acto seguido, se abalanzó sobre el segundo aferrándolo por el cuello.

—¡*Mustafá!* ¡*Mustafá!* ¡Quieto ahora mismo! —gritó Félix—. Maldito animal, ¿por qué diablos le he traído? —murmuró.

Elvira salió de la casa, armada con un garrote, al oír los ladridos. Inmediatamente se acercó a los perros y comenzó a apalea a *Mustafá*, que se revolvió y atrapó el bastón con los dientes sin parar de gruñir.

Félix saltó del caballo y sujetó al perro, tirando del collar con tanta fuerza que lo levantó del suelo y este arrancó el garrote de las manos de Elvira.

—Sujeta a tu asesino, Félix —dijo Elvira—. Como haya herido a alguno de mis perros te juro que os costará caro.

Félix no podía creerlo, todos sus planes se habían ido al traste solo por el perro.

—Tus perros nos atacaron primero, si no *Mustafá* no se hubiera movido de mi lado.

—No hay que ver la cara de criminal que tiene, Félix. Criais a los perros solo para la guerra. Son igual que vosotros.

Elvira acarició a sus perros y comprobó que no tenían heridas ni cortes profundos.

—¿A qué has venido?

—Quería veros a ti y a Nuño, y comprobar qué tal estabais. ¿Dónde está Nuño?

—Está en el campo con Diego y Sancha —mintió Elvira, que no quería dar explicaciones.

Félix se volvió para atar a *Mustafá* a la silla de su caballo y tratar de ordenar sus pensamientos. Si la situación ya era complicada, el incidente no había hecho más que empeorar las cosas.

Comenzó a hablar de espaldas a la viuda, entreteniéndose mientras ataba al perro.

—Verás Elvira, vamos en campaña hacia Salvatierra; una partida de rutina. Yo estoy al frente de la expedición, pero me he desviado para veros a los dos y he dejado a Tello al mando.

Elvira acariciaba a sus perros sin dejar de mirar al freire.

—Por fin te han reconocido tus años de obediencia y sumisión. No me explico cómo te arriesgas dejando a ese insensato de tu amigo a cargo de la hueste.

Félix se volvió hacia la joven.

—Bueno, lo he hecho por verte.

Elvira reflexionó unos instantes y le dirigió una sonrisa a medias. La visita de Félix podría serle muy útil.

Se conocían desde que Martín y él fueron a buscar al padre de Nuño para que les ayudase en la toma de Salvatierra. Fue un encuentro muy breve pero, después de la muerte de Rodrigo, Félix siempre se había preocupado por el bienestar de la viuda y su hijo, aunque el freire solo se había atrevido a declararle su amor el año anterior.

Elvira se sorprendió en un primer momento, aunque luego empezó a relacionar las visitas y las atenciones de Félix con algo más que un gesto de buena voluntad

hacia ellos. Era un caballero apuesto y de buena planta, pero a pesar de que ella nunca lo había considerado un posible pretendiente, de repente se sorprendió a sí misma cepillándose el pelo o poniéndose un vestido limpio cuando pensaba que él podría aparecer en alguna de sus visitas. Félix no le desagradaba y tenía sentimientos encontrados desde la declaración del freire, aún así le mantenía a distancia hasta que él se comprometiese e hiciese pública su decisión. Pero él se resistía a abandonar la Orden y Elvira estaba cansada de la situación.

—Me gustaría que llevases una carta a frey Ruy Díaz de Yanguas.

Otra carta para el maestro, pensó Félix.

—¿Serías tan amable de hacerme el favor? —insistió Elvira con una amplia sonrisa.

Elvira llevaba un vestido de paño verde que dejaba sus hombros al aire y lo cubría con un mandil atado a su cintura que resaltaba sus formas femeninas. Félix no podía resistirse y no dudó ni un instante.

—Por supuesto, sabes que lo haré encantado.

—Está bien, entremos en casa, que hace mucho calor para estar al sol. Y deja bien atada a la bestia esa que llamas perro; no quiero más jaleo.

Félix acercó su caballo al cobertizo y vio que no estaba el caballo de Elvira. Quizá lo habrían llevado a la era a pisar la cebada. Amarró las riendas a una estaca, junto al abrevadero, y se aseguró de que *Mustafá* quedase bien sujeto antes de seguir a Elvira al interior de la vivienda.

La casa estaba en penumbra y conservaba el frescor de los meses pasados. El olor a la ceniza del hogar, la paja fresca del suelo y la madera de las vigas y los escasos muebles se notaban intensos al entrar.

Elvira sacó un rollo de pergamino de un arcón. Félix la observó mientras se inclinaba y no pudo evitar sentirse turbado por las sinuosas formas que se dibujaban bajo la tela desgastada de su vestido. La espalda recta de la joven se estrechaba hacia el talle de su cintura para ensancharse suavemente en las caderas.

Elvira se volvió y le entregó el pergamino.

—Aquí tienes. Es para el maestro en persona. No quiero que se lo des a nadie más que a él. ¿Lo harás?

—Claro, Elvira, tienes mi palabra.

—Dime, Félix, ¿cómo van las cosas por tierra de moros?

—La situación está tranquila —dijo Félix, sin querer alarmarla con las últimas noticias del desembarco del ejército almohade—. El rey campa a sus anchas por Murcia y los colonos que se asientan hacia el sureste, en tierras de la Orden de Santiago, no se ven amenazados.

Elvira se quedó más tranquila después de oír aquello. Ya era bastante arriesgado haber dejado partir a Nuño en la situación actual, pero si los conflictos fronterizos empeorasen, pediría a Félix que se ocupase de buscar al chico, aunque por el momento no quería decirle nada.

—¿No quieres saber qué pone en la carta?

Félix notó que la sonrisa cálida de hacía unos instantes se tocó con un aire malicioso.

—Solo si me lo quieres decir.

—Entonces no te lo diré. Ya te gustaría.

Félix no quería entrar en el juego porque sabía que, como siempre, sería el primero en ceder.

—No quiero saberlo.

—Pues es algo que podría interesarte; nos afecta a Nuño y a mí.

—Si eso es todo, ya veo que estáis bien. Tengo que marcharme.

—Como quieras, Félix. Te agradezco mucho que me hagas el favor.

Félix cogió el rollo de pergamino y salió hacia los establos, contrariado. Le picaba la curiosidad, pero no quería dar a Elvira otra pequeña victoria. Y lo que más le molestaba era no haber cumplido con el propósito de su visita. *Mustafá* estaba echado a la sombra del cobertizo y se levantó al ver salir a su amo, esperando a que le liberasen de la cuerda, pero se volvió a tumbar cuando vio cómo Félix se daba la vuelta y volvía a entrar en la casa.

—Verás, Elvira... —comenzó algo cabizbajo.

Elvira estaba exultante, había ganado otra vez, la curiosidad de Félix era como la de un niño.

—Nos conocemos desde hace años. La primera vez que te vi, yo no era más que un muchacho larguirucho y huidizo y tú una chiquilla recién casada que se despedía de su esposo. —Félix sabía de lo doloroso de la situación y reflexionó durante unos instantes antes de continuar—. No sabes cómo me he reprochado no haber podido hacer nada para salvar a Rodrigo, pero su muerte a traición nos cogió desprevenidos a los que le acompañábamos. Apenas le conocía, pero él me salvó la vida durante la lucha y yo no pude hacer lo mismo. Todavía no me lo he perdonado.

Félix levantó un poco la vista para mirarla a la cara. Elvira tenía el gesto serio pero sereno. A pesar de que solo le llegaba hasta el pecho y era bastante más menuda que él, se mantenía firme, mirándole a los ojos y a él le fallaron un poco las fuerzas para continuar.

—Cuando el antiguo maestro, Martín Martínez, nos envió a frey Silvestre y a mí a darte la noticia, se me partió el alma al verte tan desamparada. Durante todos estos años he venido a visitarte, siempre que podía escaparme de mis obligaciones, y he tratado de ayudaros a Nuño y a ti en todo lo que he podido. Por fin hace unos meses me atreví a confesarte lo que siento por ti.

Félix la cogió de las manos con suavidad y Elvira se dio cuenta de que aquello era más serio que la tontería de la carta. Su corazón empezó a latir más deprisa, aunque mantuvo la seriedad con la que escuchaba a Félix.

—Verás Elvira, yo te quiero. Te amo. Siempre he estado enamorado de ti. Cada vez que venía a verte era el hombre más feliz del mundo, y cuando salía de aquí era

tu recuerdo el que me daba fuerzas para seguir adelante en los momentos de peligro o de soledad.

Elvira notó cómo su corazón se desbocaba, pero se esforzó por continuar impassible aunque a Félix la pareció intuir un ligero brillo en su mirada.

—No creas que esto es un capricho —prosiguió, intentando llenar el silencio—. He estado pensando durante mucho tiempo y no quiero vivir más tiempo lejos de ti. Si tú quisieras, yo colgaría el hábito y estaría dispuesto a empezar una nueva vida contigo y con Nuño. Podríamos casarnos y vivir felices como una familia. Seré un buen padre para Nuño y un buen marido para ti.

Félix llevó las manos de Elvira a sus labios y las besó.

Elvira no se movió. Necesitaba tiempo para pensar. Algunas veces había visto algo más que amistad en los ojos de Félix, y cuando él le confesó su amor por primera vez comprendió el sentido de las visitas frecuentes, las atenciones y la entrega con Nuño.

Tras enviudar, Elvira no había querido saber nada de Félix durante muchos meses, pero ante la insistencia de él, volviendo una y otra vez con provisiones, caza o pequeños regalos, se decidió a hablar con el joven freire, aunque siempre trató de mantener al niño alejado. Elvira contempló a Félix y se percató de lo aseado y limpio que estaba. Sin duda alguna todo aquello era por ella.

—¿Estarías dispuesto a dejar la Orden? —preguntó, deseando que la respuesta de Félix fuese afirmativa.

—Sí. Estaría dispuesto a empezar una nueva vida contigo y con Nuño. Vivir como una familia y no separarme de ti. Nunca.

Félix la miraba a los ojos esperando ver algo, pero a excepción de un ligero brillo en las pupilas, Elvira no dejaba entrever ningún sentimiento.

—Mis padres —continuó Félix— tenían unas casas en Toledo que pasaron a ser administradas por la Orden cuando los freires se hicieron cargo completamente de mí. Al profesar los votos no entregué todas las casas, por deseo expreso de mi padre, así que todavía me pertenecen. Podríamos ir a vivir a la ciudad si tú quieres.

Elvira no contestó, pero sus ojos verdes empezaron a llenarse de lágrimas.

—Yo te amo, Elvira. Cuando estoy contigo me siento como cuando la luz del atardecer calienta mi piel en invierno. Cuando me alejo, siento frío y no hago más que pensar en ti y en la familia que podríamos llegar a ser.

Elvira notó cómo afloraban sentimientos que hacía mucho tiempo había olvidado. Félix la estrechó por la cintura y la miró suplicante. Ella le rodeó el cuello y, poniéndose de puntillas, le besó en los labios. Él la alzó del suelo, para que sus ojos estuvieran a la misma altura y, entre besos y caricias, no paraba de decirle que la amaba y lo mucho que había anhelado este momento. No pudo evitar envolverle con sus brazos y apoyó su cabeza sobre el hombro de él, notando su cuerpo fuerte sosteniéndola y se dejó abrazar, disfrutando de la magia del momento. La sensación de sentirse amada hizo que el mundo se detuviese a su alrededor y las lágrimas

resbalaron por sus mejillas.

Sonrió y empezó a besar a Félix, diciéndole lo feliz que la había hecho. Permanecieron largo rato abrazados, con miedo de separarse por si se rompía el hechizo. Finalmente ella se apartó de él.

—¿Cuánto tiempo tardarás en regresar?

—No tardaré. En cuanto llegue a Salvatierra hablaré con el maestro y le pediré que acepte mi renuncia. —Félix recordó la gravedad de la situación pero prefirió no mencionarlo, ya se le ocurriría algo.

—Te estaré esperando cuando regreses —dijo Elvira—. La carta que te he dado es para vender estas tierras a la Orden —confesó—. Estoy cansada de vivir aquí y creo que Nuño necesita un futuro mejor que este terruño al borde del río. Con la venta de las tierras pensaba mudarme a Palencia, dónde viven mis padres; allí podría instalarme y pagar unos estudios a Nuño para alejarle de los peligros de la frontera. —Elvira se mordió el labio inferior, pensativa—. Pero si prefieres que vayamos a Toledo, podemos hablarlo y decidir qué es lo mejor —concluyó insegura.

—Ya habrá tiempo para hablar de todo esto. No quiero que te quedes triste —dijo Félix, secando las lágrimas de sus mejillas—. Regresaré cuanto antes. Pase lo que pase, me esperarás aquí. Vendré a buscarte, como siempre he hecho.

Félix la besó de nuevo y se abrazaron con avidez.

Al caer la tarde salieron cogidos de la mano en busca del caballo. Cuando *Mustafá* los vio salir alzó las orejas, resentido por su cautiverio, y no se movió hasta que Félix llegó a su lado para desatarle. El caballero montó sobre su corcel y se inclinó sobre Elvira para besarla una última vez. Ella le sonrió más hermosa que nunca.

Cuando se hubo alejado unos pasos, él se volvió y la saludó con la mano antes de partir a todo galope en busca de la hueste. Elvira se quedó de pie un buen rato mirando al horizonte, incluso después de que Félix, su montura y su perro se perdieran de vista. El sol, al ponerse, iluminaba un paisaje completamente en paz, sin embargo la agitación que sentía la hacía temblar y un escalofrío recorrió su espalda cuando la asaltaron los recuerdos de la partida de su difunto esposo. Decidió que añadiría a Félix a sus rezos de todas las noches por Nuño, hasta que lo viera regresar sano y salvo.

A pesar de sus miedos, se sentía feliz.

*Salvatierra**5 de junio de 1211*

Silvestre hubiera preferido pasar la mañana en su celda atendiendo asuntos de la administración de la Orden pero, durante el capítulo de la noche anterior, frey Gonzalo Gómez, clavero de Salvatierra a cargo de la guarda y defensa de la fortaleza, había convencido al maestro para que todos los esfuerzos de los freires se concentrasen en las defensas de la plaza y en el acopio de víveres.

Muy a su pesar, Silvestre se encargó de dirigir a un grupo de legos en la construcción de unas cercas de madera en el albacar del castillo. El vallado serviría para guardar el ganado en zonas separadas para las ovejas, las cabras y los cerdos. Los caballos tendrían que apretarse un poco más de lo habitual en los establos y aún no estaba claro qué se haría con tan costosos animales en caso de un largo asedio. La fortaleza estaba preparada para resistir cuanto hiciera falta, pero si el ejército del Miramamolín era tan grande como decían, la prueba supondría un enorme sacrificio para la Orden. Quizá incluso su fin.

El trabajo estaba casi terminado y solo faltaba clavar los últimos tablones para completarlo y distribuir a los animales.

Silvestre estaba muy acalorado y se sintió aliviado al entrar al refectorio para almorzar, a resguardo del sol del mediodía. Con el paso de los años cada vez le resultaba más difícil aclimatarse a los cambios de estación.

En silencio, avanzó hasta su sitio y se sentó al extremo de una de las mesas de madera. A lo largo del tablero estaban dispuestas varias jarras de agua y algunos cestos de mimbre con rodajas de pan duro. El maestro debía estar reservando el vino para él solo, pensó al ver el color del agua en las vasijas.

Cuando todos los monjes estaban sentados, los hermanos encargados de servir repartieron un cazo de sopa de cardo, junto con tres pedazos de carne de liebre que añadían a cada cuenco para revitalizar los fatigados cuerpos de los comensales. Una vez servidos todos los tazones, el maestro Ruy Díaz de Yanguas bendijo la mesa y los freires se dispusieron a comer en silencio mientras un hermano leía los estatutos de la Orden para instruir a los novicios y recordar la regla a los hermanos más antiguos. Su voz sonaba monótona en la sala.

—Quien fuese desobediente al maestro, o al comendador, recibirá castigo en la hora prima y estará tres días en semana a pan y agua, comerá en el suelo, sin capa, y perderá el caballo y las armas durante medio año. Quien diga mentira a su hermano, recibirá castigo en el capítulo y estará seis días a pan y agua. No habrá diversidad en el hábito fraterno, sea la capa y la sobreveste, pues solo son de una manera.

Cualquiera que desobedezca, en adelante no podrá vestir sobreveste, sino una túnica. Ninguno podrá llevar pelliza a menos que esté enfermo, ni vestidura, ni gorro secular, ni botas puntiagudas, ni capa con mangas largas...

Silvestre pescó un trozo de carne con los dedos y lo devoró de un bocado, antes de alzar el cuenco con las dos manos y empezar a sorber el caldo, saboreando la sopa y echando en falta un poco de vino con el que alegrar el almuerzo.

Sin prestar atención a la lectura, comenzó a recordar su juventud y sus sueños de llegar a convertirse en un gran dignatario de la Iglesia; un obispo o incluso un cardenal. La realidad le golpeó como una bofetada al mirar a su alrededor y ver a los freires sucios y cansados como él, engullendo la comida después de una mañana de duro trabajo al sol.

Los preparativos para el asedio no les habían permitido el merecido descanso dominical. Por fortuna, el domingo era uno de los tres días a la semana que la Orden permitía comer carne, aunque solo fuera un plato para todo el día.

Una vez terminado el frugal almuerzo, los freires se levantaron y salieron en silencio del refectorio para distribuirse por la fortaleza y ocupar el tiempo hasta la hora tercia. Después regresarían a sus tareas una vez superadas las horas de mayor calor.

Silvestre decidió que después de haber sacrificado tantos años a la Orden no podía permitir que el maestre jugase con su futuro tratando de mantener la fortaleza de Salvatierra a toda costa, arriesgando incluso la supervivencia de la hermandad. La idea le había estado rondando toda la mañana y, con un poco de suerte, pensó, podría incluso escapar de la masacre que esperaba a los defensores si lograra marcharse antes de que comenzase el asedio.

Se escabulló y se apresuró hacia la celda del maestre atajando por una pequeña puerta que comunicaba el corredor del dormitorio con la cocina. Una vez allí caminó sin prisa por el pasillo por el que supuso tendría que llegar Ruy Díaz. Al doblar una esquina se topó con él.

—Frey Ruy, qué coincidencia tan inesperada.

—Hermano Silvestre, os hacía saliendo del refectorio —contestó el maestre suspicaz.

—He preferido seguir otro camino para terminar en paz unos pensamientos que me asaltan desde hace días y a los que aún no he encontrado solución. Si me permitís compartíroslos con vos, creo que mis oraciones habrán sido escuchadas; no en vano quizá haya sido la Gracia divina la que haya propiciado este encuentro.

Ruy tuvo la sensación de que el anciano tramaba algo.

—Hablad, Silvestre.

—El futuro de la Orden está en peligro. Las últimas noticias que han llegado hablan de innumerables efectivos. El Miramamolín ya ha cruzado el estrecho y viene de camino.

—Al grano, Silvestre —atajó impaciente frey Ruy.

—Creo que esto podría suponer el fin de la Orden. Si los moros se deciden a atacarnos, el rey no podrá reunir suficientes hombres para venir en nuestra ayuda. Los reinos cristianos están divididos y las relaciones con León y Navarra son desastrosas.

El maestre cruzó los brazos sobre el pecho tapando la cruz de su sobreveste.

—Aragón y Castilla se apoyan. Además, no sabemos si los moros vendrán contra nosotros o subirán por el este. Parece claro que la ruta hacia el Levante está descartada por el lugar por el que han pasado el Estrecho —adujo frey Ruy.

—Es casi seguro que vendrán contra Castilla. Nosotros somos la primera piedra en su camino y no creo que venga nadie en nuestro auxilio.

—Si el señor quiere someternos a esta prueba, la cumpliremos con gusto y humildad. No vamos a abandonar nuestro castillo ni a desproteger el reino de nuestro soberano.

El maestre se mantuvo firme.

—Tampoco abandonamos Calatrava tras la derrota de Alarcos y, aunque el rey y otros hombres se salvaron tras la batalla, todos los ocupantes de nuestra sede fueron pasados a cuchillo.

Silvestre sintió los ojos helados del maestre y se percató de que se estaba excediendo.

—No os pido que abandonemos la fortaleza —continuó—, ni el reino que nos cobija, pero sí que traslademos las reliquias y las riquezas a Zorita. Allí estarán a salvo de los moros.

—Necesito a todos los hombres de los que puedo disponer y no quiero arriesgar las reliquias en una expedición que no esté protegida.

—Puede hacerse. Bastará con un par de caballeros que conozcan bien la zona.

—¿Quieres abandonar a tus hermanos en esta hora difícil?

—Mi compromiso con la Orden está más que demostrado, Dios lo sabe.

Silvestre miró fijamente al maestre y notó cómo se encendían sus mejillas.

Ruy le sostuvo la mirada, en silencio, para enfurecerle aún más.

—Tenéis razón. Perdonad, frey Silvestre, vuestra valentía está fuera de toda duda.

—No tengo que ser yo el que realice el transporte. Es más, aunque me lo pidierais a mí, me negaría a hacerlo. Mi sitio está junto a mis hermanos, pero creo que debo insistir en que toméis una decisión cuanto antes.

—Esta mañana llegó otro correo; el Miramamolín descansó en Tarifa seis días. Desde allí se dirigieron a Sevilla y les llevó nueve días llegar. Como veis se desplazan con mucha lentitud, los caminos están impracticables por las lluvias, así que aún tardarán en llegar a Salvatierra, si es que vienen hacia aquí.

—Puede que contemos con algo más de tiempo, pero nuestra situación no cambiará por eso y, si se mueven tan despacio, es porque el tamaño del ejército debe ser descomunal.

Ruy dio la conversación por terminada y comenzó a caminar hacia su celda.

—Tenemos tiempo para meditarlo con calma, frey Silvestre —dijo mientras se

alejaba—. Roguemos al Señor que nos guíe para tomar las decisiones correctas y nos dé fuerzas para superar esta prueba.

—Que así sea.

Silvestre se quedó plantado en el corredor y decidió encaminarse hacia la capilla en busca de unos instantes de tranquilidad. En la quietud de la cripta, lejos del ajetreo de los preparativos, podría meditar y ordenar sus pensamientos.

A la entrada de la capilla se encontró con el sacristán, que estaba saliendo, y supo que tenía que aprovechar la ocasión. Le agarró de una manga del hábito y desplazó al anciano de cara colorada y aspecto bondadoso a un lado de la entrada.

—He oído que el ejército de los moros es tan grande como una plaga de langosta —cuchicheó.

El sacristán, más bajo que él y entrado en años y en carnes, tenía el pelo blanco, la mirada acuosa y se movía con lentitud. No en vano era uno de los monjes más rollizos del castillo.

—Que Dios nos ayude, frey Silvestre —contestó el hombre, y se santiguó.

—¿Cuántos años habéis estado a cargo de las reliquias de la Orden?

El sacristán entrelazó sus dedos y reposó las manos encima de su prominente barriga.

—Tantos que ya ni me acuerdo.

—Salvatierra será atacada por los moros y no podemos arriesgarnos a perderlas. ¿Qué pasaría si los berberiscos se quedasen con el brazo de san Feliciano? ¿O con el hueso de san Jorge? ¿Y si perdiésemos los huesos de san Ignacio y san Víctor? ¿Y el de san Marcos Evangelista?

—Por el amor de Dios, frey Silvestre, me estáis alarmando.

—Peor aún; podríamos perder la cruz con las reliquias de san Pedro y san Pablo —exclamó, con los ojos muy abiertos, mirando al sacristán con seriedad—. Es algo que no nos podemos permitir, estamos obligados a custodiarlos y a defenderlos de los enemigos de la fe.

—Así es, pero ¿qué podemos hacer?

—Creo que no debemos ponerlas en peligro. En vuestro lugar, yo hablaría con el maestre, por si se pudieran trasladar a un sitio seguro. Zorita sería el destino más lógico para tan gran tesoro.

El sacristán suspiró aliviado.

—Tenéis razón, hermano. Tendré que mencionárselo a nuestro maestre.

Silvestre sonrió, agradecido por el ofrecimiento.

—No le digáis que os lo he dicho yo. Como buen sacristán, esta idea se os habría ocurrido también a vos y no quiero quitaros el mérito. Frey Ruy apreciará vuestra preocupación por estos símbolos sagrados.

—Otra vez tenéis razón, le comentaré el tema en cuanto le vea.

—Que quede entre nosotros —susurró Silvestre al oído del sacristán—. Si hubiese dificultades para organizar el transporte, podéis contar conmigo para tan

arriesgada misión. Haré lo que haga falta con tal de salvar las reliquias.

—Os lo agradezco, hermano.

El sacristán se despidió, preocupado, y Silvestre fue a arrodillarse delante del altar y dio gracias a Dios por haber favorecido sus dos encuentros anteriores. Convencer a Ruy Díaz era cuestión de tiempo y apoyos, y no le cabía duda de que el maestro escucharía al anciano. Además, el sacristán tenía buenas relaciones con toda la comunidad y, a pesar del voto de silencio, una especial afición por el chismorreo.

Arroyo Guajaraz
6 de junio de 1211

La casa de Guzmán se encontraba a escasas millas de la ciudad de Toledo, junto al arroyo Guajaraz, que fluía caudaloso hacia el Tajo por las lluvias de la primavera.

—Allí está mi casa —señaló el mercader después de un breve paseo desde Toledo.

Los dos cabalgaban animados y limpios tras el baño en el Cenizal. Habían salido de la ciudad por el puente de barcas, situado junto al Castillo Viejo de Judíos, aledaño al Baño de la Cava, y enseguida avistaron su destino.

Nuño se quedó prendado por la vista de la heredad del mercader. La construcción principal se encontraba a la entrada de la finca y de ella partía una tapia, a cada lado, que cerraba el perímetro bajando por las laderas del montículo sobre el que se asentaba. Por la longitud de los muros que cerraban la parcela, supuso que Guzmán poseía gran cantidad de tierras de labor.

Desde el norte la casa quedaba semioculta por frondosos árboles frutales, naranjos y limoneros, plantados para proteger la finca del viento. Las heladas del invierno no siempre dejaban recoger una gran cosecha, pero a menudo las frutas eran suficientes para abastecer el consumo de la alquería.

El muchacho se sorprendió por la multitud de árboles que se veía en el recinto. La huerta estaba llena de moreras y, ante la creciente demanda de seda en Al-Andalus, no le resultó difícil a Guzmán iniciarse en el cultivo de gusanos y la producción de capullos de seda. A medida que las hijas del mercader fueron creciendo, las caravanas se hicieron más frecuentes; las niñas ya no requerían de tanta atención y su mujer empezó a echarle en falta, pero ante la negativa a que su esposa le acompañara en sus peligrosos viajes, Zubayda decidió ocuparse de hilar y teñir las telas más finas. Con el paso del tiempo la seda se convirtió en el principal producto de Guzmán. Al controlar la producción, desde el gusano hasta la exportación y venta de los tejidos, sus beneficios superaban incluso los del arriesgado contrabando de libros entre moros y cristianos.

Nuño llevaba cinco días en la casa y, a pesar de la brevedad de su visita a Toledo, la ciudad le había conquistado y estaba deseando regresar a la capital. La familia de Guzmán le había acogido con cariño y su mujer y sus hijas se esforzaban para que el muchacho se sintiera como en su propio hogar. Las clases de árabe despertaban su curiosidad, sin embargo, el aire melancólico que Nuño comenzaba a adquirir era más por encontrarse en otra finca, más rica, pero finca como la suya, que por añorar la vida con su madre en la heredad.

El bochorno y el griterío de las chicharras producían una sensación de desasosiego al comenzar la tarde, por lo que, después del almuerzo, los habitantes de la alquería permanecían dentro de la casa refugiándose del sol hasta que bajaba el calor.

En el interior del almacén la penumbra contrastaba con la luz cegadora del campo.

Muwayra llevó a Nuño a una esquina fresca, donde descansaban unas estanterías de madera contra la pared. La hija menor de Guzmán era solo dos años mayor que el chico, pero a pesar de ser una muchacha menuda y más baja que Nuño, tenía un carácter fuerte y enérgico que atraía al jovenzuelo. Muwayra se había ofrecido a explicarle los detalles de la producción de la seda durante la hora de la siesta y Nuño había accedido entusiasmado.

—Aquí es donde se crían los gusanos —explicó Muwayra—. Se hace un soporte con cañas trenzadas y los huevos se colocan encima, sobre una cama de hojas de morera, para que las larvas se alimenten y vayan creciendo. Cuando salen del huevo hay que alimentarlos con los brotes más tiernos pero, a medida que van creciendo, se les pueden dar hojas más duras.

Nuño la miraba embelesado sin prestar mucha atención a las explicaciones. La cara ovalada de la chica, con su espesa mata de cabello castaño cayéndole sobre los hombros, sus ojos negros, su tez dorada y su sonrisa cálida y alegre acaparaban toda su atención.

—Según crecen van cambiando la piel y se ponen blanquitos, les crece la boca y ya no paran de comer y de ponerlo todo perdido de cacas, así que hay que limpiarlos todos los días.

—Pues qué asco —intervino Nuño que, por un momento, había captado algo de la explicación.

Muwayra ignoró el comentario mientras señalaba las larvas más grandes y feas.

—Luego se ponen gordos y blanditos y dejan de comer para empezar a soltar un liquidillo tras lo que forman el capullo, envolviéndose en el hilo de seda. Al principio es un hilo blanco que queda por fuera del capullo, se llama borra pero no sirve para hilar. Sin embargo el hilo puede cambiar de color dentro, y ese es el que se utiliza para hacer la seda.

A Nuño los gusanos le daban exactamente igual, pero le encantaba escuchar a Muwayra.

—Me cuesta imaginármelo. ¿Son como bolas? —preguntó.

—Son como huevos pequeñitos, como de codorniz o incluso menores —contestó ella, imitando con sus manos la forma del capullo.

Al levantar las muñecas, las mangas de su túnica verde con ribetes dorados cayeron hasta los codos y dejaron al descubierto los brazos de la chica, lo que hizo que él prestara aún más atención.

Muwayra unas veces le parecía una chiquilla como él y otras una verdadera

mujer, con su carácter fuerte y sus incipientes formas redondeadas. Desde que la había visto por primera vez no había dejado de pensar en ella y ansiaba tocarla y sentir el tacto de su piel.

—A los diez días de haber formado el capullo se quitan de las estanterías, se limpian la borra y las impurezas y luego se ponen en una sábana al sol para que se muera la mariposa. Yo prefiero cuidar de las que se dejan vivas, que se juntan con los machos y ponen huevos para el año siguiente.

—¿Y no se escapan las mariposas?

—Aunque tengan alas no pueden volar.

Muwayra avanzó hasta unas ollas grandes de cobre que estaban apiladas algo alejadas y pasó la mano por el borde de una de ellas, mientras miraba a Nuño complacida de tener a alguien que la escuchara con tanta atención.

—Aquí se pone agua a hervir y se echan los capullos para que se limpien y se ablanden y, cuando están blanditos, se sacan y se deshacen con un cepillo. Luego se pasan a este torno y se van hilando madejas.

—¿Y ya está hecha la seda?

—Eso es solo el principio. Lo que sale de ahí es seda cruda, o en greñas, luego hay que seguir devanándola para formar los hilos —dijo sonriente.

—¿Puedo tocar tu túnica? ¿Es de seda?

Muwayra alargó el brazo para que él tocara la manga, pero este se acercó a ella y cogió un pellizco de tela de la cintura, frotándola entre sus dedos.

—Es muy suave —murmuró un poco azorado.

La muchacha sentía la presencia del chico muy cerca, más cerca de lo que nunca había estado ningún otro y, aunque le había sorprendido su atrevimiento, ahora le gustaba notarle a su lado, por lo que sintió el deseo de tocarle.

Le cogió la mano con delicadeza y la colocó sobre su cintura, moviéndola con lentitud para que apreciase la suavidad de la tela. Los dos estaban hechizados y el zumbido de las chicharras desapareció por completo. Nuño sintió cómo su corazón se desbocaba y se quedó paralizado al notar una pequeña presión entre las piernas. Muwayra se acercó a él, hasta que sus cuerpos se rozaron, y Nuño acercó su cara a la de ella y la besó en la mejilla. Fue un beso inocente, apenas un fugaz contacto, pero suficiente como para que Muwayra saliese de su hechizo.

¿Cómo se había atrevido Nuño a besarla? ¿Qué se había creído el intruso que había llegado como un pordiosero a casa de su padre?

Avergonzada y enfurecida al mismo tiempo, escapó corriendo del almacén. Nuño estaba totalmente embelesado y no se había sentido tan dichoso en toda su vida, pero la magia se había roto cuando, por fin, se decidió a besar a la chica. Se quedó pasmado por la rapidez con la que Muwayra había desaparecido y se preguntó por qué había huido de esa manera; le pareció enfadada pero creía que el beso le había gustado. ¿Por qué, si no, le había cogido la mano y la había puesto sobre su cintura?

Luego estaba aquello entre las piernas... Una cosa era que algunas mañanas se

levantase con esa extraña sensación, pero nunca le había pasado durante el día. Miró hacia abajo y vio cómo la tela de sus calzas se tensaba hacia fuera, le pareció tener una flecha en los pantalones tratando de abrirse camino. Ojalá Muwayra no hubiese notado nada, ¿qué iba a pensar de él? En ese instante se oyeron pisadas en la puerta y Nuño levantó la mirada, sobresaltado.

—Nuño, ¿estás aquí? —dijo Guzmán al tiempo que se acercaba.

—Hola, Guzmán —respondió mientras daba unos pasitos para esconderse detrás de las ollas.

El mercader vestía una camisola larga con el cuello abierto que dejaba al descubierto parte del pecho. El cuerpo de Guzmán estaba cubierto una espesa capa de vello oscuro.

—Me pareció ver salir a Muwayra. ¿Estabais juntos?

Nuño no podía negarlo, la muchacha acababa de salir y seguro que su padre la había visto.

—Sí, me estaba explicando lo del gusano.

Guzmán frunció el ceño y miró inquisidor al muchacho.

—¿Lo del gusano? ¿De qué gusano estás hablando?

Nuño se puso colorado y le pareció que Guzmán sospechaba algo. Empezó a ponerse nervioso, pero aún así acertó a responder.

—Lo de los gusanos de seda, digo. Me estaba explicando cómo se crían y cómo se saca la seda de las bolas después de meterlas en agua.

—¿De las bolas? —repitió Guzmán mientras se paraba al otro lado de las ollas, frente a Nuño—. De los capullos, querrás decir.

—Eso es, de los capullos. Pero luego se ha acordado de algo que tenía pendiente y se ha ido a toda prisa, aunque no me ha dicho qué era.

Nuño no podía soportar la mirada de Guzmán clavada en sus ojos, como si pudiera leer cada uno de sus pensamientos, y desvió su vista hacia uno de los tornos.

—Se ha quedado a medias con la explicación —dijo cambiado de conversación—. ¿Para qué sirve ese torno con esas ruedas?

—Eso es la zarja. Se pone la seda cruda en las ruedas y, con cuatro hebras, se hace el hilo para que tenga más consistencia. Se puede hacer con dos, pero es de peor calidad. Luego se humedece para que no quede áspero y sea más flexible. —Guzmán rodeó las ollas y se acercó al torno para continuar con las explicaciones—. Acércate, chiquillo.

A Nuño se le fue el color de la cara, ahora Guzmán le pillaría con las calzas picudas y a ver cómo se lo iba a explicar. Miró para abajo y comprobó, con alivio, que la punta de flecha había desaparecido como por arte de magia.

—Una vez formadas las madejas, se cuecen otra vez —continuó Guzmán, ajeno al mal rato que estaba pasando el chico— y se blanquean con jabón, removiéndolas para que queden igual por todos lados. Se aclaran y se secan al sol. Luego se tiñen en las cubetas de fuera. Por cierto, no sabía que te interesase tanto. ¿Quieres dedicarte a

la seda?

—Sí, sí, me parece muy interesante —replicó el muchacho.

—Pues ya te lo explicará Muwayra con más detalle, o si no pregúntale a mi mujer, que es la que se encarga de esto. Dime Nuño, ¿has aprendido ya alguna cosa con el maestro alfaquí de mis hijas?

—El otro día estuvo hablando de los almohades. Piensa que los cristianos adoran a tres dioses, y que por eso los llaman «los asociados», porque asocian el Hijo y el Espíritu Santo al Padre, cuando Dios no hay más que uno. Yo pensaba que para todo el mundo estaba claro que solo existe un Dios.

Guzmán dio un largo suspiro.

—Es mejor que no hables de esos temas con él. Mejor que se limite a enseñarte a leer y escribir. No me gusta que se hable de religión en casa y menos cuando los ánimos en la frontera andan revueltos.

—¿Habrá guerra? —preguntó Nuño de sopetón.

—¿Y tú qué sabes de la guerra? —respondió Guzmán, sorprendido.

—Los hombres hablan y se dice que hay un gran ejército venido de Marruecos que va a atacar Castilla, y que hay que cerrar todas las puertas y vigilar la finca no sea que alguno quiera entrar a robar.

—Si los rumores son ciertos, el ejército aún estará muy lejos de Toledo, por lo que no hay que alarmarse. Además, la alquería está muy próxima a la ciudad. El califa no puede avanzar más rápido que el más lento de su ejército.

—¿Quién es el califa?

—El príncipe de los creyentes, Muhammad al-Nasir li-Din Allah ben al-Mansur Abd al-Mu'min. ¿Sabes qué significa?

—Príncipe de los creyentes —contestó Nuño, con cara de atolondrado.

—Eso te lo he dicho yo, ¿y el resto?

—Que era hijo de al-Mansur y también que... —Nuño se mordió pensativo el labio inferior, como había visto muchas veces hacer a su madre—. ¿Es el vencedor de Allah?

—Puede valer, pero hay que estudiar más, chiquillo.

—¿Van a atacar Toledo? ¿Qué va a pasar con mi madre?

—He oído que tiene planes de marchar contra Salvatierra. No te preocupes por tu madre, vive lejos y el rey plantará batalla antes de que lleguen a Toledo —dijo Guzmán para tranquilizar al chico—. Ahora vete a estudiar, es mejor que aproveches el tiempo. Si Muwayra no te ayuda, Hafsa seguro que lo hará.

Nuño salió con paso resuelto y Guzmán se quedó mirando cómo se alejaba. El muchacho se veía más hecho, aunque seguía siendo un niño. Se preguntó si el chiquillo estaría contento en su casa y una sombra de preocupación cruzó por su mente cuando pensó en su próxima expedición.

Guzmán atravesó el patio y oyó voces, así que entró en la cocina para ver de qué se trataba. Zubayda discutía acaloradamente con dos de las cocineras y Guzmán se

acercó a curiosear.

—Guzmán, qué oportuno —dijo su esposa—. Me están contando que el ejército del califa se está comiendo toda la cosecha de Al-Andalus y que, en poco tiempo, necesitarán más y vendrán a por nuestra despensa.

—No seáis chismosas, mujeres —replicó él, airado—. El ejército todavía está muy lejos y el rey no permitirá que llegue a Toledo.

Guzmán cogió un puñado de pasas de Málaga de un cuenco y dio media vuelta camino de la huerta; el sol había aflojado un poco y los hombres ya estarían trabajando. Mientras se alejaba iba metiéndose una pasa tras otra en la boca, saboreando la dulzura seca de las uvas, cuando una mano le tocó el hombro y, antes de poder volverse, vio cómo su esposa le adelantaba cortándole el camino.

Zubayda ya no era la jovencita que le había conquistado durante sus correrías por Andújar. Su piel se había arrugado y oscurecido en los párpados y contrastaba con la palidez de su cara, incluso sus labios habían perdido el color; las arrugas verticales a los lados de su boca se veían más profundas y su nariz aguileña destacaba demasiado. Solo su abundante y rizado cabello, negro azabache en otro tiempo y ahora teñido con henna para disimular las canas, parecía mantenerse en su sitio.

—¿Es que el señor de la casa cree que puede desaparecer tan tranquilo, después de haber llamado chismosa a su mujer delante de las cocineras?

—Me parece que estabais contando chismes. Si te he ofendido, te pido disculpas de mil amores.

—No seas tan complaciente, Guzmán. Todo el mundo sabe que habrá guerra y será antes de que regresen las lluvias, por lo que el encargo del arzobispo tendrá que esperar; no voy a consentir que te arriesgues de nuevo. Si hay guerra, ni siquiera tus amigos de la frontera podrán ayudarte. ¿Y qué vamos a hacer aquí con el muchacho que nos has traído?

Zubayda permanecía de pie frente a Guzmán con los brazos en jarras.

—No veo por qué voy a tener que esperar a que comience la lucha para cumplir con el mandado. Estaré de vuelta antes de que el ejército haya llegado a Córdoba. Puedo salir en un par de días —contestó él haciéndose el ingenuo e ignorando el comentario sobre Nuño.

El enfado de su mujer iba en aumento.

—Guzmán, tienes dos hijas... ¿O es que ya se te ha olvidado?

Zubayda tenía razón otra vez y Guzmán lo sabía. Él compartía su opinión, pero no sabía qué hacer con el encargo de don Rodrigo, aparte de llevarlo a cabo lo más rápidamente posible.

—No te preocupes, amada mía. Nuño ya casi habla árabe —mintió descaradamente—. En poco tiempo pasará por un musulmán y podría llevármelo a la expedición.

—¿Con ese aspecto?

—No discutas solo para llevarme la contraria. Sabes de sobra que a los andalusíes

siempre les han gustado las mujeres rubias y no es raro encontrar musulmanes de ojos claros y cabellos dorados, hijos de las esclavas traídas del norte. Fíjate en el califa, de tez blanca, barba rubia y ojos azules como su madre, la esclava cristiana, lo mismo que el más grande califa cordobés, Abd-al Rahman III, cuya madre procedía del norte de la península. Pero si te sirve de consuelo, podemos teñirle el pelo como hacía Abd-al Rahman.

Zubayda no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer, su marido se iba por las ramas, como siempre que no le interesaba la conversación.

—Recuérdalo Guzmán, tienes dos hijas y una mujer, ¡que no se te olvide quién es tu familia!

Estribaciones de la Sierra del Moral
6 de junio de 1211

El centinela se protegió tras un enebro y apretó el asta de su lanza mientras escrutaba la oscuridad dudando si dar la voz de alarma. Con una señal de la mano indicó a su compañero que apuntase con la ballesta al lugar del que procedían los ruidos. En el silencio de la noche, distinguió el sonido de los cascos de un caballo que se acercaba al paso; no parecía que se tratase de un asalto pero podría ser una trampa, no en vano habían visto durante el día cómo les vigilaban partidas de jinetes musulmanes.

Tello había colocado parejas de centinelas en todo el perímetro del campamento, a una distancia suficiente como para poder permitir que el grueso de la tropa se preparase en caso de ataque. El joven freire se sentía confiado, puesto que la guarnición del cercano castillo de Alhambra no se atrevería a atacar una expedición tan numerosa como la suya y, para cuando llegase noticia de su presencia a Calatrava, los freires ya se encontrarían bajo la protección de Salvatierra.

—¿Quién vive? —gritó el centinela, cuando pudo distinguir claramente la figura del jinete. Se escuchó el gruñido de *Mustafá*, nervioso por el repentino encuentro.

—Soy Félix González, caballero de la Orden de Salvatierra.

El centinela se relajó y su compañero bajó la ballesta. Un murmullo de voces llegó desde el campamento, donde los freires con el sueño más ligero se habían despertado y esperaban alerta.

—No hay peligro —voceó el centinela al campamento—, es frey Félix González —y bajó la voz para aclarar—. Tello nos pidió que le avisáramos cuando llegaseis.

—No hay problema.

—Los hombres están acampados bajo aquellas encinas, junto a los caballos —dijo, señalando una sombra en la distancia.

—Gracias. Buen trabajo y buena guardia, aún queda tiempo hasta el amanecer —respondió Félix.

Los centinelas se miraron satisfechos por el reconocimiento del jefe de la expedición, mientras el caballero azuzaba su caballo para continuar hasta el campamento. Había tardado más de lo previsto en salir de la casa de Elvira y la noche le había alcanzado por el camino, retrasando su avance. Al día siguiente, las continuas precauciones que tomó en territorio hostil tampoco le permitieron avanzar con rapidez. En cualquier caso, su amigo había acampado en el lugar habitual, sobre un cerro en la Sierra del Moral, y parecía tener todo bajo control. Los caballos y las mulas de la expedición estaban atados a los árboles y los freires se repartían, acostados y envueltos en sus capas, alrededor de las bestias. Cuando *Mustafá* olió a

Tello, antes de distinguir su figura cuadrada, se dirigió saltando hacia él en busca de caricias.

—Buenas noches —saludó Tello mientras daba palmaditas en el lomo al perro—. Parece que te has retrasado un poco.

—¿Estabas preocupado? —preguntó Félix, sonriente.

Tello no podía disimular la alegría de ver a su amigo.

—Por el perro... Ya sabes, le estoy cogiendo cariño.

—Veo que tienes todo muy bien organizado. ¿Alguna novedad en el camino?

—Nos avistaron unos jinetes moros al dejar el curso del río, y estuvieron siguiéndonos durante un trecho, pero no se atrevieron a acercarse. Al caer la tarde se dirigieron al castillo de Alhambra.

—¿Estás seguro? No me gustaría que mañana una partida de Calatrava, con el maldito Abén al frente, nos cortase el paso hacia Salvatierra.

—Mandé que les siguieran dos de los nuestros, y regresaron al campamento al anochecer confirmando mis sospechas.

—¿Crees que nos atacarán?

—No por la noche, la luna está menguante y no hay luz. Además, no creo que tengan fuerzas suficientes para enfrentarse a nosotros. De todas maneras he tomado precauciones.

—Ya me he dado cuenta. Los centinelas están un poco lejos del campamento, ¿no te parece?

Tello se percató de que Félix estaba tomando su papel de jefe de la expedición.

—No, no me parece —respondió Tello, ofendido.

—A mí tampoco —contestó Félix, dándole una palmada conciliadora en la espalda—. Siento haber llegado tan tarde, así que lo mejor es que nos echemos a descansar.

—A mí ya me has despertado y, además, no creas que te voy a dejar dormir sin que me cuentes qué diablos has hecho por ahí y por qué vienes tan sonriente.

—Está bien, creo que yo no podría dormir tampoco, pero aquí estamos molestando. ¿Te parece que relevemos a la pareja que me dio el alto?

—De acuerdo. ¿Quieres comer algo?

—No, no tengo hambre.

Félix ató su caballo a las ramas de una encina y caminaron juntos hasta encontrar a los centinelas, que se alegraron al ser relevados.

La temperatura descendía con lentitud a la puesta de sol, pero refrescaba con rapidez entrada la noche, así que Félix se ciñó la capa sobre los hombros al sentarse en el suelo. Tello se sentó a su lado y colocó la ballesta del centinela sobre sus piernas, mientras *Mustafá* se empeñaba en tumbarse entre los dos.

—Cuéntame, ¿a qué se debe tanto misterio? —preguntó Tello, intrigado.

Félix no sabía muy bien cómo empezar. Desde su encuentro con Elvira se encontraba flotando en una nube. Ni en sus sueños más optimistas habría imaginado

que estuviese dispuesta a casarse con él. La expresión de su cara transmitía la felicidad que sentía.

—Tello, ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo —dijo, sonriendo.

—¿Has estado con una mujer? —preguntó Tello, a modo de broma, pero por el cambio en la expresión de su amigo supo que no se había equivocado—. Claro, ¿cómo no me lo había imaginado antes? Has estado con la viuda a la que visitas de cuando en cuando. Qué necio he sido —dijo, mientras extendía los brazos hacia el cielo con aire teatral—. Lo tenía delante de mis ojos, al fin y al cabo eres de carne y hueso como todos los demás.

Félix no contestó y Tello dudó de su teoría:

—Lo que me extraña es que no estés rezando Ave Marías como penitencia, en vez de tener esa sonrisa bobalicona, que te van a ver desde Zorita como no cambies la cara. Ya conoces la regla; si te prenden fornicando perderás el caballo y el arma durante un año, comerás en el suelo, y solo pan y agua tres días en semana.

—No he conocido, si es a lo que te refieres —dijo Félix salvando el honor de su dama—, pero estoy enamorado de ella y nos vamos a casar.

—¡Por la virginidad de la Virgen!

—Baja el tono, Tello, que no es para tanto —trató de calmarle.

—¿Que no es para tanto? Pero cómo te vas a casar, si has tomado los votos. ¿No irás a dejar la Orden?

—No, no voy a dejar la Orden —confesó Félix—. Al menos no ahora, y no como un prófugo. Tengo una carta de Martín Fernández para el maestro, en la que le expone mi situación y le ruega que me deje salir de la Orden para tomar el sagrado sacramento del matrimonio. Una vez que haya pasado el peligro de la invasión, y la situación sea de nuevo favorable, colgaré el hábito para formar una familia. Amo a Elvira desde hace años, creo que desde que la conocí —explicó Félix, risueño—, pero aún no me había atrevido a confesarle mi amor porque temía que me rechazara. Mi vida se convirtió en un tormento; me resultaba imposible concentrarme en la oración o dejar de pensar en ella en los momentos de paz antes de conciliar el sueño.

Tello no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Por eso estás siempre como un enano, corriendo de un lado para otro. Ya me olía yo que tenía que haber algo raro, siempre dispuesto a nuevas misiones y tareas hasta caer rendido en tu catre —interrumpió Tello, a pesar de no haber sospechado nunca nada.

—Hace un par de semanas se lo comenté a Martín, ya sabes que nos conocemos desde hace años, y él me ayudó a aclarar mis pensamientos. —Félix hizo una pausa antes de continuar—. Hoy por fin me decidí a hablar a Elvira de mis sentimientos, aunque me resultó más difícil que lanzarme contra una columna de enemigos armados hasta los dientes.

Tello fijó su vista en el horizonte; estaba a punto de amanecer y comenzaban a distinguirse los contornos del paisaje. Su cabeza daba vueltas buscando evitar que

Félix abandonase la hermandad.

—Martín también está casado, o sea que ha sido él quién te ha llenado la cabeza de pájaros. Al menos él no ha tenido que dejar la Orden y lleva incluso la encomienda de Zorita. ¿No podrías hacer algo así? Los Santiaguistas lo hacen.

—Elvira ya perdió a su marido una vez y no podría soportar que la historia se repitiese. Además, tiene un hijo, Nuño, y queremos alejarlo de los peligros de estas tierras. A ella no le gustaría que se convirtiese en un guerrero y acabase sus días como su padre; y yo quiero dedicarme a ellos y no a andar corriendo moros de un lado para otro, como hasta ahora.

—Pues no veo qué hay de malo en eso. Además, a todos nos llegará la hora.

Tello se acurrucó en su capa sintiendo el fresco de la noche y fijó la vista en el horizonte tratando de distinguir las formas del valle.

—Esperaba que te alegrases —mintió Félix, conecedor de la opinión de su amigo sobre las mujeres.

—Pues claro que me alegro —le engañó Tello—. Si es lo que quieres, yo me alegro y además te ayudaré en lo que haga falta, ya sabes que puedes contar conmigo —dijo, mirándole.

—Gracias, Tello, sabía que lo entenderías.

Los dos se quedaron callados mientras la noche se iba aclarando y los contornos del paisaje comenzaban a distinguirse.

El silencio era tal que solo se oía la pesada respiración de *Mustafá*, que dormía entre los dos hombres. Félix comenzaba a notar el cansancio y empezaron a pesarle los párpados. Después de hablar con Tello, la tarea de comunicar su decisión al maestro Ruy Díaz y a Silvestre Osorio se le hacía cuesta arriba. Tello era su amigo y casi siempre estaban de acuerdo, aun así la nueva había sido un golpe para él y estaría rumiando la noticia durante unos días. Las palabras con el maestro, necesitado de hombres, y con Silvestre, que había sido su mentor durante algunos años, le resultarían mucho más difíciles; ellos no se lo pondrían tan fácil como su amigo que, en el fondo, era un trozo de pan.

Al fin, Tello rompió el silencio.

—Te estás durmiendo, Félix —gruñó—. Claro, todo el día por ahí, sin descansar.

Tello se levantó, dando un empujón a su amigo para ir a orinar. *Mustafá* se despertó con el movimiento y se estiró con las patas delanteras rígidas, flexionando el lomo mientras un enorme bostezo dejaba al descubierto su dentadura. La noche estaba a punto de tocar a su fin y el frío se dejaba sentir en los huesos.

—En un rato amanecerá y habrá que ponerse en marcha —dijo Tello que, al volver la cabeza hacia su amigo vio al perro con las orejas tiesas y gruñendo en dirección al valle.

Félix se levantó despacio mientras desenvainaba su espada y Tello agarró la ballesta que había dejado en el suelo. De repente, *Mustafá* salió corriendo y, a pocas zancadas de distancia, se abalanzó sobre una sombra que se confundía con un

arbusto. Félix y Tello oyeron sus mandíbulas cerrarse en un chasquido que sonó a hueso roto, seguido de un grito de dolor.

—¡Al arma! ¡Al arma! —gritaron los dos a la vez y, en un instante, vieron cómo las sombras se desdoblaban y se multiplicaban a su alrededor.

Félix había dejado su escudo junto al caballo y echaba en falta su protección, así que decidió moverse y se lanzó sobre el asaltante más cercano, que aún no se había recuperado del ataque de *Mustafá*.

Con las dos manos lanzó un tajo lateral que cortó uno de los brazos de su adversario y hundió la espada en su costado. Una flecha zumbó a su lado para perderse entre los arbustos del campamento y enseguida se vio cercado por varios atacantes.

Tello disparó la ballesta y uno de los enemigos cayó con el dardo hundido en el pecho. Antes de desenvainar la espada y reunirse con su amigo, espalda contra espalda, asestó un golpe con la ballesta a otra de las sombras que les acechaban.

El alboroto en el campamento era notorio, la voz de alarma había corrido y los freires se apresuraron hacia los puntos del cerro donde estaban siendo atacados. Los enemigos no debían excederlos en número, porque el ataque se había producido solo en tres de los puestos de guardia.

Félix y Tello lograron mantener a sus adversarios a distancia hasta que llegaron refuerzos, pasando de defenderse a atacar con fiereza. Mientras tanto, *Mustafá* repartía sin cesar dentelladas entre las piernas y las entrepiernas de los asaltantes.

Los atacantes no pudieron aprovechar la ventaja de la sorpresa, puesto que los freires habían reaccionado con rapidez. El mejor equipamiento y la superioridad en número de los hermanos de Salvatierra decidieron el desenlace. Después de sufrir varias bajas durante la lucha, los asaltantes decidieron emprender la huida.

—Dejadlos marchar —ordenó Félix al ver que huían—. Que todo el mundo se reúna en el campamento y lleven allí a los heridos y a los prisioneros.

Félix limpió la hoja de su espada en las ropas de un enemigo muerto.

—¿Estás bien? —preguntó a Tello.

—Como una rosa —respondió su amigo.

—Hemos tenido suerte de poder dar la voz de alarma.

Félix envainó la espada y se ajustó el cinturón, que se había movido durante la lucha.

—Hay que dar las gracias a *Mustafá*; sin él nos hubieran sorprendido. Creo que no contaban con su presencia, puesto que no os vieron llegar anoche.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que no hayamos perdido ningún hombre —dijo Félix mientras acariciaba el lomo del perro.

Cuando se realizó el recuento, los freires, que siempre dormían con el equipo para el combate, no habían resultado heridos de consideración y solo había algunos con rasguños sin importancia. Entre los atacantes no se contaron prisioneros y los ocho que habían muerto durante la lucha fueron despojados de lo poco de valor que

llevaban encima y arrojados pendiente abajo por la colina.

*Salvatierra**7 de junio de 1211*

La expedición llegó a Salvatierra antes del mediodía. Después de la escaramuza con la que se habían despertado los freires, Félix decidió que lo mejor era apresurarse al máximo para evitar otro encuentro en el corto camino que les quedaba por recorrer.

La rapidez del avance les permitió disfrutar de las horas frescas de la mañana, pero aún así, Félix se encontraba exhausto después de dos noches sin dormir y el cúmulo de acontecimientos de las últimas jornadas estaba haciendo mella en su resistencia.

Al subir por el cerro, entre las casas del arrabal de Salvatierra, vio cómo la fortaleza bullía de actividad; había cuadrillas trabajando en la reparación de la muralla, reforzando los puntos débiles en las esquinas y la entrada, y haciendo acopio de municiones, piedras y barriles de aceite con los que recibir a los invasores en caso de que llegasen al pie del castillo.

Algunos de los hombres dejaron a un lado sus tareas para fijarse en la expedición. Una veintena de caballeros, seguidos por igual número de hermanos legos guiando la reata de mulas y borricos que cargaba con provisiones, suponía un vigoroso refuerzo en las despobladas tierras fronterizas. A Félix le pareció ver cierto alivio en las caras de los obreros. No disponía de nuevas noticias desde su salida de Zorita, pero el desasosiego se apoderó de él al pensar que la situación podría ser más desesperada de lo que creía.

Dentro de la fortaleza el trabajo era frenético. Además de la construcción de refuerzos en el interior de la muralla, el aspecto que ofrecía el castillo había cambiado por completo. Decenas de animales se apiñaban al fondo del patio, impregnando el recinto de un fuerte hedor a excrementos y suciedad, y al barullo provocado por los gritos de los trabajadores y los animales se sumaban los golpes rítmicos que llegaban desde la forja ocupada en la producción de puntas de flecha. Los carpinteros que no estaban trabajando en las murallas o en los almacenes ayudaban con el ensamblaje de las flechas y las lanzas.

Félix vio al maestro supervisando los trabajos en el patio, junto con frey Gutierre González Palomeque, comendador de Salvatierra, también conocido como comendador mayor por ser el de la encomienda mayor de la Orden.

Desmontó y se dirigió hacia ellos, dejando la expedición en manos de los solícitos hermanos, que les habían recibido repartiendo agua entre los recién llegados y aliviando a los animales de sus pesadas cargas. Durante la última etapa del camino Félix había intentado pensar en la manera de presentar sus cartas al maestro, sin

embargo los acontecimientos desde su partida, el cansancio, y el fuerte ritmo que habían mantenido durante la mañana, sin olvidar las frecuentes interrupciones de Tello, hicieron que se presentase ante Ruy Díaz con la cabeza menos clara que cuando salió de Zorita.

—Sed bienvenido, hermano Félix —saludó el maestro.

El maestro parecía de buen humor y Félix se alegró de verle.

—Buen día, maestro Ruy —respondió Félix con una inclinación de cabeza.

—Veo que la expedición ha llegado según lo previsto. Me satisface ver que las encomiendas orientales hayan podido atender mi mensaje con tanta urgencia —dijo el maestro, mientras observaba a los recién llegados, ocupados ya en la distribución de las provisiones—. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos recibir. ¿Habéis tenido algún contratiempo por el camino?

—Nada importante. Hoy, al amanecer, una partida de musulmanes del castillo de Alhambra nos atacó cuando estábamos acampados en el cerro. Afortunadamente rechazamos el ataque con facilidad, no hubo heridos en nuestro bando y matamos a ocho asaltantes.

—¿Todavía no estabais dispuestos para la marcha, cuando se produjo el asalto? —intervino frey Gutierre.

El comendador mayor era un hombre de mediana edad, serio y de pocas palabras, que había entrado en la Orden tras enviudar.

—Los infieles se acercaron como serpientes durante la noche y atacaron antes del alba. Nos habían avistado al bajar por la llanura y nos asaltaron por sorpresa. Tello García, que hizo de segundo al mando de la expedición, se aseguró de que los moros no enviasen mensajeros a Calatrava y pensamos que el castillo de Alhambra no podía permitirse arriesgar su guardia en un ataque contra una fuerza como la nuestra. Por todo esto estábamos confiados y seguros.

—¿Qué noticias traes de Zorita? —preguntó el maestro, ignorando la explicación sobre la escaramuza.

—El comendador Martín Fernández le envía sus saludos y me pidió que le dijese que estaba dispuesto a proporcionar más refuerzos y que, si fuera necesario, él mismo vendría en persona. También me deseó que Dios nos ampare y nos proteja de los perros africanos, y que rezará por vos y por todos los hermanos para que superemos esta nueva prueba con éxito. —Félix miró al maestro preocupado, pero Ruy no le hizo caso—. Me ha dado un mensaje por escrito, detallando la situación de las cuentas y las provisiones de Zorita.

—Muy bien, ¿dónde está el mensaje? —preguntó Ruy, esperando a que Félix le entregase el rollo de pergamino.

—Lo tengo en la alforja. También tengo otro mensaje, de Elvira Manrique, ¿la recordáis? La viuda de Rodrigo Núñez, que tiene una heredad cerca de Villamuelas, a orillas del Algodor.

—La recuerdo —contestó el maestro, algo irritado por la inesperada noticia—.

Espero que no sea algo de lo que tenga que preocuparme.

Se hizo un silencio y Félix sintió cómo su angustia iba en aumento. Miró incómodo al comendador y, por fin, se decidió a romper el silencio.

—¿Podemos ir a vuestra celda?

—Será lo mejor —contestó el maestre—. Hasta luego, Gutierre, quedáis a cargo de la supervisión.

El comendador asintió con gesto adusto.

—Con Dios, Ruy —se despidió el otro.

Félix siguió a Ruy al interior de la torre y tuvo la extraña sensación de no formar parte de la actividad general. Se sentía ajeno a todo lo que le rodeaba y no sabía si era por el agotamiento del viaje o por la dicha de haberse comprometido con Elvira.

Al entrar en la torre notó el sudor frío que le bañaba la frente y le humedecía la espalda y las palmas de sus manos.

—A ver esos rollos —pidió el maestre tras cerrar la puerta, ya dentro de la celda.

Félix metió la mano en la alforja y alcanzó los dos rollos a Ruy.

La celda estaba situada en el primer piso de la torre y tenía el suelo de madera. Una pequeña ventana, apenas mayor que una abertura de flecha, dejaba pasar la luz suficiente para iluminar la pequeña estancia. Cerca de la pared había una mesa y una silla, sin adornos, y en una esquina descansaba un camastro con un jergón de tela enrollado, del que sobresalían algunas briznas de paja. Ruy se acercó a la ventana para ver mejor las cartas y dejó la habitación en penumbra al tapar la única entrada de claridad.

—Primero el de nuestra viuda, a Martín no le importará tener que esperar unos instantes —dijo el maestre mientras rompía el sello y desenrollaba el pergamino.

Félix le observó leer la carta y se calmó un poco. Esperaría su reacción para ver si era un buen momento para exponer su situación y entregarle el tercer sello con las bendiciones de Martín. Sin embargo, por más que escrutaba la huesuda cara de Ruy mientras leía, no pudo intuir ningún cambio en su humor.

—Leamos las noticias de Martín —anunció el maestre, mientras desenrollaba el otro pergamino—. Gracias, Félix, puedes retirarte. Has hecho un buen trabajo, no esperaba menos de ti —dijo, sin levantar la cabeza del pergamino.

Félix decidió no interrumpirle. Ya habría tiempo de comentarle las noticias una vez que hubiese reflexionado sobre la compra de la heredad de Elvira, era mejor no forzar las cosas con demasiadas nuevas. Dio media vuelta. Levantó el picaporte y abrió la puerta antes de volverse hacia Ruy, e inclinó la cabeza en señal de respeto y despedida. Cuando ya cerraba la puerta, Ruy levantó los ojos del pergamino con una mirada extraña, pero a Félix no le dio tiempo a verle antes de cerrar. Estaba deseando salir en busca de comida y agua con las que reponer fuerzas, para poder unirse a la actividad de sus hermanos ayudando con alguna tarea.

—¡Félix! —Oyó gritar al maestre en el interior de la celda.

Abrió la puerta con cara de asombro y encontró al maestre rojo de indignación.

—¿Puede saberse qué es esto? —preguntó con la voz deformada por la rabia.

—Pues el informe del comendador Martín Fernández —respondió Félix un tanto intrigado.

—¿Y puede saberse la razón por la que el comendador me habla de no sé qué freire enamorado de una viuda de la Orden, y me ruega que considere su situación y le deje renunciar a sus votos? —continuó Ruy, furioso.

Félix no respondió. Le había dado el pergamino equivocado, ¿cómo podía haber sido tan necio? Se había quedado sin palabras ante semejante metedura de pata y no salía de su asombro.

—Exijo una explicación —rugió el maestre—. ¡Ahora mismo!

Félix trató de recomponerse y comenzó a explicarse de manera atropellada.

—Sí, es cierto que traía dos cartas de Martín para vos; del comendador Martín. El informe debe ser el pergamino que está en la bolsa, dejadme buscarlo —dijo, metiendo la mano en la alforja y sacando el rollo que quedaba—. Este es el rollo con el informe.

—Félix, no hace falta ser muy listo para saber que lo que me has dado no es el informe —cortó Ruy—. ¿Es cierto que has estado cortejando a la viuda de un antiguo amigo de la Orden, que murió asaltando esta fortaleza y que además tiene un hijo huérfano de doce años, y ahora quieres dejar a tus hermanos para unirme con esa mujer? ¿Dónde quedan tus votos y tu fidelidad? ¿Recuerdas que has hecho los votos ante Dios? Obediencia, pobreza y castidad. ¿Dónde quedan tus votos?

—Yo... —Las palabras de Ruy no le dejaban en buen sitio—. Yo la amo y quiero unirme a ella en sagrado matrimonio, para formar una familia y dar un padre al niño.

—¿Y qué hay de tu promesa a Dios y a tu Orden? ¿O es que ya la has olvidado? —Ruy reflexionó un instante y su enfado creció de nuevo—. ¿Cuándo esperabas decírmelo? ¿O es que no ibas a decirlo? No, mejor esperar a que compremos la heredad de esa viuda y así te recompensamos por abandonarnos. ¿Pensabas fugarte con ella cuando se hubiese llevado los dineros de la Orden?

—No estaba planeado, ha sido una coincidencia —protestó Félix con poca convicción.

—¿Que no estaba planeado y venías ya con las cartas preparadas?

—Yo no sabía que ella quería vender la heredad, ni siquiera...

—¡Fuera de mi vista! —bramó el maestre—. No quiero saber ni una palabra más de este asunto. Retírate inmediatamente.

El maestre le observaba desde el fondo de la celda, erguido y con una mano sujetando las cartas y la otra descansando en el cinturón, junto al pomo de su espada. No habría forma de hacerle entrar en razón ese día.

Félix dio media vuelta y salió de la celda.

—Ah, y por el momento tienes prohibido abandonar la fortaleza. Estarás a pan y agua, y da gracias que no te castigo sin armas y sin montura —terminó el maestre, aún más encolerizado.

Si Félix había entrado con escasas perspectivas, salió de allí sin ninguna. El cansancio del viaje le había pasado factura, pero no consintió compadecerse de sí mismo y, después de deambular por el patio preguntándose por qué le había ocurrido todo aquello, buscó la compañía de Tello, que ayudaba a transportar sacos de piedras a la parte alta de la muralla.

Al verle llegar, su amigo notó que algo andaba mal, así que le recibió con una sonrisa y un saco, que colocó sobre su espalda antes de que Félix pudiera abrir la boca.

Cuando Félix subió a lo alto de la muralla, la vista hacia el norte le pareció infinita y la distancia a la casa de Elvira, inalcanzable. Ante tan desolador panorama, se volvió para contemplar las sierras del sur, que se extendían tras un pequeño valle. El cielo, cubierto por unos nubarrones negros en la distancia, sombreaba un paisaje de sierras abruptas y cumbres rocosas que a Félix se le antojó inhóspito e inquietante.

*Arroyo Guajaraz**10 de junio de 1211*

El momento de partir había llegado.

Guzmán había sopesado durante días la situación en la frontera y el encargo que le había hecho el arzobispo de Toledo sin atreverse a tomar una decisión. La campaña del rey de Marruecos ya había comenzado, pero él no podía dejar de atender un compromiso con tan ilustre cliente y, por fin, se decidió a llevar a cabo una última expedición antes de que empezase la temporada de guerra. Los peligros a los que se enfrentaría podrían ser mayores de lo habitual, pero un grupo pequeño que llegase hasta Calatrava y regresase en pocas jornadas podría pasar desapercibido a las tropas almohades que se hubiesen desplazado hasta la frontera.

Los andalusíes no supondrían mayor problema, Guzmán contaba con suficientes amistades entre algunos de los alcaides de sus castillos. Sería un riesgo calculado y le dejaría en una inmejorable posición para comenzar con sus nuevos negocios con la Iglesia.

Cuando comunicó su plan a su esposa, Zubayda montó tal revuelo que se oyeron sus gritos por toda la alquería; Guzmán estaba loco si creía que su mujer iba a dejarle marchar con la guerra en puertas. La discusión no llegó a las manos, pero él, herido por los reproches, decidió emprender una expedición en toda regla; una reata de veinte mulas, carretas, peones y genero para transportar. Aprovecharía para vender la producción de seda que se había acumulado durante la primavera. No era mucho, pero sin duda alcanzaría mejor precio en Al-Andalus que en los reinos cristianos.

No es que le hiciera demasiada ilusión regresar a la frontera con los ánimos tan caldeados, pero la discusión había ido subiendo de tono hasta que Guzmán amenazó con llevar a cabo una expedición de mayor tamaño si su mujer seguía alborotando. Zubayda, lejos de tranquilizarse se enojó todavía más y Guzmán ya no se pudo echar atrás. Desde entonces su mujer no le había dirigido la palabra, pero no iba a ser él el primero que diera su brazo a torcer. Al menos Muwayra había salido a despedir a su padre, como hacía desde muy niña.

Estaba en estos pensamientos mientras supervisaba que las mercancías estuvieran bien protegidas del polvo del camino, revisando personalmente cada uno de los bultos antes de que los cargasen a las carretas.

—Omar, debemos apresurarnos, quiero salir antes de que apriete el calor. Que se apuren los carreteros —dijo impaciente.

Omar era su mano derecha. Pequeño y carnoso, su tez morena, nariz grande y ancha y el pelo negro y rizado hablaban de su origen bereber. Sus ojos vivos miraban

siempre entrecerrados, bajo unas espesas cejas que se unían sobre la nariz. De sonrisa fácil, la expresión de su cara iba de una seriedad monacal a un gesto burlón, que asomaba cuando no daba crédito a lo que le contaban.

—Las carretas estarán listas en un momento —respondió Omar mientras impartía órdenes entre los peones.

Vestía un chaleco de lana teñida de verde sobre el torso desnudo, unas calzas marrones que le cubrían los tobillos y unas botas de cuero, tan gastadas que parecía fueran a romperse en cualquier momento. Verle moverse con soltura entre hombres mucho más grandes le hacían parecer un niño y Guzmán echó en falta a su invitado.

Nuño no había aparecido por allí en toda la mañana y, a pesar de que había insistido en acompañarle durante su expedición, Guzmán se había negado en rotundo por los peligros que suponía el viaje.

—Dime, Muwayra, ¿has visto a Nuño? —preguntó mientras señalaba una paca en la que había colado un dedo por un pliegue de la tela que lo envolvía. Omar se percató y comenzó a regañar a la cuadrilla por la falta de calidad de su trabajo. En un momento se formó un pequeño revuelo entre los peones, que desapareció tan rápido como había comenzado. Guzmán sonrió satisfecho mientras escuchaba la respuesta de su hija.

—No desde esta mañana, papá. Ha estado muy quisquilloso durante estos días de atrás porque no le has dejado acompañarte.

—Eso lo hemos visto todos, pero seguramente a ti te habrá contado algo más; sois casi de la misma edad y no hay nadie con quién se lleve mejor que contigo en toda la alquería. Me ha parecido ver que sois muy buenos amigos.

Guzmán escrutó la reacción de su hija, pero Muwayra no se inmutó por el comentario. El mercader decidió seguir inspeccionando pacas ante el silencio de la joven. Por fin Muwayra se atrevió a hablar:

—Nuño no quería despedirse de ti, cree que le has engañado metiéndole en esta casa a aprender el árabe con nosotras. Lo que él quiere es marchar a Toledo; vivir en una gran ciudad y descubrir el mundo.

—Este muchacho quiere correr antes de aprender a caminar. Ya irá a Toledo, pero cuando haya crecido lo suficiente y cuando yo lo decida. Su madre me confió su seguridad y no voy a ponerle en peligro a la primera oportunidad que se presente. Ni en la expedición ni en Toledo. La ciudad está llena de rateros y un niño sin la compañía adecuada no podría terminar bien allí. ¿Sabes dónde está?

—No me lo ha dicho, pero creo que habrá ido a esconderse al río, le gusta mucho ir hasta allá. ¿Quieres que vaya a buscarle?

Guzmán había terminado de inspeccionar las pacas y sus hombres las estaban cargando con cuidado en las carretas. El piso de cada carreta estaba forrado de cuero y los fardos descansaban sobre mantas de lana gris. Una vez cargadas, las cubrirían, cerrando las mantas, para mantenerlas aisladas de la humedad en caso de lluvia y permitir que las sedas llegaran intactas hasta su destino.

—Déjalo, ya se le pasará. Ahora no tengo tiempo que perder con estos asuntos. — Guzmán levantó la vista hacia el fondo de la finca por si podía distinguir a Nuño por alguna parte, pero se percató de lo inútil de su intento y continuó—: De seguro que tu madre y tu hermana cuidarán bien de él cuando yo esté fuera. De ti no me cabe ninguna duda.

Muwayra se acercó a su padre y le abrazó. La muchacha le apoyó la mejilla sobre el pecho y sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Yo creo que Nuño no quería venir a despedirte porque temía ponerse a llorar y no quería que ni mamá ni nosotras le viésemos así —dijo haciendo un esfuerzo para que no se le notase la pena—. Puede que mamá tenga razón y te estés metiendo en la boca del lobo.

—No te preocupes por mí y cuida de Nuño y de la familia —replicó Guzmán mientras correspondía al abrazo de su hija.

Los peones estaban terminando de amarrar las cuerdas que sujetaban la mercancía y, en ese instante, Hafsa, la hija mayor de Guzmán, salió por la puerta de la cocina hacia el patio en el que se preparaban las carretas.

La hermana mayor de Muwayra era más guapa y esbelta que la pequeña y entraba en una edad en la que habría que buscarle un marido, pensó Guzmán al verla aparecer con una túnica blanca que resaltaba su tez morena y su cabello negro como el azabache. Hafsa se acercaba caminando al tiempo que meneaba la cabeza en señal de negación, sin disimular una amplia sonrisa que suavizaba sus facciones y la embellecía todavía más.

—Parece mentira que tu madre no haya sido capaz de salir a despedirme —dijo Guzmán a Muwayra mientras se liberaba de su abrazo con suavidad.

Muwayra se volvió y vio acercarse a su hermana. Hafsa abrió sus brazos y la pequeña, sin dudarle un instante, fue a acurrucarse en su regazo.

—Ven conmigo, Muwayra —dijo Hafsa—. Tendremos que consolarnos entre nosotras, porque nuestros padres andan atravesados. No te preocupes, que yo voy a cuidarte mientras el insensible de nuestro padre anda divirtiéndose con sus hombres y nuestra pobre madre le espera en su alcoba.

Guzmán estaba a punto de replicar, pero se contuvo. Hafsa no tenía ninguna intención de faltarle al respeto, pero Guzmán sabía que su hija tenía la lengua afilada como la que más.

Omar se acercó a su señor con una sonrisa de satisfacción.

—Podemos partir en cuando queráis, la mercancía ya está asegurada.

Guzmán asintió y, estaba a punto de despedirse de sus hijas, cuando Hafsa le sorprendió. No estaba dispuesta a dejarse ignorar por su padre.

—Dime, papá, ¿ya has cargado la seda con el color nuevo? Quería ver cómo había quedado después de la fortuna que pagaste por el tinte.

La pregunta de Hafsa estaba fuera de lugar y Guzmán olvidó por un momento el

afecto que sentía por su hija. Sus planes secretos estaban a punto de hacerse públicos y Guzmán susurró con cólera contenida:

—Pero, ¿te quieres callar de una vez? Nadie debe saber que he conseguido este tinte ni lo que me ha costado. Es un secreto que ningún extraño debe conocer.

Guzmán fue hasta sus hijas y las alejó a una distancia suficiente como para que los peones no pudieran oírlos.

—El tinte está en casa bajo llave. Todavía no lo he probado, pero está reservado al arzobispo de Toledo y no a cualquier zoco o alcaicería. Tenéis que prometerme que no vais a hablar a nadie de esto. —Las muchachas asintieron y Guzmán continuó—: La fórmula para conseguir el tinte viene de Oriente y se necesitan gran número de caracolas marinas para obtener un poco de pigmento, por eso es tan costoso.

Muwayra no sabía de lo que hablaba su padre y miraba a ambos interrogante.

—¿De qué tinte hablas, papá? —preguntó confundida.

Hafsa se adelantó:

—El año pasado papá compró un libro que hablaba de no sé qué leyenda sobre el perro de Hércules, que había mordido una caracola en la playa y se había manchado con un tinte violeta, entre rojo y azul, y así habían descubierto el color.

—*La Historia Naturalis*, de Plinio, ese del que te he hablado tantas veces —apuntó Guzmán—. El caso es que se me ocurrió buscar este tinte, que ya era muypreciado en la antigüedad y que hoy en día es desconocido para la gran mayoría. Por fin conseguí hacerme con un tarro de líquido que me trajeron de Constantinopla con mucho secreto, ya que su uso no está permitido a todo el mundo.

—¿Tanto revuelo por un tinte violeta? —preguntó Muwayra.

Guzmán se empezaba a impacientar.

—Se llama púrpura y de seguro que nuestro buen arzobispo de Toledo no despreciará vestirse con la púrpura de los Césares y estará dispuesto a pagar el precio que se le pida por vestir como solo los emperadores lo han hecho. De esto ni una palabra a nadie.

—¿Mamá lo sabe? —preguntó Muwayra.

—Por supuesto que lo sabe, pero nadie más debe enterarse y no quiero que lo habléis ni siquiera entre vosotras, ni tampoco con Nuño. Las jóvenes asintieron y Guzmán besó a cada una en la frente a modo de despedida para regresar junto a sus hombres.

El mercader montó sobre su caballo y se abrieron las puertas de la alquería para dejar salir las carretas. Las mulas comenzaron a caminar con desgana ante los chasquidos y los gritos de los carreteros. Apenas diez peones a pie acompañaban las carretas y en conjunto los hombres no superaban las dos docenas, pero todos eran fuertes y experimentados e iban armados por si se producía algún asalto.

Guzmán precedía al grupo y era el único que montaba a caballo. Tanto Omar como el resto iba a pie y solo ocasionalmente podían compartir asiento en las carretas, para evitar cansar a los animales.

Antes de perder la casa de vista, Guzmán se volvió una última vez hacia la alcoba de su esposa, en el primer piso, pero no pudo distinguir ninguna figura tras la celosía de madera verde oscura que tamizaba la luz de la habitación con una agradable sombra. Se volvió, molesto por la ausencia de su mujer durante la despedida, y espoleó su montura.

Zubayda observaba a su marido tras la celosía, satisfecha porque finalmente él se había vuelto a buscarla con la mirada pero se iba sin el gusto de haberla visto. Sus grandes ojos negros estaban irritados; no había parado de llorar desde que discutió con él. El escándalo que habían formado y la terquedad de Guzmán hicieron que se retirase a su alcoba temiendo que las piernas no la sostuviesen, donde se derrumbó en la cama, llorando desesperada por la necesidad de su esposo.

La realidad es que tenía un mal presentimiento. Desde entonces no había salido ni había querido ver a nadie más que a sus dos hijas cuando le traían la comida, que no probaba. Cada vez que pensaba en Guzmán se le encendían las mejillas de ira y la rabia no la dejaba dormir. Los intentos de las muchachas por consolarla, diciéndole que solo sería una expedición más y que había tiempo de sobra antes de que llegaran los almohades, no sirvieron de nada. Zubayda esperaba a que la última de las carretas saliera de la alquería y se cerrase el portón para salir de su encierro.

Mientras observaba cómo los peones cerraban las puertas, le pareció ver que la última carreta tenía mal colocada la carga y se inclinaba hacia un lado de forma extraña. Sería problema de Guzmán si se rompía el eje o se dañaba la rueda, su marido sería capaz de arreglarlo por sí mismo; ella no tendría nada que ver en esa expedición.

Sierra de los Yébenes
12 de junio de 1211

La recua había iniciado el ascenso a la sierra de los Yébenes.

Los hombres y las bestias habían dormido mal y estaban inquietos; los lobos no habían parado de aullar en toda la noche y el sonido de una manada rompiendo el silencio en mitad del sueño no dejaba a nadie indiferente. No era la primera vez que los hombres escuchaban los aullidos de los lobos, tan frecuentes fuera de las ciudades, sobre todo al acercarse a zonas montañosas. Pero esta vez el macho líder del grupo había comenzado con un aullido grave y prolongado, mucho más largo de lo que cualquiera de los hombres hubiera oído jamás, y antes de terminar se le habían ido uniendo el resto de los lobos, en una cacofonía que aterró a los mercaderes en la oscuridad de una noche sin luna.

Corrían leyendas sobre la mirada del lobo, que helaba la sangre de su presa y la impedía huir condenándola a una muerte segura, y aunque las ciudades estaban a salvo de su amenaza, en todas las villas se contaban historias de ataques de estas fieras, que mataban al ganado o incluso se atrevían con niños y ancianos en los duros inviernos de la meseta.

Guzmán estaba de mal humor por la falta de sueño y los aullidos, que le habían hecho recordar el comentario de su hija diciéndole que se estaba metiendo en la boca del lobo.

La parte del trayecto que cruzaba las montañas estaba salpicada de encinas y algún que otro alcornoque pero, al ascender la pendiente, las jaras de la llanura iban dejando paso a la coscoja y aparecían algunos quejigos. La enorme cantidad de bellotas que producían estos árboles y arbustos servían de alimento a ciervos, jabalíes, osos y ardillas que llenaban los montes y suponían una fuente de caza para los lobos, haciendo que pocos fueran los que se aventurasen a cruzar por estos peligrosos parajes.

A pesar de su mal humor, Guzmán estaba satisfecho por el avance. No se habían producido contratiempos y no paraba de pensar en sus planes futuros, una vez que vendiese sus mercancías y consiguiese los libros, con los que se ganaría al arzobispo para poder venderle así las sedas teñidas de púrpura. Pero la certeza de que sus propósitos iban a llegar a buen puerto era cada vez era menor.

—Malditos lobos —dijo a Omar que caminaba a su lado.

Guzmán había bajado del caballo para no cansarlo durante la subida a la sierra. Omar se sobresaltó.

—No invoque su nombre, señor, ya sabe lo que dicen; que su sola mención hace

que aparezcan. Aunque seamos un grupo grande y no se atrevan con nosotros, es mejor no tentar la suerte... Además, hay caza en abundancia y les será fácil encontrar otras presas —respondió Omar, tratando de tranquilizarse.

—Las hembras deben de haber parido ya y necesitarán alimento. Si no fuera por la prisa que tenemos, podríamos organizar una batida para matar lobeznos. No me disgustaría devolverles a esas alimañas la noche en vela que nos han dado.

—Hasta las mulas están exhaustas —dijo Omar, volviéndose para ver el avance de las carretas.

La pendiente se hacía más pronunciada y era fácil que alguno se quedase rezagado si las mulas que tiraban de su carro eran más viejas o se encontraban débiles o fatigadas por alguna razón. Omar se percató de que la última carreta se estaba quedando rezagada e hizo una seña a Guzmán.

—Habría que hacer un alto a ver qué está pasando. Si se queda muy atrás podría ser presa de las fieras —comentó Omar.

—Ni hablar de eso. Subimos a buen ritmo, solo descansaremos cuando las mulas no puedan más. No vamos a detenernos nada más habernos puesto en marcha.

Omar asintió aunque llevaban ya varias horas de caminata, pero a su señor no le gustaba que le contradijeran y prefirió no discutir.

El avance del grupo se hizo más lento y difícil. A la pendiente y el cansancio de los animales había que añadir el estado del camino, cada vez más deteriorado, con agujeros y piedras sueltas que hacían más pesada la subida al puerto. Guzmán lideraba el ascenso inmerso en sus pensamientos; conocían el camino de sobra y para cuando el calor empezase a apretar habrían llegado a la cima. La bajada sería más sencilla para todos, no en vano el camino era transitado desde tiempos inmemoriales y la pendiente para llegar al paso que atravesaba la sierra era suave comparada con los montes del norte o incluso con los que, a modo de muralla natural, defendían Al-Andalus de la estepa.

El mercader se volvió para comprobar el estado de la recua y observó cómo las carretas se habían ido separando unas de otras; la última de todas ni siquiera se divisaba tras un recodo del camino. Guzmán se inquietó y sintió cómo una punzada de preocupación cruzaba por su mente. Quizá Omar tenía razón y deberían haberse reagrupado antes de continuar subiendo, pero él ya estaba casi en la cima y no pensaba detenerse. Esperó unos instantes más mientras observaba a Omar moverse con soltura entre las carretas, asistiendo a los hombres para empujar los radios de las ruedas y ayudar a las mulas que estaban dando muestras de agotamiento.

Al fin apareció la carreta tras unas matas que cubrían una curva. Primero la mula y luego el carretero conduciendo el carro. Guzmán respiró aliviado, aunque solo por un instante. La mula se movía con mucha lentitud y apenas avanzaba unos pocos pasos cuando se la arreaba con el látigo. El peso de la carga parecía mal repartido y se había escorado hacia un lado, por lo que el eje estaría sufriendo y la rueda también, por no hablar de la mula que no tiraba de una carga uniforme, pensó.

A medida que iban llegando, las carretas se agrupaban en una explanada a un lado del camino para esperar al resto. No había árboles a esa altura y el sol empezaba a apretar. Lo mejor sería bajar a ayudar al rezagado para no retrasar a todo el grupo.

—Acompáñame, Omar —dijo Guzmán en cuanto el encargado coronó el paso y se tumbó en el llano bajo la sombra de una carreta.

Omar obedeció al instante, aunque a regañadientes. El sudor brillaba en su frente y le caía por las axilas y la espalda empapando su chaleco.

—Os lo dije, mi señor. Hubiera sido mejor parar cuando nos dimos cuenta de que se rezagaba.

Guzmán bajó la pendiente y llegó hasta la carreta, seguido a escasos pasos por su encargado. La piedra del camino estaba suelta y era fácil resbalar si no caminaban con cuidado.

—¿Qué pasa con *la Morena*? ¿Se le han quitado las ganas de trabajar? —preguntó Guzmán.

El carretero se encogió de hombros.

—Ha debido pasar mala noche, mi señor, las alimañas han estado formando mucho escándalo —respondió.

Guzmán dio unas palmaditas en el cuello de la mula y le acarició las crines negras.

—No podemos dejar que el animal se agote, es un buen ejemplar y tiene que durarnos muchos años todavía. —Guzmán se volvió al carretero—. ¿No has notado que se te ha movido la carga?

El carretero puso cara de inocente y no contestó. Guzmán y Omar cruzaron una mirada y, cada uno por un lado, rodearon el carro para comprobar la paca de seda. La carga estaba cubierta por la manta de lana gris que la aislaba del exterior, aunque en este caso, parecía como si el carretero hubiera echado una manta adicional por encima. Omar se acercó para retirarla y, en ese momento, la manta se levantó como una figura fantasmagórica que se alzaba delante de él. El hombre saltó hacia atrás y se le escapó un grito de terror. Antes de que pudiera reaccionar, Guzmán se acercó al carro y tiró de la manta. Ambos quedaron boquiabiertos cuando el polizón apareció ante sus ojos.

—Nuño... —alcanzó a decir Guzmán con asombro.

El muchacho estaba de rodillas sobre la carreta. Ojeroso y pálido, tenía los labios agrietados por el calor y la falta de líquido. El muy sinvergüenza se había escondido bajo la manta y había conseguido pasar dos días sin ser descubierto. No parecía hambriento y Guzmán vio que llevaba un pequeño zurrón, por lo que supuso que llevaría ahí la comida. El rostro del niño delataba el miedo del que ha sido descubierto.

—¡Maldita sea, Nuño! —gritó Guzmán—. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí?

El chico no respondió, para él la respuesta estaba clara y, ante el enfado de

Guzmán, era mejor permanecer en silencio. Guzmán se volvió al carretero.

—¿Y tú? ¿Es que no te has dado cuenta de que transportas un muchacho en tu carreta? Maldita sea una y mil veces. ¿Desde cuándo sabes que el chico está ahí?

—Os juro que no lo sabía. De verdad, mi señor, no suelo mirar la carga, puesto que podría parecer que me meto donde no me llaman. Yo solo llevo la carreta y atiendo a la mula. Es cierto que *la Morena* andaba más cansada de lo habitual, pero lo achaqué a la mala noche que hemos pasado, no a que lleváramos un pasajero escondido bajo la manta. —El carretero miró a Nuño y se compadeció de él—. Ni siquiera sé cómo ha sobrevivido el chiquillo, cubierto con la manta de lana, con todo el calor que pasamos ayer. Yo llevo el carro y cuido a *la Morena*, el que revisa la carga es Omar.

Guzmán volvió su atención a Omar y su encargado lo miró alarmado. El patrón había perdido su habitual compostura y su rostro estaba encendido y se le hinchaban las venas del cuello mientras hablaba.

—Omar, tú has sido el que me ha traicionado. Sabías que Nuño estaba en la carreta y te has callado como la víbora que eres —gritó.

Omar se asustó al ver a Guzmán tan alterado.

—Mi señor, nunca me hubiera atrevido. Y si hubiera sabido que el muchacho estaba escondido bajo las mantas, no hubiera reaccionado así. Pensé que se nos había colado un lobo y me he llevado el susto de mi vida. No me culpéis a mí, puesto que no tengo nada que ver en este entuerto.

Guzmán estaba a punto de replicar cuando Nuño se le adelantó.

—Dicen la verdad, Guzmán. Nadie sabía que estaba aquí escondido ni me habían descubierto hasta ahora. Cuando todo estuvo listo para partir, en el momento en que se abrían las puertas, salí del almacén cubierto con la manta y me subí a la carreta justo cuando se ponía en marcha. Aquí he estado los dos días, sin moverme, por miedo a ser descubierto. Ayer se me acabó el agua de la calabaza y pensaba salir a llenarla esta noche —dijo Nuño.

—Maldita sea tu estampa, Nuño. Sabías de sobra que no podemos retrasarnos, pero ahora tendré que enviarte de vuelta y perderemos un tiempo precioso. ¿Sabe alguien de la alquería que estás aquí?

—Dejé una nota a Muwayra en uno de los bolsillos de su camisa. Espero que la encuentren y no se preocupen por mí. Les digo que estoy contigo en la expedición.

—Tú te vuelves a Toledo, este lugar no es para niños.

—¿Por qué no puedo quedarme? Podría ayudar con las carretas y seguro que aprenderé mucho de todos. Tú mismo lo dijiste, un viaje rápido y sin peligro.

Guzmán seguía fuera de sí y no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Lo que has hecho ha sido muy grave y ha estado muy mal... Y vas a recibir un castigo.

El mercader agarró al chico por una muñeca y lo bajó de la carreta tirando de su brazo con violencia. Lo arrastró hasta una de las ruedas y sujetó las dos manos de

Nuño con una de las suyas. El muchacho no podía soltarse y, después de su desconcierto inicial, empezó a forcejear, pero no podía hacer nada ante la fuerza de aquel hombre que le aferraba las muñecas como si estuviese encadenado. Guzmán empezó a desabrocharse el cinturón y Nuño pataleó con más fuerza.

—¡No, Guzmán! ¡No! —gritó.

Sus chillidos resonaban rompiendo la paz del monte y los hombres abandonaron su descanso. Con lentitud salieron de las sombras de los carros y se levantaron del suelo para acercarse un poco a ver qué estaba pasando. Guzmán, que ya se había quitado la correa, la dobló por la mitad; el mocoso se merecía un castigo, aunque no quería lastimarlo con la hebilla.

—¡Guzmán, por favor! ¡No! ¡No lo hagas! —gritó Nuño.

Y en ese momento él echó su brazo hacia atrás para tomar impulso y le golpeó las nalgas con el cinturón de cuero.

El niño empezó a gritar con fuerza, pero él no aflojó su presa ni disminuyó la fuerza de sus latigazos. Después del tercer golpe, los gritos de Nuño comenzaron a bajar de tono y se transformaron en un sollozo que compadeció a todos los que lo escucharon.

Los hombres miraban a Guzmán con expresión sombría, aunque nadie se atrevió a acercarse ni a intervenir en defensa del muchacho. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido en la expedición y el castigo era lo único que estaba ocurriendo en el mundo en ese momento. Solo cuando Guzmán levantó la vista y se percató de las miradas de sus hombres, se dio cuenta de que la pena que había impuesto al chico había sido muy severa. Soltó a Nuño y el muchacho cayó desmadejado junto a la rueda, agarrándose las nalgas para tratar de aliviar el dolor que sentía.

—Subidlo al carro. —La voz de Guzmán no dejaba lugar a dudas sobre su enfado y Omar y el carretero subieron a Nuño a la carreta—. Ahora soltad la mula, que yo la subiré caminando mientras el resto de los hombres bajará a ayudar a empujar la carreta hasta el puerto.

Nuño sollozaba, acurrucado en el suelo de la carreta, y Omar lo cubrió con la manta. El muchacho respiraba con dificultad y tiritaba sin poder detener los temblores.

Guzmán agarró el bocado de la mula y comenzó a caminar cuesta arriba mientras Omar hacía señas a los demás para que bajaran a ayudarles. El muchacho se había llevado su merecido, pensó Guzmán aunque, sin saber por qué, no podía evitar un sentimiento de culpa que le hacía enfurecerse aún más. Nuño era un buen chico, pero había desobedecido y no podía dejar su falta sin castigo. No sería bueno ni para él ni para los hombres de la expedición. Los tres latigazos que le había dado le escocerían durante algunos días y no le permitirían sentarse hasta que sanasen las heridas, pero la piel cicatrizaba rápido y Guzmán esperaba que la lección durase mucho más.

Los hombres se cruzaron con Guzmán sin decir una palabra.

—Hemos llevado al niño con nosotros durante dos días y nadie se ha dado cuenta

de su presencia. ¿Pero qué clase de expedición es esta? —les preguntó sin esperar respuesta.

Guzmán siguió su camino y sus hombres evitaron su mirada. Nadie estaba satisfecho con lo que había sucedido, pero subir la carreta entre todos apenas les costaría un ligero esfuerzo, por lo que el enfado de su señor no sería tan grave.

Al llegar al puerto, Guzmán ató a *la Morena* a una carreta y se volvió a ver a sus hombres.

Ya habían comenzado a subir el carro y parecía que lo hacían sin gran esfuerzo. Incluso les quedaba energía para acariciar al chico en la cabeza y consolarle con palabras de aliento mientras empujaban. A saber qué le estarían diciendo, de seguro que ya se había ganado la amistad de todos. No había nada como la adversidad para unir a las personas, y ver sufrir a un niño no dejaba a nadie indiferente. Ahora no les gustaría que enviase al niño de regreso a Toledo y Guzmán dudó sobre qué hacer con el muchacho. Desechó sus pensamientos y decidió concentrarse en lo que le quedaba de viaje.

Se volvió hacia el sur y observó la bajada del puerto, algo más empinada que la subida pero no tan fatigosa para las bestias. A su diestra vio a lo lejos una gran peña y pudo distinguir los reflejos del sol en un arroyo que bajaba por la ladera. Un movimiento captó su atención en aquella dirección y entornó los ojos para escrutar el paisaje.

Un venado saltaba ladera arriba por las peñas. Su carrera era frenética y Guzmán supuso que luchaba por su vida. Al instante descubrió a sus tres perseguidores; tres lobos que, por su pelaje gris y pardo, apenas se distinguían del paisaje. Los animales corrían en paralelo rodeando al ciervo y limitando sus posibilidades de escapar, siguiendo a su presa con un trotecillo constante. Con la boca abierta y la lengua asomando a un lado, no se escuchaban gruñidos ni aullidos, la cacería tenía lugar en silencio puesto que los depredadores ahorraban toda su energía para dar alcance a su víctima. El venado parecía cansado y sus perseguidores le habían conducido a un pequeño prado rodeado de rocas planas y altas. Estaba acorralado y el pánico se apoderó del animal. Trató de saltar y trepar por las rocas, pero apenas conseguía escalar unos metros antes de resbalar hacia abajo. Los lobos estaban a punto de abalanzarse sobre él cuando por fin saltó con todas sus fuerzas y, en su desesperación, consiguió despegarse varios metros del suelo.

Los cazadores observaban al pie de la roca mientras el venado subía por la pared vertical. Empezaron a gemir cuando vieron cómo se esfumaba su presa y trataron de seguirla por las rocas, sin embargo no podían pisar con firmeza y sus garras arañaban las peñas al resbalar una y otra vez. El fugitivo estaba a solo unos metros y también trataba de trepar de forma frenética, pero finalmente patinó y se precipitó de espaldas al prado. Antes de que pudiera incorporarse, uno de los lobos le lanzó una dentellada al cuello y los otros le atacaron las partes blandas. El venado empezó a mugir, pero era incapaz de liberarse de sus captores y, a pesar de sus esfuerzos, fue debilitándose

con rapidez por la pérdida de sangre.

Los hombres habían llegado junto a Guzmán y observaban la escena con curiosidad, aunque nadie se atrevió a hablar. Poco a poco fueron llegando a la matanza el resto de los integrantes de la manada; hembras, lobos jóvenes y ancianos que no habían participado en la cacería. Los gruñidos de los animales disputándose la pieza llegaron con claridad hasta la expedición y Guzmán se dirigió a sus hombres:

—Se acabó el espectáculo —dijo, y esperó unos instantes con la mirada perdida en el festín que se estaban dando los lobos—. Hay que ponerse en marcha y, por cierto, el chico se viene a Calatrava.

*Salvatierra**14 de junio de 1211*

La lluvia que venía del sur había caído durante tres días sin interrupción. Unas veces eran violentas tormentas que azotaban los campos por las tardes, oscurecían el cielo y hacían que la noche llegara mucho antes de la puesta del sol. Otras, la llovizna persistente no hacía más que preparar el terreno para que los aguaceros formasen torrentes y lagunas donde antes había montes y llanos polvorientos.

Ante la amenaza almohade, la delicada moral de los ocupantes de la fortaleza se venía abajo con rapidez y, pese a contravenir la doctrina de la Iglesia, había quién veía en estos acontecimientos un signo de la cólera divina por los pecados de la cristiandad. Con el paso de los años y los desmanes de los señores en tiempo de paz y de guerra, todos eran conscientes de que la cantidad de ofensas al Altísimo era suficiente como para provocar el Apocalipsis en cualquier momento.

—Esto es signo de mal agüero —dijo Tello a su amigo, mientras observaban desde la muralla el chaparrón que se les venía encima.

Los trabajos de aprovisionamiento y refuerzo de las defensas habían sido suspendidos el día anterior, y los freires abarrotaban la iglesia orando. Mientras, el resto de los hombres se refugiaban en otras dependencias de la fortaleza o incluso en las casas del arrabal. Félix y Tello, hartos de la inactividad, decidieron salir a respirar aire fresco y disfrutar de un poco de intimidad alejados de la muchedumbre que llenaba las habitaciones del castillo.

—No seas necio —respondió Félix—. Esto es un regalo del Cielo, porque dificultará la marcha de nuestros enemigos. Los caminos no podrán soportar el peso de su ejército y, con la que está cayendo, se desbordarán ríos y torrentes que arrastrarán los puentes más endebles a su paso.

—Visto así parece que hay que alegrarse —replicó Tello, con cara de asombro.

Los amigos siguieron mirando al horizonte, con las capas blancas ondeando al viento. Ninguno quería mencionar el tema que atenazaba a Félix e intrigaba a Tello. Las ocupaciones de cada uno, el voto de silencio en el dormitorio, y el estar rodeados de gente continuamente no les había permitido hablar con calma de la situación del primero. Fue Tello el que rompió el silencio.

—¿Ya se le ha pasado al maestro? —preguntó con seriedad.

—Parece que aún no lo ha olvidado, pero al menos ya me saluda con un gesto cuando me cruzo con él.

—Algo es algo —comentó Tello con alivio—. En cuestión de días se le habrá pasado la furia, aunque el disgusto le durará un rato más, pero también acabará

olvidándolo y podrás volver a comer carne.

—Ese es el problema, que yo no quiero que lo olvide. La decisión está tomada y, de una manera u otra, la llevaré a término.

La seriedad de Félix no dejaba lugar a dudas sobre su voluntad y Tello sintió cómo en un instante se esfumó su sensación de alivio.

Los freires oyeron unos pasos a su espalda y se volvieron; una figura encapuchada que subía lentamente la escalera de la muralla se acercaba. Félix reconoció al monje por sus andares y su tamaño, bajo pero corpulento, y miró instintivamente a los lados en busca de una vía de escape. Su única salida consistía en echar a correr por el adarve, pero huir sin dignidad no entraba en sus planes.

—¿Los amigos se han reunido para poder tener conversación? —preguntó el monje al alcanzarlos.

Con la capucha echada apenas se podía distinguir las facciones del monje, aunque los dos jóvenes sabían de sobra de quién se trataba.

—Un poco de aire fresco, para descansar del olor a perro mojado en las dependencias de la casa, frey Silvestre —respondió Tello.

—Yo también he salido a airearme —concedió el monje—. Estos días me recuerdan a mi Galicia natal, que tanto añoro últimamente.

—Será quizá por vuestra avanzada edad —respondió Tello.

—A todos nos llegará la hora en que el Señor nos acoja en su seno —replicó Silvestre, levantando la mano y señalando a Tello con el índice—, pero hay que estar vigilante porque el Maligno anda por todas partes y cada día se lleva cargamentos de pecadores al Infierno.

—Amén —contestaron los amigos a la vez.

—Me gustaría hablar a solas con el hermano Félix —terció Silvestre, inclinando la cabeza hacia Tello con una sonrisa maligna en los labios.

Tello miró a Félix y este le hizo una seña para que se fuera.

—Quedad con Dios, frey Silvestre —se despidió—, y tened cuidado con esos cargamentos que decís.

Silvestre no se molestó en responder y Tello notó los ojos del monje clavados en su espalda mientras bajaba del adarve. El caballero se marchaba preguntándose qué querría el anciano de su amigo; nada bueno podría venir de un amargado como Silvestre.

El monje se volvió hacia Félix y se echó la capucha hacia atrás dejando su cabeza al descubierto.

—Llevas evitándome desde que llegaste, y me he dado cuenta de que estás a pan y agua. ¿Es que el aprendiz no pensaba contar a su antiguo maestro cómo le van las cosas?

—Ni soy tu aprendiz ni tengo nada que contarte —respondió Félix.

Tras su ingreso en la Orden, Félix había sido asignado a diversas tareas que le permitirían conocer los entresijos de la hermandad y, entre sus muchas obligaciones,

estaban la del estudio del latín y la escritura. Por aquel entonces Silvestre se ocupaba de la administración de los documentos de la Orden en Calatrava y de enseñar a leer y escribir a las nuevas vocaciones, siempre y cuando la relación y la dote que aportaba la familia de los novicios fuera interesante para los freires. Félix cayó rápidamente bajo su influencia y creció a su amparo, hasta que se decidió por el camino de las armas.

Tras la toma de Salvatierra, Félix se había sentido obligado con Silvestre por el secreto que compartían, pero con el paso de los años se fueron alejando y terminaron por distanciarse. Félix prefería tener el menor contacto posible con el monje; ya no se dejaba engatusar por sus malas artes, y hasta sentía cierta repulsa hacia él por haber asesinado a traición al marido de Elvira. Le había costado un tiempo asimilar lo que ocurrió en el asalto a Salvatierra, pero terminó entendiendo que él no había tenido la culpa de la muerte de Rodrigo, aunque sí de su encubrimiento.

—Félix, sé que estás de mal humor. No sé qué ha pasado entre tú y el maestre, pero salta a la vista que algo no ha salido bien.

Por el mero hecho de considerar toda información como valiosa, Silvestre sentía curiosidad por saber los motivos del enojo de Ruy Díaz, pero sabía que Félix no diría nada si no conseguía recuperar su confianza. Este permanecía en silencio y, tras unos interminables momentos, Silvestre continuó:

—Nuestro lazo es más fuerte que el de los demás. Si no fuera por mí, el maestre anterior ya te hubiera ajusticiado por la muerte de su amigo en la toma de Salvatierra. No lo olvides y no me obligues a delatarte.

Félix se volvió lentamente hacia Silvestre y le miró con odio.

—Tú le mataste, no yo. Si me delatas caerás conmigo. Además, ¿qué me impide arrojarte desde la muralla y decir que resbalaste con la lluvia y te rompiste el cuello al caer?

Félix se acercó a Silvestre. Era dos cabezas más alto y de espaldas más anchas que el anciano.

Silvestre le miró asombrado, la respuesta le había pillado desprevenido. Con el hombre que estaba frente a él ya no le servían las amenazas que había usado con el niño huérfano y desamparado que era cuando le conoció. Silvestre se santiguó y miró a Félix con fingida ternura.

—Corren malos tiempos, rapaz; vientos de guerra y calamidades. Se nos presenta una prueba como hace años que no sufrimos y el futuro de la Orden peligra gravemente. —Silvestre se acercó a Félix y habló en voz baja—. Yo mismo estoy en conflicto con el maestre.

Félix le miró desconfiado y Silvestre continuó hablando ante el silencio del caballero.

—La fortaleza está seriamente amenazada y, de caer ante la morería, perderíamos nuestras reliquias más importantes. Derrocharíamos incluso gran cantidad de tesoros de la Orden que se encuentran en este castillo. Si cayeran en posesión de nuestros

enemigos, contribuirían a reforzar sus propósitos y extender su idolatría por Castilla. El escarnio que supondría la pérdida de las reliquias y los fondos que conseguiría el Miramamolín para formar nuevos ejércitos podrían suponer la victoria del Maligno sobre la Iglesia.

Silvestre se iba apasionando con su discurso y poco a poco fue despertando el interés de Félix.

—Le he dicho al maestro que ponga las reliquias y los tesoros a salvo. ¿Qué necesidad hay de mantenerlos aquí, donde puede que se pierdan para siempre? Supongo que opinarás lo mismo que yo. Solo un perturbado pondría en peligro las reliquias y las riquezas de la Orden.

A Félix se le iluminaron los ojos.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó al fin.

—Nada. Que hay tiempo para pensarlo, pero el tiempo se nos agota y hay que ponerse en marcha, o será demasiado tarde.

El anciano levantó su vista al cielo encapotado a modo de plegaria.

—El maestro no puede prescindir de nadie —objetó Félix.

—Una sencilla expedición que pudiese moverse con rapidez sería suficiente. En dos días estaríamos en Ciruelos, donde los tesoros estarían a salvo.

—Parece un plan arriesgado, pero puede que tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón —se quejó Silvestre—. No sé qué hacer, creo que estoy en lo cierto, pero no puedo insistir más, Ruy está empezando a tomarse a mal mis opiniones y no conseguiremos nada contraviniéndole. —Silvestre posó su mano sobre el hombro de Félix—. Creo que los dos nos encontramos en la misma tesitura, así que si hay algo en lo que te pueda ayudar, no tienes más que pedírmelo.

Félix dudó unos instantes. La propuesta de Silvestre no parecía equivocada y podía ser provechosa para él y para Elvira de llevarse a cabo. Incluso podría ser él el que formase parte de la expedición y, sin duda, podría volver a estar con su amada antes de la llegada de los musulmanes.

—Traje dos cartas para el maestro; una del comendador de Zorita, refiriéndole la situación en la encomienda, y la otra de Elvira Manrique, en la que le ofrece la venta de su heredad para poder mudarse con su familia más al norte.

—¿Y por eso se enfadó el maestro? —preguntó Silvestre.

Félix no quería entrar en detalles con Silvestre. El monje ya le había manipulado bastante durante su juventud y todavía ahora le amenazaba con contar el secreto del asalto a Salvatierra. Sería como alimentar a una serpiente.

—El maestro se enojó porque fuimos atacados por la mañana temprano, antes de levantar el campamento, aunque gracias a Dios la guardia estaba alerta y no hubo heridos entre los nuestros.

—A quién madruga Dios le ayuda... Y qué razón tiene el dicho. Yo no le daría importancia, ya se le pasará el disgusto. De todas maneras, me parece que la oferta de la viuda, de doña Elvira, quiero decir, nos puede ayudar a que el maestro cambie de

opinión.

—No veo cómo —dijo Félix.

—En estos tiempos es mejor tener tierras que dineros en los cofres. El dinero se puede perder; se pierde una batalla y el vencido es saqueado, pero las tierras no se las pueden llevar. Aunque la Orden las perdiese ahora, cosa harto improbable por estar tan cerca de Toledo, sería solo temporalmente hasta que se reconquistaran y, entonces, se presentarían los documentos de la compraventa para reclamar su posesión. Además, sería una jugarreta frente al arzobispo de Toledo, que ya tiene bastantes posesiones en la zona.

—No había pensado en eso —confesó Félix.

—Tú déjalo en mis manos, rapaz. Yo hablaré con el maestre para convencerle de lo beneficioso del acuerdo para todos. Dios aprieta, pero no ahoga.

Silvestre conocía a Félix como a un hijo y se dio cuenta de la satisfacción del joven.

—Para mí sería un honor poder custodiar las reliquias en su camino a Ciruelos, aunque no creo que, dadas las circunstancias, el maestre deba enterarse de mi participación en la empresa —dijo Félix con solemnidad—. Tendría que ser cuanto antes y yo querría regresar inmediatamente, no me gustaría estar fuera cuando ataque la morisma. ¿Crees que aún hay tiempo?

—Déjalo de mi cuenta. Tardaremos unos días en recibir respuesta del maestre, pero el ejército musulmán tardará aún más en llegar.

Silvestre no cabía en sí de gozo y se estremeció dentro de su hábito mientras evitaba que su cara dejase escapar el menor signo de satisfacción.

—Parece que está refrescando. Yo voy a recogerme, que a mi edad estas corrientes de verano pueden resultar fatales.

—Que descanséis, hermano —se despidió Félix, con una sonrisa.

—Y tú también, hijo mío —dijo Silvestre con un hilo de voz, encogiéndose como si el viento le causara dolor.

Cuando Félix le vio alejarse, renqueando con teatralidad, una mezcla de alegría y temor se apoderó de él. Cabía la posibilidad de que la propuesta de Silvestre saliese adelante y, con un poco de suerte, él podría formar parte de la expedición a Ciruelos. Estaba seguro de que el maestre no mencionaría la carta del comendador de Zorita y, probablemente, tampoco se interesaría por los componentes de la expedición con la cantidad de preocupaciones que tenía.

Sin embargo, como siempre que trataba con el monje, algo le hacía sentirse engañado y no sabía exactamente en qué. Llevar a cabo tratos con Silvestre era como hacerlos con el mismísimo diablo. La lluvia empezó a caer con fuerza, y Félix salió en busca de Tello para contárselo todo. La tormenta arreciaba.

*Malagón**15 de junio de 1211*

La expedición había abandonado la cañada que discurría entre los montes, justo antes de toparse con el castillo de Malagón. El fuerte estaba coronado por una torre cuadrada de calicanto y era una pieza más en la red de castillos y atalayas que defendían la frontera.

La recua avanzaba lenta bajo la atenta mirada de los defensores del castillo.

Una docena de mulas, que tiraban con parsimonia de sus carretas, rompieron la monotonía del día. La procesión no suponía ninguna amenaza para la plaza pero, desde hacía semanas, cualquiera que se aventurase a cruzar la región fronteriza era digno de ser contemplado.

Guzmán estaba preocupado por los contratiempos del viaje. Después de la noche en vela y de la repentina aparición del niño, se habían cruzado con unas tropas cristianas que les habían retrasado y, por si esto no había sido suficiente, se partió el eje de la última carreta sin posibilidad de reparación y habían tenido que abandonarla a un lado del camino. El mercader había ordenado repartir la carga entre los otros carros y desmontar las ruedas para esconderlas, cubriéndolas con ramas y hojas. Las ruedas eran la parte más valiosa del carro, puesto que la banda de rodadura estaba recubierta por una lámina de hierro que le daba mayor resistencia contra los baches del camino. Las recogerían a su regreso, cuando hubiesen vendido toda la carga que transportaban.

La Morena se había quedado sin faena y Guzmán se la ofreció a Nuño para que no se cansase caminando. Todavía sentía remordimientos por los latigazos que había dado al muchacho, aunque no estaba dispuesto a admitirlo. Con los retrasos que se habían producido sabía que no podría bajar la guardia y quería aprovechar cada hora de luz de los largos días de junio para avanzar lo máximo posible.

—Omar, debemos apresurarnos, quiero llegar a Calatrava antes del anochecer —dijo a su encargado.

Omar asintió. Caminó hacia las carretas y comenzó a insultar a los carreteros para meterles prisa. Nuño acercó su montura a la de Guzmán.

—Las tropas con las que nos cruzamos nos han retrasado —dijo Nuño—. No sé a qué ha venido tanta espera para que el señor de Meneses nos recibiese, al fin y al cabo era él quien quería vernos.

—Los grandes señores tienen que demostrar que son gente ocupada y no pueden atender a todo el mundo. Gustan de hacer esperar a los demás, para que se sientan inferiores —aleccionó Guzmán al muchacho—. Si hubiese sido el rey Alfonso el que

se cruzase con los toledanos, habría sido el vasallo el que esperase por su rey. No le des más importancia, al menos solo nos han requisado una carreta para cargar su botín. Podía habernos ido peor.

—Eso es lo que me pone furioso —replicó Nuño—. ¿Con qué derecho nos la han quitado? Ya habías pagado el portazgo al salir de Toledo y ellos no son los señores de estas tierras. Ha sido un agravio que no deberíamos haber consentido.

—Ponte en situación, chiquillo. Imagínate un encuentro entre un lobo y un zorro. El zorro lleva una gallina muerta entre sus colmillos y el lobo decide quedarse con la gallina y comienza a gruñir al zorro. ¿No debería entonces el animal más débil acceder gustoso a la petición, para evitar una disputa? ¿Qué le impide al lobo matar al zorro y devorar las dos piezas? ¿Qué le hubiera impedido al señor de Meneses pasarnos a todos a cuchillo y quedarse con la recua sin que nadie se enterase?

—Eso no estaría bien, sería un pecado a los ojos de Dios.

Guzmán miraba a Nuño desde arriba, por la mayor altura de su caballo.

—Los pecados los perdona la Iglesia, que para eso está. Cuando no queda más remedio, por mucho que nos duela, lo mejor es amoldarse a la situación y tratar de salir lo más airoso posible. Quizá en el futuro podamos sacar provecho y obtener algún favor a cambio.

El niño bajó su cabeza y se concentró en el cuello de *la Morena*.

—No me gusta, no es justo —dijo Nuño.

—Solo Dios es justo y nos pondrá a cada uno en el sitio que nos corresponda el día del Juicio Final —concluyó Guzmán.

El ejército cristiano volvía de haber arrasado el castillo de Guadalerzas. La moral de los hombres estaba alta y, al haber recibido el quinto del botín, no se habían interesado por asaltar a los comerciantes. La donación de una de las carretas había sido suficiente para mantener las cosas en calma.

El sol descendía con lentitud y las sombras se iban alargando mientras las carretas se alejaban de la fortaleza. Desde allí hasta Calatrava se extendía una llanura de dos leguas, repleta de escobas y arbustos de espliego, tomillo y romero, sin apenas un árbol que los protegiese de los rayos del sol. Al ritmo impuesto por Guzmán el camino se hacía pesado, pero en el horizonte se divisaba la línea verde de cañas y juncos del terreno pantanoso del río.

—Los de Malagón no nos molestarán estando tan cerca de Calatrava. Dejarán que los otros se ocupen. ¿Ves allí a lo lejos? —dijo Guzmán, señalando hacia el horizonte—. Sobre un cerro se encuentra Calatrava, la plaza más importante de toda la región. Posee un alcázar bien fortificado y una gran población que, al no caber en la medina, se ha ido extendiendo extramuros construyendo un arrabal que rodea el recinto amurallado. ¿Puedes distinguirla?

—Creo que sí —contestó Nuño, que solo veía una mezcla de tonos grises y pardos.

—Calatrava está rodeada por una muralla defendida por cuarenta y cuatro torres y

flanqueada al norte por el río. Sus aguas la rodean también por la parte sur, mediante un foso profundo excavado en la roca, lo que la convierte en una isla prácticamente inexpugnable.

La explicación de Guzmán despertó la curiosidad del chico.

—¿La ciudad la fundaron los cristianos?

—No lo creo —respondió Guzmán—. Cuentan que fue destruida por los rebeldes toledanos hace más de trescientos cincuenta años, pero se reconstruyó de nuevo.

—¿Por qué no la abandonaron?

Guzmán chascó la lengua antes de contestar.

—La ciudad servía para controlar a los toledanos, mozárabes y muladíes, o sea cristianos en su origen que siempre andaban sublevándose contra el poder árabe de Córdoba. Además, los moros que habitaban estas tierras tampoco eran árabes y no tenían muchas simpatías por la clase gobernante cordobesa. La única función de Calatrava es militar, surgió como refugio de una guarnición con la que hostigar Toledo y ofrecer cobijo en caso de retirada. —Guzmán se quedó pensativo unos instantes, antes de continuar—. Por allí, en la franja verde que se divisa antes de la ciudad, transcurre un río. ¿Sabes cómo se llama?

—No —contestó Nuño, que a pesar de los esfuerzos de su madre tenía nulos conocimientos de geografía.

—Es el Wadi-Anas. *Wadi* significa río en árabe y *Anas* es el nombre de este. Si viene del latín, *patos*, no lo sé a ciencia cierta. De todas maneras, los cristianos han juntado las dos palabras y lo llaman Guadiana. —Nuño escuchaba atento las explicaciones—. La ciudad está situada en un importante cruce de caminos; la ruta de Córdoba a Toledo, de sur a norte, y la de Mérida a Calatayud, de oeste a este, confluyen en este punto. Como ves, se trata de una pieza clave en la organización del territorio fronterizo y su control es fundamental a la hora de dominar la zona. Quien posea Calatrava dominará los castillos de la frontera.

—Entonces, ¿llegará a ser tan importante como Toledo?

Guzmán comenzaba a arrepentirse de haber comenzado la explicación.

—El terreno pantanoso del río y los humedales no son buenos para criar cereal y, si uno se aleja del agua, la tierra es dura y seca. Tampoco es que haya demasiada caza, exceptuando los patos y las garzas que se esconden río arriba, en las lagunas. Toledo está mejor situada, tiene campos fértiles para sembrar trigo y cebada e incluso huertas que aprovechan las aguas del río. Se trata de una ciudad mucho más antigua y ya había sido la capital del reino incluso antes de que llegaran los árabes.

—Calatrava era la sede de la Orden de Calatrava, antes de la derrota de Alarcos.

—Cierto, los monjes la defendieron frente a las invasiones africanas de los almorávides y pusieron su nombre a la Orden. De todas maneras, apenas estuvo en manos cristianas cincuenta años.

—A mí me parecen muchos.

—Son muchos para un mozalbete como tú, pero no alcanzan para llenar una vida.

A medida que avanzaban, Nuño pudo distinguir el cerro, con la muralla y las torres. El alcázar estaba situado al este del recinto y dominaba toda la llanura. El arrabal, formado por casas blancas con tejados rojos, se extendía hacia el oeste hasta alcanzar un molino junto a un puente.

—¿Qué te parece? —preguntó Guzmán, satisfecho al ver la rapidez con la que estaban avanzando.

—No es tan grande como Toledo, pero es mayor que cualquier villa de las que conozco. ¿Tendrá una gran guarnición? ¿Podríamos tener problemas otra vez?

—No te preocupes, tengo amigos por toda esta zona. Recuerda que viví en tierras de Al-Andalus y conozco bien a esta gente. Para mí, el mayor peligro está en la parte castellana del camino, porque nunca sabes lo que te puedes encontrar. La zona está controlada principalmente por la Orden de Salvatierra, los calatravos antes de perder la ciudad, y los freires tienen muy malas pulgas; desconfían de todo el mundo y siempre tratan de cobrar tributo.

A lo lejos se divisó primero una nube de polvo y, después, una columna de jinetes que cruzaba el puente y se dirigía hacia la caravana al galope. Nuño miró a Guzmán alarmado.

—Tranquilo, la panorámica desde el alcázar es magnífica y seguro que nos han avistado hace rato, aunque también podría ser que los de Malagón les hayan avisado mediante señales. —Guzmán forzó la vista cerrando un poco los ojos—. Por cómo reluce el jinete que cabalga al frente del grupo, creo que sé de quién se trata.

Los integrantes de la caravana observaron en silencio cómo se acercaban los jinetes, mientras continuaban su lento avance.

—¿Le conoces? —preguntó Nuño.

—Se trata de Abu-Abd-Allah ben Qadis, Aben Cades para los cristianos.

Nuño abrió mucho los ojos y no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda. Aben Cades era conocido en toda la zona por su valentía y su arrojo. La sola mención de su nombre encogía los corazones cristianos y el más mínimo rumor de su proximidad vaciaba las aldeas y aprestaba las guarniciones de los castillos.

—No te preocupes, Nuño, es un buen amigo. Tú quédate con la caravana.

Guzmán espoleó su caballo y se dirigió hacia los musulmanes. Cuando Aben Cades se percató del movimiento, levantó el brazo a modo de señal y la columna se detuvo, mientras él continuaba solo hacia Guzmán. Se encontraron a un tiro de flecha de la caravana y detuvieron sus monturas, una junto a la otra para, sin descabalar, fundirse en un abrazo.

Nuño había buscado refugio entre los componentes de la caravana y se colocó al lado de Omar, entre dos carretas, para no atraer las miradas de los soldados musulmanes. Guzmán conversaba animadamente con el moro y parecían buenos amigos.

—¿De verdad que son amigos? —preguntó a Omar, que ni siquiera prestaba atención al encuentro.

—Claro. Desde que yo empecé a acompañar a Guzmán, hace años, cada vez que se encuentran se saludan con cariño. Guzmán es un hombre honrado y Aben un valiente y distinguido adalid. Se respetan y se gustan, aunque uno sea moro y el otro cristiano.

Las carcajadas de los amigos recién reunidos llegaron hasta la expedición.

—Tú eres moro también.

—¿Y cuál es la diferencia? ¿Es que no soy un hombre como Guzmán? Yo llevo mucho tiempo por estas tierras y he conocido muchos moros, judíos y cristianos. Hay cristianos que se han convertido al Islam, y no por eso dejan de ser personas igual que eran antes. Para mí somos todos iguales.

Nuño dudó un instante. Él tenía claro que los moros eran enemigos de Dios y estaban condenados al Infierno, pero Omar no parecía saber nada de eso y Nuño no se atrevió a decírselo y prefirió callar y observar a los amigos.

Aben Cades se erguía poderoso sobre su caballo. Tenía un casco y una coraza de escamas doradas sobre una cota de malla sin mangas que brillaba a la luz del sol. Bajo la cota, sobresalía una túnica bordada en tonos ocres que cubría también los brazos del guerrero. A la cintura llevaba una banda de seda bordada de color turquesa que usaba para sujetar su espada. Nuño nunca había visto nada igual. Ni siquiera los caballeros con los que se había cruzado en Toledo podían aspirar a semejante alarde de riqueza y gallardía.

A medida que la caravana continuaba su avance, la curiosidad de Nuño venció a su miedo y se adelantó un poco para ver mejor al adalid. De tez morena y fuertes facciones, tenía la cara un poco alargada y terminada en una barba negra, recortada y peinada con esmero. Su aspecto limpio y perfumado no le restaba un ápice de bravura.

Guzmán pareció bajar la voz y los dos hombres conversaron durante un rato, concentrados, sin atender a su entorno inmediato. Nuño se acercó un poco a la pareja cuando la caravana llegó a su altura, mientras continuaba su avance hacia la ciudad. Aben Cades alzó la vista y su intensa mirada se cruzó con la de Nuño, que recordó la explicación de Guzmán sobre el lobo y el zorro, pero no pudo evitar sentirse como un conejillo asustado ante el aspecto de Aben. El muchacho dudó otra vez de la situación y volvió a la seguridad de las carretas, alejándose de Aben y Guzmán, que parecían no querer ser molestados.

—Nuño —le llamó Guzmán cuando ya estaba llegando a la recua—. Ven aquí, chiquillo, que quiero presentarte a un amigo.

El niño se volvió, nervioso, y espoleó su mula hacia Guzmán tratando de que no se notase su inquietud.

—Este es Aben Cades, el caballero más valiente de todo el valle del Guadiana. Está a cargo de la defensa de Calatrava.

Nuño lo miró sin atreverse a abrir la boca.

—¿Tú eres el muchacho que ha venido a aprender nuestras costumbres y la

lengua árabe? —preguntó Aben, en romance, mirando fijamente a Nuño y posando su mano sobre el hombro del chico—. Para mí es un honor conocerte, no hay nada más elevado que la búsqueda del conocimiento y del saber. Quizá tu experiencia en Al-Andalus sirva para estrechar lazos entre nuestros reinos. Dicen los sabios que solo quien experimenta, alcanza la verdad.

—Por supuesto —apoyó Guzmán—. El chico está un poco nervioso desde que le he dicho tu nombre, ya sabes... por la fama que tienes entre los vecinos de Castilla.

—Los tiempos de guerra son duros para todos. Si vuestro rey respetase las treguas, podríamos vivir en paz, pero parece que el rencor se ha apoderado de su corazón y el odio de los monjes guerreros se extiende por vuestro reino. Ya lo dice el Al-Coran, «Les está permitido combatir a quienes son atacados, porque han sido tratados injustamente». Yo soy un guerrero y debo luchar por mi gente lo mejor que pueda.

Nuño no contestó, pero pudo forzar una sonrisa apretada que sirvió como respuesta.

—Ahora es tiempo de que descanséis —dijo Aben—. Continuaremos hasta la ciudad y buscaremos alojamiento para la expedición. Me sentiré halagado si venís a mi casa, compartís mi mesa y aceptáis el cobijo que os ofrezco para vuestro descanso.

—Nos alegra y nos honra tu invitación —contestó Guzmán muy complaciente.

Nuño se desmoralizó un poco ante la perspectiva de ser invitado a casa del adalid.

—Dejaré un par de hombres que os escolten hasta la ciudad y me ocuparé de que todo esté dispuesto cuando lleguéis. Las noches aún refrescan y será mejor que no se nos haga muy tarde, además estaréis cansados por el viaje.

Aben Cades picó espuelas y se alejó en dirección a los soldados, para asignar dos de ellos a la caravana y regresar a la ciudad con el resto de sus hombres. Desde las carretas le vieron alejarse igual que había llegado, dejando una nube de polvo tras de sí.

La recua cruzó el río por el puente de Malvecinos mientras el sol producía destellos al reflejarse en el cauce del Guadiana aguas arriba. Nuño observaba pasmado la ciudad teñida de tonos ocres, y sus muros, que parecían de oro puro a la luz del atardecer.

—La estampa es digna de admiración —dijo Guzmán.

—Es una fortaleza invencible; los muros son altísimos y, con tantas torres, debe ser imposible de escalar —respondió Nuño. Y añadió, con una mueca—: Aunque por aquí huele muy mal.

Guzmán no quitaba ojo a la vista de la ciudad mientras azuzaba su montura.

—Yo me refería a la luz anaranjada iluminando los muros de la ciudad que se recortan contra el cielo azul. ¿No te parece una imagen preciosa?

—No está mal, pero sigue oliendo fatal. ¿Para qué son esas murallas que se meten en el río?

—Se llaman corachas y sirven para proteger a los defensores de la ciudad si se

ven obligados a salir del recinto amurallado. En el caso de Calatrava sirven, además, para abastecer de agua a sus habitantes. ¿Ves las norias, en las torres de los muros?

Nuño asintió con la cabeza.

—Elevan el agua hasta lo alto de la muralla para que, por medio de un canal, fluya hasta el interior. La grande con cinco torres lleva el agua a la medina y la otra, más pequeña, sirve para abastecer el alcázar. Al llevar el río menos agua en verano, la coracha debe alcanzar hasta bien entrado el cauce para que no se quede sin abastecimiento durante los meses más secos.

Nuño nunca había visto nada igual y sonreía encantado por sus nuevos descubrimientos.

—Pero esta de aquí, la más cercana al puente, es distinta. No parece que lleve agua —dijo Nuño, señalando el muro que partía desde la ciudad y separaba el cauce del río del foso artificial.

—Eso es una presa, no una coracha —repuso Guzmán, fingiendo irritación, pero divertido—. Hace que el cauce aumente de nivel cuando el río pasa junto a la ciudad. Concentrar las aguas en un punto permite aprovecharlas para el molino, que ves ahí delante y, además, facilita la construcción de un puente más corto, lo que sería imposible si todo estuviera empantanado, como sucede más arriba. —Guzmán detuvo su montura y miró al muchacho de arriba abajo—. Me parece que tu madre sabe lo mucho que tienes que aprender y creo que ha tomado la decisión correcta dejándote acompañarme una temporada.

—Hasta ahora no he aprendido mucho, que digamos —replicó Nuño.

Guzmán le lanzó un pescozón, pero el chico estaba atento y se agachó a tiempo para esquivarlo, espoleando a su mula para alejarse unos pasos mientras reía.

—Ya te pillaré, granuja —le dijo Guzmán sonriendo.

Después de cruzar el río, la caravana avanzó entre las casas del arrabal rumbo a la entrada principal de la ciudad. Niños descalzos cubiertos por una simple camisa larga jugaban en las calles y los ancianos, sentados a la puerta de sus casas, se distraían viendo pasar a los forasteros. El olor del río no parecía que les afectara, pensó Nuño, llevaban tanto tiempo en el mismo sitio que para ellos la pestilencia debía ser algo normal.

En la linde de las casas, donde comenzaba la llanura, varios hombres fabricaban ladrillos de adobe con un molde cuadrado que rellenaban de barro y paja y ponían a secar al sol. A medida que ascendían por la pendiente, en dirección a la puerta, la ciudad crecía en tamaño y, al llegar al foso, tan cerca de la muralla, las torres resultaban imponentes.

—Aquí sí que huele mal —se quejó Nuño.

—Los habitantes echan los desperdicios al foso para que se los lleve la corriente al río.

—Pues parece que la corriente no tiene mucha fuerza...

La puerta principal estaba en el centro del muro sur, por lo que la caravana tuvo

que hacer un giro para poder acceder a ella. Los hombres llegaban cansados, pero la cercanía de la ciudad levantaba los ánimos de todos.

—¿Por qué han hecho esta puerta tan rara? —preguntó Nuño.

—Se llama puerta en codo y tiene esa forma para poder defender mejor la entrada, ya que los atacantes quedan al descubierto si quieren usarla.

Nuño no lo entendió y Guzmán se dio cuenta por la expresión de su cara.

—Al tener que ir hacia la izquierda y luego girar a la derecha, el escudo queda hacia fuera de la muralla y no ofrece ninguna protección. Además, con esa forma se evita una carga frontal sobre la puerta, que es el punto más débil del muro.

Cuando cruzaron bajo el arco de la entrada para ascender por una extensa rampa, esperaron a que los soldados que les acompañaban intercambiasen algunas palabras con el cuerpo de guardia. Omar se acercó a Guzmán después de oír la conversación.

—Aben Cades ya ha repartido instrucciones. Vosotros seguís hacia el alcázar y la recua se alojará en una venta, cerca de la muralla norte.

—¿No podría quedarme con la expedición? —preguntó Nuño.

—No, tú tienes que acompañarme —respondió Guzmán—. Si no lo hicieras sería un insulto para Aben Cades, que además de ser mi amigo es un hombre muy poderoso en esta ciudad y no conviene enfadarle.

—Si preferís, se puede quedar con nosotros —terció Omar, ayudando al muchacho.

—Vosotros acabaréis la noche en compañía poco recomendable, así que el chico se quedará conmigo y aprenderá mucho más.

—Como queráis, pero quizá aprendiese más con nosotros —rio Omar, y se encogió de hombros mostrando su impotencia.

Guzmán y Nuño se despidieron de sus acompañantes y siguieron al soldado encargado de guiarles hasta el alcázar. Las calles de la ciudad estaban empedradas y las pisadas de los caballos resonaban con fuerza.

—Calatrava es una verdadera ciudad —apuntó Guzmán—. Tiene baños, mezquitas y multitud de tiendas. ¿Qué te parece?

Nuño miraba a todas partes, boquiabierto. Las casas encaladas apenas tenían ventanas al exterior, por lo que era imposible saber lo que se ocultaba tras sus muros. Nunca había estado en una ciudad musulmana y su breve visita a Toledo tampoco le había permitido conocer la vida en la urbe.

—Mañana iremos al zoco, antes de salir, y pasaremos por la alcaicería, que es el mercado de objetos de lujo. Seguro que encontramos algo que se pueda vender en Toledo; por aquí pasan muchas rutas y las mercancías cambian fácilmente de manos —dijo Guzmán.

Al ver la entrada al alcázar, Nuño quedó sobrecogido por el tamaño de la puerta abovedada que, flanqueada por dos torres cuadradas de gran altura, hacía las veces de arco triunfal. El soldado que les guiaba se detuvo en una casa de dos plantas, cercana a la puerta del castillo, y al oír la llegada de los caballos Aben Cades salió a

recibirlos.

—Sed bienvenidos a mi casa —saludó—. Espero que vuestra estancia aquí sea lo más confortable posible.

Un esclavo se ocupó de llevar los caballos a la cuadra, junto al zaguán. La construcción escondía en su interior un patio solado en ladrillo con un aljibe en el centro.

Nuño estaba nervioso e incómodo en presencia del guerrero musulmán y se acercó al aljibe. El agua dejaba ver los complicados dibujos de estrellas enlazadas, de vivos colores, que formaban los azulejos en el fondo de la alberca. El calor de la jornada desapareció al instante en aquel rincón de sombra, lleno de tiestos con geranios colocados por el suelo y las paredes del patio, con un intenso aroma del jazmín que trepaba por las paredes enmarcando las puertas de blanco y verde que envolvió a los recién llegados.

Aben condujo a sus invitados a una amplia sala, abierta al patio, donde les esperaba una mesa redonda y baja rodeada de cojines, en los que se acomodaron después de lavarse. Luego les ofreció unas jarritas con leche, en señal de pureza y amistad, acompañada de dátiles y almendras de los cuencos de cerámica verde que reposaban encima de la mesa.

—Tu casa es siempre un oasis en mitad del desierto, Aben, que Dios te la guarde durante muchos años —halagó Guzmán a su anfitrión.

—Que Alá te escuche, mi buen amigo —replicó Aben, y se dirigió a Nuño—. Cuéntame, muchacho, ¿cómo te trata Guzmán?

El alcaide posó su mano sobre el hombro del niño y Nuño se tranquilizó al instante.

—Muy bien. Me enseña muchas cosas del camino y de los castillos por los que pasamos —respondió, mirando a Guzmán con malicia.

—¿Habéis tenido más contratiempos, aparte del que mencionaste con los toledanos que volvían de asaltar la torre de Guadalerzas? —preguntó Aben a su amigo.

—Todo está tranquilo. Aparte de las correrías de los freires, que van sin rumbo fijo, no hay mayor movimiento.

—Malditos perros —masculló Aben—. No tienen otra misión que robar, saquear y matar. No corren buenos tiempos.

Nuño esperó una réplica de Guzmán defendiendo a los monjes, pero parecía compartir la opinión de Aben. El niño creía que los caballeros de la Orden eran arcángeles enviados por Dios para luchar contra los infieles, pero le pareció que por aquellas tierras se les veía como a demonios despiadados. Nuño se molestó con los dos adultos al recordar que su padre había luchado junto a los freires y había muerto a manos de los musulmanes durante la toma de Salvatierra.

Mientras conversaban, apareció una esclava vestida con una túnica blanca que llevaba una bandeja con copas de cristal y una botella de vino. Excepto por la belleza

de la muchacha, el chico no pudo distinguir ninguna diferencia con las otras niñas que había visto en Toledo.

—Un poco de vino no nos hará daño —dijo Aben, más animado, mientras servía las tres copas—. Me ha dicho Guzmán que sabes leer en latín.

Nuño se sobresaltó por la pregunta, inmerso en sus pensamientos sobre las mujeres que había visto desde que salió de su casa.

—Sí señor. Mi madre me enseñó con algunos libros que tiene en casa.

—¿Qué materias tratan esos libros?

—Son colecciones de homilías y textos de los Santos Padres.

Aben miró a Guzmán con el ceño fruncido.

—Su madre es muy religiosa, y quiere que el chico reciba una buena educación cristiana.

—De esos también nos sobran por aquí —replicó Aben—. Especialmente almohades, los unitarios venidos de Marruecos con sus preceptos y su intolerancia. Aunque no lo creas, muchacho, lo que te vas a encontrar en Al-Andalus no es ni la sombra de lo que fue; el esplendor de esta tierra no tuvo igual durante mucho tiempo. Los reinos cristianos no ocupaban más que una franja en el norte, al borde del mar, y el califa de Córdoba era temido y respetado en todo el mundo. Ahora muchos de los edificios más emblemáticos de la antigua capital están en ruinas, asolados por incendios y saqueos, y la población que ha podido huir hace tiempo. —Aben se quedó pensativo y, de repente, alzó la voz—. Guzmán, tú que comercias con libros, ¿no podrías conseguirle unos buenos ejemplares de historia, para que conozca cómo era esta tierra antes?

—El comercio de libros está prohibido. Alá me proteja si voy en contra de esta sabia prohibición —se apresuró a decir Guzmán.

Aben miró a su amigo, sonriendo por la desfachatez con la que negaba una de sus principales fuentes de ingresos. El contrabando de libros dejaba pingües beneficios a Guzmán y Aben lo sabía de sobra, porque lo toleraba y a veces ayudaba a su amigo aunque no participaba en el negocio.

—Los escasos ejemplares de historia que han pasado por mis manos no están traducidos y aún no sabe leer en árabe —dijo Guzmán.

—Pues de alguna otra materia. El mundo es mucho más que las enseñanzas religiosas. Filosofía, Matemáticas, Geografía... La Geografía de Al-Idrisi le resultará amena, incluso Medicina, por decir algo más práctico. Seguro que tendrás algo actual de Maimónides o de Averroes. En tiempos del Califato, Córdoba era famosa por sus mercados de libros y toda persona importante debía tener una buena biblioteca con cientos, si no miles, de ejemplares. Por desgracia, los fanáticos que invadieron la península quemaron y destruyeron gran cantidad de volúmenes, pero el mercado de libros todavía funciona y seguro que se puede encontrar alguno.

Guzmán disfrutaba con la compañía de Aben, pero cuando su anfitrión se aferraba a algún tema podía ser muy pesado.

—Seguro que algo encontraré en casa. Aún así, lo primero es que aprenda el idioma, como quiere su madre.

Aben dio un sorbo a la copa de vino.

—Los textos importantes están en árabe, aunque en estas regiones le resultará más fácil comunicarse en bereber.

—El chico lo quiere para traducir textos, no se va a instalar aquí. Además, el árabe lo entienden casi todos los musulmanes. A pesar del imperio Almohade, el árabe sigue siendo la lengua culta de Al-Andalus.

Nuño miraba a los dos con curiosidad y aprovechó la conversación para dar un trago a su copa. Nunca había probado el vino y, cuando bebió, no le supo a nada hasta que al tragar el caldo sintió un picor agrio y fuerte en la garganta.

—Por supuesto, esos montañeses de Marruecos no saben lo que es la cultura ni el refinamiento; son un atajo de salvajes que disponen de un gran ejército que les permite hacer y deshacer a su antojo.

Al-Andalus formaba parte del imperio Almohade, pero la nobleza local, descendiente de las familias árabes, sirias o incluso de cristianos convertidos al Islam, bien situadas durante el Califato, nunca había aceptado completamente a sus nuevos señores africanos, los Almorávides, desde tiempos de Alfonso VI y los Almohades después.

La esclava se presentó con una bandeja redonda de plata repujada, que portaba unos cuencos de ajoblanco y unas cucharas de madera con las que tomar la sopa.

Nuño se alegró de poderse quitar el mal sabor del vino. El muchacho prefería beber la sopa del cuenco, pero al ver a los dos hombres utilizar la cuchara, decidió imitarlos.

—Al-Andalus ya no es lo que era —apuntó Guzmán—, y parece muy difícil que vuelva a serlo. Los reinos cristianos se han propuesto conquistar las tierras de los musulmanes.

—Les saldrá caro —gruñó Aben, pensando en la numerosa fuerza que llegaba en auxilio de los andalusíes desde Marruecos.

Guzmán prefirió cambiar de conversación, ya que estos temas no hacían más que enfurecer a Aben, que veía impotente que no era capaz de hacer frente a las numerosas correrías de los cristianos por sus tierras.

—La sopa está deliciosa, digna de un rey. Te ruego que felicites a la cocinera por este caldo tan sabroso. ¿Cómo está tu familia?

Guzmán y Aben estuvieron conversando sobre sus familias durante el resto de la cena. Nuño escuchó interesado al principio pero, al no conocer a ninguno de los mencionados, dejó de prestar atención y se fijó en la sala. Las paredes estaban cubiertas de tapices de lana con escritos en letras árabes que titilaban a la luz de los candiles de aceite y el suelo estaba cubierto de esteras de junco, más frescas que las pesadas alfombras de lana. La habitación tenía pocos muebles; aparte de la mesa había algunos divanes pegados a las paredes y, al fondo, un colchón cubierto por una

colcha ricamente bordada. Solo en aquella estancia había más riqueza que en toda la heredad de su madre, incluyendo las bestias y las tierras de labor.

Nuño había acabado el ajoblanco y dio otro trago de vino para entretenerse. Se sorprendió cuando no le supo tan mal como la primera vez.

Después de la sopa se sirvió un guiso de gallina embadurnada de aceite aromatizado, con unas especias que Nuño no pudo distinguir pero que le supieron a gloria. De postre tomaron unas galletas con miel y unos pastelillos de almendras, avellanas, nueces y piñones. Él no recordaba haber comido tanto en su vida y, con la copa de vino que le sirvió Aben y el cansancio de los días anteriores, empezó a dar cabezadas sentado sobre los cojines.

—Nuño —le dijo Aben con suavidad—, el colchón que ves al fondo de la sala es para vosotros. Será mejor que vayas a tenderte, porque mañana os espera un buen día de camino y descansarás mejor acostado.

Nuño se despidió con un sonido inteligible y se marchó a la cama, arrastrando los pies con paso inseguro. Los amigos le observaron hasta que cayó rendido sobre el colchón.

—¿Cómo se te ocurre traerlo con lo delicado de la situación? —susurró Aben a Guzmán—. Debes de estar loco. Estás poniendo tu vida en peligro y arriesgarás también la suya.

El aludido se encogió de hombros y respondió también en voz baja.

—La situación está como siempre; algunas escaramuzas en la frontera no van a poner a nadie en peligro, los rumores de la campaña del Miramamolín no están confirmados.

—¿Y las cartas del califa llamando a la Guerra Santa, urgiendo a la reparación de los caminos y al acopio de víveres para sus tropas? ¿Es que no te has enterado? Al-Nasir ya está en Sevilla con todo su ejército.

Guzmán se quedó mudo. Era cierto que el califa preparaba una campaña y había hecho un llamamiento a la Guerra Santa. En Toledo corrían rumores de que en África se hablaba de una gran expedición de castigo por las correrías del rey Alfonso en la frontera, pero esos rumores no eran nuevos ni estaban muy extendidos; sin embargo Aben los acababa de confirmar de manera definitiva. ¿Por qué nadie le había dicho nada concluyente?

Ahora cobraban sentido las prisas de los freires que encontró camino de casa de Elvira. Seguro que ya habían sido informados de la campaña y se estarían preparando para el ataque. ¿Cómo era posible que no hubiese sabido lo que estaba pasando?

—No lo sabía —contestó Guzmán, perdiendo por un instante su habitual seguridad.

El astuto arzobispo se había callado lo que sabía para no hacer que Guzmán rechazara el encargo. Lo maldijo para sí y se acordó de Zubayda y de su mal presentimiento.

—¿Tienes los libros que te había encargado? Me interesaría también algún

ejemplar de historia que narre la conquista del reino visigodo.

—¿Para el muchacho? —respondió Aben, sonriente.

—No, es un encargo para un erudito de Toledo.

—Guzmán, no he recibido nada desde la última vez que estuviste por aquí. Con el revuelo de la campaña del califa, nadie se atreve a viajar por los caminos, cada vez más transitados por las tropas, y mucho menos transportando libros hacia el norte.

Guzmán palideció. El objetivo fundamental de su viaje era encontrar los libros que le había encargado el arzobispo, pero parecía que no iba a tener la suerte que esperaba y le contó a Aben su necesidad imperiosa de regresar a Toledo con esos libros.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Aben.

—No lo sé, necesito pensarlo —respondió intranquilo.

—Lo mejor es que marches de regreso sin los libros y lleves al chiquillo de vuelta con su madre —le aconsejó Aben, posando su mano sobre el muslo de su amigo—. Ahora debemos descansar. Por la mañana hablaremos de negocios.

—¿Qué negocios? —preguntó Guzmán, totalmente perdido por la noticia de la llegada de los Almohades.

—Nada importante. Con el jaleo que se avecina creo que podría necesitar tus carretas para transportar víveres y armas para la campaña, así que te haré una buena oferta por ellas y podréis continuar ligeros de peso.

Aben sonreía a Guzmán, pero este seguía enfrascado en sus pensamientos. Si esperaba a que llegasen libros del sur pondría en peligro al chico si el ejército almohade alcanzaba Calatrava mientras estuvieran allí, y si regresaba sin los libros, el arzobispo se sentiría decepcionado y no obtendría beneficio alguno del viaje. Además, sus planes con el tinte púrpura quedarían desbaratados y, lo peor de todo, tendría que soportar la mirada victoriosa y los comentarios de Zubayda. Quizá esperaría algunos días más antes de partir.

—Que descanses —se despidió Aben, levantándose para irse a dormir.

—Buenas noches —respondió Guzmán cuando Aben ya estaba fuera—. Y te estoy muy agradecido por tu hospitalidad.

Guzmán se acercó a la cama y contempló a Nuño dormido, acurrucado como un cachorro. El chico era noble y de buen corazón y estaba empezando a cogerle cariño. Aunque al principio era bastante callado, se había ido abriendo durante el camino y se había ganado la confianza y el afecto de los hombres de la caravana. Empujó al muchacho hacia un lado y Nuño emitió un gruñido sin llegar a despertarse. Cuando apagó la llama del último candil y se tumbó en el lecho, percibió la dulce fragancia a jazmín que llegaba desde el patio.

*Salvatierra**30 de junio de 1211*

Ruy Díaz de Yanguas estaba sentado en un taburete y apoyaba los codos sobre su escritorio. Su atención se centraba en la oscuridad que le rodeaba y que hacía desaparecer el contorno de la puerta en la pared de enfrente.

El sol descendía en un horizonte cubierto de nubes y la luz en la estancia del maestre desaparecía con rapidez. El día había sido luminoso hasta que el cielo se encapotó, entrada la tarde, y comenzó a refrescar.

Ruy llevaba varios días intentando ordenar sus pensamientos para tomar una decisión que afectaría a la supervivencia de la Orden pero, en la vorágine de los preparativos del fuerte, no había encontrado la paz suficiente para reflexionar con calma. En busca de tranquilidad decidió retirarse temprano y no asistir a ninguno de los oficios de vísperas ni completas.

Al-Nasir había salido de Sevilla escasos días atrás, su avance era lento pero inexorable. Ruy tenía la misma certeza de que caerían sobre Salvatierra como de que las tinieblas envolvían la fortaleza en ese mismo instante.

Sonaron dos golpes en la puerta y entró un hermano lego con un cuenco de sopa, un mendrugo de pan y una jarra de agua para acompañar la comida. Una vela iluminaba la frugal cena del maestre, insuficiente para saciar su hambre.

El freire colocó la bandeja sobre el escritorio y salió sin decir una palabra. Ruy, ensimismado en sus pensamientos, tampoco rompió el voto de silencio, sin embargo, la luz de la vela en mitad de la oscuridad llamó poderosamente su atención.

El cirio apenas iluminaba una pequeña porción de la habitación y, en cualquier caso, no más allá del escritorio pero, allí donde lucía, lo hacía con una intensidad que era capaz de mantener las sombras alejadas. *Vade retro*, pensó, y la idea de mantener un cirio a salvo de las tinieblas, en caso de que el Miramamolín oscureciese las llanuras de Castilla, fue tomando forma en su mente. De sobra era sabido que los grandes ejércitos no podían mantenerse durante mucho tiempo en campaña, por los grandes problemas de intendencia que les acuciaban estando en territorio enemigo, así que Castilla no caería, pero la llama que ardía en Salvatierra podría apagarse para siempre.

Ruy Díaz prefería hacerse una idea clara sobre los asuntos de la Orden antes de consultar con otros, así evitaba tomar decisiones poco meditadas o fruto de la influencia de la retórica de algunos de los freires. Si el maestre cambiaba alguna vez su voluntad, era porque había argumentos de peso que él no había contemplado en sus primeras valoraciones.

Cuando estuvo convencido de su decisión, se arrodilló frente a la cruz que colgaba en la cabecera de su camastro y rezó durante largo rato. Se levantó e hizo llamar al comendador mayor de la Orden para comunicarle su plan y asegurarse su apoyo durante la reunión posterior con los demás freires. Aunque los dos sabían que no era estrictamente necesario, Ruy prefería mantener a Gutierre al tanto de todo lo que ocurría; no en vano el comendador de Salvatierra era su lugarteniente y el mejor situado para ocupar su puesto en caso necesario. La tradición imponía a los comendadores de la encomienda mayor como sucesores naturales del maestre de la Orden, tal había sido el caso de Ruy Díaz y de Martín Martínez antes de ocupar su cargo.

Silvestre estaba durmiendo en uno de los amplios dormitorios, que compartía con varias decenas de freires, rendidos después del largo día de trabajo en la fortaleza. El olor agrio y rancio a sudor viejo se mezclaba con los ronquidos de los hermanos, aunque el hacinamiento y la falta de higiene no parecía molestar a nadie.

Las defensas y las provisiones de Salvatierra estaban casi completas, pero los herreros seguían fabricando puntas de flecha y cuchillas para lanzas y empezaba a faltar espacio para almacenarlas. Los hombres preferían mantenerse ocupados para evitar pensar en lo que se avecinaba y la actividad había sido frenética.

Unas manos rudas despertaron a Silvestre, agarrándolo por un hombro y sacudiéndole sin compasión hasta que abrió los ojos. Apenas llevaba una hora durmiendo, después de haber asistido a la oración de completas, y le costó salir de su profundo sueño.

—El maestre requiere vuestra presencia, frey Silvestre. Os ruego que me acompañéis —dijo el freire que le zarandeaba, aún cuando ya había abierto los ojos.

—Ya voy, pero no hace falta que me saquéis el hombro de su sitio —escupió el recién despertado, de mal humor.

Silvestre se incorporó y se quedó sentado sobre su catre, frotándose los ojos hasta que pudo aclarar su mente. El maestre le llamaba a una hora extraña, solo podía tratarse de buenas noticias, pensó.

Se levantó y siguió al monje por las dependencias de la fortaleza hasta la sala capitular. El hermano portaba una tea encendida y él se esforzó en no mirar a la llama para no quedar deslumbrado y tropezar con alguna losa del camino. Con la cabeza baja y la vista fija en el suelo, trató de ordenar sus pensamientos.

Desde su conversación con el sacristán había dejado caer aquí y allá retazos de su plan a los freires que, por su rango o condición, podían tener alguna influencia sobre el maestre. Aunque no había hablado de sus planes abiertamente, poco a poco su idea se había ido extendiendo entre personas clave de la Orden que, a pesar de no siempre compartir su opinión, sí tendrían presente el peligro que amenazaba a las riquezas y reliquias de la Hermandad. Silvestre estaba convencido de que su plan había funcionado y sintió que su cosecha de rumores daría frutos esa misma noche.

La sala capitular se encontraba pobremente iluminada por algunas antorchas

sujetas a las paredes, justo por encima de las cabezas de los freires. Se acercaron al extremo de la estancia, donde les esperaban cuatro hombres enfundados en el hábito blanco de la Orden. El maestre esperaba sentado en el centro mientras que los otros permanecían de pie a su alrededor.

Bajo el resplandor de las antorchas Silvestre distinguió al comendador mayor, Frey Gutierre González, a la diestra del maestre. Frey Gonzalo Gómez, clavero o guarda de la sede y sustituto del comendador mayor, se encontraba a la izquierda, y la figura encorvada y redonda del sacristán, responsable de las reliquias de la Orden, completaba el grupo algo más retirado.

—Buenas noches, frey Silvestre —saludó Ruy, contemplando cómo el recién llegado se frotaba los ojos—. Disculpad que nos hayamos visto obligados a llamaros tan temprano, pero el asunto que nos atañe es de suma importancia.

—Para mí es un honor estar en vuestra presencia y en la de tan altas dignidades —contestó Silvestre, inclinando la cabeza hacia cada uno de los presentes.

A pesar del rechazo natural que le provocaba Silvestre, el maestre no se anduvo con rodeos:

—El ejército del Miramamolín salió de Sevilla hace varios días y se dirige hacia Córdoba por lo que, con toda seguridad, vendrá contra Castilla y atacará nuestra fortaleza. Nuestros espías hablan de una poderosa expedición, las tropas almohades han venido acompañadas por arqueros turcos y caballería árabe y, por si esto no fuera suficiente, se les han unido multitud de fuerzas andalusíes para apoyarles. Transportan pesadas máquinas de guerra para organizar un asedio. —Frey Ruy hizo una pausa para escrutar la expresión de Silvestre—. Ante tan graves noticias, hemos decidido trasladar las reliquias y el tesoro a Ciruelos, con el fin de mantenerlas a salvo de las sucias manos de los impíos. Ahora bien, dada la importancia y la santidad de estos objetos para la moral de los hombres, hemos decidido trasladar únicamente una parte de ellas, puesto que no queremos que Dios nos desampare por nuestra falta de fe en la victoria.

El maestre cruzó su mirada con las del sacristán y el clavero y Silvestre se dio cuenta de que había habido una acalorada discusión entre el anciano, que debía querer que se trasladasen todas las reliquias, y el clavero, que no estaba dispuesto a renunciar a su custodia dentro de la sede de la Orden.

—Hemos elaborado una lista con los objetos santos que habrán de ser trasladados. ¿Tenéis alguna sugerencia sobre quién puede encargarse de esta misión?

Silvestre supo que de esa pregunta dependía el éxito de todos sus planes y que el maestre muy bien podría estar poniéndole a prueba.

—Estoy seguro de que sobrarán caballeros ansiosos por realizar tan importante cometido aunque, si me permitís, yo preferiría permanecer aquí defendiendo nuestra sede de los enemigos de la Cristiandad. En mi modesta opinión, el sacristán debería acompañar a las reliquias a su nueva morada.

—Bobadas —cortó el sacristán—. Yo ya estoy demasiado viejo para ir a ningún

sitio y, además, prefiero quedarme a defender las reliquias que permanezcan aquí, junto al maestre. Frey Silvestre, hablad por vos y no metáis a otros en este asunto.

—El maestre había pedido mi opinión —se excusó Silvestre.

—No conviene renunciar a demasiados hombres, puesto que nos harán falta para la defensa —terció el clavero—. El asedio podría prolongarse y habrá que hacer frecuentes salidas para acosar a los moros y destruir sus máquinas de guerra.

—Frey Gonzalo tiene razón —intervino el comendador—, necesitaremos todos los refuerzos posibles, ya que sufriremos muchas bajas durante el asalto.

El maestre miró a todos los presentes uno por uno y reflexionó unos instantes antes de comunicar su decisión.

—Frey Silvestre, vos seréis encargado de velar por la seguridad de las reliquias y los tesoros. Os llevaréis un caballero y dos hermanos, para que os ayuden en la expedición y no levantar sospechas sobre el contenido de vuestras mercancías. Viajaréis de noche y a buen ritmo.

Silvestre estuvo a punto de reír de alegría pero se contuvo sin mover una ceja.

—Es un honor, maestre Ruy, pero insisto en que mi sitio está aquí con mis hermanos —replicó Silvestre, sin mucha convicción.

—Haréis lo que se os ordene —cortó el comendador.

Frey Gutierre no era de los que discutían ninguna orden y no permitía que nadie lo hiciese. El maestre se acarició la barba, pensativo, antes de continuar.

—Con tres mulas y lo que carguéis en vuestros caballos tendréis más que suficiente. De camino a Ciruelos pararéis en la heredad de Elvira Manrique y le compraréis sus tierras por doscientos cuarenta maravedís. Tomad este documento, para que quede constancia de la venta.

Por lo poco que recordaba de la visita a Elvira para notificarle la muerte de su marido, hacía años, el terruño no valía gran cosa y a Silvestre le pareció una cantidad desmesurada.

—Si me permitís, creo recordar que la heredad poseía varias casas y un establo para los animales. Aunque no sé el número de yugadas que tiene la finca, la cantidad que ofrecéis me parece modesta tratándose de la viuda de un difunto amigo de la Orden.

El maestre miró a Silvestre sorprendido. El muy canalla siempre había sido mezquino consigo mismo y con los demás, pero ahora quería hacerle parecer tacaño con una pobre viuda que solo buscaba la seguridad del norte del reino.

—La heredad solo tiene tres yugadas y ni casas, ni molino, ni horno. Creo que la oferta es más que generosa pero, quizá tengáis razón, Silvestre; Dios nos agradecerá un gesto con la pobre viuda. Mandaré raspar el pergamino y os llevaréis la copia corregida. Doscientos cuarenta y cinco maravedís dejarán a la viuda más que satisfecha.

Ruy sabía que Elvira había pedido trescientos maravedís, pero la cifra, aunque modesta para la potencia económica de los freires, resultaba a todas luces

desorbitada.

—Así aligeraremos un poco vuestra carga y nos aseguramos unas buenas tierras en mitad de las posesiones del arzobispo de Toledo —dijo el sacristán, muy satisfecho por el resultado de las discusiones.

Tras la avalancha inicial de donaciones durante los primeros decenios de existencia de la Orden, estas se habían visto reducidas considerablemente y los maestros practicaban una política de compras, permutas y reagrupaciones de tierras para aumentar sus dominios y poder extraer mayores rentas de los mismos.

—Decidme, frey Silvestre, ¿a qué caballero deseáis llevaros? —preguntó el maestro.

—Me gustaría que Félix González me acompañase. Le conozco bien y no puedo imaginar a nadie mejor dotado para esta importante misión —contestó el freire sin prestar atención, mientras lamentaba la tacañería del maestro.

—Frey Félix está fuera de vuestra elección. Os llevaréis a su compañero, Tello García, que creo que ya está preparado para esto.

—Pero don Tello no pertenece a la orden más que en calidad de amigo —dijo Silvestre—. ¿Cómo vamos a confiar en él para una misión así?

—Está decidido —replicó el maestro, que ya empezaba a cansarse de discutir—. El hermano Félix no va a ninguna parte y Tello se pondrá a vuestras órdenes. Saldréis en una hora y, con un poco de suerte, se levantarán las nubes y la luna alumbrará vuestro camino. Viajaréis de noche y os ocultaréis durante el día.

—Pero no hay tiempo para prepararse... Tello es un gran guerrero, pero le falta disciplina. Insisto en que tiene que ser Félix quién me acompañe, él es más fácil de gobernar en una misión así.

Gutierre estaba a punto de perder la paciencia pero, cuando iba a intervenir, el maestro se le adelantó.

—Creo que no sabéis lo que estáis diciendo, frey Silvestre, el hermano Félix no es tan dócil como vos pensáis. Para que os hagáis una idea, vuestro antiguo discípulo me ha pedido dejar la Orden cuando pase el peligro. —Silvestre palideció bajo la luz de las antorchas—. Y, por supuesto, no voy a permitir que abandone la fortaleza bajo ningún pretexto.

La noticia sorprendió a todos los presentes y se hizo un silencio incómodo, pero nadie se atrevió a preguntar por más detalles.

—Dejadlo todo de nuestra cuenta —continuó el maestro—. Vos preparaos y nosotros avisaremos a Tello para que esté dispuesto a la hora convenida. Antes de salir, Gutierre os verá a los dos en el patio para daros las últimas instrucciones.

—Me gustaría hablar con frey Félix antes de partir —se atrevió a pedir Silvestre.

—No hablaréis con nadie. Esta misión es secreta y, cuando hayáis llegado a Ciruelos, permaneceréis allí custodiando las reliquias hasta recibir nuevo aviso.

—¿Pero es que no voy a poder volver a Salvatierra terminada la misión?

Silvestre miró a Gutierre. El comendador tenía un aspecto siniestro a la luz de las

antorchas y le miraba con cara de pocos amigos. Sin embargo, el anciano decidió ignorarle.

—Veo que lo habéis entendido. Si Salvatierra cae, habrá que trasladar las reliquias, el archivo y el tesoro a Zorita y vos seréis responsable de lo que les suceda. Ah, una cosa más. —El maestro se puso en pie—. No quiero que ni una palabra del asunto de Félix salga de aquí; conozco la amistad que os une y no permitiré que traicionéis mi confianza contándole los detalles de esta conversación. Faltar al voto de obediencia os costaría muy caro.

—Se hará vuestra voluntad, maestro.

Frey Ruy miró al clavero y el freire dio un paso al frente.

—Acompañadme, frey Silvestre —dijo Gonzalo—. Arreglaremos el contrato y después supervisaremos la carga de las reliquias.

—Yo iré con vosotros —se quejó el sacristán con voz alarmada—. No quiero que, por un despiste, queden más reliquias en la fortaleza de las previstas —argumentó, mirando con suspicacia al clavero.

—Como queráis —intervino el maestro.

Los tres salieron con paso decidido de la sala y el maestro se acercó al comendador.

—Habéis estado muy callado, Gutierre, ¿sucede algo?

—Nada, Ruy, ya sabéis que no me fío de Silvestre —respondió—. Ya lo hemos hablado antes y su comportamiento no tiene tacha, pero hay algo en él que no me gusta. De todas maneras, no es eso lo que me preocupa. Me estaba preguntando si Dios no nos castigará por nuestra falta de fe en la victoria; quizá deberíamos dejar las reliquias aquí y confiar en la intercesión de la Santísima Virgen María y de todos los santos.

—No os inquietéis por eso, un poco de previsión no cambiará el desenlace del asalto. Lo único que puede salvarnos del califa es un milagro, y para eso no hacen falta las reliquias, sino la ayuda del rey Alfonso. Si cae Salvatierra toda Castilla estará en peligro, y no creo que el rey permita que esto suceda.

Ruy se puso en pie para regresar a su celda y Gutierre le acompañó en silencio, alumbrando con una antorcha los oscuros pasillos que recorrían. Cuando el maestro entró en la habitación, se arrodilló frente a su camastro y rogó a Dios por el éxito de la misión y por la salvación de la fortaleza.

Una vez terminados los preparativos y cargadas las mulas con una parte del tesoro y las reliquias, el clavero explicó la misión a Tello y a frey Silvestre, que regresaron después junto a los animales, donde los dos hermanos legos que les acompañarían esperaban pacientes.

—¿No sobra un caballo? —preguntó Tello.

—Frey Silvestre ha decidido que no estaría de más llevar uno de repuesto por si hay algún contratiempo —contestó uno de los jóvenes.

Antes de que Tello pudiese dar su opinión, el clavero impartió las últimas

instrucciones.

—Recordad, Tello, y vosotros también —dijo a los freires—, que se trata de una misión especial encargada por el maestro frey Ruy Díaz de Yanguas en persona, por lo que debéis guardar el máximo secreto bajo pena de expulsión de la Orden, o incluso excomuniación. No podréis comentarla con nadie más que con el maestro, el comendador y conmigo mismo una vez la hayáis llevado a buen término. Obedeceréis a frey Silvestre sin reservas y no cuestionaréis sus decisiones ni su autoridad en ningún momento.

—Como ordenéis, frey Gonzalo —respondieron los tres, aunque en la voz de Tello no había mucho entusiasmo.

El sacristán bendijo a los integrantes de la partida, a hombres y bestias por igual, y la guardia levantó el rastrillo para dejar salir al grupo, que descendió por la ladera del cerro.

La noche era oscura como la boca del lobo y solo las reliquias que cargaban daban algo de seguridad a los freires de que no sufrirían ningún contratiempo. Una vez en el llano, Silvestre se dirigió hacia el norte y Tello se acercó a él.

—Frey Silvestre, os estáis equivocando: el camino es hacia oriente y luego hacia el norte; así vamos directamente a Calatrava.

Silvestre se volvió y acercó su montura a la de Tello.

—Calla, necio —respondió—. Yo recorría estas tierras antes de que tu madre te hubiese destetado. Iremos por donde yo diga, ¿o es que no has oído al clavero?

Tello contempló la posibilidad de derribar a Silvestre de su montura y llevarlo de regreso a la fortaleza, pero las palabras de frey Gonzalo habían sido claras como el agua, así que decidió seguir al anciano ante la atónita mirada de los hermanos legos que les acompañaban.

—Como queráis, pero a mí no me amamantó mi madre, que es una dama, y si volvéis a mentarla os atravieso de parte a parte. —Y continuó, con una sonrisa—: Yo me crié con mi nodriza, que tenía los pechos rebosantes y me deleité con su alimento hasta que me arrancaron de su regazo con ocho añitos. Me resistí todo lo que pude —dijo riendo.

Silvestre ignoró el comentario y siguió su camino, maldiciendo las nubes que ocultaban la luna y la compañía que le había impuesto el maestro. Sin embargo, estaba contento por haber sabido manejar la situación de la forma que más le convenía.

Ensimismado en sus pensamientos mientras cabalgaban, Silvestre recordó el asunto de Félix. Frunció el ceño y apretó los labios. Qué callado se lo había tenido, el muy hipócrita, siempre fingiendo ser un buen samaritano pero traicionando a la Orden y, en última instancia, a él, que le había enseñado todo lo que sabía y aun así no le había confiado su secreto...

Aunque hubiera perdido momentáneamente el corazón de su pupilo, el rapaz volvería a su redil como las ovejas descarriadas.

En la torre de la fortaleza, Frey Ruy Díaz se acostó contemplando la luz amarilla del cirio que formaba un haz circular alrededor de la llama. La paz interior del maestro se rompió cuando una corriente fría entró por la ventana y apagó la llama, dejando el dormitorio en tinieblas y borrando de un plumazo la sonrisa de su cara.

El maestro se durmió intentando rechazar la idea de un mal presagio, y se repitió a sí mismo que solo había sido una casualidad. Mientras soñaba no pudo ver cómo el mismo viento que había apagado la vela sopló constante hasta despejar el cielo y permitir que la luz de la luna llena se derramase sobre los montes y los valles de la región.

*Marjaliza**3 de julio de 1211*

Desde su salida de Salvatierra, la expedición había cabalgado aprovechando las noches claras y se había ocultado durante el día, para evitar ser descubiertos por las patrullas de andalusíes que recorrían los caminos. A pesar de que se habían desviado hacia el oeste, la ruta no estaba libre de peligros, puesto que transitaba cerca del camino principal entre Córdoba y Toledo, y hasta que el grupo no sobrepasó la fortaleza de Guadalerzas, la partida había corrido grave peligro. Cruzaron el río Milagro sin dificultad, pasaron junto a la derruida Torre de Abraham y, cuando llegaron a las estribaciones de los Montes de Toledo, siguieron su ruta hacia el este.

A partir de ese momento Tello se tranquilizó, al menos habían recuperado la dirección correcta, aunque continuaban lejos del llano. Durante todo el trayecto que recorrieron por los montes les acompañaron los aullidos de los lobos y, aunque en ocasiones se sintieron observados y los caballos se movían inquietos, en ningún momento pudieron ver a las fieras.

Al amanecer llegaron a una alquería compuesta por varias casas de aspecto abandonado. Las hierbas habían crecido por toda la propiedad; pequeños arbustos pardos de tomillo y oscuras jaras invadían las construcciones, que no tenían puertas ni postigos en las ventanas. La cal de los muros se había ido desconchando, dejando al descubierto el adobe con el que estaban construidas las paredes. En varios edificios el tejado estaba derruido y descansaba en el suelo, formando un amasijo de maderas y tejas cubierto de vegetación.

Silvestre se acercó a la casa con mejor aspecto y desmontó.

—Permaneced dónde estáis —dijo a sus acompañantes sin darse la vuelta.

Tello había sufrido las órdenes de Silvestre durante toda la expedición; su soberbia al dirigirse hacia él le sacaba de quicio y a punto había estado de enfrentarse al anciano en más de una ocasión. A pesar de haber preguntado varias veces por el cambio de rumbo, Silvestre no había soltado prenda y los dos jóvenes que les acompañaban, aunque fuertes y dispuestos, se mostraban sumisos y no intervenían en las disputas.

Silvestre desenvainó su espada y se colocó delante de la entrada de la casa.

—¡Ah de la casa! —gritó.

Esperó unos instantes y, cuando decidió ir a ver si había alguien, una voz hosca sonó en el interior.

—¿Quién va?

—Silvestre Osorio, caballero de la milicia de Salvatierra.

Se oyeron unos pasos. Tello miró a los dos hermanos y les hizo una seña para que estuviesen preparados, por si había que intervenir. Los pasos se arrastraban con lentitud y parecía que nunca iban a alcanzar la puerta. Los freires se miraban expectantes, con las manos en las empuñaduras de sus espadas.

Por fin, una desaliñada figura apareció en el quicio de la puerta.

—Silvestre, ¡por las barbas de Cristo! Ha pasado mucho tiempo.

Tello trató de ver al hombre con el que hablaba Silvestre, pero era pequeño y el freire le tapaba por completo. Tras intercambiar unos saludos, los dos entraron en la vivienda y Tello solo pudo entrever fugazmente la figura de un hombre mayor, vestido con unos harapos del mismo color negro que su larga melena y su descuidada barba.

—Siéntate, Vermudo, tengo que hablarte —dijo Silvestre, que había estado preparándose para este encuentro.

Vermudo y Silvestre se conocían desde hacía años, cuando ambos habían tomado parte en un negocio de tierras en Talavera. Por entonces Vermudo estaba bien situado, pero años más tarde su suerte cambió y tuvo que dejar su profesión y su tierra.

La estancia apestaba a excrementos y a restos de comida podrida y Silvestre no pudo evitar una mueca antes de comenzar a hablar. Vermudo tomó asiento en un taburete, frente al freire.

—Mira a tu alrededor, Vermudo. —Silvestre recorrió la estancia con la mirada—. Vives peor que los animales. Los cerdos que criamos en el convento viven en mejores condiciones que tú; sus pocilgas están más limpias y, aunque les gusta refocilarse en estiércol, no apestan ni la mitad que tu casa. —Fijó sus ojos en Vermudo y continuó, con frialdad—: Mírate a ti mismo; estás enfermo. Yo debo andar por el medio siglo y tú, con diez años menos, pareces un viejo decrepito; tienes la boca llena de agujeros y los pocos dientes que te quedan, con ese aspecto negruzco, no tardarán en caer.

—El agua de Toledo mancha los dientes —masculló Vermudo.

—¡No interrumpas al maestro! —replicó Silvestre, airado—. Eres un muerto viviente.

Vermudo se movió incómodo en su asiento y Silvestre cambió a un tono más cálido.

—Presta atención, infeliz. Estoy dispuesto a cambiar tu miserable existencia. Dejarás esta casa y te irás al norte a vivir una vida regalada. Tendrás dineros en abundancia, para comer y vestirte como un caballero, y podrás malgastarlos en lo que te venga en gana; podrás disfrutar de mujeres a tu antojo y nadie se atreverá a agraviarte. —Una pequeña chispa se encendió en los ojos de Vermudo—. Podrás comprar caballos y una gran casa en la que vivir...

—¿De qué se trata? —interrumpió Vermudo.

—No vuelvas a abrir la boca —cortó Silvestre—. No será mañana, pero tendrás tu recompensa. Dios aprieta pero no ahoga. En menos de un año estaremos los dos muy lejos de aquí y nos acordaremos del día de hoy como el momento en que cambiaron

nuestras vidas. —Silvestre se inclinó sobre Vermudo—. Únete a mí y no te arrepentirás. Nunca volverás a padecer necesidad.

Vermudo sonreía abiertamente, mostrando su boca negra, pero sin atreverse a preguntar.

—Vamos a robar unas mercancías que transporto hacia Ciruelos pero, a cambio de lo que te he prometido, necesito que cumplas con ciertos deberes que te voy a explicar.

—¿Vamos a robar a la Orden? —preguntó asustado.

—Por supuesto que no, estúpido, no quiero tener a las mejores tropas del reino persiguiéndonos. Ni aunque escapáramos a Galicia o a León podríamos dormir tranquilos. No te atrevas ni a mencionarlo. Y que te quede clara una cosa; si me fallas daré contigo, aunque tenga que ir a buscarte a los confines de la tierra. No tendrás nada si me traicionas, solo dolor. —Silvestre pronunció despacio cada palabra—, sufrimiento, agonía y muerte.

Vermudo calló y el freire le expuso los detalles de su plan. Le llevó largo rato, pero él lo asimilaba todo con facilidad.

Tello y los freires habían desmontado para dejar descansar a los animales después de la marcha nocturna. Se colocaron a la sombra de un árbol y, recostados sobre el tronco, comentaron lo apartado del lugar y lo desolado de la alquería.

—Cuando cayó Alarcos, los moros arrasaron la Transierra y sus habitantes tuvieron que huir al norte para refugiarse en las ciudades, o esconderse en las montañas —explicó Tello—. Estas alquerías no tenían ninguna posibilidad de resistir. Nuestra Milicia perdió Calatrava, pero también cayeron las fortalezas de Caracuel, Herrera, Benavente, Piedrabuena y Malagón, la torre de Guadalerzas... La cadena de fuertes que guardaba Castilla y Toledo se perdió y solo pudieron conservarse algunos enclaves, alejados de las rutas de penetración de la morisma, para protección y asilo de nuestros reinos.

Tello interrumpió su charla cuando vio salir a Silvestre de la casa, seguido por el hombre que había visto en la puerta. Los tres se pusieron de pie.

—Este es don Vermudo Cuevas —presentó Silvestre—. Va a acompañarnos durante el resto del camino.

Tello desconfió de Vermudo nada más verlo. Su aspecto sucio y desaliñado le desagradaba, pero eran sus ojos pequeños y de mirada maligna, escondidos en una cara cubierta de pelo, lo que más le inquietaba. Aunque Vermudo era pequeño, Tello se percató de su aspecto fibroso y fuerte; no podría derribarle de un guantazo pero, aunque si uno no bastaba, dos serían más que suficientes.

—¿Puedo preguntar por qué se une a la expedición? —dijo Tello.

—No, no puedes —contestó Silvestre.

—Exijo una explicación ahora mismo, o me veré obligado a informar al maestro de todo esto. Por Dios, que lo haré.

Silvestre decidió que lo mejor era no despertar demasiadas sospechas.

—El maestre está al tanto de todo. ¿Por qué crees que nos dejó otro caballo de repuesto? —Silvestre vio la duda en la cara de Tello—. Por si sirve para tranquilizaros, don Vermudo vendrá con nosotros como testigo para firmar un documento de compraventa, puesto que si solo lo firmamos miembros de la Orden, no tendrá validez.

La explicación dejó satisfecho a todo el mundo. Tello ignoraba si lo que decía Silvestre era cierto o no, pero ante la noticia de que el maestre estaba al corriente y, sobre todo, porque no se podía hablar del tema bajo pena de excomunión, dio por buena la justificación.

Una vez en camino, Tello se colocó detrás de Silvestre y Vermudo para poder observar al nuevo miembro de la partida.

Vermudo Cuevas cabalgaba con seguridad, pero no tenía el aspecto ni las armas de un caballero. A pesar de eso, sus maneras no eran las de un simple siervo. Cuando había hablado con Silvestre, lo había hecho en latín y, aunque Tello no había podido oír toda la conversación, le pareció que el anciano empleaba un lenguaje culto que no se correspondía con su aspecto.

De repente algo llamó su atención; Vermudo llevaba una mano cubierta por un guante de cuero y la otra al aire, aunque con la capa de roña que llevaba encima era difícil distinguir una de otra.

Al mediodía el grupo ya había abandonado los montes y se movía con rapidez por la llanura. Los campos amarilleaban y el sol apretaba con fuerza, pero la moral estaba alta; su destino se encontraba cada vez más cercano.

SEGUNDA PARTE

Penitencia

Puerto de Niefla
4 de julio de 1211

Guzmán y Nuño habían dejado atrás las llanuras de la frontera.

Hacia el sur la monotonía de la meseta se rompía con suaves colinas y los viajeros siguieron una ruta hacia el este, alejándose del paso de Salvatierra para evitar toparse con los belicosos freires del castillo. La muralla de montañas que a Nuño le había parecido infranqueable a primera vista, se fue atenuando hasta que encontraron un paso por el que continuar su camino.

Un riachuelo surcaba la cañada por la que avanzaban, entre cerros que les saludaban con una brisa fresca con olores a bosque. El verde apagado de enebros y lampiérnagos se alternaba con el color intenso de la coscoja que formaba espesas matas de hojas espinosas. Las lluvias caídas los dos días anteriores habían refrescado el ambiente y el sonido de los arroyos, bajando por las laderas del monte, les acompañaba.

Las dos semanas de estancia en Calatrava habían sido breves pero reparadoras. El viaje había avivado la curiosidad natural de Nuño y su deseo de conocer nuevas gentes y nuevos lugares le hacía rebosar de energía e impaciencia. El orgullo de haber sido un invitado en casa de Aben Cades, y la cálida acogida por parte de tan respetado anfitrión, habían aumentado su confianza. Además, Guzmán le había tratado en todo momento como si fuera hijo suyo, o al menos así se imaginaba él que le habría tratado su padre. El muchacho florecía a cada paso del camino, y ni el haber abandonado la caravana ni la lluvia de los últimos días habían hecho mella en su buen humor.

—¿Por qué no me cuentas alguna historia, Guzmán? —preguntó sonriente, mientras admiraba el paisaje y disfrutaba del calor del sol.

—Estate callado, chiquillo —respondió Guzmán, cortando todo intento de conversación.

El mercader lamentó su tono tajante con el niño, pero continuó cabalgando en silencio inmerso en sus pensamientos. Desde su encuentro con Aben Cades las cosas habían ido de mal en peor, y la sorpresa por la noticia de la llegada del ejército almohade le había golpeado como un mazazo. Hacía solo unas semanas las noticias de África eran tranquilizadoras: el avance del ejército se había visto dificultado por las lluvias en febrero; las malas cosechas habían dejado los graneros y las arcas del califa vacíos, y Al-Nasir se había visto obligado a ajusticiar a varios gobernadores por corrupción en su camino hacia el norte. La moral de la tropa estaba por los suelos.

Guzmán había supuesto que la expedición se retrasaría un año más, hasta que las condiciones fuesen más favorables para Al-Nasir y pudiese disponer de un ejército bien preparado y alimentado con el que presentar batalla a los cristianos. Se había equivocado.

No recordaba otro viaje donde hubiera tenido tantos contratiempos. Hasta ahora siempre había conseguido lo que se proponía, pero durante las dos semanas que esperó la llegada de los libros de Córdoba, se fue impacientando y cada día que pasaba sin recibir la ansiada mercancía aumentaba su mal humor. Desesperado, decidió partir hacia Andújar en busca de los libros y enviar de vuelta la caravana.

Si el viaje hasta Andújar ya resultaba arriesgado, ahora, con vientos de guerra soplando desde el Estrecho el peligro aumentaba, pero no quería separarse del muchacho ni admitir su derrota y regresar a Toledo con las manos vacías.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes.

Nuño vio la posibilidad de entablar conversación y no dudó un instante.

—Pensé que estabas de acuerdo con el precio que ha pagado Aben por las carretas —intervino el chico, con tono inocente.

Aben había pedido a Guzmán que le vendiera todas las carretas, junto con sus bestias, y ante la insistencia y la posición de su amigo, Guzmán no había podido rechazar la oferta a pesar de no haber estado en absoluto de acuerdo.

Si la guerra era inminente, Guzmán podría necesitar los carros para su familia, pero Aben y su guarnición de Calatrava tenían la sartén por el mango.

—Me pareció que Omar no se quedaba muy contento organizando el regreso, después de la venta de los sobrantes de tela en el zoco, y creo que hubiera preferido venir con nosotros.

—Omar hará lo que se le ordene. Tendrán que hacer el camino de regreso a pie y les llevará varias jornadas.

—¿Por eso estás enfadado? ¿No será que no estabas de acuerdo con el precio final acordado?

—El trato no era malo, pero no entraba en mis planes. —Guzmán miró al muchacho sin saber si continuar con la conversación, al fin y al cabo el chiquillo no tenía la culpa de las refriegas entre cristianos y moros—. No es que haya sido un mal trato, pero cruzar estos cerros sin la protección de la caravana no me hace ninguna gracia. Esto está lleno de bandidos que se han echado al monte huyendo de la justicia y viven de lo que cazan y roban en las aldeas. —Nuño abrió mucho los ojos y oteó el horizonte para asegurarse de que estaban solos—. A veces se adentran en el llano pero, aunque son muy fieros, no pueden enfrentarse a una buena hueste, ni de los moros de Aben ni de los calatravos de Salvatierra, así que se esconden en las montañas y se aprovechan de los incautos que viajan sin protección. —Guzmán miró fijamente a Nuño—. Igualito que nosotros.

—¿Y por qué no hemos regresado con los demás a Toledo o les hemos traído para hacer el camino juntos?

—Porque necesito los libros y tenemos mucha prisa. No podemos retrasarnos más, bastante tiempo hemos perdido esperando en Calatrava. —Guzmán se olió otro «por qué» del niño—. Y porque no quiero abusar de la hospitalidad de Aben y ponerle en un compromiso; no todos los musulmanes ven con buenos ojos nuestra amistad.

—¿Y no puede Aben entrar aquí con sus guerreros y acabar con esos bandidos? —replicó Nuño con voz preocupada.

—No es lo mismo la montaña que el llano; aquí no puedes ver quién se acerca, los montes son escarpados y las rocas son ideales para una emboscada. Además, esto está lleno de cuevas y pozos donde esconderse. Mucho antes de que vinieran los moros ya existían grandes minas en la región para extraer plomo y plata de la tierra. Ahora están abandonadas y sirven de refugio a toda clase de alimañas.

Nuño no podía creer lo que oía. Nada más lejos de su imaginación que encontrarse rodeado de peligros a la vista de la exuberante vegetación, los arroyos cristalinos corriendo por las laderas y el zumbido de las abejas y las chicharras mezclándose con el murmullo del agua. Estaba a punto de abrir la boca para replicar, cuando Guzmán detuvo su montura y levantó una mano para que el muchacho permaneciera en silencio. Nuño se quedó quieto y el mundo pareció detenerse un instante. El chico sintió cómo su respiración comenzaba a agitarse mientras volvía a ser consciente de los sonidos que le rodeaban.

El canto de un cuco rompió el silencio y Guzmán miró a Nuño con cara inquisitiva. El muchacho se encogió de hombros y permaneció clavado en su sitio, mientras Guzmán se ponía el índice en los labios para indicarle que no hablara. El cuco volvió a cantar, pero esta vez más alejado, al otro lado de la cañada. Guzmán dio una palmada con tanta fuerza en la grupa de la mula de Nuño que el animal saltó hacia delante y estuvo a punto de derribarle.

—¡Corre! —gritó al muchacho, mientras clavaba espuelas e iniciaba un galope tendido adentrándose en la vaguada—. ¡Bandidos!

Nuño espoléó su montura, que comenzó una desbocada carrera seguido de cerca por Guzmán. Oyeron un ruido de matorrales quebrados a su espalda.

—¡Corre! ¡Deprisa! —gritó Guzmán, cabalgando a toda velocidad—. ¡No te detengas!

La mula de Nuño, desbocada por la palmada y el alboroto, se adelantó al caballo y bajó al cauce del río para continuar la huida. Algo pasó volando cerca de la cabeza del chico y fue a estrellarse contra las piedras del riachuelo. Nuño no supo qué era, pero le pareció que podía haber sido una lanza o una flecha. Oyó un grito de protesta.

En la ladera opuesta se levantó una figura entre los matorrales. Nuño no podía distinguirla con claridad, pero el manto de pelo gris que la cubría le daba el aspecto de un lobo levantado sobre las patas traseras. La figura echó a correr cuesta abajo con la intención de bloquear el paso de los jinetes. Él se percató de la maniobra y espoléó aún más a su montura. Ahora podía distinguir perfectamente al enorme hombre,

cubierto de pieles de lobo, que bajaba a saltos por entre las matas de la ladera empuñando una lanza corta.

—¡Aprisa, Nuño! —volvió a gritar Guzmán, desviando su caballo hacia el río.

Parecía como si la mula del muchacho avanzase con la lentitud de una avutarda y el bandido corriese colina abajo con la rapidez de un corzo.

El asaltante había llegado a la orilla y esperaba al abrigo de un alcornoque, mientras preparaba su azcona para lanzarla contra ellos. Los jinetes no tenían escapatoria, a la velocidad que avanzan los caballos era imposible desviarse y serían un blanco fácil.

Antes de que Nuño llegara a la altura del árbol donde se ocultaba el bandido, Guzmán se colocó a su lado y sujetó las riendas de la montura del chico. Quería detener un poco su marcha y poder meterse entre el muchacho y el asaltante. Al superar el árbol, el bandido salió de su escondrijo y lanzó el dardo al niño, pero Guzmán había logrado interponerse y fue él quien recibió el impacto. Al principio solo notó un fuerte golpe en la clavícula que le hizo tambalearse en la silla y le dejó el brazo insensible; la lanza le había atravesado por encima del hueso y permanecía ensartada en su espalda con la punta roja brillante de sangre asomando sobre su desgarrada túnica.

Los jinetes continuaban a todo galope y, a cada movimiento del caballo, se desgarraba un poco más la carne de Guzmán. Sin dudar un segundo, se arrancó la lanza con un grito de furia. Después, un fuego abrasador se extendió por todo su hombro y el dolor se hizo insoportable. Apenas lograba mantenerse sobre su montura, pero en poco tiempo se habían alejado lo suficiente como para aminorar la marcha.

—No podré aguantar mucho —dijo Guzmán al chico—, estoy perdiendo mucha sangre.

Nuño jadeaba por el esfuerzo y el miedo. Miró la túnica de Guzmán, empapada de sangre y convertida en un trapo oscuro que se pegaba a su espalda. El líquido, que había fluido a borbotones salpicando la cara y las manos de Guzmán, goteaba ahora de manera imperceptible pero continua. El muchacho se había alarmado por el asalto, pero ahora, al ver la gravedad de la herida, estaba completamente aterrorizado.

—La cañada es peligrosa —dijo Guzmán—. Necesitamos escondernos para poder taponar la hemorragia y descansar. Conozco una cueva un poco más adelante en la que podremos pasar la noche.

El chico asintió y fue a colocarse al lado del herido para ofrecerle su apoyo.

Guzmán y Nuño continuaron durante un trecho y, tras un recodo del camino, al abrigo de la vista de sus posibles perseguidores, se desviaron hacia el Este subiendo por una loma que les condujo hasta un desfiladero cortado en la roca y surcado por un torrente. A medida que descendían hacia el agua, el suave murmullo del arroyo se transformó hasta convertirse en el anuncio de una cascada que, desde el barranco, se precipitaba hasta las aguas cristalinas del escondite.

A escasa distancia del río emergía una pared de roca vertical en la que había dos

oquedades excavadas en la piedra. Nuño desmontó al lado de la roca y ayudó a Guzmán a bajar del caballo.

—Con cuidado, chico —gimió el herido—. Ayúdame a recostarme ahí, sobre la pared; tenemos que taponar la herida como sea.

Una vez que Guzmán estuvo acomodado, cerró los ojos unos segundos para recuperar el aliento.

—Acércame el pellejo de vino y baja mi albornoz del caballo, haz el favor —continuó Guzmán mientras notaba que las fuerzas le fallaban, apresurándose a dar instrucciones al muchacho—. Primero corta la túnica por el hombro para poder ver bien la herida. Yo no puedo hacerlo porque está en muy mal sitio. Cuando la tengas bien a la vista, la limpias con un poco de agua y el corte lo lavas con vino. —Parecía que Guzmán iba a perder la consciencia y Nuño se estremeció al verlo—. Corta unas tiras de tela de mi albornoz para hacerme un vendaje bien prieto y procura que los lados de la carne queden lo más juntos que puedas.

Nuño se puso manos a la obra y cortó la tela que cubría la herida. La sangre se había empezado a coagular alrededor del tajo y el muchacho tuvo que tirar de la tela para arrancarla de la piel. Nuño miró a Guzmán para disculparse por el tirón, pero el herido había perdido la consciencia. Al verle, el muchacho se sintió completamente abandonado y a punto estuvo de echarse a llorar, pero hizo un esfuerzo por recordar las últimas palabras de Guzmán y se fue al río a por más agua para limpiarle el hombro. Terminada la tarea, Nuño vio que el corte que había hecho la punta de la lanza al salir era limpio y estrecho. La entrada de la hoja por la parte de la espalda, justo encima del hueso, ya era otro cantar. Se las arregló como pudo para vendar la herida tratando de cerrarla, pero aún así podría meter los dedos en la hendidura. Sin poder vendar, más que dando vueltas a los jirones de tela del albornoz alrededor del cuello o por debajo de la axila, tuvo que emplear las dos mangas y parte de la capucha de la prenda.

Guzmán estaba helado y Nuño le cubrió con lo que quedaba de la prenda. Cogió las mantas que llevaban enrolladas en sus monturas y aprovechó para quitar las sillas a los animales y dejarles pastar.

Las paredes de roca estaban decoradas con dibujos de hombrecillos y símbolos que llamaron la atención del muchacho. El sol había descendido y el escondite se ocultaba entre las sombras. Nuño pensó en encender un fuego, pero si la sierra estaba tan llena de bandidos como decía Guzmán, mejor sería no delatar su posición. Tocó al herido en la frente y la notó caliente y sudorosa, la herida le estaba causando fiebre y el chico recordó las cataplasmas frías que le ponía su madre para bajarle la temperatura cuando enfermaba. Se levantó para ir al río a mojar los trozos de túnica que había cortado y usarlos con Guzmán y escuchó a las monturas moverse inquietas, así que se acercó a tranquilizarlas. Estaba anocheciendo y se obligó a dejar la compañía de los animales. El frescor del agua le llegaba con el aroma a musgo que cubría las rocas. Al agacharse sobre el remanso para llenar las calabazas, notó que

una mano le agarraba por la mandíbula.

Nuño comenzó a patallar, pero no podía zafarse del brazo que le sujetaba con una fuerza descomunal y empezaba a levantarlo del suelo. Sintió la hoja de un cuchillo que le oprimía el cuello, a punto de cortarle la piel.

—Lo tengo —gritó una voz ronca al lado de su oído, y en ese momento a Nuño le flaquearon las piernas y se orinó encima como un chiquillo.

Cueva de la Batanera
5 de julio de 1211

Ni la noche cerrada ni el sonido del agua cayendo en cascada sobre el arroyo ayudaron a Nuño a conciliar más que unos pocos lapsos de sueño cuando, vencido por el agotamiento, dejaba de notar el dolor y los temblores que recorrían su cuerpo.

Sus captores le habían propinado unos golpes en la cabeza para aturdirle; así evitaron que causara problemas cuando le ataron de pies y manos. El que aporreó al muchacho, resentido porque se le había escapado en la cañada y porque el crío le mojó con su orina, se ensañó con él y le reventó una ceja. De no haber sido por la intervención de su compañero lo hubiera matado a porrazos.

Después de atarle las manos a la espalda y los pies a la altura de los tobillos, le arrojaron contra las rocas al lado de Guzmán, que dormitaba ajeno a todo consumiéndose por la fiebre.

Cuando el cielo empezó a clarear, los pájaros comenzaron sus trinos y el chico abrió los ojos. Lo primero que pudo distinguir fueron las figuritas pintadas en la roca que, con la apariencia de hombrecillos sin cabeza y con piernas y brazos extremadamente cortos, parecían saludarle desde la pared. Nuño aguzó el oído al escuchar la voz ronca del bandido que le había apresado la noche anterior.

—Lope no tardará en llegar con los otros, tenemos que hacer algo o será demasiado tarde —dijo el de mayor tamaño.

—Déjalo ya —contestó el otro, enfadado—. Lo que teníamos que hacer ya está hecho. Ahora no queda más que esperar a que vengan los demás y repartir el botín. Lope nos lo agradecerá y confiará más en nosotros. Llevamos poco tiempo con ellos y esta presa hará que nos ganemos su confianza. ¿No ves que el puesto en la cañada era para ponernos a prueba?

—Nunca he visto tantos dineros juntos —replicó el grandullón, mientras acariciaba las pieles que le cubrían los hombros y la espalda—. Con esto podríamos instalarnos en otra parte.

Una sonrisa lobuna acentuó su aspecto siniestro mientras sus ojos brillaban con malicia. Su enorme y musculoso cuerpo descansaba sobre una roca en la que apoyaba su espalda. Nuño nunca había visto un gigante igual.

—¿Y dónde íbamos a ir? ¿Con los moros, para que nos maten? ¿O con los cristianos, para que nos maten también? —replicó el pequeño.

Su mirada despierta y el mechón de pelo negro que le cubría la frente le daban un aire resuelto y seguro a pesar de su tamaño, apenas más alto que Nuño.

—El mundo es muy grande y el dinero abre muchas puertas.

—A ti te gusta mucho el vino, las putas y los dados, y el dinero se acaba. ¿De qué íbamos a vivir entonces?

—De lo mismo que ahora. ¡Y las putas, el vino y los juegos te gustan a ti más que a mí!

El bandido se puso en pie y sacó un puñal.

—Déjame que les corte el cuello y nos vamos de aquí ahora mismo. Si nos llevamos sus monturas no podrán alcanzarnos.

Nuño comenzó a temblar de nuevo.

—El hombre morirá de todas maneras de la lanzada que le diste —contestó el pequeño, al tiempo que se levantaba y echaba mano a su azcona—. Y yo no mato chiquillos. Esperaremos a Lope y no hay más que hablar.

Los hombres se midieron en silencio. El que empuñaba la daga, mucho más alto y fuerte, sopesaba la situación. Estaban a poca distancia, pero su fortaleza se veía contrarrestada por la longitud de la pica del otro, la lucha sería muy igualada y, en cualquier caso, a muerte. Enfurecido, se sentó de nuevo y se distrajo limpiándose las uñas con el puñal. El otro se sentó también, apoyando la lanza sobre su regazo. Algo había cambiado entre ellos y la tensión se podía respirar en el ambiente. Nuño trató de moverse. Le picaba la cara por la sangre seca y la humedad le estaba dejando el cuerpo tullido. Tenía las muñecas en carne viva y, al intentar cambiar de postura, la soga se le clavó en las heridas y se le escapó un gemido de dolor.

Los dos hombres le miraron, casi sorprendidos de que estuviera allí y, en ese momento, el grandullón atacó a su compañero lanzándole el puñal.

Nuño empezó a sacudir las manos y los pies, tratando de zafarse de la soga sin quitar ojo a sus captores. El pequeño había conseguido evitar la daga arrojándose a un lado, pero en el suelo estaba en mala situación frente al otro, que ya se abalanzaba sobre él.

Intentó defenderse con la azcona, pero el grandullón agarró la lanza por la punta y la arrancó de las manos de su compañero. El pequeño trató de escabullirse. Debía de haberlo matado cuando aún estaban de pie y no haberle dado esta oportunidad, pensó cuando notó las manazas enormes rodeando su cuello. La presión era tan fuerte que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Luchaba por escapar, pero el peso de su agresor era demasiado y notaba cómo le abandonaban las fuerzas a medida que le faltaba el aire.

Nuño había conseguido encogerse lo bastante como para pasar sus manos por debajo de los pies y no tenerlas a su espalda. Se puso de pie y fue dando saltos hasta donde sus captores luchaban en el suelo. Aún con las manos atadas, se agachó para coger la lanza y perdió el equilibrio, cayendo sobre el grandullón que, al notar el golpe, retiró una de las manos de su presa y golpeó al chico arrojándolo hacia atrás. El pequeño notó un momento de alivio que desapareció de inmediato cuando el grandullón le volvió a estrangular con ambas manos. Al notarse impotente frente a la fuerza del otro pensó que había llegado su hora.

De repente unos brazos fuertes agarraron al bandido por los hombros, levantándolo para separarlo de su compañero. El grandullón no soltaba a su víctima y levantó al pequeño con él.

—¡Déjalo ya! —se oyó, y varios brazos acudieron a sujetar al grandullón y socorrer al pequeño.

Nuño levantó la vista y vio a una docena de hombres de aspecto rudo forcejeando con sus dos captores. Llevaban azconas y cuchillos y se cubrían con camisas y pellejos de animales. Su piel curtida y sucia, por el sol y el polvo, les hacía confundirse con el paisaje. El grandullón soltó por fin al pequeño cuando lo sujetaron otros dos hombres tan fuertes como él, mientras el otro permaneció en el suelo, a cuatro patas, tosiendo y emitiendo unos extraños gemidos en busca de aire.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre que había ordenado al grandullón que soltase a su presa.

Vestía una camisa rojiza corta, sujeta con un cinturón ancho de cuero del que colgaba un cuchillo enorme. La barba le caía espesa hasta el pecho y el pelo le colgaba por encima de los hombros. Su piel, quemada por el viento y el sol, relucía como el cuero gastado. Pese a no diferenciarse en sus armas o sus ropas de cualquiera de los recién llegados, su porte y su forma de dirigirse a los demás no dejaban lugar a dudas de que era el jefe de la banda.

—El muy canalla quería escapar con el botín —dijo el pequeño, entre jadeos y soplidos.

El jefe se dirigió al otro, con gesto grave.

—¿Es eso verdad?

El grandullón no contestó y se limitó a mantener la mirada. No había posibilidad de escapatoria; las manos que le sujetaban por el cuello y los brazos eran fuertes como las suyas y nada podría contra sus dos guardianes.

—Pregunta al chico —gimió el resucitado.

El jefe miró al muchacho, que no había dicho palabra hasta ese momento. Había llegado con sus hombres justo cuando Nuño intentaba, torpemente, salvar al pequeño y, por su aspecto apaleado, seguro que tendría algo que decir.

—Habla, chiquillo.

—Dice la verdad —respondió Nuño, y señaló con la cabeza al grandullón—. Él quería matarnos y huir con el botín y las monturas.

Lope miró uno por uno a los tres, con gesto contrariado, y después dirigió su mirada hacia los animales y al bulto cubierto de mantas que yacía tendido entre las rocas. Observó fríamente al grandullón.

—Cortadle el cuello —dijo. El traidor trató de luchar para escapar a su destino, pero un golpe en la nuca le hizo abandonar el forcejeo.

—Lope, yo quiero hacerlo —se escuchó al pequeño, con un hilo de voz.

—Tú ya has tenido lo tuyo, Sabandija, y no estás ni para ponerte de pie —dijo el jefe, e hizo una seña a uno de los que sujetaban al grandullón.

Con un movimiento imperceptible, el guardián sacó un cuchillo que llevaba sujeto al cinto y cortó limpiamente el cuello del traidor. Este cayó de rodillas mientras intentaba inútilmente taponarse la herida con las manos y quedó tendido en mitad de un charco de sangre. Cubierto con la piel de lobo que usaba a modo de capa, su aspecto era el de una alimaña abatida por una cuadrilla de pastores.

—Barbero —dijo Lope—, ocúpate del Sabandija y luego mira al niño, a ver qué tiene.

Uno de los hombres maduros que habían estado observando la escena, se adelantó farfullando algo entre dientes y se agachó para inspeccionar al superviviente. El Barbero era bajo y ancho y tenía un aspecto afable. Su cara esférica, coronada por un pelo negro espeso cortado a tazón, le hacía aún más redondo de lo que era. Vestía una camisa raída de lana de un color indescriptible y llevaba unas tijeras y varios cuchillos al cinto. De su espalda colgaba un zurrón de cuero, sujeto por una correa que le bajaba en diagonal desde un hombro hasta la cadera opuesta. Nuño miraba con una mezcla de terror y fascinación a los bandidos, todos de aspecto salvaje y siniestro, pero aliviado por haber conservado la vida.

Lope se acercó hacia donde yacía el bulto y retiró el albornoz que lo cubría.

—¡Pero si es Guzmán! —exclamó con sorpresa—. Cirujano, deja lo que estás haciendo y ven a ver al herido; es Guzmán.

Los hombres se alborotaron al tiempo que se repetían unos a otros que era Guzmán. Todos le conocían, excepto el Sabandija y el muerto, que se habían incorporado a la banda poco tiempo atrás.

El Barbero se adelantó a inspeccionar al herido ante la mirada desconcertada de Nuño.

—Ahora soy cirujano y no barbero —protestó, mientras tocaba la frente de Guzmán—. Tiene mucha fiebre y parece que ha perdido mucha sangre.

—Pedro le dio una lanzada cuando tratábamos de detenerlos en la cañada, pero se escaparon y huyeron hasta aquí —intervino el Sabandija—. Les seguimos el rastro y les apresamos antes de que anocheciese.

—¿Vivirá? —preguntó Lope al Barbero.

—No sé, hay que quitarle el vendaje para ver la herida. Tiene mala cara... —respondió el Barbero.

—Procura que salga de esta.

—No soy Maimónides, haré lo que pueda.

—Tampoco te estoy pidiendo que salves la vida de Saladino, rufián —replicó Lope, airado, que ya había visto al barbero curarse en salud en otras ocasiones—. Aplícate con esas vendas y veamos la herida.

El Barbero siempre andaba contando que había estudiado en Córdoba con el famoso maestro judío Moisés ben Maimón, que había tenido que huir de Al-Andalus por las persecuciones religiosas de los almohades, y en su destierro había ejercido como médico del sultán Saladino en Egipto. Lope aseguraba que cuando Maimónides

salió de Córdoba, el barbero debía ser un niño, si es que había nacido, pero la historia le daba cierta categoría entre sus compañeros, así que el Barbero la sacaba a relucir cada vez que tenía oportunidad.

El invierno anterior, al enterarse que la muerte del maestro había acaecido varios años atrás, estuvo llorando durante semanas hasta que sus compañeros, que se habían compadecido de él en un primer momento, empezaron a burlarse cansados de tanto duelo.

La herida de Guzmán mostraba algo de infección por los bordes y había comenzado a supurar. El Barbero abrió su bolsa y sacó unos paños limpios y un frasquito de unguento. Limpió el pus y untó la carne con el unguento para luego cubrirla de nuevo con otro de los paños que llevaba.

—El corte no es limpio y es demasiado grande para cauterizarlo, hay que coserla o acabará infectándose y morirá —dijo con seriedad.

—¿Vivirá si la coses? —preguntó Lope, preocupado.

—Si Dios quiere, vivirá —respondió el Barbero mirando hacia el cielo.

—Si Dios quiere vivirá aunque no le cosas la herida. Si se muere os mato a ti y al Sabandija.

—Ya que mentamos al Altísimo —intervino el Sabandija, más recuperado— hay que darle gracias por lo malo que era Pedro con la lanza, porque los caballos pasaron al ladito suyo y no fue capaz de acertar. Además, hace un rato también me tiró un puñal y falló —concluyó, omitiendo por completo su fallido ataque con la azcona.

—Hay que llevarle cerca del río, donde haya más luz —dijo el Barbero—, así podré coser mejor la herida.

Cuatro hombres trasladaron a Guzmán a la orilla del río y, en un claro entre los árboles, lo dejaron tumbado al sol boca abajo, con la herida a la vista.

—Necesito un ayudante para que me junte los dos trozos de carne —pidió el Barbero mientras sacaba una cajita en la que guardaba varias agujas y rollitos de hilo de seda.

A continuación se lavó las manos en el río, por segunda vez, y eligió al voluntario que le pareció más limpio y de pulso más firme de entre los que estaban dispuestos a ayudar.

—Parece que la carne se ha infectado por los bordes, tendré que cortar por lo sano y esperar a que cicatrice —anunció el Barbero antes de ponerse manos a la obra.

Lope se acercó a Nuño, que aún tenía las manos y los pies atados y estaba de pie mirando atónito a su alrededor.

—No tengas miedo, muchacho —le dijo, mientras sacaba un cuchillo de su cinto—. Te voy a cortar las cuerdas para que puedas lavarte en el río. ¿Te encuentras bien?

Nuño no se había encontrado peor en toda su vida; le dolía el corte de la ceja y, a cada latido de su corazón, parecía que iba a reventarle la cabeza. Sentía pinchazos en los hombros, los codos y las rodillas y, cuando Lope le cortó las ataduras, la sogla le abrasó la piel.

Pero estaba vivo.

—Sí, estoy bien —contestó, sorprendiéndose de su respuesta.

—Vamos al río a lavarte las heridas, te encontrarás mejor cuando estés limpio y fresco. Se acercaron al agua y Nuño empezó a lavarse la cara con cuidado. Con el frío del agua no disminuyeron sus dolores, pero su cabeza empezó a despejarse por primera vez desde hacía horas.

—Guzmán era uno de los nuestros —comenzó a explicar Lope—. Hace años conoció a una bella muchacha y se estableció como comerciante en Andújar para poder cortejarla. Al principio le costó dejar los montes, pero parece que los encantos de su mujer superaron los de todos nosotros. No es extraño si miras a tu alrededor. —Soltó una carcajada antes de continuar—. Con el paso de los años, muchos han caído a manos de los moros, o de los cristianos, pero siempre aparecen nuevas vocaciones para este tipo de vida. Somos gente a la que no le gusta someterse al dominio de otros; aunque también contamos con asesinos, violadores, borrachos, contrabandistas y prófugos. A veces hemos tenido algún clérigo e incluso muchachos campesinos o desheredados, vagabundos sin rumbo fijo, pero los que no son fuertes acaban muriendo al poco tiempo. Si no es el invierno, son las espadas y las lanzas de nuestros enemigos.

Nuño miró a los hombres con recelo.

—Tranquilo, muchacho. Si vienes con Guzmán eres uno de los nuestros. No encontrarás compañía más fiable que la nuestra; cada uno de esos hombres daría su vida por un compañero. Es más, después de lo de esta mañana, hasta el Sabandija es de fiar y, por lo que hemos visto, has ayudado a salvarle la vida.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Nuño.

Lope puso una de sus anchas manazas sobre el hombro del chico y este creyó que no iba a tener fuerzas para soportar el peso de su brazo.

—Lo importante es que Guzmán se recupere. Os quedaréis aquí hasta que esté bien y podáis continuar vuestro camino. El Barbero se quedará con vosotros y los demás pasaremos por aquí cada pocos días. Guzmán lo sabía y por eso vino hasta la cueva. —Lope desvió la mirada hacia el Barbero—. Siguiendo la cañada por la que veníais, se llega al manantial de la Fuencalda, del que brota un agua con propiedades curativas que es de donde saca el Barbero ese unguento amarillo que utiliza y que, si Dios quiere, será de mucho bien para Guzmán.

Nuño miró también al cirujano, que estaba cosiendo la herida de Guzmán con gran calma y maestría mientras su ayudante sujetaba la carne a los dos lados del corte. El resto de los presentes miraba la operación con curiosidad, sentados en el suelo y comentando a voces los sucesos de la mañana y la suerte del Sabandija.

A cada momento se oía a los hombres romper en carcajadas y Nuño fue consciente de nuevo del maravilloso entorno que le rodeaba; con la cascada precipitándose entre las rocas cubiertas de musgo y las aguas cristalinas del río fluyendo, invariables a los acontecimientos.

A orillas del río Algodor
5 de julio de 1211

Elvira y Sancha conversaban animadamente mientras terminaban de enjuagar los platos de la comida en la jofaina de barro que usaban para lavar.

Dentro de la casa el calor era más llevadero, y Diego se había retirado a su dormitorio a echarse un rato. El anciano se encontraba cansado después de haber ido por la mañana a recoger la primera harina de la abundante cosecha de trigo que habían tenido. El molino estaba lejos y Elvira le había acompañado.

La anciana estaba orgullosa de Elvira. La muchacha que había llegado a la heredad tras desposarse con el señor era apenas una hermosa niña, pero las calamidades y el paso del tiempo la habían convertido en una mujer resuelta y su belleza había ido ganando carácter con los años. Desde hacía un mes su sola presencia alegraba la casa y su sonrisa había contagiado incluso a Diego, que a medida que envejecía se volvía más huraño y reservado.

Sancha también se enorgullecía de sí misma por haber estado junto a Elvira durante todo aquel tiempo. Desde muy pronto la había querido como si se tratara de su propia hija, por eso no lo dudó un instante cuando Elvira les ofreció la posibilidad de acompañarla una vez que hubiera vendido sus tierras. Les había contado sus planes y dado a escoger; se podían quedar en las tierras sirviendo a un nuevo señor, seguramente a la Orden, pero Elvira les confesó que si seguían juntos la harían muy feliz. Sancha, al ver que su cariño era correspondido, no pudo evitar abrazarla con lágrimas corriéndole por las mejillas.

Los perros ladraron fuera y se oyó el ruido de unos cascos aproximándose. Elvira se secó las manos con un trapo y se colocó mejor el vestido azul que llevaba, subiéndose el escote y alisando la falda. ¿Sería posible que Félix ya estuviera de vuelta de su expedición? Salió corriendo a ver quién llegaba. Comprobó que se trataba de varios jinetes de la Orden pero, al no poder distinguir a Félix entre ellos, el temor de recibir malas noticias sobrevoló sus pensamientos.

Los jinetes desmontaron al llegar junto a Elvira. Los dos más jóvenes se quedaron con los animales y el freire de más edad se acercó a ella, seguido por un hombre con aspecto de mendigo y por un caballero. Excepto el mendigo, que resultaba inmundo, el resto iban armados con el equipo y los ropajes habituales de la Orden de Salvatierra.

—Doña Elvira Manrique, buenas tardes nos dé Dios —saludó Silvestre.

Entonces le reconoció. Era el freire que le había llevado la noticia de la muerte de su marido, trece años atrás. Nunca más había vuelto a verlo, pero su cara y el tono de

su voz habían quedado grabados en su memoria. El miedo a recibir la misma noticia asomó en su rostro y Silvestre frunció el ceño al no ser correspondido en el saludo. Elvira evitó mirar al pordiosero y posó sus ojos en el tercero de los recién llegados. El caballero, ancho, compacto, moreno y de barba espesa, le sonreía con cara bobalicona... Le reconoció al instante: Tello, el amigo de Félix. Su expresión alegre hizo que Elvira se tranquilizara intuyendo que si algo malo le hubiese ocurrido a Félix, Tello no estaría tan contento.

—Buenas tardes —contestó por fin.

—Venimos de parte de frey Ruy Díaz de Yanguas, maestre de la Orden de Salvatierra, con el encargo de realizar la compra de la heredad, según vos misma le solicitasteis hace algún tiempo.

Elvira levantó las cejas, sorprendida por la noticia.

—Por favor, pasad a la casa, estaréis más frescos. ¿Puedo ofrecer un poco de agua? —dijo algo más recuperada, sin poder creer que la Orden hubiese decidido realizar la compra tan rápido.

Lo primero que vino a su mente fue la ausencia de su hijo, y pensó que tendría que esperar a que Nuño regresara o ir a buscarle a Toledo a casa de Guzmán. Quizá lo mejor sería retrasar la operación sin dar demasiadas explicaciones a los freires. Silvestre estaba sediento por el calor y el polvo del camino y no rechazó el ofrecimiento. Elvira sirvió agua fresca en unos vasos de barro y Sancha salió con la jarra para ofrecer refresco a los dos freires que se habían quedado con las bestias.

—No esperaba que la Orden tomase la decisión tan rápido —dijo, mirando a Silvestre, que parecía llevar la voz cantante—. En realidad, aún no estoy preparada para abandonar las tierras y preferiría esperar a la primavera próxima.

—En vuestra carta no figura nada de eso —dijo Silvestre, sacando el documento y tendiéndoselo a Elvira—. ¿Sabéis leer? Si no, cualquiera de nosotros lo hará en voz alta. Elegid a quién preferiréis si os sirve para aliviar vuestra desconfianza.

La voz y el aspecto del freire le resultaban tan repulsivos como el del pordiosero que le acompañaba, pero Elvira tomó el pergamino y lo leyó con atención.

—El documento hay que corregirlo; no figura que la heredad se traspasa sin sus siervos y, además, yo pedí trescientos maravedís y no doscientos cuarenta y cinco. Bien sabéis que la heredad se encuentra en el camino al río desde Villaseca, a menos de una legua de aquí. Además, el arzobispo de Toledo ya ha comprado las tierras de Villamuelas por una suma mucho mayor, aun estando más alejadas del río. La heredad no puede estar en mejor sitio para que vuestra Orden obtenga las rentas que tanto necesita.

Silvestre miró a la viuda con condescendencia.

—Sabemos lo que pedisteis, mi señora, pero el maestre consideró que nuestra oferta es más que generosa. Además, si queréis llevaros a los siervos de la heredad, también esta pierde valor. Mi señora —continuó Silvestre—, vos y yo sabemos que las tierras no valen más de doscientas piezas, pero el maestre conocía a vuestro

difunto esposo y decidió honrar su memoria haciendo una oferta más que generosa por este terruño alejado de la mano de Dios.

—Lo solicitado eran trescientos —replicó Elvira.

El freire la miraba con una extraña sonrisa, semejante a la que lucía cuando le había comunicado la muerte de su esposo, y Elvira no pudo evitar alzar la voz.

—No estoy dispuesta a malvender mis tierras. No aceptaré una reducción en el precio ni deseo hablar más con vos.

Diego se había despertado de la siesta con las voces y andaba de muy mal humor. Salió de su dormitorio empuñando una horca con la que amenazó a los visitantes.

—Si la señora no quiere hablar más, no se hable más. Todos fuera de la casa, que ya están sobrando. ¡Me cago en todos los Santos! ¡Fuera, ahora mismo!

Silvestre levantó las manos tratando de tranquilizar al viejo y cambió de estrategia. Al fin y al cabo, con todo lo que se le avecinaba al maestro, no se iba a enterar si la compra se hacía por una cantidad o por otra, siempre y cuando no se tratase de sumas desorbitadas.

—Estáis en lo cierto, señora, revisaremos las condiciones —dijo Silvestre, sorprendiendo a todos.

—Aun así, no quiero vender —repuso Elvira. Ahora era Diego el que, empuñando la horca, la miraba con cara de asombro—. No deseo partir antes de la próxima primavera, así que no veo la urgencia en realizar la venta.

El calor aumentaba en la casa con todos los presentes reunidos en un espacio tan pequeño y Silvestre empezaba a perder la paciencia, pero había mucho en juego y no iba a arriesgarlo todo por una viuda amargada con aires de señora noble.

—No veo dónde está el inconveniente, mi señora; realizaremos ahora la operación y tomaremos posesión de la finca en el mes de abril. Rasparemos el pergamino y recogeremos todas las cláusulas en el documento, si os parece lo adecuado. Elvira ya no supo qué más objetar. Hubiera vendido las propiedades por doscientos cincuenta, y si había puesto pegas al contrato era solo para ganar tiempo.

—Si esa es vuestra propuesta, con mucho gusto la acepto —respondió con dignidad.

Silvestre miró hacia arriba con expresión de alivio.

—Alabado sea Dios, hemos de dar gracias por haber podido llegar a un acuerdo. Vermudo modificará el documento según lo pactado. Yo voy afuera a recoger los fondos.

Silvestre salió y Vermudo, que había estado observando la casa y a las personas que la habitaban sin intervenir, agarró el pergamino y empezó a raspar con la habilidad de una ardilla.

Elvira se llevó a Tello a una esquina apartada donde Vermudo no pudiera oírles. Por la expresión de majadero del caballero estaba convencida de que Félix le había contado algo y se preguntaba con qué derecho lo había hecho y por qué no estaba él mismo allí.

—¿Dónde está Félix? —preguntó.

—En Salvatierra.

—¿Y por qué no ha venido él a cerrar el trato? Me prometió que vendría lo antes posible y, en vez de aparecer por aquí, envía a esos hombres repugnantes.

—Félix no ha podido venir. —Tello defendió a su amigo—. Está confinado en la fortaleza desde que el maestro se enteró de vuestras intenciones.

—¿Qué intenciones? —Elvira se percató de que no merecía la pena disimular con Tello—. ¿Quién más lo sabe? Aparte de vos, que ya me lo suponía.

—Solo lo sabe el maestro y yo mismo; me lo contó la misma noche que nos encontramos, camino del fuerte —repuso con una sonrisa picarona que sacó a Elvira aún más de sus casillas.

Elvira se mordió el labio, algo no encajaba.

—¿Y por qué ha accedido el maestro a comprarme la heredad tan rápido?

Tello no tenía ni idea, todo esto le superaba. Bastante conmoción le había causado enterarse del asunto amoroso de Félix, como para encima ir más allá y tratar de razonar con aquella mujer que, por si fuera poco, había logrado que Silvestre diera su brazo a torcer, cosa que él no había conseguido en todo el camino.

Elvira notó como se le encendían las mejillas.

—No te creo, Tello —dijo en un susurro cargado de ira—. Félix prometió venir a verme y, en la primera ocasión que tiene, desaparece. Estará corriendo moros por ahí, que es lo único que sabéis hacer, y ni siquiera lo hacéis bien. Le dije que le estaría esperando, pero ya no estoy segura de que esté aquí cuando él se digne a venir. Puedes decirle que me ha decepcionado muchísimo. Me ha fallado en la primera ocasión que se le ha presentado y no estoy dispuesta a perdonárselo.

Se produjo un silencio que pareció extenderse por toda la casa. Elvira se volvió y vio a Silvestre y a Vermudo mirándolos a ella y a Tello con extrañeza. Estaba segura de que no la habían oído, pero no podía poner la mano en el fuego.

Después de releer el documento y comprobar que los cambios satisfacían a todos, contaron las trescientas monedas de oro encima de la mesa, donde firmaron la compraventa.

—Estos dineros son moros —intervino Diego, que había cogido un maravedí y lo examinaba entre sus dedos.

—Se nota que no habéis visto un maravedí en toda vuestra vida —replicó Vermudo—. Sois incluso más necio de lo que parecéis.

—Necio seréis vos, y pequeño, y feo como una alimaña —replicó Diego, bajando la horca hacia la cara de Vermudo.

Silvestre intervino para poner paz.

—El rey acuña las monedas en la ceca de Toledo, e inscribe las letras en árabe para que también los moros entiendan quién es el señor de estas tierras.

Elvira se planteó ofrecer alguna vianda o bebida por la operación, pero estaba harta de tener a todos esos hombres en su casa y les acompañó fuera sin

contemplaciones.

La despedida fue breve, los hombres subieron a sus caballos y salieron en dirección a Ciruelos. Tello azuzó su caballo y se puso a la altura de Silvestre.

—Ya está todo hecho. Esta tarde llegaremos a Ciruelos y podremos dejar la carga. Yo saldré mañana temprano de vuelta a Salvatierra y me llevaré a los muchachos para que vayan cogiendo experiencia en la lid. ¿Nos acompañaréis, hermano? —comentó, ufano.

—El maestre ha dispuesto que me quede en Ciruelos al tanto de las reliquias —repuso el freire.

—¿Y qué haréis con vuestro nuevo amigo? —preguntó Tello, aparentando desinterés.

—Vermudo se quedará conmigo, le buscaré algún alojamiento en Ciruelos, o incluso podría emplearlo como escudero para la Orden y alojarlo en el castillo. —Tello puso cara de sorpresa—. Nos hacen falta hombres —continuó Silvestre—, la situación es más desesperada de lo que parece.

—Yo os acompañaré hasta Ciruelos —replicó Tello, mirando a Vermudo con desconfianza—, y una vez cumplida la misión, me vuelvo a matar moros, que es lo mío.

—Dios te acompañe, hijo mío —dijo Silvestre—. Ahora, si no te importa, me gustaría comentarle mis planes a Vermudo y, creo que tratándose de su futuro, es mejor que lo hagamos a solas.

A Tello le pareció imposible que nada pudiera herir la sensibilidad de Vermudo, y mucho menos algún tipo de indiscreción con respecto a su persona. Quizá un palmo de buen acero toledano clavado en su vientre le sacaría de su mutismo, pensó Tello, pero inmediatamente se obligó a olvidar su desprecio para no contrariar a Silvestre. Decidió reducir el paso de su montura para unirse a los otros freires.

Silvestre se acercó a Vermudo y ambos se adelantaron un poco para evitar que los otros pudieran oírles.

—Será coser y cantar —dijo Vermudo sonriendo—. Podría hacerlo esta misma noche.

Su dentadura amarilla, poblada de huecos negros donde faltaban dientes, quedó al aire.

—Ni se te ocurra —replicó Silvestre—. Debemos esperar lo suficiente para no levantar sospechas. Si mis cálculos no fallan, en un par de semanas los moros comenzarán a devastar toda la región y nadie se preocupará por una pequeña heredad.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar?

Silvestre no contestó de inmediato. Había algo raro en las confidencias entre Tello y Elvira y no estaba seguro de qué se trataba. Algo le decía que la noticia sobre el deseo de Félix de dejar la Orden podía estar relacionado con Elvira, de ahí el disgusto del maestre y su tacañería con la viuda. ¿Sería posible que Félix se hubiese puesto de acuerdo con la viuda para ayudarla una vez que ella abandonase sus tierras? Si esto

fuera así, ¿por qué?

Silvestre sabía que Félix siempre se había ocupado de la viuda por sus remordimientos por la muerte de su marido, pero ¿y si hubiera algo más? La viuda no era una niña, pero seguía siendo bella y debía tener la misma edad que Félix. ¿Sería posible que el rapaz se hubiese enamorado de ella y hubiesen planeado fugarse juntos? Conociendo a Félix era más que posible.

—Esperarás hasta que yo te diga. Por ahora vendrás conmigo a Ciruelos y te buscaré alojamiento en alguna posada. Cuando llegue el momento asaltarás la heredad. Será una noche sin luna, no dejarás testigos y, cuando tengas el dinero, prenderás fuego a todo. —Silvestre recapacitó un instante—. Al día siguiente me darás el dinero, yo te entregaré una pequeña parte y guardaré otra para el futuro, como acordamos esta mañana. Luego volverás a Marjaliza hasta que vaya a buscarte o te mande llamar, pero de ninguna manera intentarás ponerte en contacto conmigo; sería muy arriesgado.

Vermudo sonreía abiertamente y Silvestre se percató del malicioso brillo que había vuelto a los ojos de su viejo amigo. No había nada mejor para revivir a un hombre que darle una misión concreta en la que ocuparse y una buena perspectiva de futuro.

La expresión de Vermudo era como la de una alimaña al acecho, que saborea a su presa ya antes de saltar sobre ella, y Silvestre supo que no dejaría testigos.

Castell de Dios
7 de julio de 1211

Félix recorría la muralla arriba y abajo como una fiera enjaulada. La vista desde el Castell de Dios, situado a media legua de Salvatierra al otro lado del paso, dominaba la llanura y las sierras del sur. Por el contrario, la sede de la Orden tenía mejores vistas al norte, ya que hacia el mediodía quedaba limitada por el monte sobre el que se asentaba.

Los árabes habían llamado a la fortaleza Hisn al-Luyy, castillo del Abismo, o Hisn al-Taly, el castillo de la Nieves, porque estaba a gran altura y lo cubría la nieve en el invierno de la meseta.

Los freires habían recuperado el fuerte tras la toma de Salvatierra y, aunque se trataba de un castillo mejor situado, su construcción también había sido más difícil y su tamaño y sus defensas eran menores: su destino, por tanto, estaba ligado al de Salvatierra.

Desde lo alto de la muralla se distinguía el cauce por el que discurría el Jándula que, como un camino de plata, aparecía y desaparecía sorteando los collados y abriéndose paso por la sierra. El riachuelo de las Fresnedas le aportaba algo más de agua en verano, pero era al penetrar en las montañas donde su caudal crecía antes de desembocar cerca de Andújar.

Félix se entretuvo afilando su espada contra una piedra de la muralla. La hoja rechinaba a cada pasada y se puso a pensar mientras realizaba tan monótona tarea.

A los pocos días de su viaje desde Zorita se había sentido completamente recuperado, sin embargo, el castigo a pan y agua, la negativa del maestre a escuchar los motivos de su renuncia, y su confinamiento en la fortaleza le estaban amargando el carácter. Después, Tello había desaparecido misteriosamente y también Silvestre, y nadie sabía de su paradero. Ante sus insistentes preguntas, el maestre decidió confinarlo en el Castell de Dios, lejos de cualquiera que pudiera darle noticias de su amigo.

Durante la espera de la llegada de Tello o del ejército del Miramamolín, lo único que podía hacer Félix era otear el horizonte. Sus paseos por el adarve no hacían más que importunar a los centinelas, pero Félix se esforzaba en darles conversación antes de que empezasen a protestar por su presencia. Unas palabras sobre la mejor situación del Castell de Dios, frente al de Salvatierra, eran suficientes para que toleraran su compañía; sostenía que la orden debía trasladar su sede al Castell de Dios y crear una nueva Calatrava en un emplazamiento tan inexpugnable como aquel.

Sus hermanos se reían de él y le animaban a que empezase él mismo a subir las

piedras con las que construir el fuerte. La tarde ya declinaba cuando Félix vio una partida de jinetes, de aspecto fantasmal por sus alargadas sombras. A medida que se acercaban a la fortaleza pudo distinguir tres monturas, pero a tanta distancia no podía saber de quién se trataba. Le hubiera gustado reconocer a Tello, pero lo único que veía era una diminuta mancha a lo lejos.

Quizá nunca más volviera a ver a Tello, quizá tampoco a Elvira. Cada vez que se decaía o se preocupaba, el secreto de la muerte del marido de Elvira le perseguía como una maldición y se atormentaba sobre el momento en que tendría que confesarlo a su futura esposa. Dudaba entre hacerlo antes o después de la boda. En cualquier caso, si no lo hacía viviría siempre en una mentira o, lo que sería peor, Elvira podría llegar a enterarse por Silvestre.

Trató de alejar los malos pensamientos y asumió que no habría más noticias durante ese día. Decidió recogerse a rogar por su amada y por su hijo y, cómo no, por su amigo Tello, aunque de sobra sabía que era un caso perdido. En las condiciones de confinamiento en las que se encontraba poco más podía hacer.

Félix perdió la noción del tiempo arrodillado en el frío suelo de la capilla. Era noche cerrada y solo las tenues llamas de los cirios iluminaban pobremente el altar. Tenía las rodillas doloridas y notaba la espalda rígida y agarrotada. La puerta rechinó a su espalda y, por primera vez desde que se arrodilló, interrumpió la cadena de padrenuestros y avemarías que enlazaba por sus seres queridos, convencido de que Dios terminaría por escucharle. Volvió la cabeza y se encontró con una sombra inmóvil en la puerta. Al instante reconoció la figura robusta de su amigo Tello y se volvió hacia el altar para dar gracias. Dios aprieta pero no ahoga, repetía Silvestre una y otra vez, y parecía que el monje tenía razón.

Félix avanzó hasta Tello con una amplia sonrisa y abrazó a su amigo, asombrado por la calurosa bienvenida.

—Gracias a Dios, estás de vuelta —dijo Félix.

—Tampoco ha sido para tanto, un par de días fuera y nada más.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí, realizando un encargo del maestro. —Tello recordó la amenaza de excomunión si desvelaba su misión—. Nada importante.

—Pero podrás decirme qué es lo que has hecho —insistió Félix, que intuía que su amigo escondía algo—. No querrás ocultarme nada después de que yo te he confesado mis secretos más íntimos.

Félix tenía razón, pensó Tello, al fin y al cabo eran amigos y confiaban plenamente el uno en el otro. Si no se lo contaba todo no correría peligro de que le expulsaran de la Iglesia.

—He ido a comprar las tierras de Elvira pero, por desgracia, no puedo contarte nada más. Me arriesgo a la excomunión.

La noticia fue un mazazo. Félix abrió los ojos y una mueca de rabia asomó a sus apretados labios; el maestro había aceptado la propuesta de Elvira pero no había

contado con él para realizar la operación.

—¿Cómo que no puedes contarme más? —gruñó Félix. Las preguntas se agolpaban en su mente. Agarró a su amigo por los hombros y empezó a zarandearlo.

—¿La has visto? ¿Está bien? ¿Le habéis comprado las tierras? ¿Quiénes habéis ido? ¿Se cerró el contrato? ¿Qué va a hacer ella ahora?

—Calma, calma —respondió Tello mientras daba un paso atrás—. Ella está bien, más hermosa incluso de cómo la recordaba, y el trato se cerró según sus condiciones, fue bastante dura con Silvestre...

—¿Silvestre estuvo allí? —La noche era templada pero Félix se estremeció—. ¿Qué hacía él allí?

—El maestro le puso al mando de la expedición. —Tello empezaba a pensar que estaba hablando demasiado—. Pero no te preocupes, todo ha salido bien y Silvestre se ha quedado en Ciruelos. No insistas más, porque no puedo contarte nada, ¿o es que crees que quiero quemarme en el infierno si me matan los moros?

—¿Te preguntó por mí? —suplicó Félix—. Vamos, Tello, nadie te va a excomulgar porque me cuentes eso. A la Orden no le importará lo más mínimo y sabes que mis labios están sellados.

Tello se enfureció por haber ido en busca de su amigo. Al no encontrarlo en Salvatierra empezó a preguntar y le dijeron que le habían trasladado, y para no levantar demasiadas sospechas, había ido a verle una vez terminados los oficios de completas.

Pero Félix estaba más curioso que de costumbre.

—Está bien, Félix —le cortó—. Preguntó por ti. En realidad se enfadó mucho cuando vio que no habías venido con la expedición. Al parecer te estaba esperando como agua de mayo, y tengo la impresión de que la has decepcionado.

—¿Cómo? —Las cosas iban de mal en peor, pensó Félix—. Le explicarías por qué no he podido ir a verla, ¿verdad?

—Claro que se lo expliqué, pero ya sabes cómo son las mujeres. —Tello sabía que Félix no tenía la más remota idea de cómo eran las mujeres—. Se ofenden por el más mínimo detalle. Te defendí todo lo que pude, pero creo que no me creyó y me dijo que estarías corriendo a los moros por ahí.

Tello estaba en lo cierto; Félix no sabía cómo eran las mujeres, solo conocía a Elvira y los recuerdos de su madre eran tan borrosos que a él le parecían irreales.

A pesar de los años de visitas, no estaba completamente seguro de que había llegado al corazón de Elvira y, solo durante el último encuentro tuvo la sensación que ella se había abierto a él pero, ¿qué era una tarde para conocer a una persona?

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó, implorando una respuesta.

Tello pareció dudar un momento, y al fin confesó.

—Dijo que no sabía si estaría esperándote cuando por fin te decidieras a ir a buscarla.

Tello vio a su amigo encogerse por momentos. Félix miró al suelo y sus hombros

se encorvaron. Por un instante a Tello le pareció que no iban a sostenerle las piernas y le agarró por los brazos para sujetarle.

Las palabras de Elvira le habían encogido el corazón y luchaba por encontrar una respuesta a todo el pesar que sentía en esos momentos.

—No te preocupes, Félix, todo saldrá bien. Seguro que ella te estará esperando y, si no es así, es que no te merece —dijo Tello mientras le daba palmadas en la espalda.

—Tendría que ir a verla para explicarle lo ocurrido. Podría partir esta misma noche —susurró Félix, separándose del cuerpo que lo sostenía.

Los amigos se miraron a los ojos. Los dos sabían que Félix podría escaparse sin problemas, pero las consecuencias de la huida serían nefastas y, como mínimo, sería encarcelado de por vida o incluso podría ser ejecutado por traición. No hicieron falta palabras para saber que Tello no le acompañaría en su huida y él tampoco se lo pediría. En ese momento Félix comprendió el significado de su amistad, su deber como freire con sus hermanos de la milicia y sus obligaciones como caballero en la defensa del reino y de la cristiandad. Nada haría que Félix dejase a sus compañeros en un momento así y los dos lo sabían con certeza.

Por más que le dolieran las noticias de su amada, Elvira tendría que esperar.

Salvatierra
16 de julio de 1211

Félix permanecía en silencio en lo alto de la torre de la fortaleza, mientras el maestre escrutaba el paisaje.

El día había amanecido despejado y la vista desde las almenas era excelente. Una ligera brisa hacía ondear las capas blancas de los caballeros, que oteaban inmóviles el horizonte en busca del menor signo del ejército enemigo. Lo que, a primera vista parecía ser una situación privilegiada para Félix, no era más que la prolongación de su castigo; el maestre no quería perderle de vista cuando los freires saliesen contra los musulmanes antes de que el ejército del Miramamolín hubiese organizado su campamento y sus defensas.

—Ya se les debería ver —dijo el comendador mayor—. Nuestros exploradores confirmaron que estaban acampados a escasas leguas de aquí, y la nube de polvo que levantan al avanzar se ve desde hace rato.

—¿Hay noticias del jinete que faltaba por regresar? —preguntó el maestre.

—Ninguna —respondió el clavero. Los cuatro hombres continuaron escudriñando el horizonte en silencio.

De los jinetes que habían salido la tarde anterior, uno estuvo a punto de ser apresado y logró regresar al fuerte con el muslo clavado a la silla por una flecha. Otro aún no había dado señales de vida.

—Recemos una oración por el hermano que no ha regresado, quizás se haya reunido ya con Dios Todopoderoso —dijo el maestre con solemnidad.

Los caballeros rezaron un padrenuestro mientras veían aparecer jinetes enemigos explorando el terreno. Sus monturas galopaban nerviosas por el valle, que atravesaban desde el puerto del Muradal. A medida que se acercaban, su número iba en aumento.

—Ya se ve a los exploradores —dijo el clavero con cierto nerviosismo—. En breve aparecerá el grueso del ejército; se pueden escuchar los tambores —continuó, tratando de mostrar aplomo.

—Hemos de prepararnos —dijo el maestre, que notaba el aumento de la tensión en el grupo.

—Maestre —interrumpió el clavero—. Os pido que me permitáis liderar la carga.

—Vuestra valentía os honra, frey Gonzalo —contestó el maestre—. No podía ser de otro modo viniendo de tan aguerrida familia de caballeros como la vuestra, pero estando presente el comendador, frey Gutierre, o incluso yo mismo, no veo la razón por la que no debamos dirigir la acometida.

Gutierre permaneció en silencio con su expresión habitual de dignidad.

—No sabemos la capacidad de reacción de su ejército y, si la lid se complica, la Orden no puede permitirse la pérdida del maestro en el primer combate, y tampoco la del comendador mayor; además, es al clavero a quien le corresponde la guarda de la sede, y ¿qué mejor guarda que un buen ataque mientras aún estamos a tiempo? —replicó Gonzalo, bien plantado sobre sus talones y con la cabeza alta y el pecho henchido.

Félix observaba a las tres dignidades en silencio, envidiando a Gutierre y a Gonzalo por la familiaridad en su trato con el maestro, y su perspectiva de entrar en combate. Nada hubiera deseado más que descargar su furia sobre los enemigos de la cristiandad. Recordaba cómo Tello había bromeado diciendo que, por una vez, tendría que matar el doble de moros de lo normal; los suyos y los de su confinado amigo.

—Gonzalo tiene razón, Ruy —intervino el comendador—. Si cayeses ahora, la moral de los hombres se vendría abajo y la defensa se tornaría desesperada.

Ruy Díaz siempre había liderado su hueste, y la perspectiva de quedarse tras los muros del castillo mientras otros hacían el trabajo le resultó inverosímil. Sin embargo, había algo de cierto en las palabras de sus hermanos: la fortaleza aguantaría más si él continuaba al mando y, para eso, debía evitar exponerse en el primer encuentro.

—Será entrar y salir —dijo frey Ruy, mirando a los ojos a Gonzalo—. Llegaréis a las primeras líneas y segaréis sus vidas como se siega la espiga en verano. No os enzarzáis en la lucha porque, a medida que pase el tiempo, llegarán más refuerzos y podríais veros en un aprieto.

—Con todos mis respetos, Ruy —protestó el comendador—. Yo soy la segunda dignidad y solicito dirigir la hueste.

—Si yo tengo una Orden de la que preocuparme, tú tienes una encomienda que defender. Verás la lid desde la muralla y tendrás todo previsto para poder repeler un ataque.

El maestro se volvió hacia el valle dando por terminada la discusión.

—Que Dios os acompañe, frey Gonzalo, y recordad: golpead y volved al fuerte antes de que sea demasiado tarde. —Se despidió el maestro mientras apoyaba las manos en las almenas y se asomaba para ver mejor al enemigo.

—Prepararé a los freires para salir a vuestra señal —contestó el clavero, bajando ya las escaleras para reunirse con sus hombres.

El ejército avanzaba lentamente por el llano y Ruy observaba con preocupación el gran número de tropas que desfilaban ante él. Una cosa era escuchar los informes de los espías, pero otra muy distinta era comprobar en persona tan magnífica fuerza de ataque.

Las enseñanzas aprendidas en Alarcos acudieron a su pensamiento, avivando los recuerdos de la derrota como si la batalla hubiese sucedido el día anterior. Distinguió

cinco cuerpos bien definidos por sus diferencias en el equipamiento, la vestimenta y los animales. Abrían la marcha los siniestros jinetes árabes; vestidos de negro o azul y cubiertos por completo, que cabalgaban sobre ligeras monturas e iban armados con lanzas y espadas. Les acompañaban los *guzz*, provenientes de Turquía, más inquietos y de ropajes más coloridos, que llevaban los mortíferos arcos dobles, reforzados con asta de ciervo y tendones de animal, que les daban una potencia extraordinaria y eran capaces de atravesar una cota de malla. Los árabes eran seguidos por las tribus del Magreb, zenatas y masmudas entre otras, que sufrieron muchas bajas en la batalla de Alarcos, pero que terminaron victoriosas ante las tropas castellanas.

El tercer grupo lo formaban los voluntarios; una mezcolanza de guerreros a pie y a caballo, con más fervor que destreza, y un desigual armamento.

A continuación marchaban los andalusíes, en menor número pero ricamente armados, con un equipamiento similar al de las tropas cristianas, pero con unas monturas más ligeras: estos supondrían una amenaza mucho mayor durante el asedio, ya que contaban con más experiencia en el sitio a los castillos.

La zaga estaba compuesta por los almohades, cuyo imperio se extendía desde el Senegal hasta el Ebro y desde el Atlántico hasta Libia, que arropaban al califa en su avance y defendían las recuas de bueyes y otros animales.

—Que vayan en cúneo contra el grupo central de voluntarios, se cierran a la diestra contra los andalusíes, y retrocedan en cuanto hayan hecho sangre —dijo el maestre al comendador—. Tienen que salir ya, si esperamos más los almohades estarán muy cerca y saldrán en auxilio de los voluntarios. Los andalusíes tardarán en reaccionar, no me preocupan, pero los árabes podrían ser peligrosos; sus monturas son rápidas y los malditos arqueros turcos son muy precisos. Que los eviten a toda costa.

—Avisaré a frey Gonzalo, para que haga como habéis ordenado.

—Que Dios nos ampare —murmuró Ruy cuando el comendador hubo desaparecido.

La fuerza prevista de cuatrocientos jinetes para recibir a los sitiadores y hacer el mayor daño posible resultaba insignificante ante la marea de hombres que se aproximaban. No había duda de que el asedio iba a ser largo y muchos freires se reunirían con Dios durante la defensa. El maestre observaba a los musulmanes en silencio y Félix se decidió a hablar aprovechando que se habían quedado solos.

—Si me permitís, frey Ruy, ¿no sería mejor entrar por delante y desbaratar a los jinetes árabes, para evitar que salgan en nuestra persecución?

—Eso es lo que quieren —contestó Ruy sin volverse, ensimismado—, pero sería una trampa mortal para nuestros hermanos. Los árabes, con sus caballos ligeros y manejables, son expertos en la técnica de la *torna fuye*, unida a su forma de vida. En el desierto una vida tiene demasiado valor para arriesgarla en una primera acometida. La técnica consiste en desbandarse en cuanto carga el enemigo, para romper su formación de ataque y disminuir la violencia de su empuje. Una vez los pesados

caballeros cristianos acusan el cansancio de perseguir a una presa en movimiento, los árabes vuelven a reagruparse rápidamente para acosar a los cristianos que, dispersos en pequeños grupos, no pueden ofrecer gran resistencia. La derrota de Alarcos fue una gran lección de *torna fuye*.

—Maestre —dijo Félix—, sé que seguís furioso conmigo, pero sabéis que nunca traicionaré a mis hermanos y que no abandonaré la Orden cuando está en grave peligro. Os ruego que me dejéis salir a combatir, por Dios y por Salvatierra.

Ruy habló sin volverse.

—¿Crees que a mí no me cuesta trabajo quedarme aquí, con los brazos cruzados? Daría mi mano derecha por cabalgar al frente de la hueste, pero a veces uno tiene que decidir pensando en lo que es mejor para la Orden y no para uno mismo.

Las palabras del maestre sonaron demasiado aleccionadoras y frey Ruy lo lamentó al instante.

—Acércate, Félix. Veremos la carga desde aquí.

Por primera vez Ruy miró a Félix a la cara. Sus ojos oscuros mostraban preocupación.

—La prueba a la que nos enfrentamos es más dura de lo que me temía, tendremos que dar el máximo de cada uno.

—Tenéis mi palabra, maestre, igual que la habéis tenido siempre.

—Lo sé, Félix —respondió Ruy—. No estés preocupado por otras cosas más que por la victoria. De lo tuyo con la viuda ya hablaremos cuando esto haya pasado. —Félix abrió los ojos, sorprendido pero esperanzado—. Roguemos a Dios para que ayude a nuestros hermanos. Fíjate, ya bajan por la pendiente.

Los freires de Salvatierra, junto con algunos caballeros amigos de la Orden, trotaban hacia el llano con sus capas y los pendones al viento. La mayoría de los caballeros llevaban los pendones sujetos al asta de sus lanzas, justo por debajo de la cuchilla. Si al final de la lucha el pendón estaba empapado de sangre era señal de que había atravesado a gran número de enemigos.

El ejército del califa vio salir a los freires y una marea de voces recorrió la tropa, que no estaba preparada para recibir un ataque por el flanco. El estruendo de los cascos de los caballos se fundió con el tronar de los tambores almohades, que aumentaron su cadencia ante el ataque. Frey Gonzalo Gómez mantuvo su montura al trote, mientras la hueste formaba en cúneo, con el claverero al frente.

Cada fila contaba con el doble de hombres en la fila de detrás, para penetrar con mayor facilidad en las líneas enemigas, y la perfecta sincronización llenó de orgullo al maestre y a Félix, que observaban atentos desde la torre cómo los caballos se agrupaban hasta cerrar las líneas y tapar los huecos que habían quedado durante la maniobra.

Gonzalo bajó la lanza para colocarla en posición de ataque, y espoleó su montura. Tello sonreía sobre su alazán, poseído por una sensación de fuerza animal que le empujaba hacia delante sin temor ante el descomunal ejército al que se acercaban.

Cabalgaba en el centro del tercer haz y, hasta que no superasen la primera resistencia, no tendría oportunidad de entrar en combate.

La carga ganó velocidad y la imagen de las lanzas sobresaliendo dos codos por delante de los caballos al galope llenó de terror a los voluntarios. Los infelices estaban faltos de armamento y experiencia militar, por lo que se dispusieron a recibir el ataque sin ningún tipo de orden.

Los freires arremetieron a toda velocidad por el centro de la columna y los soldados que no perecían ensartados lo hacían aplastados bajo los cascos de los pesados caballos de guerra de los calatravos. Los voluntarios formaban un grupo heterogéneo y desorganizado que no ofrecía resistencia para los bien equipados y entrenados freires. La carga se abrió paso entre el enemigo y frey Gonzalo recordó las palabras del maestro: «como guadaña que siega el cereal...». La espiga resultó estar alta y la siega era provechosa.

Después de abrir una profunda franja en la formación enemiga, el clavero giró su montura hacia la caballería andalusí antes de perder la velocidad que llevaba. Daría un poco más de lid y volvería al fuerte para contar los muertos desde la muralla.

Tello se sintió decepcionado por la facilidad con la que los voluntarios se dejaban masacrar, pero no por ello renunció a atravesar a todo el que encontraba en su camino, ya fuera joven o anciano.

El encuentro con la caballería fue del todo distinto; los andalusíes presentaban una línea compacta y los freires se resintieron por la firme resistencia con la que chocaron. Frey Gonzalo supo que era el momento de huir a la seguridad del fuerte pero, antes de poder maniobrar, llegó el grueso de la formación. El grupo de freires entró en combate y se enzarzó en una lucha salvaje, sin sitio suficiente para volver sus monturas. La llegada de los haces rompió las filas andalusíes, pero lo enconado de la lucha imposibilitaba la huida.

Tello se encontró con un caballero andalusí que le hostigaba con su lanza, buscando un resquicio por el que atravesarle. El caballero intentaba maniobrar su montura para ofrecer el lado de la lanza a su enemigo, pero el musulmán acompañaba su movimiento espoleando su caballo y no le permitía mejorar la posición. Tello paró los golpes una y otra vez, separando el escudo de su cuerpo y deteniendo los envites con la parte central de su defensa, pero notaba que su oponente le estaba ganado en rapidez y, si conseguía rodearle, podría ensartarle fácilmente por el costado o por la espalda.

En una maniobra arriesgada arrojó su lanza contra el andalusí, que la detuvo con dificultad y quedó herido en el brazo. Antes de que pudiera recuperarse, Tello había desenvainado su espada. Cayó sobre él con furia, y le propinó un tajo que entró por el hombro y no se detuvo hasta haber quebrado la clavícula y varias costillas.

El maestro contemplaba el asalto con preocupación, los freires ya deberían estar de vuelta, pero se habían enzarzado en la lucha perdiendo la formación y sus efectivos se dispersaban entre las filas enemigas sin darse cuenta de que el ejército

musulmán se estaba recuperando de la sorpresa inicial. Otros grupos de guerreros almohades estaban llegando al auxilio de sus compañeros y los árabes también se sumaban a la refriega. La polvareda que se había levantado en el combate no dejaba ver con claridad pero, por la tardanza de los suyos, el maestre supuso que la lucha se estaba complicando.

Los freires debían salir de allí cuanto antes.

—¡Retirada! —gritó frey Gonzalo, mientras se defendía de los golpes de dos jinetes—. ¡Retirada! ¡A la fortaleza!

La situación se volvía desesperada. Cada vez llegaban más refuerzos y el círculo se iba cerrando entorno a los freires. Un hermano cayó muerto al lado del clavero y su hueco no lo ocupó otro freire, sino un caballero almohade que flanqueó a Gonzalo. Sus movimientos se volvieron entonces frenéticos; ya no luchaba por matar, sino por sobrevivir.

Hizo recular a su montura mientras continuaba gritando retirada, y tuvo un momento de respiro cuando Tello se unió a él y derribaron a sus oponentes más próximos.

—¡Al fuerte! —gritó de nuevo.

Muchos caballeros habían caído y los supervivientes volvieron grupas y se abrieron camino a golpe de espada entre las cada vez más cerradas filas de musulmanes. Tello espoleó a su caballo mientras golpeaba todo lo que se ponía a su alcance, sin saber si cortaba miembros, abría cabezas, hería caballos o sus tajos se perdían contra los escudos de sus enemigos. Había que abrir una brecha y regresar al castillo.

Los caballeros no temían a la muerte, que llegaría casi como una liberación, sino el haber fallado en su misión de defensa. La nube de polvo se fue despejando a medida los freires caían, pero algunos caballeros consiguieron romper el cerco y emprender el camino de regreso.

Félix divisaba con ansiedad la refriega; un grupo había abierto una brecha y galopaba hacia la fortaleza, pero los temibles arqueros guzz les perseguían y habían causado muchas bajas con sus potentes dardos, capaces de atravesar las lorigas de los calatravos. El clavero abría la marcha seguido por una veintena de freires, que se esforzaban en azuzar sus monturas para escapar de una muerte segura.

Tras la carga inicial y los primeros instantes del combate, el peso de sus protecciones se dejaba sentir en los caballos y la subida hacia el cerro se les hacía lenta y penosa, mientras los enemigos parecían volar a su alrededor con sus caballos frescos y más ligeros.

Frey Gonzalo se encaminaba al arrabal mientras su caballo soltaba espuma por la boca. Las primeras casas estaban muy cerca.

—¡Aprisa! ¡Más rápido! —gritó—. ¡Hay que alcanzar el resguardo de las casas!

El clavero seguía cabalgando cuando una flecha le atravesó la garganta, entrando por la nuca y abriéndose camino hasta la nuez de Adán. Su caballo siguió galopando

ajeno a la muerte de su jinete, que todavía se sostuvo unos instantes antes de caer al suelo como un saco de huesos. El goteo de caballeros que habían conseguido salir de la nube de polvo había cesado. La lucha se había convertido en una carrera frenética por alcanzar la fortaleza.

Desde el fuerte, los freires divisaban al grupo de jinetes que habían logrado alcanzar la protección de las casas del arrabal y, exhaustos por el esfuerzo y con sus caballos incapaces de continuar la carrera monte arriba, decidieron volver grupas y plantar cara.

—Pero, ¿qué están haciendo esos insensatos? —dijo Félix, lleno de rabia e impotencia.

—Morir como verdaderos caballeros y reunirse con sus hermanos en presencia del Todopoderoso —contestó frey Ruy con una mezcla de orgullo y tristeza.

El asalto había sido un fracaso y el ejército del califa apenas se había resentido.

—A poco que retrocediesen se encontrarían bajo la protección de nuestros ballesteros —replicó Félix.

En ese momento, divisó la figura cubierta de polvo de su amigo Tello, que acometía contra uno de sus perseguidores y se veía obligado a retroceder ante el empuje de almohades y andalusíes, que se iban uniendo a la persecución.

Félix no pudo soportarlo más y se lanzó escaleras abajo. Cruzó el patio a toda velocidad, enfilando hacia la puerta de la muralla. El rastrillo estaba abierto para permitir la entrada de los escasos supervivientes.

Sin tratar de hacerse con una montura, Félix corrió hasta uno de los guardias que vigilaba la puerta.

—Dame el escudo, deprisa —ordenó. Sin esperar a que el otro reaccionara, le quitó el gran escudo de cometa y se lo colgó al cuello, asiéndolo con firmeza con la mano izquierda. Arrebató la lanza al centinela y corrió ladera abajo, poseído por una furia asesina.

Otro de los freires que guardaba la puerta sujetaba un musculoso alano negro con la cara marrón. Cuando el perro vio al freire bajar la pendiente, empezó a levantarse entre aullidos para seguir a su amo. El centinela que lo sujetaba mantenía el collar agarrado con firmeza, pero el perro se volvió, le mordió en la pierna y consiguió zafarse. Félix descendió entre las casas del arrabal, mientras se cruzaba con algún que otro rezagado que no había querido abandonar su hogar hasta el último momento.

Vio que *Mustafá* se le unía y se alegró de no dirigirse solo a la batalla. Se fijó en que ya no subían más freires y, a medida que iba avanzando, le llegaron los familiares sonidos de la lucha. Hombres gritando de dolor, relinchos de caballos, cascos de animales golpeando el suelo y el sonido inconfundible del acero contra el acero o contra la madera reforzada de los escudos. Félix salió de entre las casas y vio lo inútil de la resistencia; apenas quedaban una docena de freires en pie, defendiéndose como jabatos de un enemigo cada vez más numeroso.

Desde su posición, atacó por sorpresa a un jinete. Por fin pudo desatar su furia y

se sintió poseído por la vorágine de la lucha. Se acercó a sus hermanos con sigilo, al tiempo que arrojaba la lanza derribando a otro enemigo. Desenvainó la espada y se colocó el escudo, presto para el combate. *Mustafá* corría de un lado a otro como una pantera, rematando a los musulmanes caídos con dentelladas en el cuello. Varios hermanos habían muerto asaeteados.

Un enemigo se encaró con él desde la altura de su corcel y Félix agarró las riendas del caballo con la mano del escudo y lanzó un veloz tajo con su espada amputando la pierna de su adversario.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Al callejón! ¡Hay que ponerse a cubierto de sus flechas!

Tello se volvió al oír la voz de su amigo y, en ese momento, una flecha le entró por el muslo. Los dardos silbaban a su alrededor, pero los freires consiguieron retroceder de manera ordenada, pegados unos a otros formando una muralla con los caballos y los escudos, y se acogieron al resguardo de las esquinas de las casas. Las saetas ya solo les podían llegar de frente y su frecuencia disminuyó.

Los jinetes enemigos tampoco se aventuraban a meterse entre las casas, porque su superioridad numérica quedaba anulada por la estrechez del paso. A medida que retrocedían los freires, los ballesteros empezaron a disparar dardos que volaban por encima de sus cabezas alcanzando a algún que otro enemigo.

—¡Atrás! ¡Más rápido o nos acribillarán! —dijo Félix mientras retrocedía de espaldas, cubriéndose con el escudo de los proyectiles de los moros.

Ante la escasa superficie disponible para hacer blanco, los guzz comenzaron a disparar a los caballos y estos empezaron a caer entre relinchos y bufidos. Tello se mantenía sobre su montura, a pesar de que la flecha seguía clavada en su pierna, y notaba cómo le ardía la carne. Su caballo fue alcanzado, cayó de lado sobre la pierna herida y quedó atrapado bajo el agonizante alazán. El dolor era insoportable.

Las flechas que surcaban el cielo desde la fortaleza mantenían a los moros alejados, pero los arqueros continuaban practicando su puntería desde la distancia. Félix se acercó a Tello y envainó su espada. Ajustó el tiracol de su escudo, de manera que le colgase a la espalda, y empezó a tirar de su amigo para sacarlo de debajo del caballo. Las saetas hacían saltar astillas de la madera del tablero y una de ellas le arrancó el casco. Otra flecha se clavó en el hombro de Tello, que soltó un gruñido al ver que Félix seguía tirando con la misma fuerza. El dolor le hizo perder el conocimiento.

Por fin, Félix consiguió liberar a su amigo y lo levantó en brazos, protegiéndolo con su cuerpo durante la huida. Tello pesaba más de lo que Félix recordaba y le maldijo por lo gordo que se había puesto, pero continuó subiendo a buen paso. Varias flechas impactaron sobre su escudo y le hicieron tambalearse, pero en pocas zancadas consiguió alejarse del peligro.

A medida que ascendía, una nube de humo negro le fue envolviendo; los musulmanes habían prendido fuego al arrabal y las llamas se extendían rápidamente de una casa a otra devorándolo todo a su paso. Félix empezó a toser y aceleró su

marcha, pero el humo dejó paso a las llamas y notó cómo la temperatura aumentaba bruscamente.

Se detuvo un instante, tratando de llenar sus pulmones de aire, y vio a *Mustafá* alejarse en dirección al fuerte. El calor de los últimos días había agostado el campo y los hierbajos secos contribuían a propagar el fuego, que avanzaba con mayor rapidez que el freire. Le escocían los ojos y empezó a toser con fuerza. La imagen de peces boqueando desesperadamente en busca de agua cruzó su mente.

Cuando su vista empezaba a nublarse, unas manos fuertes le liberaron de su carga y le ayudaron a recorrer el último tramo. Al cruzar la entrada vio a *Mustafá* esperándole. El maestre también estaba allí y el comendador mayor le acompañaba. Sus caras mostraban preocupación por la situación y tristeza por los hermanos caídos durante la carga, aunque a Félix le pareció notar también cierto reconocimiento en sus miradas.

El maestre recordó el Libro de los Proverbios y susurró para sí.

—Apréstese el caballo para la batalla, pero la victoria es de Yavéh...

El rastrillo se cerró tras él con un golpe seco, como la losa que cae sobre las tumbas al sellarlas para siempre.

A orillas del río Algodor
1 de agosto de 1211

Vermudo espiaba los movimientos de la heredad agazapado sobre una loma.

La rutina diaria del verano se había instalado en casa de Elvira, y sus tres habitantes se levantaban temprano para atender las tareas del campo y poder regresar antes de que apretase el calor. Sancha y Elvira se ocupaban de atender a los animales y Diego, mientras tanto, bajaba a la huerta a revisar los cepos que colocaba alrededor de las verduras donde, de vez en cuando, encontraba algún conejo. Después removía la tierra del huerto y escogía las hortalizas que estuviesen en su punto para llevarlas a la casa: berenjenas, cebollas, puerros, acelgas... Al mediodía cesaba toda actividad y, ya entrada la tarde, el grupo salía a regar la huerta o a dar un paseo hasta el pueblo, aunque rara vez abandonaban la casa todos juntos. Antes del ocaso era frecuente verles sentados a la puerta de la casa charlando; las mujeres pelando cardos o remendando algún vestido.

A Vermudo le pareció que todos los días eran iguales en la heredad y, después de unas pocas jornadas de vigilancia, se creía preparado para asestar el golpe.

La espera se le hacía interminable y, si no hubiera sido por el miedo que le producía Silvestre, ya hubiera llevado a cabo su plan y estaría disfrutando de un sustancioso botín. Solo la presencia de Elvira hacía que el aburrimiento de la vigía fuera más llevadero. Espiar a la mujer mientras esta llevaba a cabo sus tareas despertaba los instintos de Vermudo, que se deleitaba imaginando cómo sometía a la dueña de la casa y la poseía contra su voluntad. La anticipación del asalto le hacía hervir su sangre, y no era apoderarse del botín lo que más anhelaba, ya se ocuparía Silvestre de repartir a su antojo.

El sol había calentado la camisa de Vermudo hasta que empezó a quemarle la espalda y notó las gotas de sudor resbalando por su frente. Diego acababa de entrar en la casa, después del trabajo matinal en la huerta, y Vermudo imaginó que empezarían a comer. Se arrastró hacia atrás hasta que la casa quedó fuera de su vista y se levantó para bajar al río a refrescarse y almorzar algo.

Otra jornada de vigilancia inútil, pensó, mientras le llegaba la humedad del río y el fuerte olor a agua estancada. Sonrió para sus adentros, al menos Elvira había estado el tiempo suficiente fuera de la casa como para que a él le hubiera dado tiempo a masturbarse y, como era habitual, después siempre se le abría el apetito. Cuando llegó al río encontró a Silvestre esperándole. El freire estaba sentado sobre unas piedras, a la sombra de la chopera en la que él se ocultaba. El caballo del monje pastaba bajo los árboles y Vermudo se preguntó cómo habría llegado hasta allí sin

que él se diera cuenta. Al fin y al cabo, se suponía que estaba vigilante.

—Buenos días, Silvestre. Te he visto llegar y me he apresurado, por supuesto sin faltar a mi obligación, pero ahora están comiendo y yo he venido también a almorzar.

Los ojos verdes de Silvestre miraron fríos a Vermudo, pero no pudieron leer nada en la expresión atontada e inocente del malhechor.

—¿Estás seguro de que estás cumpliendo tu misión como debes?

—Por supuesto, Silvestre, la duda ofende. Además, no sé qué hacemos esperando tanto para asaltar la heredad. Son pan comido, no me durarán ni un suspiro. ¿Has traído viandas?

—Dime, Vermudo, ¿cómo te apañas sin el dedo?

Vermudo se quitó el guante y levantó la diestra, en la que le faltaba el pulgar. Comenzó a mover los dedos con rapidez, como para demostrar que la mano le funcionaba perfectamente.

—Los dedos que me quedan están bien y el guante tiene un dedo tallado en madera que ocupa el lugar del pulgar. Sirve casi como un dedo de verdad.

Silvestre no creyó una palabra, porque había visto cómo Vermudo corregía el documento de Elvira con la zurda. De todas maneras, había conseguido manejar la izquierda con soltura.

—Ahí tienes una hogaza y un par de quesos —dijo Silvestre arrojándole el zurrón—. ¿Has pensado qué hacer con los dos perros?

—Duermen fuera, no me costará acabar con ellos a saetazos y, si ladran un poco, me servirá para crear confusión y que salgan a recibirme. Me será más fácil matarlos fuera de la casa. —Vermudo abrió el zurrón y rebuscó en su interior—. ¿No me has traído vino? —preguntó malhumorado.

—Te necesito sobrio, borracho no me sirves de nada.

—El vino me ayuda a matar el tiempo y a dormir por las noches. ¿Cuándo se ha visto que un lobo espere tanto para saltar sobre el rebaño? Me voy a volver loco sin poder salir de este maldito lugar.

—Dentro de poco podrás irte —repuso Silvestre—. Los moros han comenzado el asedio de Salvatierra y recorren la Transierra a su antojo; el rey no se atreve a hacerles frente y no planta cara, creo que la derrota de Alarcos la tiene grabada en la memoria. Atacarás en la próxima noche sin luna, no debemos correr riesgos.

—Aún faltan diez días. ¿Qué voy a hacer mientras tanto? Si no me das vino, iré a la venta de Villamuelas a comprarlo.

Silvestre se abalanzó sobre Vermudo al tiempo que sacaba su daga del cinto y le asía por las barbas, apoyando el acero en su cuello.

—Si se te ocurre salir de la chopera sin mi permiso, te corto el cuello —susurró Silvestre mientras tiraba de la barba hacia abajo, pinchando en el cuello a Vermudo—. No podemos correr ningún riesgo. Si me fallas, no podrás esconderte de mí.

Silvestre notó una punzada en las costillas y cruzó su mirada con la de Vermudo. Al ver el brillo de sus ojos supo, sin necesidad de mirar hacia abajo, que Vermudo

había sacado su cuchillo y le estaba pinchando para mantenerle a raya. Aún así, el freire podría degollar a su rival sin que este tuviera tiempo de traspasar su cota de malla. Vermudo lo sabía también.

—Guarda ese cuchillo si no quieres que acabemos ahora mismo, Vermudo.

—Si me matas, tendrás que hacer el trabajo tú mismo —respondió Vermudo con dificultad.

—Como no guardes el cuchillo, te juro por San Pedro que te rebano el pescuezo en este mismo instante y ensarto tu cabeza en una rama bien alta para que los cuervos te coman los ojos.

Vermudo no estaba dispuesto a dejar que la situación se le fuera de las manos y el plan se fuera al traste, sin embargo no podía dejar de plantar cara al freire.

—Si me traes una jarra de vino para cada día de espera, guardaré mi puñal ahora mismo.

—Lo guardarás ahora, porque yo te lo digo —respondió Silvestre, y esperó a que Vermudo obedeciese.

—¿Y el vino? —preguntó, aflojando la presión sobre el torso del freire.

—Te traeré una jarra cada dos días y vendré personalmente con ellas.

Vermudo guardó su puñal y notó cómo la presión de la hoja en su garganta disminuía.

—Entonces mañana me traerás las cinco jarras.

—Ni hablar —dijo Silvestre—, cada dos días vendré a verte y te traeré el vino, si no serías capaz de bebértelo todo en una tarde. —Silvestre retiró su daga del cuello del malhechor y, antes de enfundarla, tiró de la barba con fuerza arrancándole una mata de pelo.

Vermudo se hincó de rodillas en la tierra y se echó las manos a la barbilla para aliviar el dolor.

—¡Eres como el perro que muerde la mano que le da de comer! Si me vuelves a amenazar, te juro por Dios que no tardaré un suspiro en acabar contigo. Ya sabes que a los traidores se les sacan los ojos. Tengo entendido que al principio no duele demasiado, las órbitas salen con facilidad, sin embargo el dolor llega más tarde, más intenso, especialmente si se rellenan las cuencas vacías con sal.

Silvestre dio media vuelta y montó en su caballo para llegar a Ciruelos antes de que llamasen a los oficios de nona. Vermudo levantó la cabeza y le vio alejarse, sintiendo una mezcla de rabia y humillación mientras se apretaba la calva de la barbilla con la palma de la mano. No volvería a cometer el error de enfrentarse al freire, pensó, pero la idea que se había ido formando en su mente durante los largos días de vigilancia adquirió más fuerza y una sonrisa maliciosa asomó a las comisuras de sus labios cuando ya remitía el dolor de su barbilla.

Al quitar la mano de su cara, observó la palma cubierta de sangre y sonrió dejando sus dientes amarillentos al descubierto.

*Salvatierra**3 de agosto de 1211*

El sonido de los proyectiles chocando contra la muralla era constante.

La lluvia de piedras comenzaba poco después del amanecer, cesaba durante las oraciones de los musulmanes y se acallaba por completo al final de la tarde.

Los sitiadores habían instalado cuarenta almajeneques en el perímetro del campamento, sin embargo, la altura a la que se encontraba el fuerte había impedido que todos los proyectiles llegaran al castillo. A lo largo de los días de asedio, el acercamiento de las máquinas y las expertas manos que operaban las catapultas habían ido ajustando la longitud y el gancho hasta afinar la puntería, lo suficiente como para golpear o rebasar los muros de la fortaleza.

La contrapartida al avance de los musulmanes la ponía el alcance de las ballestas cristianas, superior al de los almajeneques, y que obligaban a los asaltantes a protegerse detrás de sus máquinas para evitar ser blanco de los sitiados.

El manejo de las catapultas era muy laborioso y, aunque no podían disparar más de dos proyectiles en una hora, el incesante chocar de piedras contra la muralla estaba dando sus frutos y las primeras grietas ya habían aparecido.

Félix se humedeció los labios resecos y miró al cielo.

—No habrá más lluvia este verano —dijo a Tello. Su amigo levantó la vista entornando los ojos y permaneció en silencio. La paz se rompió por el sonido de otra gran piedra chocando contra el muro.

Estaban sentados junto a otros hermanos de la Orden, a los pies de la muralla, aprovechando la estrecha franja de sombra y protección que ofrecía la pared. Sus hábitos estaban cubiertos de polvo y la expresión de sus caras delataba cansancio y desesperación.

El sitio había comenzado mal para los freires. Una derrota inesperada y la muerte de muchos caballeros había minado la moral de la tropa; nadie había contado con la rápida reacción de las tropas enemigas ni había calculado el tamaño de su ejército.

La carga realizada contra el ejército en marcha había sido un fracaso estrepitoso. Todos los guerreros con experiencia sabían que las partes más débiles eran la vanguardia y la zaga, pero el maestre había lanzado sus tropas contra los voluntarios del centro y estas habían sido cercadas con rapidez por el resto de la formación.

La excelente disposición del campamento musulmán, además, no les permitía realizar ninguna salida por sorpresa para destruir alguna de sus máquinas. El ejército del califa se había asentado en el valle, dominando la llanura y cerrando toda posibilidad de huida a los freires de Salvatierra. Las tiendas de las tropas se repartían

alrededor de la del Miramamolín, arrojando al califa cómo si de una ciudad se tratase, con su medina, su alcazaba y su arrabal, formado por los menos pudientes del ejército.

Los freires habían hecho acopio de víveres antes de la llegada del ejército enemigo y sus graneros estaban llenos de provisiones pero, con la gran cantidad de animales que habían reunido, el consumo de agua había aumentado mucho y, si no llovía, la situación se volvería desesperada. El maestro Ruy había dado orden de matar a todos los animales, excepto a los caballos y los perros, dos días atrás.

El olor a sangre de los animales muertos había sido sustituido por el de las hogueras y la grasa quemada. Poco a poco, los cadáveres de cabras y ovejas iban desapareciendo en forma de tajadas de carne asada o ahumada, que iban a engrosar las provisiones en los almacenes de la fortaleza. Tello se frotó la pierna y una punzada de dolor le atravesó el muslo, recordándole la flecha que le había herido después de aquella malograda salida.

—Si por lo menos pudiéramos salir a luchar contra esos perros, el sitio no se haría tan insoportable —masculló.

—¿Crees que estás para salir, con los dos flechazos con los que te hirieron? —preguntó Félix.

—Lo que estoy es harto de escuchar las piedras chocar contra los muros y no poder hacer nada. Los muy cobardes ni siquiera se atreven a asaltar la plaza; nos van a dejar morir de hambre o sed sin dar un mísero tajo.

Los dos sabían que la mayoría de las fortalezas solo caían tras un largo asedio, y casi nunca al asalto.

—No me importa morir, a todos nos llegará la hora y, ¿qué mejor muerte que defendiendo nuestra fe? Pero esperarlo aquí sentado... No es lo que me había imaginado. —Tello pareció reflexionar y empezó a ponerse colorado—. Pues a mí no me hacen esto —se quejó—. Yo me voy a hablar con el maestro y le digo que me deje salir a luchar contra esos diablos.

—Pero si todavía no puedes sostener bien el escudo... Espera a que te cicatricen las heridas.

—Ya están cicatrizadas. La puntada del hombro apenas fue un arañazo —refunfuñó—. Ayúdame a levantarme.

Félix le apretó el brazo donde le había entrado la flecha y Tello dio un respingo.

—Pues parece que todavía te duele. Vamos, Tello, aunque esté cerrada por fuera también tiene que curarse por dentro, y eso lleva más tiempo. No te apures, para cuando estés repuesto ya habrán roto la muralla y estaremos combatiendo cuerpo a cuerpo.

Una gran roca chocó contra el muro en el que estaban apoyados y un tremendo crujido recorrió toda la fortaleza cuando las piedras de la muralla comenzaron a temblar.

—Malditos sean —farfulló Tello, que empezaba a comprender lo desesperado de

la situación.

—Solo llevamos dos semanas de asedio, esto aún durará mucho —trató de consolarle Félix.

Los proyectiles empezaron a golpear la pared en la que se encontraban los freires con mayor frecuencia. Los asaltantes se habían percatado de la debilidad de la muralla en esa zona y concentraron sus disparos sobre la unión entre la torre y el lienzo del muro.

—Esto pinta mal, Tello. Voy a subir a ver qué están tramando.

Félix se incorporó, se colocó el yelmo y se enfundó las manoplas de la loriga, ciñéndose la espada al cinto. Luego subió hasta el adarve, agachándose cuando ascendía los últimos peldaños.

Varios de sus hermanos permanecían a cubierto tras las almenas con las ballestas preparadas, asomándose lo imprescindible para seguir los movimientos del enemigo y las trayectorias de sus proyectiles. Félix se acercó a uno de los vigías y echó una ojeada por encima de una almena.

—Parece que están preparando un ataque —dijo.

—Han dirigido aquellas cuatro máquinas contra la base de la muralla —señaló el vigía con la cabeza—. Y si tienen suerte, pueden abrir un buen boquete. Incluso podrían echar abajo la torre.

Félix siguió con la mirada las indicaciones del centinela.

—Dios no lo permita.

Otra roca se estrelló en la base de la torre y las grietas se hicieron más visibles en el muro. A escasa distancia, un proyectil chocó contra una almena, arrancando lascas de la roca que volaron en todas direcciones como afilados cuchillos, mientras los ballesteros se protegían apretándose contra la muralla. Se palpaba la tensión en el ambiente. Félix divisó varios centenares de voluntarios andalusíes que comenzaban a subir la pendiente, resguardándose detrás de los escombros que habían quedado en la ladera tras el incendio del arrabal. Si el muro no resistía, el ataque sería inmediato.

—Voy a avisar al maestro —dijo Félix—. Aléjate de esta parte, no sea que caiga el muro o te alcance alguna esquirla.

Al bajar de la muralla Tello le estaba esperando al pie de la escalera y levantó las cejas para preguntar qué estaba pasando.

—Dios te ha escuchado —le dijo Félix—, el lienzo está a punto de ceder y se están preparando para atacar. Lo mejor será que dejéis libre esa zona y que os dispongáis para el asalto. Yo voy a avisar a Ruy.

La voz corrió entre los freires mientras Félix salía en busca del maestro. Si se abría una brecha en la muralla tendrían que repeler el ataque con rapidez y tener cal y canto dispuestos para cerrar el muro en cuanto se rechazase a los enemigos.

La brillante luz del día se clavaba, inmisericorde, en los ojos de los hombres. El sol apenas había llegado a su cénit y aún quedaba toda la calurosa tarde por delante. El único aire que se movía en la región era el que provocaban las piedras, surcando el

cielo en dirección a la fortaleza. Tres proyectiles impactaron en el muro casi simultáneamente y a Félix se le movieron las tripas.

Decidido a hablar con el maestro, apresuró el paso pero, de repente, un gran crujido se escuchó a su espalda, seguido de un estruendo de rocas. La muralla había cedido.

Félix dio media vuelta y una nube de polvo le envolvió de inmediato. A ciegas, se acercó al muro tapándose la nariz y la boca. Un clamor de vítores llegaba desde el campamento enemigo. Este dejó paso a los gritos de auxilio de los que habían quedado atrapados por el derrumbamiento. Cuando la polvareda aclaró un poco, Félix pudo ver que la torre aún se mantenía en pie y la brecha estaba casi cerrada por los escombros del muro. Los freires corrían de un lado a otro vociferando órdenes y aprestándose a ayudar a los heridos.

Ruy Díaz de Yanguas llegó corriendo desde el patio interior acompañado de varios freires y comenzó a despachar instrucciones precisas para repeler el asalto.

Los ballesteros se apresuraron a ocupar posiciones en las inmediaciones de la brecha y los hombres que disponían de arcos subieron a parapetarse junto a sus compañeros. La ballesta era de mayor alcance y más fácil de manejar, pero había que cargarla con las dos manos y se perdía mucho tiempo en la maniobra; los arqueros serían más eficaces cuando la turba de asaltantes llegase a los pies de la fortaleza. Félix se unió a los freires que esperaban a los musulmanes a cada lado de la abertura.

Los almajeneques seguían disparando, pero la cadencia de sus lanzamientos había disminuido mucho. Las flechas comenzaron a silbar por encima de las almenas y cayeron los primeros arqueros. Los guzz estaban cubriendo el asalto de los voluntarios y, además de barrer la muralla, una nube de dardos se colaba por la abertura del muro manteniendo la brecha despejada de defensores. Los gritos de los asaltantes se hicieron más cercanos y cesaron los disparos de las máquinas.

A Félix le pareció que el tiempo se detenía por un instante, solo los pasos de los voluntarios escalando los escombros del muro le sacaron de su trance. Los freires salieron de sus posiciones, cubiertos con grandes escudos de cometa, y él se vio arrastrado por sus hermanos. Pero aún tuvo tiempo de superar a Tello, de un codazo, y colocarse en primera línea. Con el escudo algo alejado del cuerpo y la cabeza gacha, dejando solo los ojos y el yelmo al descubierto, Félix notó el impacto de varias flechas y vio salir tres puntas por el interior del tablero.

Dos hermanos cayeron y fueron sustituidos al instante en la línea defensiva. Varias jabalinas pasaron volando por encima de su cabeza, por lo que arrojó su lanza contra el adversario que tenía más cerca, atravesándole el pecho por debajo del cuello. Desenvainó su espada y descendió un paso, para asegurarse mayor libertad de movimientos, pero sin perder la protección de la línea que formaban sus hermanos. La matanza estaba a punto de comenzar.

Los asaltantes subían a la carrera. La turba que se acercaba, sin orden ni disciplina, superaba con creces la fila de freires que defendía el boquete de la

muralla.

La moral de los cristianos fue a más al ver que sus hermanos de las almenas empezaban a acertar con sus dardos y no todos los que subían corriendo por la pendiente llegaban hasta la brecha. Un hombre grande armado con un hacha y un escudo redondo se enfrentó a Félix. Se produjo un intercambio de golpes en los escudos de cada uno mientras se medían uno a otro.

El moro parecía confiar en su mayor fuerza y tamaño, pero Félix esperó a que su enemigo iniciara el golpe y, con gran rapidez, cercenó el brazo que se disponía a caer sobre él. Otro voluntario ocupó el puesto de su compañero y, desde abajo, empezó a dar tajos con su lanza tratando de cortar las piernas de los freires a la altura de los tobillos. Félix tuvo que bajar su guardia para detener las cuchilladas con su escudo y se vio obligado a retroceder.

Un freire cayó cuando la hoja de la lanza le cortó los tendones del talón y fue masacrado por los asaltantes. Otro voluntario, con una espada de un solo filo, aprovechó la situación para asestar un golpe a Félix, que logró detenerlo y respondió con tal fuerza que su espada cortó el yelmo de su oponente y se le hundió hasta los ojos. De soslayo alcanzó a ver al de la lanza, que se preparaba para acuchillarle el costado y, con un veloz movimiento, esquivó su acometida alargando el brazo y degollando a su enemigo de un solo tajo.

La lucha estaba en su punto más encarnizado y los freires repartían golpes a diestro y siniestro con gran destreza. La sangre salpicaba a todos y empapaba los cuerpos de los muertos y heridos. A Félix le resbalaba codo abajo. Los cuerpos de los asaltantes se iban amontonando a sus pies, dificultando la llegada de nuevos refuerzos, y el olor a fluidos corporales y a muerte se hacía cada vez más patente.

Un freire cayó a la izquierda de Félix, atravesado por una lanza, y el hueco que dejó se cubrió de inmediato. Félix se dio cuenta, tras una mirada fugaz, que era Tello quién había sustituido al caído.

—¿Aguantarás? —gritó a su amigo.

—Ahora estás a salvo —respondió Tello, preparándose para detener un golpe con su escudo.

Félix se preocupó por su amigo, pero se alegró de que luchara a su lado y siguió repartiendo golpes a todo el que se le acercaba. El ruido del acero chocando restallaba en su cabeza a medida que el cansancio iba haciendo mella en él. Notaba cómo sus movimientos se iban haciendo más pesados. El griterío de la lucha empezó a desvanecerse y Félix fue consciente de que lo que oía era un murmullo lejano.

Los voluntarios empezaron a flaquear ante la feroz resistencia de los freires y sus ataques se hicieron menos peligrosos. Los hombres arriesgaban menos al ver el destino que habían corrido sus compañeros y los freires presionaron adelantando su línea algunos pasos. Félix tuvo un momento de respiro y alzó la vista buscando algún indicio de retirada. Entonces vio las banderas blancas de los almohades y su corazón se encogió; los bereberes se acercaban a toda prisa.

Si los voluntarios se retiraban, los almohades tratarían de recuperar el terreno perdido y los cristianos no tendrían tiempo de reparar el muro. Las máquinas volvían a disparar aunque ya no lo hacían sobre la base de las murallas, sino que dirigían los proyectiles contra las almenas, a los lados de la brecha, con el fin de debilitar la lluvia de flechas y piedras que les caía. Félix empujó con su hombro a Tello y le hizo un gesto, señalando a las tropas que se aproximaban. Los dos estaban cubiertos de polvo y la sangre fresca y brillante manchaba sus sobrevestes.

—Por fin guerreros de verdad —exclamó Tello— y no estas alimañas que caen al primer golpe.

Las primeras tropas regulares se abrieron paso entre los voluntarios, que se retiraban aliviados por la llegada de refuerzos. En un instante los almohades les sustituyeron y comenzaron a atacar de manera ordenada.

Los freires sufrieron los golpes certeros de guerreros entrenados, y no los ataques descontrolados de los fanáticos que habían podido repeler con facilidad. La superioridad de los monjes desapareció y los hombres caían por igual a uno y otro lado. Sin embargo, los dos bandos reemplazaban sus bajas con tropas de refresco con igual rapidez.

El empuje de los almohades obligó a los cristianos a retrasar sus posiciones, protegiéndose con los escudos de la nueva avalancha de golpes que soportaban. Las tropas africanas atacaron sus flancos intentando encontrar una entrada hacia la fortaleza y dejar al centro de la línea aislado del resto.

—¡Atrás! —rugió la voz del maestro, desde lo alto de los escombros—. ¡Hay que defender en la línea del muro!

Los freires retrocedían ordenadamente, pero un hermano joven tropezó con los cadáveres y cayó hacia delante. Nada más tocar el suelo fue acuchillado por sus enemigos.

El sol ya descendía y el cielo era del color de la sangre pero, en el fragor de la batalla, nadie era consciente del paso del tiempo; en ambos bandos se preguntaban quién sería el primero en romper la formación y perder aquel combate.

Tello hostigaba a los asaltantes desde abajo, lanzando tajos horizontales a sus enemigos, mientras que Félix les atacaba por arriba. La espada de Tello cercenaba brazos y piernas y la de Félix caía desde arriba segando cabezas y rompiendo yelmos, mientras el sudor y la sangre les salpicaban con cada golpe. El maestro había reforzado los flancos a medida que iba perdiendo hombres y, por fin, la línea defensiva de freires retrocedió hasta alinearse con la muralla, en el punto más alto de los escombros.

El griterío de la lucha había cesado y solo las voces de los jefes de uno y otro bando, gritando instrucciones, se oían por encima del repicar de los aceros y el silbido de las saetas. Los hombres guardaban todas sus energías para la lucha y solo se permitían gruñir o jadear cuando los golpes les llevaban hasta el límite de sus fuerzas. El polvo y el calor habían resecaado sus gargantas.

Los soldados almohades resbalaban con la sangre que empapaba las piedras; los cadáveres de ambos bandos se iban apilando a los pies de los escombros y dificultaba su ascenso. El maestro concentró más freires en las murallas y la lluvia de dardos y piedras que caían sobre los asaltantes terminó por hacerles desistir. El sol se hundía en el horizonte cuando las tropas almohades iniciaron la retirada, conscientes de la imposibilidad de romper la muralla humana que defendía la brecha. Sucesivas oleadas de voluntarios y de tropas regulares se habían estrellado contra la línea de freires, igual que los proyectiles lo habían hecho contra los muros de la fortaleza durante muchos días. El precio pagado por el asalto había sido muy alto y centenares de cadáveres yacían inermes sobre la tierra.

—Se retiran —murmuró Tello al verles partir. Los freires irrumpieron en vítores, y sus gritos de alegría llegaron hasta el campamento enemigo.

—Al Miramamolín no le habrá importado perder algunos voluntarios, son menos bocas que alimentar, pero necesita las tropas más experimentadas para una posible batalla contra el rey Alfonso —dijo Félix mientras miraba a su alrededor—. Esto ha sido una verdadera carnicería —murmuró.

La voz del comendador de Salvatierra se alzó por encima de los vítores, impartiendo instrucciones. Los freires que no habían entrado en combate saldrían a socorrer a sus hermanos heridos y a recoger a los muertos para darles cristiana sepultura dentro de la fortaleza. Los albañiles ya estaban limpiando los escombros para empezar a cerrar la brecha en cuanto se hubiese rescatado a vivos y muertos.

El maestro Ruy Díaz felicitaba a los supervivientes y consolaba a los heridos. Cuando los dos amigos entraron al patio, el maestro se acercó a ellos.

—Habéis luchado como leones. Todos los hermanos se han comportado con la bravura que se esperaba de ellos, pero tú, Félix, has destacado en la batalla.

Félix escuchaba al maestro con gesto cansado. La sangre de sus adversarios teñía su sobreveste con manchas oscuras; los anillos de su loriga estaban pegados unos con otros y apenas se le reconocía por la cantidad de suciedad que cubría su rostro. *Mustafá* se acercó a lamerle las manos y las ropas, meneando la cola.

—Veo que se ha perdido la pelea —dijo Félix mirando al perro—. Ha sido una matanza.

—Hubiera caído rápidamente en la batalla, no había espacio para combatir —repuso Ruy—. Es un buen animal, nos ha costado mucho sujetarlo.

El maestro miró a Félix y el joven supo que su superior no había terminado.

—Antes del ataque estaba revisando el aljibe —dijo Ruy, mirando a los freires que recogían los cadáveres de sus hermanos—. Las reservas de agua son muy escasas y, si el asedio se prolonga, pasaremos sed. No podemos permitirnos malgastarla con los animales. Mantendremos los caballos por si debemos hacer una salida, pero tenemos que sacrificar a los perros.

Félix sostuvo la mirada del maestro unos instantes y se agachó para agarrar a *Mustafá* del cuello y acariciarle.

—Algo se podrá hacer... —intervino Tello—. ¿Por qué no los echamos fuera del castillo?

—Los moros sabrían que nos falta agua si nos vieran sacarlos de la fortaleza. Además, les tendríamos merodeando por aquí y serían pasto de las flechas de los turcos. Prefiero que hagamos nosotros el trabajo antes de dar el gusto a esos canallas —repuso frey Ruy.

A Félix la orden del maestre le cayó como un balde de agua fría y no disimuló su enfado.

—Habría sido mejor dejarles combatir, al menos no hubieran tenido una muerte inútil —protestó sin soltar el cuello del animal.

Mustafá restregaba el lomo contra las piernas de su amo y le miraba expectante.

—Quizá tengas razón, pero no había espacio para sacarlos entre todos los freires, amontonados —se excusó el maestre, sin mucha convicción—. El caso es que hay que sacrificarlos cuanto antes. He pensado que quizá tú quieras encargarte de *Mustafá*.

—Por supuesto —respondió Félix, sosteniendo con dureza la mirada del maestre.

—Yo le ayudaré, por si le fallaran las fuerzas —apuntó Tello al ver que el maestre dudaba.

Ruy Díaz se arrepentía de haber sido tan duro con Félix y ahora se daba cuenta del calvario por el que había pasado el freire. No podía dejar que la disciplina de la Orden se viese debilitada por una decisión injusta o una deferencia hacia uno de los hermanos pero, ¿hasta dónde se podía forzar un acero, por muy bueno que fuera, antes de que se rompiese?

Félix se había portado como un héroe desde el inicio del sitio, y también había acatado su castigo como correspondía a un caballero. Ruy reflexionó sobre los días que se avecinaban y su corazón se ablandó al pensar en el futuro de aquel joven cubierto de sangre que le miraba sin expresión alguna.

—He estado pensando en nuestra situación —dijo Ruy—. Estamos rodeados por fieras y no podemos atacar con una mínima esperanza de victoria. Tampoco podemos comunicarnos con el rey, para que venga en nuestra ayuda o nos aconseje qué hacer. No estoy dispuesto a morir de hambre o sed, en todo caso moriremos matando, como corresponde a los soldados de Cristo y, así, nos aseguraremos nuestro sitio en el Cielo junto al Padre. Sin embargo, tampoco quiero entregar la fortaleza antes de tiempo poniéndola en peligro con otra salida suicida. —El maestre pensaba en voz alta mientras ordenaba sus ideas y, finalmente, se dirigió a Félix—. Por tu arrojo en la batalla te has distinguido entre todos tus hermanos, has demostrado con creces que no te importa morir por Dios, por Castilla y por la Orden, así que he tomado una decisión.

Félix miró al maestre.

—La próxima luna nueva saldrás de la fortaleza para atravesar las líneas enemigas e ir en busca de nuestro noble rey. Llevarás un mensaje solicitando su

ayuda o su buen consejo.

Félix no respondió, pero Tello le dio una palmada en la espalda y sonrió.

—No podía haber encontrado a nadie mejor para encomendar tan arriesgada misión —intervino Tello, pensando que hubiera sido más fácil encargarle la muerte del mismísimo califa—. Ahora, si nos permite, vamos a despedirnos de *Mustafá*, y a darle unos buenos huesos para que el pobrecillo se vaya contento de este mundo.

—Id con Dios —replicó el maestro, sorprendido del buen humor de Tello—. Que no pase de esta noche —gritó, al verles alejarse con el perro.

Félix, cabizbajo y agotado, no soltó al perro mientras avanzaban cruzando el patio. *Mustafá* le miraba, ajeno a su destino, con la boca abierta y la lengua colgando hacia un lado como si le sonriese. Félix recurrió a Tello con la mirada, en busca de consuelo, pero su amigo caminaba ufano a su lado y a Félix le pareció que, en el fondo, *Mustafá* y Tello eran iguales: sencillos, fieles y valientes.

La noche llegó rápido para Félix cuando Tello le avisó de que la hora había llegado. *Mustafá* había pasado el tiempo comiendo, tumbado al lado de su amo. Los freires habían cogido suficientes huesos del almacén como para alimentar a toda una jauría y ni las protestas del encargado de las provisiones ni el saber que todo lo que el perro comiese solo le aprovecharía unas horas les había impedido reunir tamaña cantidad de despojos.

—Vamos, amigo —susurró Félix en una de las orejas recortadas de *Mustafá*. El perro se levantó, pesado, y Tello no pudo evitar una exclamación.

—Por los clavos del Señor, le va a reventar la panza al haragán. —La estilizada figura del animal, con los flancos hundiéndose en la cintura, se había redondeado visiblemente—. A punto hemos estado de hacer el trabajo sin proponérselo.

Los tres se dirigieron hacia la parte trasera y más alejada de la fortaleza, cruzando el patio en el que se habían guardado los animales y que ahora se veía vacío. Los maderos con los que habían construido los rediles se habían desmontado para alimentar los fuegos y el albacar parecía desolado. El cielo violeta oscurecía y aparecían las primeras estrellas de una noche serena, en la que no se movía ni una hoja. Sin embargo a Félix el paraje le pareció más yermo que nunca y un silencio incómodo se interpuso entre los taciturnos freires. Cuando alcanzaron el muro, fue Félix quién rompió su mutismo.

—Lo haré yo.

Tello le miró preocupado.

—Subamos a la muralla. Yo lo sujeto y tú le das el tajo en la base del cráneo. Lo mejor será con un hacha.

Tello se acercó a unos freires que estaban sentados en corro alrededor de una hoguera y volvió al instante con un hacha de gran tamaño, más propia de talar árboles que de ser usada como arma de combate.

—Esto nos servirá —comentó mientras subía saltando por la escalera.

Félix no salía de su asombro por la aparente falta de sentimientos de su amigo, sin

embargo trató de concentrarse en la tarea que tenía por delante, como siempre hacía cuando se enfrentaba a situaciones difíciles. Comprobó el filo del hacha y se preparó para dar el golpe.

—Sujétalo —ordenó.

Tello cogió a *Mustafá* pasando un brazo por encima del lomo y el otro por debajo del estómago del animal. El perro se revolvió inquieto, pero Tello cerró su mano sobre el hocico sujetándolo como si de un bozal se tratase.

—¿Pero cómo quieres que le dé el golpe? Te voy a dejar manco.

Mustafá se revolvía alterado y miraba a Félix de reojo.

—No tanta prisa, Félix. Déjame que lo coloque, ¿no ves que nos estás poniendo nerviosos a los tres?

Tello alzó el perro aún más y el animal hizo otro intento inútil de escapar. Félix levantó el hacha por encima de su cabeza y Tello se acercó a las almenas para sujetar al perro contra la piedra y permitir al otro asestar el golpe. En ese momento, Tello pareció tropezar y soltó al perro entre dos almenas. El animal se volvió para regresar junto a su dueño y Tello tropezó de nuevo, empujando al perro, que finalmente perdió el apoyo y se precipitó desde lo alto de la muralla hacia el exterior. *Mustafá* chocó contra el suelo con un golpe seco seguido por un aullido de dolor. Félix sujetó a su amigo por el brazo de la herida.

—Pero si has tirado al perro fuera de la fortaleza —le dijo indignado.

—Ha sido un mal paso —se quejó Tello—. Y suéltame el brazo, que eres peor que los moros.

—Has tirado al perro a propósito, no creas que me engañas con lo del tropiezo.

—Se me ha caído —respondió Tello—. Claro, como no había manera de que asestaras el golpe, pues al final pasó lo que tenía que pasar.

—No puedo creerlo... —se indignó Félix—. Tú no tienes vergüenza.

En ese instante se oyeron los ladridos del perro, que se quejaba de haber sido expulsado de la fortaleza y buscaba que lo admitiesen de nuevo en el recinto. Los amigos dejaron de discutir y se asomaron por el muro para ver a *Mustafá*, que corría cojeando a un lado y a otro de la muralla buscando llamar la atención.

—Hay que alejarlo de aquí. Así tendrá una oportunidad, si no será carne de flecha, nuestra o de los moros. Ayúdame a tirarle unas piedras —dijo Tello.

Félix se acercó a un saco de cantos dispuestos para la reparación de la muralla o para repeler un asalto, según fuese necesario.

—Lo tenías todo planeado, por eso estabas tan contento —dijo Félix, que en el fondo empezaba a alegrarse de la jugarreta de su amigo—. Has desobedecido las órdenes expresas del maestro y será mejor que no se entere, o nos veremos a pan y agua durante semanas.

—Ha sido un traspies —mintió Tello—. Pero, ¿y qué si lo he planeado? Así tendrá una oportunidad. Además, tú ya estás a pan y agua, y probablemente no salgamos vivos de esta. Yo acabaré aquí mis días y tú ahí abajo, cuando intentes

cruzar el cerco. Si quieres te ahorro el mal rato de que te capturen y te corto la cabeza yo mismo. Bastante mal están las cosas como para además cargar con la muerte de *Mustafá* en nuestra conciencia.

Los freires empezaron a tirar piedras al perro, que pensaba que querían jugar con él.

—Pero tírale a dar —protestó Tello—. Si no, no se va a ir nunca.

El animal se llevó dos pedradas en el lomo. La primera le desconcertó, pero con la segunda se alejó fuera del alcance de los freires. Fue a tumbarse sobre una roca y permaneció inmóvil, mirando a su dueño sin comprender por qué le habían expulsado primero y apedreado después.

Los amigos se apoyaron en la muralla observando al can mientras el cielo se oscurecía con rapidez. El ruido de las chicharras había dejado paso al de los grillos, que animaban la noche con sus monótonos cantos.

—Nunca has desobedecido un mandado y siempre has cumplido con la regla, pero matar a tan buen perro en estas circunstancias no era necesario —comentó Tello—. Bueno, pensándolo bien, sí que te has saltado los votos con la viuda Manrique... Desde luego que no haces las cosas a medias. Dime una cosa, Félix, si consigues salir de aquí, ¿irás a verla?

Félix miró a Tello, asombrado por la pregunta. Hasta ese momento ni se había planteado la posibilidad de ver a Elvira; si salía de allí era para ir en busca del rey, la vida de sus hermanos estaba en juego.

—No iría —respondió solemne—. Mi deber está con mis hermanos de la Orden y no voy a dejarlos a merced de los africanos solo por ver a mi amada. No pondré en peligro la misión. Si Dios quiere, la veré cuando todo esto termine.

Félix se sorprendió de sus palabras y dudó de que fuera a cumplirlas llegado el momento.

—No esperaba menos de ti, pero si yo estuviera en tu lugar y la misión no corriese ningún riesgo, me acercaría a visitarla. Corren malos tiempos y las columnas del ejército agareno vienen y van en razias continuas; quizá sea mejor que la lleves a la protección de los muros de una ciudad.

Félix no contestó y su mirada, perdida en la imagen inmóvil de *Mustafá*, dejó paso a los recuerdos de su último encuentro con Elvira.

Cueva de la Batanera
4 de agosto de 1211

La tormenta del día anterior había cruzado los montes con rapidez y dejó una noche de luna creciente, fresca y tranquila. Al día siguiente el campo recibió con alegría los rayos del sol, que calentarían las piedras, los árboles y las flores, realzando la belleza de los montes durante los días más cálidos del año.

Los hombres estaban de buen humor por las refrescantes lluvias y habían estado bromeando mientras preparaban las monturas y las provisiones de Guzmán y Nuño. El mercader estaba casi recuperado y comenzaba a sentir la necesidad de regresar con su familia para tranquilizar a su mujer y a sus hijas.

—Recuerda, muchacho, la cabeza baja pero mirando de frente; las rodillas ligeramente flexionadas, y el puñal siempre con la punta hacia delante —repitió el Sabandija a Nuño, mientras le hacía una demostración, saltando sobre él como si empuñase una daga.

El niño esquivó la acometida y golpeó al bandido en el costado como si le clavase otra daga imaginaria.

—Así es, chiquillo, bien hecho —exclamó.

Los hombres observaban a los dos y comentaban la falta de destreza del Sabandija.

—Ya eres mejor que tu maestro —intervino el Barbero—. Claro que, con semejante profesor, no llegarás muy lejos.

—Ya habló el matasanos. Ven aquí y demuestra lo que sabes, gallina —replicó el Sabandija, fingiendo estar enfadado. Una suave brisa acarició los cabellos del chico que vio, sonriente, cómo el Barbero se levantó con pesadez y sacó los pies desnudos del agua para ir a encararse con su compañero.

—Fíjate, muchacho —dijo el Sabandija—. Atento a los movimientos.

Y se lanzó sin esperar a que el otro se preparase, dándole un empujón que le hizo tropezar con la roca de la que acababa de levantarse y caer de espaldas al agua.

—Pero, ¿dónde están los movimientos, Sabandija? —preguntó el niño.

—No era exactamente la técnica que te he enseñado, pero sirve igual —dijo acercándose al Barbero y tendiéndole la mano—. Los movimientos son importantes pero, si puedes pillar a tu enemigo desprevenido, aprovecha la sorpresa y sé rápido como el rayo.

El barbero se incorporó y le lanzó una mirada de reproche.

—Un bicharraco, eso es lo que eres —le dijo, quitándose la camisa y tendiéndola al sol—. Qué bien puesto tienes el nombre, ¡Sabandija!

Las cuatro semanas que habían transcurrido hasta la recuperación de Guzmán habían sido las más intensas y felices de la vida de Nuño y su entusiasmo se había contagiado al grupo, que le había acogido con cariño. La confianza que habían depositado en él le había hecho sentirse uno más de la banda, con obligaciones y responsabilidades, como un hombre hecho y derecho, y el muchacho estaba exultante.

A la hora de cumplir con sus tareas siempre estaba acompañado por uno o varios compañeros, que le enseñaban a moverse en la montaña, a encontrar agua y comida y a predecir el tiempo que se avecinaba. Aprendió a distinguir los rastros de los animales y a preparar trampas para cazarlos y, cuando por fin regresaba a la cueva al atardecer, el Sabandija y el Barbero le esperaban impacientes para enseñarle cosas nuevas.

—El caldo de pollo deshuesado es lo mejor para bajar la fiebre —le había repetido el Barbero, una y otra vez.

Algo alejados del río, Guzmán y Lope conversaban retrasando el momento de la despedida.

—¿Seguro que estás listo para partir? —preguntó Lope por enésima vez.

En el fondo se sentía responsable por la herida, y el hecho de que el agresor ya estuviera muerto no le ayudaba a sentirse mejor.

—El Barbero ha hecho un buen trabajo. Solo me duele al levantar un poco el brazo, pero si lo dejo quieto no lo noto. No ha sido más que un rasguño. Si no nos hemos ido antes es porque los moros andaban muy revueltos —dijo Guzmán para tranquilizar a su amigo.

—El sitio se ha estabilizado y, aparte de las labores normales de forrajería, no hay gran movimiento. Parece que el califa no tiene interés en dividir sus fuerzas y dirigirse hacia el norte. Una vez que superéis Salvatierra no encontraréis ningún peligro hasta la casa del chico —insistió Lope.

Guzmán no respondió y se entretuvo amarrándose el cinturón y colgando su hacha a la altura de la cadera. Todavía dudaba si dirigirse a Andújar en busca de los libros del arzobispo, pero tenía prisa por llegar a su casa; seguramente su mujer y sus hijas ya le habrían dado por muerto y no tenía ningún sentido continuar arriesgando su vida ni la del chico.

A medida que se había ido recuperando, la idea de que su familia no tuviese noticias suyas le había ido llenando de angustia. Tampoco sabía nada de los hombres que habían partido de Calatrava, que es posible que estuvieran ya de regreso en Toledo sin poder dar razón de su paradero ni del de Nuño.

—¿Te acordarás de dejar tranquilas las aldeas de la zona? Si armas demasiado revuelo seguro que el califa tendrá un destacamento listo para ocuparse de vosotros —dijo Guzmán, cambiando de tema.

—Que vengan si quieren —respondió Lope, bravucón—, estaremos preparados.

La mirada cansada de Guzmán hizo reflexionar a su amigo.

—De todas maneras no meteremos el palo en el avispero —añadió—. Lo que no sé es con qué voy a tener ocupados a los hombres para que no acaben matándose unos a otros.

—Ya se te ocurrirá algo; siempre podéis cambiar de zona durante una temporada. Dirigíos más hacia el sur, allí hay montañas donde podéis esconderos y estar alejados del grueso del ejército.

—Todo Al-Andalus está revuelto, pero no todos los hombres se han concentrado en Salvatierra y sigue habiendo unidades que guardan las fortalezas y los caminos. Creo que nos quedaremos por aquí hasta que se vea qué pasa con el fuerte.

Las carcajadas llegaron desde el río cuando el Barbero intentó empujar al Sabandija al agua y los dos cayeron con estrépito al arroyo. Lope y Guzmán interrumpieron su conversación para ver la causa de tanto alboroto y se encontraron con el Sabandija blasfemando al salir del agua y acusando al Barbero de traidor. Nuño reía a carcajadas sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué te parece el mozo? —preguntó Guzmán.

—Es de buena madera, noble y listo. Todavía es chico, por lo que será fácil de moldear. Supongo que aguantará bien el camino, aunque a mí todavía me parece muy chiquillo.

—Es casi un hombre y, desde que salió de las faldas de su madre, ha cambiado mucho.

—En eso seguro que tienes razón, con los pocos días que lleva con nosotros parece otra persona, hasta se le ve más grande y más fuerte; será porque no está tan pasmado como cuando os encontramos. Le sientan bien estos aires. ¿Por qué no lo dejas con nosotros? Seguro que le gustaría quedarse y, cuando llegue el invierno, te lo llevamos a tu casa.

Guzmán no daba crédito a sus oídos.

—¿Pero no te acabo de hablar de los peligros de la zona? Además, en pocos días me lo echaríais a perder, con la mala calaña que sois. El chico no aprendería nada bueno de vosotros. No tienes cabeza, Lope. —Guzmán se dio media vuelta, alejándose de su amigo—. ¡Nuño!, es hora de partir.

A su espalda, Lope quiso tener la última palabra.

—De seguro resistirá el viaje mejor que tú. Ya se te notan los años y no estás tan acostumbrado a caminar los campos. El muchacho se levantó y avanzó hacia Guzmán, acompañado por el Sabandija y el Barbero que estaban secándose al sol con el torso descubierto. Algunos de los hombres se acercaron a despedirse mientras otros permanecían sentados o echados sobre las rocas, dormitando o ensimismados en sus pensamientos.

El caballo de Guzmán estaba sin ensillar y, cuando el Sabandija agarró la manta para colocarla sobre el lomo del animal, Guzmán le hizo una seña para que no lo ensillase.

—Nos vamos caminando —dijo Guzmán—. En diez días estaremos en casa de

Nuño. Todavía hace buen tiempo y sentados sobre el caballo seríamos demasiado visibles a posibles exploradores. Estamos muy al sur y no queremos un mal encuentro.

El Sabandija se volvió hacia Nuño.

—Toma, chiquillo, esto es lo único de valor que te puedo dar como regalo por haberme salvado la vida. Dicen que el puñal perteneció a Yusuf, el padre del Miramamolín, el azote del rey Alfonso.

El Sabandija le ofreció su puñal de hoja ancha y punta curva. La empuñadura de hueso se estrechaba desde la hoja para poder agarrarlo con comodidad y se ensanchaba de nuevo en el extremo donde apoyar bien la base del puño. La funda de madera aún tenía las marcas de las incrustaciones de plata que la habían adornado en otro tiempo.

A Nuño se le iluminaron los ojos al ver el magnífico regalo, pero antes de que pudiera agradecerlo, el Barbero les interrumpió.

—Pero, Sabandija... —le espetó el Barbero—, si esa daga me la ganaste a los dados al poco tiempo de unirte a nosotros y habías prometido que la volverías a apostar para que me pudiera tomar la revancha.

El cuerpo redondo y flácido del barbero contrastaba con el de su compañero, al que podían contársele las costillas con facilidad.

—Pues he cambiado de idea; es lo único que tengo y quiero que sea para el niño —replicó, metiendo la daga en el cinto del muchacho—. Cuídala mucho, chico. Mantenla limpia y si le puedes pasar una gotita de aceite por la hoja, antes de envainarla, se conservará mejor y te costará menos sacarla en caso de necesidad. Es muy buena y ya ves que ha tenido muchos dueños, aunque no todos tan nobles como el gran Yusuf —dijo señalando al Barbero con la cabeza.

—Pero si ese puñal lo compré en Córdoba a unos mercaderes que venían de Oriente —se quejó el Barbero.

—Muchas gracias, Sabandija —se despidió Nuño—. Adiós Barbero, y gracias por todo.

—Con Dios, chiquillo —dijo el Barbero, cuando ya se alejaban.

Los hombres se quedaron pensativos, las despedidas en aquellas tierras podían ser para siempre.

Caminaron por la vereda por la que habían venido desde la cañada y, en pocos minutos, estaban de nuevo camino de Andújar. Lope les había recomendado que avanzaran hacia el sur y al llegar al cauce del río Fresnedas lo siguieran hacia su nacimiento en la sierra del Hereruzo. Cuando divisaran Salvatierra, tendrían que rodear el cerco por el sur y subir hacia Toledo por el llano para mantenerse alejados de Calatrava, que era un hervidero de tropas. Guzmán se animó, como siempre que iniciaba un viaje.

—Esos manantiales de ahí son la Fuencalda, de donde el Barbero recoge el agua y obtiene los ungüentos que utilizó para curarme la herida. Nuño miró el barro que se

había formado alrededor de donde brotaba el agua y el lugar le pareció insalubre.

—Aquí hubo una matanza hace años; los caballeros de la Orden de Calatrava, con su maestre al frente, alcanzaron una partida de moros que huían a tierras andalusíes después de saquear aldeas y castillos cristianos, y les dieron muerte en este lugar. No solo mataron a los que intentaron defenderse, sino que pasaron a cuchillo a los doscientos prisioneros que habían capturado. Fue una carnicería sin ningún sentido.

—¿Crees que mi padre habría participado en esa matanza?

—No lo sé, muchacho, supongo que sería aún muy joven, pero es posible que hubiera estado aquí. De todas maneras, hasta que Yusuf, el gran califa almohade, no venció al rey Alfonso en la batalla de Alarcos, toda la llanura era castellana y las incursiones de los calatravos por tierras de Jaén y Córdoba eran el pan nuestro de cada día. Los freires repasaban los montes, asolando todo lo que encontraban a su paso. Hasta la mismísima Andújar sufrió sus incursiones.

Después de la sobriedad y la dureza de la estepa, desde la sierra de Orgaz hasta el puerto de Niefla, al muchacho le pareció imposible imaginar las ejecuciones, la sangre y la desolación que narraba Guzmán en un paraje tan hermoso como aquel.

*Salvatierra**9 de agosto de 1211*

—Mañana tendremos luna nueva —dijo el maestre Ruy a Félix mientras, desde la muralla, veían apagarse los últimos rayos de sol—. Saldrás esta noche; mañana no habrá luz y los vigías del campamento estarán más atentos a los ruidos.

—Si no hay luna no podrán verle, pero también podría perderse en la oscuridad si se cubre el cielo —apuntó el comendador frey Gutierre.

—Las estrellas iluminarán mi camino y, con la ayuda de Dios, podré llegar hasta el buen rey Alfonso —repuso Félix.

Después de que la lluvia de proyectiles se hubiese detenido, ya bien entrada la tarde, el maestre y el comendador mayor habían subido al adarve a inspeccionar la ruta que seguiría Félix en su huida hacia Toledo. Las posibilidades de éxito eran escasas, pero la comunicación con el monarca castellano era indispensable.

—Lo que te vamos a decir ahora no se ha mencionado en el capítulo y confiamos en que no lo compartas con tus hermanos —dijo el maestre con seriedad. Frey Gutierre se aclaró la voz—. Este mensaje es por si cayeras prisionero en manos de los moros —dijo el comendador, entregándole un pergamino lacrado con el sello de la Orden—. Explica que tenemos provisiones de sobra y que podemos aguantar el asedio hasta la próxima primavera, describe los graneros llenos de trigo y cebada y las reservas de agua del aljibe como abundantes. Como supondrás, está destinado a minar la moral de nuestros sitiadores. Por supuesto que lo destruirás antes de entrar en presencia del rey, para evitar sembrar dudas en caso de que cayese en malas manos. El mensaje que tienes que transmitir de viva voz al rey Alfonso es una descripción fiel de la situación en la que nos encontramos, de las fuerzas enemigas y del tiempo que podremos aguantar con el agua que nos queda. Tendrás que rogarle que nos envíe ayuda antes de cuatro semanas, si está en posición de hacerlo y lo considera conveniente, o que, de otro modo, nos dé su permiso para rendir la fortaleza.

Félix miró al maestre y frey Ruy asintió, confirmando las palabras del comendador. Las incursiones en tierra enemiga servían para debilitar al adversario, robándole el ganado y las cosechas, talando sus árboles y devastando sus tierras, pero el verdadero avance se conseguía mediante la conquista de las fortalezas, ya que permitía consolidar las posiciones frente al enemigo. Ganar o perder un castillo podía romper el equilibrio en la frontera y minar definitivamente la precaria situación cristiana en la llanura. La decisión era tan importante que requería el consentimiento del monarca.

—Así lo haré —respondió Félix.

El maestre se percató de la preocupación en el rostro del freire.

—Frey Félix González, la decisión de mantener el fuerte corresponde al monarca, pero si no puede acudir en nuestro auxilio, es mejor perder la plaza que perder a los valientes que la defienden. No es lo que más nos honra, pero es lo más acertado para poder plantar batalla en el futuro. ¿Qué vamos a conseguir si nos dejamos morir defendiendo estas piedras, sin esperanza de victoria?

Félix permaneció en silencio. Muchos hermanos habían pagado con sus vidas la defensa de posiciones totalmente perdidas, tanto detrás de unos muros como en un campo de batalla. Su padre y su hermano habían fallecido en Alarcos, sin dar un paso atrás, y la mera idea de entregar el fuerte a los invasores africanos le revolvía las entrañas.

—Nuestra Orden se ha distinguido por su valentía y su honor, no por doblegarse ante los enemigos de la fe, por muy numerosos que fueran. Recordad cómo fue fundada para la defensa de Calatrava, cuando los templarios ya daban la ciudad por perdida, y cómo cayó tras la derrota de Alarcos, no sin feroz resistencia.

—Eran otros tiempos, Félix. Tenemos que mirar por la supervivencia del reino y de la cristiandad, no solo por mantener estas cuatro piedras a costa de la vida de muchos hermanos. La batalla en la que derrotemos al Miramamolín está por llegar, pero llegará, y no podremos batirnos solos, necesitaremos el apoyo del rey y de las otras Órdenes, igual que ellos necesitarán de nuestra ayuda. No podremos ayudar a nadie desde el Cielo. —El maestre dio por zanjado el tema—. ¿Cuánto calculas que tardarás en llegar a Toledo?

Félix entendió que lo que realmente estaba en juego era la supervivencia de la Orden, pero se guardó mucho de contradecir a su superior.

—A pie y escondiéndome del enemigo, dependerá del número de columnas de las que tenga que ocultarme; de si el rey está en Toledo o en Cuenca, o si tendré que buscarle en alguna otra parte. Yo calculo que para la fiesta de Nuestra Señora estaré en Toledo, y espero que el rey no demore mucho la respuesta para poder regresar con ella. Saldré antes de maitines, aprovechando la oscuridad.

—Que el Señor guíe tus pasos y te proteja —dijo el comendador.

—Amén —respondieron los otros dos.

Cuando los tres estaban a punto de separarse, el maestre se volvió hacia Félix.

—Una última cosa, Félix. Ayer me pareció ver a tu perro rondando por los alrededores de la fortaleza, ¿es posible?

—Lo lanzamos desde la muralla después de golpearle en la cabeza, sería un milagro si hubiese sobrevivido a la caída —respondió Félix con gesto ingenuo—. Fue un momento muy triste para Tello y para mí.

—Ya me hago cargo —respondió el maestre—. Quizá Dios nos quiera demostrar que los milagros son posibles.

—Vos lo decís, frey Ruy —respondió Félix y, sin dar tiempo a replicar al maestre,

inclinó la cabeza como muestra de respeto y se despidió—. Quedad con Dios — musitó mientras bajaba las escaleras del muro.

Gutierre se acercó a Ruy y le comentó en un murmullo.

—Un milagro es lo que le va a hacer falta a Félix para llegar hasta el rey, maestro Ruy.

—Ya has visto lo del perro —respondió el maestro con una sonrisa, y los dos se echaron a reír.

El postigo oculto por el que los calatravos habían tomado la fortaleza trece años atrás era testigo de una amarga despedida. Varios freires se agolpaban a pocos pasos de la salida, animando al hermano que partía y deseándole éxito en su misión.

—¿Has podido descansar? —preguntó Tello mientras sujetaba la capa oscura con la que Félix cubriría su hábito para no ser visto.

—He dormido un poco —respondió Félix. Las estrellas iluminaban el cielo, pero su luz no alcanzaba a limpiar las sombras que formaban los collados y los arbustos que salpicaban el paisaje.

Félix sintió un escalofrío y supo que no era por el fresco de la noche. El joven freire se ciñó el hábito negro a la cintura, anudando la cuerda que lo sujetaba para evitar que le molestase al moverse con rapidez entre los enemigos.

—Pareces un benedictino —dijo Tello, por romper el silencio.

Félix sonrió y los dos se acercaron a la puerta, donde uno de sus hermanos esperaba oteando el exterior por una rendija. Félix miró a su amigo a los ojos mientras se colocaba la capucha del hábito.

—Si me ocurre algo, ¿le contarás a Elvira que siempre la he tenido presente y que he rogado por ella y por Nuño en todas mis oraciones? Dile que hablé con el maestro y que todo estaba previsto como queríamos.

—No te ocurrirá nada —replicó Tello— y podrás decírselo tú mismo. A mí no me hagas pasar otro mal trago, es mucha dama para caballero tan simple como yo.

—Sé que se lo dirás. Cuídate, Tello. Te diría que no arriesgues demasiado, pero sé que no me vas a escuchar; espero verte a mi regreso.

—No hay cuidado, los moros se han dado cuenta de que al asalto nada pueden y ahora nos vamos a aburrir como novicios en vigilia.

—De todas maneras, tú ten seso.

Los amigos se abrazaron y el freire que esperaba junto al muro abrió la portezuela solo el instante necesario para que Félix se escabulliese. Cuando el centinela corrió el cerrojo con un chasquido, a Tello le pareció que su amigo se había esfumado como un sueño en mitad de la noche y no sabía si lo volvería a ver.

Félix agudizó la vista escrutando la oscuridad e intentando recordar el camino que tendría que recorrer hasta estar a salvo del ejército sitiador. Permaneció inmóvil durante varios latidos de su corazón, familiarizándose con los ruidos de la noche y con el entorno y, al fin, comenzó a descender entre las peñas con rapidez. Las rocas formaban hileras que marcaban el camino por el que Félix debía alejarse del fuerte.

La zona por la que se estaba moviendo, más agreste y escarpada, estaba libre de enemigos pero los sitiadores podrían haber enviado patrullas de reconocimiento, así que Félix avanzaba un trecho y se detenía a observar el entorno y a elegir el siguiente tramo a recorrer. Como buen explorador sabía que por la noche, pero también durante el amanecer y el ocaso, era mucho más seguro ocultarse en la oscuridad de los valles y hondonadas, para evitar que la propia silueta se recortase contra el cielo.

A lo lejos, divisó las hogueras que aún ardían en el campamento del Miramamolín; algunos hombres estarían de vigilancia, pero el grueso del ejército descansaba tras la calurosa jornada. Mientras Félix oteaba la línea de vigías que tenía que cruzar, oyó un ruido entre unas matas y una sombra salió a su encuentro. El freire no tuvo tiempo de desenvainar su espada cuando la sombra saltó sobre él y lo derribó. El golpe había sido fuerte pero él no sufrió ningún daño y, cuando sacó la daga del cinto, se dio cuenta de que se trataba de *Mustafá*, que le lamía la cara y no le dejaba levantarse.

—Ya está bien, *Mustafá* —susurró Félix—. Si sigues armando jaleo nos van a descubrir. Estate quieto.

Félix logró contener la alegría del perro y ambos siguieron su camino ladera abajo hacia el valle, acercándose a las posiciones del enemigo. El perro trotaba al lado de su amo y el júbilo de Félix no era menor que el del alano, puesto que el encuentro acabó con la soledad de la misión. Además, todo el mundo sabía que el diablo salía de noche en busca de almas descarriadas y que se aprovechaba de los viajeros nocturnos para jugarles malas pasadas, confundiendo su camino o guiándoles hacia alimañas...

La pendiente se hizo más suave y Félix se detuvo al ver la línea de almajeneques que bordeaban el llano, inmóviles después de la incesante tarea diaria. Algunas torres habían caído ya y la muralla tenía tramos en los que había cedido y solo quedaba una montaña de cascotes que impedía el asalto. Los freires apenas alcanzaban a reparar los desperfectos antes de que nuevos proyectiles destruyeran lo reconstruido pero, aún así, era suficiente para evitar otra embestida del ejército del Miramamolín.

Félix sopesó la idea de prender fuego a algunas de las máquinas antes de seguir camino pero, aunque no viera a los guardias, suponía que los artilugios estarían vigilados y el ardid pondría en peligro su misión, así que desechó el plan al instante. Lo mejor sería cruzar lo más alejado de las tiendas, donde se espaciaban las fogatas y los vigías; lejos de sus jefes estarían más pendientes de que pasaran rápido las horas que de velar por si algún loco intentaba cruzar sus líneas.

Félix susurró a *Mustafá* que guardara silencio y comenzó a avanzar agachado. A su diestra chisporroteaba, lejana, una hoguera con varias figuras sentadas a su alrededor; a su zurda otro fuego, mucho más cercano, iluminaba la oscuridad mientras tres hombres se contaban historias. Félix decidió atravesar entre los dos puestos y se arrastró lentamente sobre la tierra mientras escuchaba el murmullo de su conversación. *Mustafá* avanzó junto a él sin emitir el más mínimo sonido, apoyando con suavidad las almohadillas de sus patas para amortiguar cualquier ruido que

pudiera alertar a los centinelas.

El freire apenas levantaba polvo del suelo, a pesar de su gran tamaño y de los ropajes y las armas que arrastraba. El calor de la jornada se había disipado hacía tiempo y el frescor de la noche invitaba a acercarse a las hogueras, sin embargo Félix notaba cómo el sudor le resbalaba por la frente y a menudo tenía que enjugarse la cara con la manga para aclarar su visión.

Poco a poco las voces fueron quedando atrás sin que ninguno de los soldados se percatara de su presencia y, cuando creyó que estaba a salvo, se incorporó y comenzó a correr a toda velocidad alejándose de las hogueras. Después de una intensa carrera se detuvo junto a una encina, jadeando y con los pulmones a punto de estallarle. Ahora tenía que poner tierra de por medio entre él y el ejército almohade, de lo contrario cualquier patrulla que partiese al amanecer podría encontrarle con facilidad.

Mientras recuperaba el aliento, consciente del peligro que había superado, escuchó los cascos de un caballo acercarse. Su pulso se aceleró de nuevo al verse otra vez en peligro cuando ya cantaba victoria, por lo que se asomó por detrás del tronco y vio, a lo lejos, a un jinete almohade en un caballo árabe blanco. No podía creer su suerte: un jinete almohade volvía al campamento en mitad de la noche. Podría tratarse de un mensajero o, más probablemente, de alguien que regresaba después de un encuentro amoroso en alguna villa de los alrededores. Félix hizo una seña a *Mustafá* para que se alejase y el perro desapareció entre las sombras.

El sonido de los cascos se hacía más fuerte a medida que el caballo se aproximaba y el freire oyó la voz profunda del jinete, que venía canturreando en lengua moruna. Félix contuvo el aliento y desenfundó su daga, dispuesto a saltar sobre su presa. Al pasar junto al árbol, Félix se lanzó sobre el caballo, pero en cuanto el animal se percató del peligro dio un respingo y cabeceó a un lado, alejándose, por lo que no pudo agarrar las riendas de la montura; el animal había sido más rápido que su amo, al que el ataque cogió totalmente desprevenido.

Félix agarró al hombre por el cuello y lo derribó de la montura, asestándole una puñalada en el corazón. El guerrero murió antes de que su cuerpo golpease el suelo mientras el caballo se alejaba unos pasos, asustado por el asalto y por la violenta caída de su amo.

Ahora tenía que hacerse con la montura pero, cuando el animal se detuvo, le miró de reojo dispuesto a echar a correr en cuanto se acercase. Los dos se medían sin atreverse a hacer el primer movimiento, hasta que *Mustafá* apareció. El caballo se puso de manos al ver llegar al perro, Félix dio unas zancadas a toda velocidad y consiguió hacerse con las riendas.

Se trataba de un pequeño caballo árabe blanco de crines grises, de escasa estatura pero de gran nervio y resistencia. Caracoleó nervioso al sentir el peso de su nuevo dueño y estuvo a punto de derribar a Félix, que no estaba acostumbrado a la silla árabe al ser más baja que la que usaban los cristianos pero que permitía más movilidad aunque no sujetaba la cadera. Los arreos del caballo eran de buen cuero y

el animal llevaba las crines enjaezadas, mostrando el lujo con el que su difunto dueño había podido rodearse.

Una vez se hizo con la montura, Félix enfiló hacia el norte al trote, aún arriesgándose a una caída en mitad de la noche. *Mustafá* corría a su lado y la misión le pareció más sencilla, ahora que había superado el cerco de la fortaleza y el caballo le ahorraría las largas jornadas a pie que habían planeado el maestro y el comendador.

El aire refrescó su piel húmeda por el sudor y, por primera vez desde que Tello se lo mencionara, la idea de visitar a Elvira no le resultó tan desatinada. Hasta le pareció que las estrellas brillaban con más fuerza para alumbrar su camino.

A orillas del río Algodor
10 de agosto de 1211

La tarde pasaba lenta para Vermudo.

Los preparativos para el asalto estaban listos y el rufián se contentaba con dormir, aliviado por una brisa que habían traído unos nubarrones que cubrían el cielo y que ofrecían una tregua en los días de canícula. El viento mecía las copas de los árboles y el campo respiraba aliviado antes de la tormenta.

Durante los días anteriores, Silvestre había repasado el plan una y otra vez y había preguntado a Vermudo sobre la forma en que se libraría de los perros, de los viejos de la heredad y de Elvira. Había indagado hasta el último detalle y había hecho los cambios que le había parecido, preguntado una y otra vez a Vermudo cómo iba a actuar en cada situación. El asesino conocía el terreno con detalle y se alegró cuando las nubes empezaron a aparecer. A la luz de las estrellas en una noche sin luna, Vermudo se hubiera movido como los lobos en el monte, pero ahora que se avecinaba un crepúsculo de total oscuridad su tarea se volvería mucho más cómoda, puesto que ni los más osados se aventuraban a salir por miedo a los espíritus que merodeaban por los páramos.

No había habido nuevas de Salvatierra, por lo que Silvestre suponía que la fortaleza estaba a punto de caer o había caído ya. Fuera como fuese, sus hermanos de la milicia habrían cumplido su cometido de retrasar el avance del Miramamolín hasta bien entrada la temporada de la guerra, evitando así que el poderoso ejército musulmán llegara a Toledo, y forzándolo a pasar el invierno a las regiones de Al-Andalus antes de que el daño causado en Castilla fuese irreparable. Mientras, Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo, podría reunir los apoyos y refuerzos suficientes para plantar cara al Miramamolín al año siguiente.

Todo esto lo habían discutido Vermudo y Silvestre en las tediosas tardes de verano, sin embargo, la conversación no era más que un pasatiempo en el que el freire pensaba en voz alta y su socio asentía e intercambiaba gruñidos y monosílabos.

Por el contrario, los planes de Silvestre para después del asalto sí lograban despertar el interés de Vermudo, que se atrevía incluso a participar en el monólogo del freire. A fin de cuentas, tanto si permanecían juntos como si se separaban, con el botín que sacasen los dos podrían permitirse una vida desahogada lejos de la frontera.

El tono pardo que oscurecía el cielo fue tornándose gris y los nubarrones trajeron el crepúsculo antes que de costumbre. Vermudo apenas tuvo tiempo de levantarse de su larga siesta y colocarse en su puesto de vigía, en lo alto del montículo, antes de que anocheciera por completo. Cuando las sombras empezaron a difuminarse,

comenzó a descender la pendiente con cuidado de no hacer ruido. No había necesidad de alborotar a sus víctimas antes de tiempo. La serpiente acabaría con los ratones, uno a uno, sin dejar que vieran la luz del amanecer.

Vermudo caminaba con la cabeza cubierta por una capucha y sostenía un arco con una flecha preparada para disparar a uno de los perros en cuanto se acercase. La luz que salía del interior de la casa le servía de referencia y le bastaba para acercarse a su objetivo sin ninguna dificultad. La noche sería larga y él no tenía ninguna prisa por acabar la faena.

Se levantó una ráfaga de viento fresco que le quitó la capucha. Un fuerte olor a lluvia impregnó el ambiente y vio cómo por el Oeste se acercaba la tormenta. Los rayos caían en la distancia como culebrillas, aunque el sonido de los truenos se oía aún lejano. Antes de que hubiese llegado a la casa comenzó a llover con fuerza. Elvira se asomó a la ventana para cerrar el postigo y Vermudo maldijo entre dientes al perder la referencia de la luz para continuar su avance. No le importó. Esperó a que la tormenta se acercase y que los relámpagos iluminasen su camino como si avanzase a plena luz del día.

A escasos pasos de distancia los perros olfatearon su presencia y salieron corriendo en su busca. Vermudo los había estado alimentando en secreto, ofreciéndoles carne y huesos, y los animales se acercaron a él meneando el rabo de alegría al suponer que les iba a alimentar de nuevo. Sacó un pedazo de cecina de liebre que había preparado Silvestre y, cuando los perros se acercaron, disparó su arco contra el perro de mayor tamaño que emitió un aullido al sentir la punta de acero hundiéndose en su cuerpo. Acto seguido sujetó al otro por la piel del cuello mientras sacaba una daga del cinto y cortó la garganta del animal sin que este hubiese tenido tiempo de reaccionar. En el interior de la casa se escuchó el aullido del perro por encima del repiqueteo de la lluvia y el rumor de los truenos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Elvira mientras dejaba sobre la mesa el cuenco de sopa que estaba cenando.

La lumbre calentaba un caldero con agua y verduras, a las que se había añadido un trozo de tocino para dar sabor. El fuego y el bullir del agua impregnaban la estancia de una acogedora atmósfera que no invitaba a salir con el aguacero que estaba cayendo.

—Yo no he oído nada —murmuró Sancha.

Las tormentas la aterraban desde que era niña, cuando a uno de su pueblo lo partió un rayo por la mitad y su cuerpo continuó echando humo después de que la tormenta hubiera descargado. Un mal cristiano, habían comentado las viejas del lugar. Pero, ¿quién conocía la vara con la que Dios medía a sus ovejas? Si se hacía caso al párroco del pueblo, la población quedaría diezmada en una tormenta así y Sancha no tenía ganas de arriesgarse.

—Vamos a mirar fuera —terció Diego, levantándose a coger la guadaña.

Elvira se levantó y se hizo con la horca, dispuesta a seguir al anciano.

—No se mueva de aquí, Sancha, habrá sido el viento —dijo Elvira, tratando de tranquilizarla y de infundirse serenidad.

Desde que la Orden había accedido a la compra de la heredad, y además pagado por anticipado, Elvira dormía mal. Temía que alguien se enterase de la fortuna que guardaba y que la noticia llegara a oídos de ladrones o salteadores que quisieran apoderarse de tan suculento botín. Por si fuera poco, los rumores sobre la campaña de los almohades aumentaron su inquietud y la falta de noticias de Nuño contribuían a su ansiedad. Si al menos Félix hubiese dejado la Orden todo sería más sencillo; la culpa la tenía él por no haberse impuesto al maestro y haberse reunido ya con ella.

—Tapaos con la manta, algo de agua os quitará —ofreció la anciana.

Diego abrió la puerta de la casa y se topó con la lluvia que caía a mares.

—Por las barbas de Cristo, qué forma de llover —exclamó. Desde el quicio de la puerta, esperó a que los rayos iluminaran los alrededores para tratar de hacerse una imagen clara.

—No están los perros, señora —dijo, al darse cuenta de que faltaban los animales a la puerta de la casa—. Algo va mal, porque con esta lluvia no se hubieran alejado de aquí.

—Quizá hayan ido a guarecerse al establo —respondió Elvira, sin mucha convicción, mientras salían y cerraban la puerta.

Los dos comenzaron a moverse hacia el establo, compartiendo una capa que los protegía de la lluvia y les infundía algo más de valor al estar apretados. Avanzaban aprovechando el fugaz resplandor de los rayos y, cada pocos pasos, se detenían a escrutar el terreno. En uno de esos instantes de luz, Diego alcanzó a ver a los perros tendidos en mitad del barro e hizo una seña a Elvira para que guardase silencio.

A pesar de la capa, la lluvia se sentía fría en su cabeza y sus hombros. Elvira comenzó a tiritar sin saber si era por el frío o por el miedo. Se oyó un ruido de pasos en el barro y Elvira pensó que era Sancha que se había animado a salir, pero antes de tener tiempo de volverse Diego cayó al suelo arrastrando la manta consigo. El anciano emitió un apagado gemido de dolor y quedó inmóvil.

Elvira se quedó paralizada por el miedo. No sabía qué hacer y, antes de que pudiese reaccionar, un relámpago iluminó el cuerpo del anciano tendido en el barro, con la empuñadura de una daga asomando en su espalda.

Elvira lo miraba aterrorizada y, en ese instante, Vermudo le propinó un puñetazo en la sien que la derribó. Elvira notó un dolor intenso en el oído y sintió como si un relámpago hubiera explotado dentro de su cabeza, iluminando todos sus rincones, antes de apagarse de golpe y caer en la inconsciencia. Vermudo contempló los cuerpos inertes en mitad de un charco.

La lluvia caía incesante y Vermudo se agachó a coger su puñal. El acero se había enganchado entre las costillas de Diego y tuvo que tirar con más fuerza de la que había empleado en el golpe, pero finalmente consiguió recuperar su daga y se encaminó hacia la casa. Empujó la puerta, pero Sancha la había atrancado desde

dentro; la vieja se empeñaba en ponerle las cosas difíciles.

—¡Abra la puerta! —gritó.

Sancha no respondía y Vermudo recordó la excusa que había improvisado Silvestre por si la vieja se encastillaba en la casa.

—Tenemos un herido por los moros y necesita protegerse de la lluvia. —La anciana seguía sin moverse, Vermudo había empezado la explicación por el final—. Soy de la milicia de Salvatierra, íbamos hacia Ciruelos pero hemos tenido un encuentro con los moros.

La puerta seguía sin abrirse y Vermudo, en un destello de iluminación, recurrió a sus dotes de embaucador.

—Por el amor de Dios, tenga misericordia de la cofradía. Su señora doña Elvira está atendiéndonos en los establos con su marido. Abra la puerta antes de que se nos muera el herido.

Al fin Sancha se decidió a quitar la madera que atrancaba la puerta.

—Un momento, que les abro.

Vermudo empujó la puerta sin miramientos en cuanto vio que esta se abría y se encontró a la anciana de frente. El aspecto siniestro del ladrón, cubierto por la capucha y chorreando agua, se acentuaba por su lobuna sonrisa pero, sobre todo, por la daga que sostenía en su diestra. La lluvia no había limpiado toda la sangre de la hoja y Sancha pudo ver algunos restos en el puñal.

El maleante se retiró la capucha y la anciana gritó aterrada al reconocerlo a la luz de la lumbre. Sancha se acercó al fuego, levantó el caldero por el asa y, sin pensarlo un instante, arrojó el líquido hirviendo al asaltante. Vermudo saltó hacia un lado pero no pudo evitar que parte de la sopa le cayera en la cara y gritó de dolor al sentir cómo se abrasaba.

Sancha retrocedió y balanceó la olla una vez más para echar el resto del caldo que quedaba en el fondo, pero Vermudo, anticipando su movimiento, se retiró y los pocos restos que quedaban en la olla se perdieron en el suelo de la vivienda.

—¡Maldita vieja, hija de Satanás!

La mitad de la cara de Vermudo lucía roja como una brasa y la piel se había empezado a abultar, rota por la quemadura. Vermudo arremetió contra la vieja, que intentó protegerse golpeándole con el caldero y escudándose con sus débiles brazos, pero el asesino venció la inútil resistencia y hundió una y otra vez su puñal en el vientre de la anciana. Sancha dio un grito de terror cuando cayó al suelo, sintiendo los golpes de Vermudo al tiempo que se le escapaba la vida a cada envite de su agresor.

Antes de que su cuerpo se rindiese del todo, sus últimos pensamientos fueron para Diego y Elvira. A Vermudo le pareció ver una sonrisa en la cara de la anciana, mientras Sancha, siempre tan optimista, se alegraba por la ausencia de Nuño de la heredad.

La piel quemada del rostro de Vermudo palpitaba con cada latido de su corazón y el dolor se hacía insoportable. Salió de la casa desesperado, confiando en que la

lluvia aliviara la quemadura, pero con la misma rapidez que había llegado la tormenta las nubes se habían alejado llevándose el agua hacia el este. Vermudo se tiró al suelo y sumergió la cara en uno de los grandes charcos que se habían formado, gimiendo como un animal herido.

La misión estaba casi terminada, pensó con satisfacción, mientras el agua y el barro le aliviaban la quemadura. Ahora solo restaba encontrar la bolsa con los dineros, meter a todos en la casa y prender fuego a la heredad. La tormenta le había favorecido en su propósito y se había esfumado justo a tiempo para que el fuego hiciese su labor. Incluso se podría pensar que un rayo había incendiado la casa, y no sería necesario echar la culpa a los moros. De todas maneras, cuando alguien de la Orden de Salvatierra se acordase de la heredad, él ya estaría muy lejos y, si no se la repartía con Silvestre, tendría una fortuna de trescientos maravedís para él solo, sin contar con lo que encontrase de valor allí dentro.

*Villamuelas**11 de agosto de 1211*

Nuño despertó al amanecer con los ronquidos de Guzmán. Sin esperar a que el otro se moviera, saltó del camastro y abrió el postigo de la ventana para dejar entrar el aire fresco de la mañana. La habitación de la venta en la que se habían alojado apestaba a viajeros mugrientos y a paja, aplastada y deshecha, que permitía ver la dejadez con la que el dueño conducía su negocio. De todas maneras, pocos tenían el privilegio de poder pagar una posada y Nuño se sintió descansado y lleno de energía.

El cielo clareaba en rosa pálido, después de una llovizna matutina, y los pájaros comenzaban a alegrar la mañana con sus trinos. El muchacho se había empeñado en llegar a casa de su madre de noche, pero cuando empezó el aguacero estaban entrando en la villa y Guzmán se negó a continuar después de siete días de camino a pie, evitando las columnas musulmanas y durmiendo entre las peñas o bajo la protección de los árboles.

Nuño miró a Guzmán y sonrió al ver cómo roncaba el amigo de su padre, tendido boca arriba y con un brazo colgando del colchón. Había conseguido atravesar las tierras infestadas de almohades, que iban y venían devastando campos y saqueando villas y castillos con la doble misión de recoger forraje y alimentos y al mismo tiempo asolar las cosechas y sembrar el terror entre los escasos habitantes que no habían huido a la protección de los montes, los bosques o los muros de ciudades y fortalezas.

Por fortuna para Guzmán, Villamuelas, alejada de la ruta a Toledo, aún seguía en pie y contaba con todos sus habitantes. La villa estaba bajo el área de influencia de las encomiendas de la Orden de Salvatierra, con sede en Huerta de Valdecarábanos y Ciruelos, y a pesar de formar parte de la mitra Toledana desde ese mismo año, los del pueblo divisaban casi a diario patrullas de freires que cabalgaban hasta el río oteando el horizonte, pendientes de cualquier movimiento en la meseta.

—Despierta, Guzmán —espetó Nuño desde la ventana, mientras el otro continuaba durmiendo.

Nuño alargó la mano, agarró a su compañero del pie y lo sacudió sin contemplaciones.

—¡Arriba, Guzmán! Estamos a menos de una legua de camino y tú ahí, resoplando.

Los ronquidos de Guzmán se detuvieron y pareció que iba a abrir los ojos. Emitió un sonido gutural, como si estuviera a punto de ahogarse pero, sin levantar los párpados, consiguió superar el trance y volvió a roncar a pierna suelta. Nuño se

acercó a él y le zarandeó por el hombro sano.

—Quieto, muchacho —gruñó Guzmán—. El viaje me ha dejado baldado.

—Ha parado de llover y estamos a menos de una hora de mi casa. Debemos apresurarnos, seguro que mi madre nos estará esperando. Tengo tantas cosas que contarle.

Guzmán se incorporó y se rascó la nuca, tratando de deshacerse del cansancio y el agarrotamiento en el hombro en el que había recibido el lanzazo. Estaban a punto de llegar y podría dejar por fin al muchacho sano y salvo en manos de su madre y reunirse con su familia; el alivio que sentía compensaba con creces el agotamiento de los días anteriores.

Quizá se estaba volviendo mayor para esto, pensó, puesto que varias veces le había dado la impresión de que era el muchacho el que tiraba de él, y no al revés.

—Vamos a desayunar algo y saldremos enseguida —dijo a Nuño, que le miraba expectante.

Guzmán se calzó las botas y, antes de salir, asomó la cabeza por la ventana.

—Un bonito amanecer —dijo estirándose, en mitad de un gran bostezo—. La tierra está empapada y rezuma frescor, el camino nos resultará un poco pesado, pero no pasaremos calor. Nuño, será mejor que te laves bien antes de marchar, no quiero oír a tu madre diciendo que he descuidado tu aseo.

El muchacho hizo un gesto de fastidio pero salió en busca de agua. Guzmán respiró el aire fresco del campo y, en ese momento, un suave aroma a madera quemada se coló por la ventana. El mercader se asomó de nuevo a otear el horizonte. Desde su ventana, al noroeste, no se apreciaba ninguna columna de humo y pensó que el aroma vendría de alguna hoguera apagada en los alrededores después de la vigía nocturna.

Recogió su capa de los pies de la cama y se la echó sobre los hombros, comprobó que su bolsa seguía atada al cinto y levantó el hacha que descansaba al lado del colchón. Satisfecho, tras pasar el pulgar por su filo, bajó en busca del posadero a ver qué se ofrecía de desayuno. Nuño estaba sentado a una de las mesas del comedor que ocupaba toda la planta baja del edificio y que, a la luz del día, tenía todavía un aspecto más abandonado y mugriento. Se notaba que el muchacho había hecho un esfuerzo lavándose la cara y atusándose el pelo, pero los mechones rubios que le caían por la frente estaban pegajosos por el sudor y la suciedad acumulada durante el camino. La escasa limpieza que se había hecho, le había dejado unos churretes marrones que le bajaban desde las orejas.

—Te has hecho la limpieza del gato —dijo Guzmán al acercarse.

Nuño puso cara de inocente sin hacer caso al comentario, y le ofreció el pan duro que le había sacado el posadero y que el chico mojaba en un cuenco con agua para poder comerlo con más facilidad.

—¡Posadero! —llamó Guzmán, dando un puñetazo sobre la mesa—. Traiga algo con lo que acompañar el pan, ¿o es que esta venta no puede atender a sus clientes?

El posadero apareció con una jarra de vino y se excusó por no tener muchos alimentos: los moros andaban merodeando por la zona y encontrar comida era cada vez más difícil. Guzmán no quiso discutir con el dueño de la venta y dio cuenta del pan y el vino, apresurándose para que el muchacho dejase de protestar por la tardanza.

Cuando terminaron, dejó unas monedas sobre la mesa y salieron de la casa. Mientras se alejaban de las casuchas de la aldea, el repiqueteo de una cigüeña desde lo alto del campanario les acompañó durante un trecho.

Atravesaron las yegudas de cereal que rodeaban la villa y dejaron a un lado las huertas cercanas al Algodor. La vereda que tomaron corría paralela al río, aunque solo se aproximaba al agua al llegar al meandro que hacía el cauce en la heredad de Elvira. El campo estaba agostado, pero las altas hierbas mojadas desprendían un fuerte olor y el camino se hizo ligero a pesar de los nervios del muchacho y las ganas de llegar de ambos.

La pareja subía la última loma, desde la que divisaría la heredad y, antes de coronarla, Guzmán detuvo al muchacho.

—Mira, hijo, tu madre se va a poner hecha una fiera cuando vea que venimos sin el caballo de tu padre y, además, seguro que ya ha oído las noticias de la guerra, por lo que nos espera una buena regañina. Espero que la alegría de verte le haga olvidar los peligros por los que has pasado pero, por eso mismo, no debes contarle nada de lo ocurrido hasta que yo me haya marchado.

—Pero, Guzmán, ¿cómo no le voy a contar nada?

—Tú déjame hablar a mí. De todas maneras, de lo de la visita a Calatrava y los bandidos, ni una palabra.

—Pues eso es lo más emocionante que me ha ocurrido. No sé, entonces, qué voy a contar cuando me pregunten...

—Le cuentas todo lo demás y, si no se te ocurre nada, le cuentas cómo se crían los gusanos de seda, que creo recordar que estabas muy interesado en las explicaciones de mi hija Muwayra.

El muchacho asintió y se adelantó unos pasos, incapaz de resistir la impaciencia por ver su casa. Mientras caminaba se preguntó si Guzmán habría notado algo de la atracción que sentía por su hija menor; el comentario parecía inocente, pero el tono había sonado acusador.

Estando en esos pensamientos, Nuño llegó a lo alto del montículo, y allí se detuvo petrificado.

Guzmán le alcanzó unos instantes después pero, para cuando se percató de las manchas oscuras en las paredes de la casa, alrededor de la puerta y las ventanas, y vio el techo desplomado de la vivienda, Nuño ya corría pendiente abajo en busca de su madre. El aroma a madera quemada se hizo más intenso.

—¡Espera, muchacho! —gritó Guzmán, antes de salir corriendo también.

Nuño bajó la cuesta en un suspiro y se detuvo ante la puerta de la casa, jadeando

y con lágrimas en los ojos, pero dudó antes de entrar. Las vigas del techo se habían desplomado e impedían el paso, como barrotes de carbón. Desde fuera solo se alcanzaba a ver algunos restos de utensilios deformados por el fuego y una pila de escombros y cenizas en el lugar en el que se había derrumbado el tejado. Al caer la techumbre, la lluvia había terminado de extinguir las llamas, pero las piedras aún calientes quemaban como si fueran los ladrillos de un horno.

Guzmán alcanzó al muchacho y lo retiró de la entrada, sintiendo la oleada de calor que salía por la puerta chamuscada. La carrera desde la cima de la colina le había dejado exhausto.

—Espera, hijo, voy a entrar a mirar. El fuego ha sido reciente; los maderos están calientes y todavía humean, podrías quemarte. Lo mejor es que te quedes fuera mientras echo un vistazo —dijo, evitando mencionar que quería asegurarse de que no había nadie dentro.

—¿Dónde está mi madre? —imploró el niño, gritando—. ¿Y Sancha, y Diego? ¿Y los perros?

—Espera, Nuño —dijo Guzmán, sujetándolo con fuerza—. Lo más seguro es que no estuvieran aquí cuando ocurrió, quizá hayan ido a Ciruelos. Quédate aquí y no te muevas de la puerta. Vigila por si alguien se acerca.

—¡Esta es mi casa y no voy a quedarme fuera!

Nuño se zafó de Guzmán y cruzó por encima de los restos que quedaban de puerta sin detenerse. Se dirigió al centro de la estancia y, desde el montón de escombros, contempló lo que quedaba de su antigua residencia.

Las paredes, tan blancas como las recordaba, estaban ennegrecidas por el humo; los restos del arcón, la mesa y las sillas aparecían carbonizados y deshechos alrededor de los escombros; en el hogar las varas que sujetaban el caldero permanecían impasibles en su sitio, pero las herramientas de labranza y las cazuelas se habían deformado por la temperatura que habían alcanzado. El viento que había entrado por la puerta había avivado el fuego, ayudado por el tiro que formaron la chimenea y los dos ventanucos.

El muro que separaba la estancia en dos había cedido al caer las vigas y la madera todavía chisporroteaba cuando Guzmán se decidió a mover uno de los tablones para investigar bajo los escombros.

—Ayúdame, muchacho, quizá encontremos algo debajo de las tejas. Nuño se sorbió la nariz y se pasó la manga por los ojos para secarse las lágrimas. La ceniza que manchaba sus ropas tiznó su cara.

Comenzaron a quitar los trozos de tejas que, en forma de cascotes de barro cocido, se amontonaban en el centro de la sala. De repente, al muchacho se le heló la sangre; al retirar parte de los escombros descubrió un pie carbonizado asomando entre los restos.

El chico se quedó inmóvil, mirando con ojos desorbitados la forma de los dedos ennegrecidos y retorcidos.

—¡Guzmán! —gritó.

Guzmán corrió hacia el niño y, al ver aquellos restos carbonizados, pasó un brazo por los hombros de Nuño para abrazarlo y confortarlo. Después de unos instantes rompió el silencio, que pesaba como una losa entre los dos.

—Podría ser de cualquiera, hijo. No nos precipitemos antes de haber visto qué hay bajo estos escombros.

Los dos empezaron a remover tejas y maderos, al principio lentamente, pero la angustia de encontrar a los suyos sepultados bajo las piedras atenazaba a Nuño, y comenzó a retirar las piedras sin que le importara quemarse las manos o cortarse con los cantos afilados de las tejas rotas. Guzmán se apresuró también en mover las vigas y, después de un rato de trabajo, sin saber si habían pasado unos minutos o varias horas, descubrieron los restos de varios cuerpos humanos y caninos, cuyos huesos se confundían semienterrados entre la ceniza. Guzmán trató de separar los cuerpos, pero la carne carbonizada se deshacía entre sus manos y decidió desistir de la tarea.

—Solo hay dos calaveras, muchacho, así que aquí solo han muerto dos personas; las otras cabezas son de los perros. ¿Puedes reconocer alguno de los cuerpos? —preguntó Guzmán, con mucho pesar.

Nuño escudriñó los restos calcinados de los cadáveres, intentando encontrar algún parecido con su madre, pero no pudo llegar a reconocerla aunque tampoco pudo descartar que fuera ella uno de los cuerpos.

—Fíjate bien, muchacho. No tiene que ser solo en la cara; las manos, los pies, cualquier cosa que recuerdes de Diego o Sancha te ayudarán a reconocerlos.

Nuño consiguió, por fin, identificar a Diego por los dientes que le faltaban y que habían quedado al descubierto al haberse encogido la carne de los labios.

—Ese es Diego —señaló otra vez, mientras las lágrimas formaban dos surcos blancos en el hollín que cubría sus mejillas.

Guzmán sintió cierto alivio al ver que al menos uno de los muertos no era Elvira y, cuando iba a girar la cabeza del otro cadáver, escuchó un murmullo de cascos que se acercaban al galope.

—Voy a salir a tomar el aire mientras tú intentas adivinar quién es el otro —dijo, tratando de sonar optimista, mientras se dirigía a la puerta—. Por lo pequeño que es, yo diría que no es tu madre.

Al salir de la casa vio cómo se acercaba un jinete, ladera abajo, a galope tendido. El caballo parecía árabe y venía ricamente enjaezado a la forma en la que se adornaban los caballos en Córdoba y Jaén. Además revelaba su raza a cada zancada y su porte majestuoso y ligero indicaba claramente su procedencia.

Guzmán frunció el ceño al reparar en el hábito negro que cubría al jinete. La pobre tela de basta lana teñida que vestía no se correspondía con los lujos de su animal. Algo no encajaba en la estampa que se acercaba a toda prisa, así que Guzmán sacó su hacha del cinto y se preparó para recibirle.

A orillas del río Algodor
11 de agosto de 1211

Félix había conseguido recorrer las cuarenta leguas que separaban Salvatierra de la casa de Elvira en tan solo dos noches. El caballo había mostrado su fortaleza galopando cortos trayectos durante el día y avanzando impasible durante la noche, a pesar de la falta de descanso a la que le sometía su nuevo dueño. Félix estaba impresionado por la resistencia del animal y no paraba de dar gracias a Dios por haberlo puesto en su camino.

La ruta desde Salvatierra había estado salpicada de paradas, en las que Félix tuvo que ocultarse de patrullas enemigas que iban y venían por la estepa. A pesar de esos contratiempos, su gran conocimiento de la llanura le había permitido escoger una ruta en la que siempre tuviese algún refugio; un bosquecillo o una zanja en los que esconderse. Y la suerte le había acompañado durante el camino. Gracias a la fortaleza del animal había podido completar los cortos trayectos diurnos con caminatas nocturnas que le acercaban de manera inexorable a su destino.

Su ánimo había ido mejorando desde que encontró a *Mustafá* merodeando a las afueras de Salvatierra. Superar el cerco le animó más todavía y, una vez que consiguió el caballo, sintió plena confianza en el éxito de su misión, por lo que decidió realizar una visita fugaz a Elvira para llevarla hasta la protección de los muros de Toledo.

A medida que iba esquivando tropas, alejándose de Salvatierra y acercándose a su amada, su alegría iba en aumento y ni siquiera la tormenta de la noche anterior le aguó los planes. Encontró buen cobijo bajo unas peñas, a salvo de la lluvia y los rayos, y rogó a Dios para que algo del agua que caía llegase a sus hermanos de Salvatierra y pudiesen aumentar las reservas del aljibe.

El terreno estaba blando y pesado por la tormenta y amortiguaba el sonido de los cascos del caballo al avanzar por el campo. Una ligera llovizna acompañaba al freire desde que inició la marcha antes del amanecer y, aunque Félix se hubiera alegrado de ver el sol y notar su calor secando sus ropajes, la alegría de estar tan próximo a su meta le impedía sentir el frío que se agarraba a sus huesos. El freire no paraba de rezar en señal de agradecimiento desde el inicio de la jornada pero, con la impaciencia por llegar a la heredad, se le hacía difícil concentrarse en la oración.

Una vez que bordeó Villamuelas por el Este, espoleó su caballo para recorrer la última legua a toda velocidad y sorprender a Elvira antes de que el sol hubiese ganado altura.

Mientras subía la loma que lindaba con la heredad, una punzada de angustia se

apoderó de él al pensar que Elvira podría estar enfadada por haber tardado tanto en regresar. Félix se removió inquieto sobre el animal, aún no había conseguido hacerse del todo a la silla baja y sus piernas no quedaban estiradas como estaba acostumbrado.

Otra vez el asesinato del padre de Nuño se coló en su mente y trató de desechar el pensamiento, convencido de que Elvira se alegraría de verle, pero antes de haber coronado la subida otra preocupación le asaltó; durante estas semanas de guerra los moros podían haber llegado a la heredad, quizá Elvira hubiera tenido que huir de sus tierras para refugiarse en alguna villa o fortaleza, y trató de no pensar en lo peor; al fin y al cabo, Dios estaba de su parte y se lo había demostrado desde que salió de Salvatierra.

Félix llegó a lo alto del montículo y se detuvo a contemplar la heredad despertándose a un nuevo día. Pero al mirar hacia abajo se encontró con una casa ennegrecida por las llamas, todavía humeando y con el tejado hundido en su interior. Su corazón dio un vuelco y notó cómo se formaban gotas de sudor frío en su frente. ¿Qué habría pasado? Se puso en lo peor, pero trató de serenarse; seguramente un rayo de la tormenta había caído en la casa y se había incendiado.

Intentó convencerse de que Elvira aparecería tras los muros cuando oyera acercarse el caballo y dio rienda suelta al animal, que se movía inquieto notando su nerviosismo. Félix bajó la pendiente a galope tendido con la esperanza de encontrarla sana y salva. El peso de la montura se hacía notar al ganar velocidad y los cascos del caballo resonaban sordos entre los delicados trinos matutinos de los pájaros.

Cuando llevaba recorrida media ladera vio aparecer una figura por la esquina de la casa que se quedó mirándole. Por su porte y la manera con que le observaba estaba claro que el intruso no temía al jinete que se acercaba y, sencillamente, estaba valorando la situación. Félix también escudriñó al extraño, sucio y desaliñado, y desechó la idea del rayo incendiario. Por los ropajes del hombre dedujo que se trataba de un moro. Probablemente una partida había asaltado la casa y le habían prendido fuego, y Félix notó cómo la rabia y la ira crecían en su interior.

De un plumazo se habían venido abajo todos sus sueños y el freire no estaba dispuesto a dejar que unos simples salteadores, con ejército o sin él, le quitaran lo que era suyo por la Gracia de Dios, y del maestro Ruy, que le había dejado salir del fuerte. Tenía que encontrar a Elvira pero, antes, tenía que deshacerse de todo el que se interpusiera en su camino, y por eso desenvainó su espada y sintió el peso del arma en su brazo mientras embestía a toda velocidad al extraño que le esperaba, hacha en mano, a la puerta de la casa.

Guzmán se acercó al muro buscando su protección, puesto que obligaría a frenar al caballo para no chocar y restaría velocidad a la embestida. Félix vio la maniobra y tiró de las riendas hacia atrás, mientras presionaba con las piernas al animal para que cambiase su trayectoria y se acercase en paralelo a su enemigo, en lugar de avanzar de frente contra el muro. El caballo maniobró con destreza, dejando a Félix con la

diestra al enemigo y la espada pronta para caer sobre Guzmán que, ante el peligro, retrocedió para protegerse dentro de la casa.

Félix avanzó junto al muro dispuesto a ensartar a su presa pero, en el momento en que se acercaba a la puerta, Guzmán salió como una exhalación. Su brazo describió un arco a toda velocidad, para hendir su hacha en el pecho del animal, derribar al atacante y equilibrar así la lucha.

Félix se dio cuenta de la insólita maniobra de su oponente; nadie mataba a un animal que bien podía valer más que una casa, pero no pudo hacer nada más que inclinarse hacia delante para hostigar al moro antes de que este cercenase el pecho de su montura. En ese momento, el caballo, consciente del peligro que corría, esquivó el golpe con una extraña cabriola en la que desplazó sus cuartos traseros hacia delante y, con un cómico salto, salió del trance sin un rasguño. La acción pilló a los dos hombres desprevenidos. El hacha de Guzmán silbó en el aire sin encontrar resistencia y Félix, al no estar sujeto por la silla, cayó del animal golpeándose con la pared en la espalda antes de chocar contra el suelo.

Guzmán se acercó al freire rodeando al caballo, pero Félix logró levantarse antes de que el otro llegara, se echó la capucha hacia atrás para evitar que le entorpeciese la vista y se preparó para recibir a su adversario. Guzmán atacó sin pensarlo y golpeó con tal ímpetu que a Félix, todavía recuperándose de la caída, le fallaron las fuerzas para detener el golpe; la dureza del envite acabó doblegando su brazo y rasgándole la loriga a la altura del pecho.

Maldita sea, pensó Félix. No iba a haber llegado hasta allí para dejarse matar por un moro cualquiera, necesitaba ganar tiempo, así que retrocedió con rapidez esquivando los golpes, que derribaban trozos de pared allí donde el hacha caía con fuerza descomunal.

Nuño salió de la casa al oír el alboroto de la pelea, pero no pudo ver más que la espalda de Guzmán y los movimientos de su diestra mientras intentaba en vano amputar algún miembro de su enemigo, que huía arrastrando la espalda por la pared en busca de algún cobijo.

Después de varios golpes fallidos, Guzmán se anticipó a su adversario y se adelantó para asestar el golpe de gracia. Félix adivinó el movimiento y se revolvió contra el moro, aún a riesgo de sufrir el hachazo que terminaría con su vida. A tan escasa distancia no pudo usar la espada, por lo que se conformó con arremeter contra su atacante e intentar derribarlo con el hombro. Guzmán aguantó el primer envite, pero el tamaño y la juventud de Félix acabaron imponiéndose y cayó de espaldas arrastrado por la fuerza del freire. El freire, acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo y con la rapidez y los reflejos fruto de su experiencia, aprovechó la caída para asestarle un rodillazo entre las piernas antes siquiera de tocar el suelo.

Guzmán sufrió el golpe con un gruñido mientras sus pulmones se vaciaban y perdía por un instante el control, invadido por una oleada de dolor que dejó su mente en blanco. Félix aprovechó para desarmarle, quitándole el hacha de una patada y, de

pie sobre su adversario, se dispuso a atravesarle el corazón sosteniendo su espada con las dos manos a modo de puñal.

—¡Félix, no! —gritó Nuño.

Félix se volvió y vio a Nuño, que se acercaba a toda prisa. No entendía qué estaba pasando; pero si Nuño estaba allí, también estaría Elvira, que nunca se separaba de su hijo.

Guzmán vio la oportunidad de contraatacar, pero el dolor, el cansancio de la lucha y el agotamiento de los días de marcha desde las sierras de Al-Andalus le pesaban y decidió dejarse a su suerte, y confiar en que el muchacho conseguiría aplacar la ira de su contrincante.

—No le hagas daño, Félix —continuó el muchacho, acercándose—. Es un amigo y siempre se ha preocupado por nosotros.

Félix miró a Guzmán, que respiraba aliviado pero con gesto dolorido. Ahora que podía fijarse en él, le pareció mayor para la fuerza y la destreza con las que había luchado. El moro tenía las sienes plateadas y, aunque de rasgos finos, tenía profundas arrugas en la frente y unas bolsas negruzcas bajo los ojos, aumentadas por el cansancio. A veces le parecía mentira que hubiese hombres que, a pesar de los años, seguían luchando como leones y que podrían fácilmente derrotar a cualquier joven poco experimentado.

Félix envainó su espada y ofreció su mano enguantada a Guzmán para ayudarle a levantarse.

—Lucháis con bravura para peinar canas —dijo Félix, mientras el otro tomaba su mano para incorporarse.

Guzmán observó al joven freire de Salvatierra con una mezcla de asombro y admiración. ¿Cuántas veces lo había tenido a su merced durante la lucha y, sin embargo, se había escabullido una y otra vez, con velocidad inusitada? Incluso había llegado a derribarle con la fuerza de un toro, a pesar de que Guzmán no era ningún alfeñique.

—Me habéis vencido con un golpe bajo —se quejó Guzmán, aunque sabía que el golpe había sido posterior a su derribo—. De no haber sido así, otra suerte hubiera corrido.

—Atacar al caballo tampoco es el acto más noble en la lid —repuso Félix.

Los dos se midieron otra vez, pero en ese momento Nuño los alcanzó. El muchacho se abrazó al freire y comenzó a sollozar de manera incontrolada. Félix lo miró atónito y pasó su brazo por los hombros del chico, tratando de consolarle.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con cariño al muchacho. Nuño no paraba de llorar, y fue Guzmán el que intervino.

—¿De quién era el otro cuerpo que yace en la casa? —preguntó con suavidad.

Nuño no contestaba y Guzmán insistió.

—¿Era el cuerpo de tu madre? ¿Es Elvira la que yace achicharrada en mitad de la casa, junto a Diego? ¿O es Sancha, su mujer?

Nuño negó con la cabeza entre sollozos y Félix, que ya temía lo peor, comenzó a impacientarse.

—No, ¿qué? ¿Que no es tu madre? ¿O que no es Sancha? —preguntó el freire, apartando al muchacho de su cuerpo, con firmeza pero con suavidad.

—No es mi madre, es Sancha la que yace junto a Diego —alcanzó a balbucear Nuño.

—¿Pero sabéis qué ha acontecido aquí? —preguntó Félix, sin dirigirse a ninguno de los dos en concreto, y a ambos a la vez.

—Hemos llegado hace rato y nos hemos encontrado lo que ves —comenzó Guzmán—. Suponemos que habrá sido un rayo de la tormenta de ayer. Debió colarse por algún resquicio, prender en el interior y asfixiar a los que dormían. Hemos encontrado los cuerpos calcinados de Diego y Sancha, pero parece que no hay rastro de Elvira. Dios quiera que no le haya sucedido nada malo.

—¿Pero dónde está Elvira, entonces? ¿Y por qué no estaba Nuño con su madre? Ella no se separa de su hijo.

—Es una larga historia —repuso Guzmán—. Lo mejor será inspeccionar los restos de la casa y luego dar sepultura a los ancianos. ¿Puedo preguntaros qué hacéis vos aquí?

—Venía de visita, como en tantas otras ocasiones —dijo Félix, ocultando sus motivos—. Soy amigo de la familia y quería interesarme por Elvira y el niño; no corren buenos tiempos en la frontera y, desde la encomienda de Ciruelos, la heredad me queda a escasa distancia.

Guzmán no creyó una palabra, puesto que el caballo árabe sobre el que venía el freire no era suyo, el hábito negro con el que se cubría tampoco, ni tampoco tenía aspecto de llegar de Ciruelos, sino de mucho más lejos.

Félix se acercó al animal, dando la espalda a Guzmán para evitar más preguntas, y sujetó las riendas reprochando al purasangre la cabriola que había realizado en el último momento y que había servido para que él acabase rodando por el barro. El caballo escuchaba con las orejas echadas hacia atrás, esquivando la severa mirada de su nuevo dueño.

En ese momento llegó *Mustafá* con paso cansino y, al ver a Nuño, corrió para saludarle con saltos y lametones. Luego se acercó a Félix, que estaba terminando con el caballo y continuó con una reprimenda al can por su tardanza. El caballo y el perro se miraban unidos en la adversidad.

Félix ató al caballo junto a la puerta, ignoró a *Mustafá*, que se pegaba a su lado con sumisión, y pasó al interior de las ruinas. Lo que quedaba de la casa de Elvira era descorazonador y decidió entablar conversación con Guzmán, para romper el silencio y evitar que sus sentimientos le traicionaran, mientras los tres inspeccionaban los cadáveres calcinados. No había duda de que ninguno de los cuerpos pertenecía a Elvira. Su dentadura blanca y completa no se correspondía con las de los dos desdichados que habían muerto abrasados.

—Cuéntame, muchacho, ¿cómo es que no estás con tu madre?

El muchacho y el mercader comenzaron a explicar el motivo de su viaje y sus andanzas desde su salida de la heredad hasta su regreso, esa misma mañana. El relato se alargó y, mientras hablaban, sacaron sobre una manta los cuerpos carbonizados de Sancha y Diego. Luego, junto a una esquina de la casa, cavaron dos tumbas en las que enterraron a los ancianos.

Una breve oración sirvió como despedida a la pareja mientras Félix, ausente, trataba de encajar la información del viaje de Nuño y Guzmán con su propia experiencia, comparando fechas y estableciendo paralelismos entre sus andanzas y las de ellos para cotejar la veracidad de la historia de Guzmán. Sus propios planes con Elvira quedaban en el aire. ¿Hasta qué punto había sido sincera con él? ¿Sería posible que le hubiera ocultado el viaje de Nuño?

No solo era posible, sino casi seguro. De haberlo sabido Félix, hubiera puesto el grito en el cielo y hubiera ido inmediatamente en busca del muchacho. Por otro lado, Tello le había contado que Elvira, decepcionada por su ausencia durante la venta de la heredad, le aseguró que cuando él se dignase a visitarla, ella ya no estaría esperándole. Pero, ¿cómo iba a ser eso cierto, si no estaba previsto que Nuño regresase de Toledo hasta la siguiente primavera?

El freire entró de nuevo en la casa y comenzó a inspeccionar las ruinas. Buscaba algo pero no sabía con certeza de qué se trataba, solo lo sabría cuando lo encontrase y, de repente, se topó con los restos de un arcón cuyas bisagras, completamente abiertas e inclinadas hacia atrás, habían sobrevivido a las llamas entre restos de madera carbonizada. Recordó de nuevo la carta de Elvira y la operación de venta de la heredad. Según Tello, la operación se había cerrado y Elvira había recibido el pago. El dinero debía haber estado en el cofre, pero no había restos de monedas ni de metal fundido.

¿Y si todo esto no hubiera sido más que la consecuencia de un robo? Las ideas surgían en la mente del freire a velocidad de vértigo, pero no encontraba la conexión entre las noticias que tenía y las numerosas posibilidades que se abrían ante él.

La cabeza empezó a dolerle con un pinchazo continuo, que iba en aumento. Decidió guardar silencio sobre sus intenciones con Elvira y la venta de la heredad; al fin y al cabo no sabía hasta qué punto podía confiar en Guzmán.

—Nuño, hijo, acércate al río y llena un caldero con agua fresca. Luego haces una fogata y lo pones a calentar, haz el favor —dijo Guzmán.

Los mayores se miraron, había llegado la hora de hablar sin que el niño estuviese presente y Nuño también se dio cuenta, pero estaba demasiado abatido para protestar, así que cogió una olla de las que habían sobrevivido al fuego y partió hacia el río.

Guzmán se acercó a Félix y le habló en susurros.

—La madre del muchacho tenía pensado vender la heredad y mudarse al norte para alejar al crío de los peligros de la frontera, pero el chico no sabe nada. Me parece que era vuestra Orden la que iba a comprar las tierras. ¿Sabéis algo de esto?

Félix, sorprendido por la franqueza del moro, y aún más por la familiaridad de Elvira con Guzmán, decidió intercambiar algo más de información.

—Elvira me lo había dicho. Yo mismo llevé la carta a Salvatierra y el maestro dio su consentimiento. La operación se realizó hará cuatro semanas, y tengo entendido que no hubo contratiempos.

Los dos se quedaron en silencio. La idea de un asalto a la heredad cobraba mayor fuerza.

—Podría tratarse de un robo —dijo Félix—. Si Elvira estaba aquí, puede que se la hayan llevado junto con el oro. ¿Qué habrá sido de ella? Podrían haberla herido. — Félix se calló el siguiente pensamiento que le cruzó por la mente y, tras un instante en el que el mundo parecía hundirse a su alrededor, la rabia y el odio que sentía le hicieron recuperarse y continuó en voz alta—: Por lo calientes que están los maderos, el asalto debió ser anoche, ayer tarde a lo sumo; no deben andar muy lejos. Hay que salir en su busca. Juro por Dios que no quedará ni uno vivo para contarlos.

Guzmán se percató de cómo la mirada desamparada de hacía unos instantes se tornó en una expresión furiosa, y los ojos claros de Félix le miraban gélidos y asesinos. No se trataba de la furia temperamental que provocaban las peleas en las fondas, sino de una rabia fría y calculadora, mucho más peligrosa.

El mercader fue consciente, en ese momento, de la buena fortuna que había tenido al conocer Nuño al freire.

—Seamos sensatos —dijo, intentando calmar a Félix—. No sabemos si Elvira estaba aquí, ni si realmente se produjo un asalto o si murieron por alguna otra causa. Un rayo podía haber quemado la casa y el humo haber asfixiado a los ancianos antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Ya sé que es extraño que los perros estuviesen dentro de la casa, pero podrían haberles dejado entrar por la lluvia, no lo sabemos... Lo más importante es encontrar a Elvira, pero no es lo más inmediato. Debemos decidir qué hacer con Nuño.

—El muchacho viene conmigo —sentenció Félix—. Le pondré a salvo de las correrías de los moros; bastante lo habéis arriesgado ya Elvira y tú.

Guzmán se alegró por la noticia, pues era justo lo que iba a proponer, pero no dejó escapar la más mínima expresión. Había llegado la hora de negociar y en eso el freire no podía hacerle frente.

—Un momento, no creáis que voy a dejar al niño con un desconocido. Rodrigo Núñez, el padre del chico, era un gran amigo mío y, a su muerte, juré ocuparme de su familia mientras viviese. He estado visitando a la madre del chiquillo cuando mis asuntos me lo han permitido, quizá no tanto como hubiese querido, pero siempre he velado porque no les faltara de nada y no estoy dispuesto a permitir que se exponga al niño a peligros innecesarios por parte de un freire montado en un caballo árabe que no es suyo y que, como todos los de su clase, solo piensa en ganarse el Cielo a costa de matar a sus vecinos. La madre del chico quería que se instruyese en materias menos violentas, como la gramática y la geometría... —Guzmán no recordaba los

nombres que se daban a los estudios, pero decidió echarle imaginación—, la música y las letras, el arte y la medicina. De ninguna manera quería que siguiese los pasos de mi buen amigo Rodrigo, que en paz descansa.

Félix no estaba dispuesto a que el moro se quedase con Nuño, y curvó la diestra alrededor del pomo de su espada.

—Nuño se queda conmigo. Le he tratado desde que nació, y a su madre también. Nunca os he visto por aquí más que en esta hora aciaga, así que, sin dudar de vuestra palabra, no os conozco como para dar crédito a todo lo que decís. Elvira nunca os ha mencionado y, aunque parece que el chico os quiere y da fe de lo que contáis, vuestro aspecto de moro ladino no me inspira confianza. —A Félix le faltaban palabras para razonar a la altura de Guzmán, pero no quiso dejar la afrenta e improvisó—. Además, el caballo es mío y se llama Temeroso, por sus continuas espantadas. En eso él y el perro hacen muy buenas migas.

—Usad la cabeza y no solo el brazo, que ya sabemos que lo tenéis muy presto. Elvira no podía hablaros de mí porque hubierais reaccionado como lo estáis haciendo ahora; no os diferenciáis de los ascetas fanáticos del otro bando, que vigilan la frontera apostados en sus solitarias atalayas, no veis más allá de vuestras reglas. El chiquillo está conmigo y ha estado siempre a salvo. Su madre me lo confió y no lo voy a dejar al primero que se cruza en mi camino. ¿Cómo sé que no habéis tomado parte, vos mismo, en el asalto de la casa?

—¡Maldito! —dijo Félix a la par que empezaba a desenvainar su acero—. ¡Esto lo vais a pagar caro! Elvira y yo estábamos comprometidos e íbamos a casarnos cuando la Orden me liberase de mis votos.

Guzmán se aproximó a Félix lo suficiente para sujetarle por las muñecas antes de que desenvainase, y vio las lágrimas que inundaban los ojos del joven.

—Os pido mil perdones. No sabía nada de esto y, por supuesto que, de haberlo sabido, no hubiera ahondado en el dolor que debéis sufrir en estos momentos. Soltad la espada y pensemos en lo mejor para el muchacho y para vos. Yo podría llevarlo de vuelta a mi casa en Toledo. —Félix dejó su espada mientras el otro le miraba a los ojos—. Doy gracias a Dios porque Elvira haya escogido al fin un hombre con el que cerrar la herida que lleva abierta tantos años y, al contemplaros, me parece que la viuda de mi amigo ha escogido con sabiduría. ¿Sabe algo el chiquillo de vuestro futuro desposorio?

—Nuño no sabe nada. A decir verdad, nadie sabe nada excepto ella y el maestre de la Orden, que tiene que autorizar mi renuncia.

—Si me permitís, me despediré de Nuño y cada uno tomará su camino; no es seguro para ninguno de nosotros permanecer más tiempo en este lugar. Partiré de regreso a Toledo de inmediato. Vos, ¿qué dirección tomaréis?

—Iremos también a Toledo, será un lugar seguro para el muchacho. ¿Indagaréis sobre el paradero de Elvira? —preguntó Félix, aunque sonó más bien a ruego.

—Por supuesto que lo haré. En el ir y venir de mis caravanas, durante los años de

paz he conocido a mucha gente en la frontera; Si alguien sabe algo terminaré por enterarme.

—Por mi parte averiguaré qué es lo que pasó con la venta de la heredad. Si se realizó el pago, es posible que alguien de fuera haya tenido conocimiento y se haya organizado el saqueo. Puede que el traidor esté incluso dentro de la Orden de Salvatierra —dijo Félix, pensando en su antiguo mentor.

Nuño llamó desde la distancia, el fuego ardía bajo la olla y el agua bullía dentro del caldero. Los hombres se acercaron y Félix sacó unos pedazos de carne ahumada del zurrón que colgaba al costado de su caballo.

—Esto es magro de cerdo ahumado. Está un poco duro, pero irá bien con la sopa ¿Podéis comerlo? —preguntó a Guzmán, conocedor de la prohibición de comer cerdo del Islam.

—Claro que puedo. Aunque me veáis con este aspecto, soy cristiano, pero me alegro de que hayáis sacado el cerdo para poder probaros mis palabras y que no quede la más mínima duda sobre lo que os he relatado.

La colación fue breve y silenciosa. Solo al final, Félix se atrevió a explicar a Nuño que tenía que acompañarle a Toledo y se quedaría al cuidado de la Orden.

El muchacho se resistió al principio, pero las dotes persuasivas de Guzmán junto con el respeto que el chico demostraba por el mercader hicieron que aceptase su destino.

Félix se alejó discretamente de los dos, mientras se despedían. Observó al niño, que se abrazó a Guzmán y estuvo llorando durante largo rato. Guzmán logró por fin separarse del muchacho y a Félix le pareció ver que también le corrían lágrimas por las mejillas.

—Id con Dios —gritó Félix, mientras se alejaban. Al mirar atrás, vio a Guzmán que permanecía en pie delante de la casa con la mano en alto, despidiéndose del chiquillo.

Guzmán había preferido separarse de Nuño en ese instante y dejar que el muchacho se alejara de lo que quedaba de su casa cuanto antes.

La recién formada pareja andaba el camino a Toledo en silencio, ocupada en tristes y funestos pensamientos. Nuño montaba a Temeroso y Félix caminaba a su lado sujetando las riendas del animal. A lo lejos unos nubarrones oscurecían el cielo al mismo tiempo que un viento fresco barría la llanura, arrastrando polvo pero aliviando a los viajeros de una tarde de calor y moscas. Nuño no paraba de sollozar y Félix, con la mirada puesta en el horizonte, le habló con ternura.

—A veces cierro los ojos y veo la casa en la que me crie, con mi hermano, jugando en la puerta de la calle o peleándonos en el patio. Los días felices junto a mi padre y mi hermano, pero sobretodo junto a mi madre, que siempre estaba dispuesta a reconfortarme con unas palabras cálidas o una mirada llena de comprensión y cariño. Recuerdo cuando mi madre me acariciaba el pelo, consolándome cuando algo malo me ocurría. —Nuño dejó de llorar y miró a Félix—. Cuando yo tenía tu edad, unas

fiebres se llevaron a mi madre y fue el momento más triste de mi vida. No paraba de llorar y no la tenía a ella para consolarme. Permanecía encerrado todo el día, sin apenas probar bocado, y no quería abrir la puerta a nadie; ni a mi padre, ni a mi hermano, ni a su fiel escudero... Pasados unos días del entierro, mi padre me llevó a las puertas de la iglesia de Santa María, en Toledo. Allí, a la salida de misa, se juntaban los enfermos y los tullidos a pedir limosna, pero también los flacos de espíritu y los holgazanes. Vagabundos, pillos y granujas estaban al acecho a ver a quién podían robar alguna bolsa en un descuido. Mi padre me cogió de la mano y me dijo: «algún día crecerás y te harás un hombre. Cuando llegue ese momento, ¿querrás ser parte de los granujas, los miserables y los desheredados? Tú te mereces estar por encima de ellos, de los que han perdido la fe, de los que no tienen honra, de los que no se esfuerzan por salir adelante. Un día te dejaré, pero cuando lo haga ya te habrás convertido en un hombre como Dios manda. Por muy duras que sean las calamidades que Dios te envíe, siempre saldrás adelante y continuarás luchando. No importa el trance en el que te encuentres, porque Dios estará a tu lado y tu sufrimiento nunca será eterno. Cuando parezca que el fin ha llegado, busca a Dios y busca en tu interior, y recobrarás las fuerzas para continuar. Nunca desfallecerás. Cuando llegue la hora de reunirte con Dios, no importa si eres anciano y te llega la hora durmiendo o si aún joven caes en la batalla, solo Dios conoce el día y la hora, si te has portado con honor y valentía y no has flaqueado, Dios te reconocerá como suyo y vendrás a reunirte con tus antepasados en el Cielo. Escucha bien mis palabras hijo mío; siempre seguirás luchando, siempre, hasta el final».

*Arroyo Guajaraz**12 de agosto de 1211*

La vida se hacía en Toledo de puertas adentro.

Las viviendas se apiñaban unas con otras, flanqueando las angostas y sinuosas calles de la ciudad como un sombrío reflejo de la vida de sus habitantes. Las ventanas al exterior solían ser pequeñas y estar cubiertas de celosías, que servían para resguardar a sus ocupantes de las miradas de extraños y para mantener los hogares frescos en los meses de verano. En ninguna casa faltaba un patio, alegrado con una alberca o un pozo y adornado con grandes macetas, contrastando con el aspecto austero puertas afuera.

A Guzmán la casa del barrio de Francos pronto se le quedó pequeña: el tratado de paz entre moros y cristianos después de la batalla de Alarcos hizo que se reanudase el comercio entre los dos reinos y algunos de los habitantes de la ciudad se arriesgaron a establecerse extramuros. Cuando el negocio de las caravanas comenzó a prosperar, compró una alquería abandonada en la linde de los montes y la reconstruyó, edificando más dependencias para almacenar mercancías y tener espacio para las carretas y los animales.

Todo ese espacio estaría ahora vacío, sin mulas ni carros que guardar, pensó el mercader mientras caminaba siguiendo el curso del Tajo. El viaje desde Villamuelas le había resultado penoso: no tanto por el cansancio ni por la casi cicatrizada herida, sino por la angustia que le causó la desaparición de Elvira y las trágicas circunstancias que rodeaban el suceso. La despedida de Nuño le había supuesto un gran golpe y, cuando el muchacho se marchó con el caballero, Guzmán se dio cuenta de lo mucho que había aprendido a querer al chico y de todo lo que le echaba de menos.

Zubayda estaba en su alcoba, con la mirada perdida en el horizonte por donde debía haber aparecido su marido semanas atrás. Sus grandes ojos negros estaban irritados. No había parado de llorar desde que llegó Omar con el resto de los hombres, pero nadie pudo darle noticias de Guzmán. Ella se esforzó por aparentar normalidad cuando le contaron que se habían separado en Calatrava y que suponía que se había quedado algunos días más junto a su amigo Aben. Pero ante la insistencia de la mujer, Omar acabó confesando que Guzmán había partido hacia Andújar junto con Nuño, desesperado por la falta de libros.

Cuando se enteró del descabellado plan de su marido, Zubayda lo maldijo una y mil veces y se encerró en su dormitorio. En su desesperación arremetió contra las ropas de su esposo y las rasgó hasta hacerlas pedazos. La furia le duró un par de días

y, finalmente, exhausta, entró en una apatía que solo con el cariño y la compañía de sus hijas fue capaz de superar.

Guzmán llevaba desaparecido más de un mes y no había noticias de su paradero, así que Zubayda tomó de nuevo las riendas de su casa y se entregó a una actividad frenética.

Estaba tratando de hacer huir los malos pensamientos, escrutando el camino hacia el río con la esperanza de que su marido apareciese. Se secó las lágrimas con un pañuelo de seda y creyó ver la figura de un hombre que avanzaba despacio hacia la casa. Entornó los ojos para distinguirlo mejor y le pareció que por los andares pesados del caminante podría tratarse de Guzmán.

Se levantó de un salto y se acercó a la ventana, y al fin pudo distinguir con certeza a su marido. El agotamiento que había sufrido desde que llegó Omar con los hombres se esfumó de repente. Cruzó la habitación a punto de anunciar a gritos que Guzmán había regresado pero, al verse en el espejo, decidió arreglarse antes de recibirle.

Agarró con manos temblorosas un frasco de kohl, una pasta negra traída de Egipto para oscurecerse los párpados. Trató de calmarse y se acercó corriendo a la ventana para comprobar que era él el que se acercaba.

Una vez hubo terminado con los párpados sacó una mezcla de polvo de arroz con clara de huevo y polvo rojo para reavivar el color de sus mejillas y mascó un trozo de corteza de nogal para refrescar su aliento. Comprobó el estado de su saya y decidió ponerse una de seda blanca que realzaría su figura y el color de su pelo. Completó su vestimenta con varios brazaletes y un collar de plata con zafiros incrustados que le había regalado su marido.

A punto de terminar de arreglarse, oyó un grito en la habitación contigua y al instante se abrió la puerta de su alcoba.

—¡Es papá! —gritó Muwayra, que fue corriendo hasta la ventana y empezó a saltar saludando con la mano a su padre, que ya se encontraba muy cerca de la casa.

Guzmán la vio a lo lejos y se alegró tanto de ver a la muchacha que no pudo evitar que le corrieran las lágrimas por las mejillas y acabaran empapando su enmarañada barba de varias semanas. Se dio cuenta de su desaliñado aspecto y se pasó la mano por la cabeza y luego por la barba, tratando de mejorar un poco su imagen, aunque los resultados fueron inapreciables.

La alquería tenía las dos puertas abiertas de par en par: una grande que daba paso a un corral por donde entraban las carretas y llevaba a las cuadras y las casas de labor, y otra más pequeña por la que se veía un pequeño zaguán que daba entrada a la casa. Muwayra desapareció de la ventana y, casi de inmediato, salió corriendo por la puerta de la casa y se abrazó a su padre. Acto seguido aparecieron algunos sirvientes y esclavos, y Omar se adelantó entre ellos para recibir al señor de las tierras.

—Guzmán, bienvenido a tu casa, te echábamos en falta —le dijo.

—Mi buen Omar, veo que habéis realizado el viaje sin mayores problemas.

Nosotros no hemos tenido tanta suerte y un contratiempo con unos bandidos al cruzar los montes hacia Fuencalda nos retrasó. Gracias a Dios, pudimos escapar y escondernos en una cueva hasta que me recuperé de una herida y pudimos continuar camino. Sin los cuidados de Nuño no lo habría contado.

Muwayra estaba deseando que su padre le contara las peripecias del viaje y apenas podía reprimir su curiosidad.

—¿Dónde está Nuño, papá?

Guzmán miró a su hija y Muwayra se alarmó por la tristeza que vio en los ojos de su padre.

—Nuño está bien, pero se ha marchado con un amigo de su madre que va a ocuparse de él durante una temporada.

—¿Por qué le has dejado ir? ¿No estaba a tu cuidado? —preguntó la niña.

—Está en buenas manos. No sabía que te importase tanto.

—Y no me importa —sentenció Muwayra.

La explicación no satisfizo la curiosidad de la niña, pero al menos Nuño no había sufrido ninguna desgracia y Muwayra decidió dejar sus preguntas para más tarde. Su padre parecía agotado y necesitaría descansar y recuperarse del viaje.

Hafsa, vestida con una túnica verde que solo dejaba al descubierto unas manos blancas como la nieve, salió de la casa y se acercó a Guzmán con la mirada llena de emoción. El velo oscuro que cubría sus cabellos y rodeaba su cuello enmarcaba su hermoso rostro con unos grandes ojos negros.

—Padre, has regresado a salvo —dijo la joven—. Estábamos muy preocupadas por ti. Desde que llegó Omar y no tuvimos noticias tuyas, madre se encerró en su alcoba y solo hace unos días la convencimos para que saliese.

—Pues no me ha pasado nada —dijo Guzmán con una sonrisa—. Tu madre se preocupa demasiado, como siempre.

Guzmán levantó el brazo para abrazar a sus dos hijas y un gesto de dolor se dibujó en su rostro.

—Es mejor que no me toquéis mucho, la herida del hombro aún me duele.

—¿De qué herida estás hablando, si puede saberse? —intervino Zubayda, que acababa de salir de la casa y se mantenía erguida a cierta distancia de su marido.

—Qué hermosa estás, esposa —dijo Guzmán—. Volver a casa es como regresar al Paraíso después de haber conocido el Infierno.

Zubayda se acercó a su marido, pero mantuvo el gesto severo y continuó sin tocarle.

—Nos atacaron unos bandidos al entrar en las montañas y me hirieron en el hombro. Tuvimos que escondernos para que no nos encontrasen y hasta mi recuperación permanecimos ocultos. Una vez me sentí mejor, regresamos a dejar a Nuño en su casa y yo me vine para acá. Por desgracia, la casa del niño estaba vacía —explicó Guzmán, que no quería alarmar más a su familia—, y tuve que dejarlo con esta persona. No hay de qué preocuparse.

—¿Quién es? —preguntó Muwayra, impaciente.

—Un amigo de Elvira. Seguramente vendrá a visitarnos un día de estos con el chico. El viaje a pie desde Calatrava ha sido un calvario.

La señora de la casa sintió un gran alivio al ver de vuelta a su marido, pero no dejó que sus emociones la delataran y se mantuvo distante; si Guzmán creía que con esa explicación estaba todo arreglado es que no conocía a su esposa, pensó Zubayda, pero lo importante era que había regresado. Ya habría tiempo de descubrir qué le había sucedido.

—Ya tendrás tiempo de contarnos todos los detalles —replicó Zubayda—. Vamos arriba, a lavarte y a que descanses, y habrá que mandar aviso al médico para que te vea la herida.

Zubayda agarró por el brazo a Guzmán y con suavidad tiró de él hacia la entrada. Después de la larga ausencia de su marido, la señora de la casa no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

Subieron a la alcoba y Guzmán se recostó en la cama mientras su mujer impartía órdenes para que prepararan el baño.

Una bandeja con frutas descansaba en una mesita junto a la cama y Guzmán no pudo evitar agarrar una ciruela y morderla con avidez.

Las moscas revoloteaban a su alrededor y Zubayda le miró con una mezcla de cariño y repulsión por las capas de mugre que traía encima. Por fin había regresado el hombre de la casa y ella sintió cómo su corazón se aceleraba solo con tenerle junto a ella. Los sentimientos encontrados de alegría y de disgusto por los riesgos a los que se había expuesto Guzmán se superponían entre sí y Zubayda estaba deseando abrazar a su esposo y echarlo fuera de la casa al mismo tiempo.

—Amada esposa —dijo Guzmán mientras masticaba la fruta—, tengo que admitir que tenías razón. El viaje ha sido un completo fracaso. Ni he podido comprar los libros, ni tampoco traer las carretas de vuelta. Aben las ha comprado todas y no me ha pagado ni la mitad de lo que valen. —Guzmán escupió el hueso en un cuenco y tomó otra ciruela—. El arzobispo me recriminará por no haber realizado su encargo y, si está de malas, nos podemos olvidar de la seda púrpura.

Zubayda le interrumpió, temerosa.

—Verás, Guzmán. Yo no sabía si estabas vivo o muerto; si volverías a casa o, después de nuestra pelea, te quedarías a vivir por ahí con tus amigos moros o con los bandoleros. O incluso si ibas a formar una nueva familia. Estaba totalmente desesperada; nunca me he sentido tan sola ni tan desdichada.

Guzmán sonrió abiertamente intentando consolar a su esposa.

—Ya estoy aquí y no debemos preocuparnos tanto —dijo Guzmán—. Aunque no todo haya salido como pensaba, saldremos adelante. El arzobispo seguro que entenderá la situación y cuando le enseñe la cicatriz seguro que hasta me pagará algún tipo de compensación. Aunque claro, no seré demasiado exigente, para que estemos a bien cuando le ofrezca la púrpura.

Guzmán se abrió la camisa y dejó su hombro al descubierto para que Zubayda examinara la herida. Los puntos que le había dado el barbero habían cicatrizado bien, aunque las marcas del corte y de los pinchazos de la aguja en la carne eran perfectamente visibles.

Zubayda se colocó detrás de su marido y le besó la cicatriz. Luego empezó a acariciarle el hombro mientras comenzaba a hablar:

—Verás, Guzmán, he estado muy sola y durante muchos días pensé que no ibas a volver. No sabes el odio que he sentido hacia ti por tu maldita terquedad a la hora de salir de expedición con las cosas como están. Muchas veces pensé en quitarme la vida. —Guzmán agarró la mano de su esposa y la besó, y Zubayda continuó—: Ahora estoy más feliz que nunca por tenerte de regreso, cuando creí haberte perdido para siempre, pero algo me atormenta y tengo que confesártelo; en los momentos más dolorosos, cuando me debatía entre quitarme la vida o maldecirte para siempre, tomé el frasco con el tinte púrpura y lo vacié en los desperdicios que damos a los cerdos para comer.

Zubayda contuvo la respiración durante el instante que tardó su marido en reaccionar. Guzmán retiró la mano de su mujer de su hombro y se incorporó de repente como si un resorte lo hubiera lanzado hacia delante. Se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Que has tirado la púrpura? —dijo atropelladamente, entre afirmación y pregunta.

Zubayda permaneció en silencio mirando a su marido. Su expresión era de arrepentimiento y las lágrimas comenzaban a llenar sus pupilas.

—¡Maldita sea! Les has dado la púrpura a los cerdos. —Guzmán se levantó de la cama—. Esto es inaudito. Me paso la vida como ramera en camino, tratando de que esta familia salga adelante, y cuando con todo mi esfuerzo puedo conseguirnos una posición mejor, mi mujer lo echa todo a perder... A los cerdos lo echa. ¿Tú sabes lo que pagué por el tinte?

Los gritos de Guzmán se escuchaban en toda la casa y solo Muwayra se atrevió a entrar en la alcoba e interrumpir la discusión cuando el baño estuvo listo. Su madre lloraba desconsolada y Guzmán continuaba con sus lamentos, indiferente a las lágrimas de su mujer.

Muwayra lo acompañó al baño y le dejó para que se desvistiera, pero aún estando solo, Guzmán continuó quejándose durante largo rato hasta que el efecto de las sales y el agua caliente apaciguaron su ánimo.

En su mente seguía maldiciendo y, entre arrebatos de desesperación y de ira, comenzó a analizar la situación con más calma. A pesar de la pérdida del tinte y de las carretas su posición seguía siendo saneada y podría aguantar hasta que terminase el verano y las cosas volvieran a su cauce. Mientras tanto, seguirían con la producción de seda y mejorarían los tintes y los bordados de las telas para conseguir un mejor precio a la hora de venderlas.

Guzmán maldijo una y otra vez la maldad de su mujer y la vileza con la que había actuado. Seguía dando vueltas al asunto sin comprender cómo había podido cometer un acto tan dañino y, por fin, una mirada maliciosa asomó en su rostro. Si Zubayda había llegado a tal extremo era porque su esposo le importaba mucho más de lo que nunca estaría dispuesta a admitir y, en el fondo, su partida a Calatrava la había dolido en lo más profundo de su ser.

Una esclava entró en el baño y vertió una jarra de agua hirviendo en la tina. La temperatura del agua volvió a subir y Guzmán sintió la felicidad de estar de nuevo en casa, junto a su mujer y sus hijas, disfrutando de las comodidades de su hogar.

Se durmió con una sonrisa en los labios.

TERCERA PARTE

Pacto de Lobos

*Marjaliza**14 de agosto de 1211*

Vermudo Cuevas desmontó de su caballo, satisfecho por haber regresado a casa.

La bolsa que llevaba atada al cinto rebosaba de monedas de oro y el tintineo que escuchó al saltar al suelo le hizo sonreír. El peso de esta era considerable, pero no quería separarse de ella y en las alforjas se hubiera podido extraviar. En cuanto esbozó una sonrisa, el dolor le forzó a conservar la misma expresión hierática que había mantenido desde el asalto a la heredad.

El tormento que sintió cuando la anciana le arrojó la sopa hirviendo fue insoportable. Al principio pensó que iba a volverse loco, pero cuando sumergió la cara en un charco y sintió algo de alivio, recordó el remedio contra las quemaduras y buscó desesperadamente los huevos que pudiera haber en la casa para aplicarse las claras sobre las heridas. El ungüento le alivió y, cuando el dolor disminuyó, abrió el arcón y encontró la ansiada recompensa.

Reunió a sus víctimas en el centro de la casa, amontonó los colchones de paja y las mantas sobre ellas y les prendió fuego. Los colchones ardieron rápidamente y enseguida comenzó a oler a carne quemada. No esperó a que los cuerpos se consumiesen y mucho antes de que alguien pudiera dar la voz de alarma ya se encontraba lejos de allí.

Vermudo ató el caballo a una argolla oxidada que colgaba junto a la puerta de su casa y se tocó la cara con cuidado. La piel estaba todavía muy tierna, pero notaba cómo se iban formando hilos de costra allí donde las heridas habían sido más profundas. Parecía que había parado de sangrar y Vermudo se obligó a no sonreír esta vez, anticipándose al dolor que le ocasionaba cualquier tipo de expresión.

Apenas había cruzado dos palabras con Silvestre durante su encuentro al amanecer, después del asalto. El dolor le impedía articular palabra y contestó a las preguntas del freire asintiendo o negando con la cabeza. Silvestre parecía satisfecho y repartió el oro según lo convenido; el monje se había llevado las tres cuartas partes del botín, pero le había prometido más trabajos y mayores ingresos, por lo que Vermudo no rechistó. Además, el rufián estaba deseando terminar su encuentro con Silvestre y regresar a casa. No toda su ganancia era de la incumbencia del freire y Vermudo reprimió otra sonrisa sorprendiéndose a sí mismo de lo contento que estaba.

Vermudo desató las riendas de la yegua que llevaba sujeta a la silla de su montura, condujo al animal a la entrada y allí lo amarró junto al otro. Desfundó su daga para soltar la carga y cortó las cuerdas que la sujetaban. Elvira cayó al suelo como un fardo. Gimió por el golpe, pero permaneció inmóvil, incapaz de moverse

por la debilidad y el agotamiento del viaje.

El puñetazo que le propinó Vermudo durante el asalto le había roto una ceja y tenía gran parte de la cara cubierta de sangre seca y oscura. El pelo se le había pegado a la sien por donde había resbalado la sangre y el polvo del camino la envolvía por completo. Le dolía la cabeza horrores por haber ido echada boca abajo sobre el lomo del animal, con las manos atadas a los pies por debajo de la yegua. Vermudo solo la bajaba por la noche, para dormir, y durante el día la volvía a subir al caballo. Apenas le había dado un poco de agua durante el trayecto y llevaba tres días sin probar bocado.

—Ponte de pie para entrar en la casa —dijo Vermudo mientras desataba las alforjas—. Se acabaron los miramientos, ahora tendrás que caminar sola.

Vermudo le dio una patada en las costillas al pasar junto a ella, pero Elvira no se movió. El rufián se quedó observándola, preguntándose si serviría para sus planes. Allí, tirada en el suelo, parecía mucho menos atractiva que cuando la había visto moverse a lo lejos mientras la espiaba en la heredad. La mujer tenía la ceja hinchada y los labios agrietados; los ojos hundidos encima de unas profundas ojeras gris oscuro, y el pelo, que Vermudo recordaba dorado y abundante, estaba sucio y enmarañado. Quizá se estaba volviendo viejo y se conformaba con cualquier cosa, pensó.

Se agachó y agarró a Elvira de las muñecas para arrastrarla al interior. La mujer era un poco más alta que él y el asesino ya no se sentía con fuerzas ni con ganas de cargar con ella. Pesaba casi tanto como él y el esfuerzo le dejó jadeando en mitad de la única habitación de la casa.

Vermudo retiró una manta que cubría el suelo de madera a modo de alfombra y abrió una trampilla oculta que conducía a un estrecho sótano excavado en la tierra y que servía de bodega para almacenar alimentos y bebidas. La cripta estaba vacía y despedía un fuerte olor a humedad a pesar del calor reinante fuera.

Elvira se percató de la intención de Vermudo y sintió una punzada de desesperación. Se encontraba muy débil y la perspectiva de acabar encerrada en una bodega subterránea, húmeda, fría y sin luz exterior se le hizo insoportable. Esperó a que el hombre se acercara a ella y la sujetase de las manos de nuevo con el fin de arrastrarla a la escalera que bajaba al sótano.

Solo tendría una oportunidad antes de que la encerrase y no podía desaprovecharla. Cuando Vermudo comenzó a bajar por la escalera de mano, tirando de ella, Elvira reunió todas sus fuerzas y logró soltar las manos de la presa de su secuestrador. Antes de que el asesino pudiera reaccionar, empujó a Vermudo, que intentó sujetarse a los brazos de Elvira, pero no lo consiguió y golpeó a su víctima en la cara al intentar agarrarse a su cuello.

El asesino se estaba cayendo hacia atrás y trató de sujetarse a la escalera; estiró los brazos al máximo, pero falló y cayó de espaldas al suelo de la cripta. Elvira quiso incorporarse pero las piernas no le respondieron, por lo que se arrastró hacia la

trampilla para voltearla y encerrar a Vermudo.

A duras penas consiguió llegar a su objetivo. Le costaba respirar por el esfuerzo y los latidos de su corazón le retumbaban en la cabeza a toda velocidad. Parecía que le iban a estallar las sienes, la herida de la ceja se le había abierto durante el forcejeo y había comenzado a sangrar. Cada segundo era vital y ella se afanaba por levantar la trampilla para voltearla y cerrar la entrada. Pesaba demasiado y sus esfuerzos eran inútiles, pero al fin logró que la puerta alcanzara la vertical y la dejó caer sobre la abertura.

Se oyó un grito sordo cuando cayó la madera y Elvira suspiró aliviada. Sin embargo, antes de que pudiera correr el cerrojo, vio que había pillado la mano de Vermudo y el rufián impedía que la puerta se cerrase del todo. Desesperada, intentó subirse a la puerta, pero antes de conseguirlo Vermudo empujó la trampilla con todas sus fuerzas y el tablero giró de nuevo sobre sus goznes a toda velocidad. Elvira tuvo el tiempo justo para retirar su cabeza y evitar que le golpease la cara.

Vermudo salió por el agujero del suelo con gran rapidez y golpeó a Elvira en la cara. La sujetó por el pelo y la abofeteó varias veces más y, cuando la soltó, la cabeza de Elvira chocó con el suelo, incapaz de sostenerse. El tipo la agarró por el pelo, arrastrándola para arrojarla por el hueco de la trampilla, y Elvira cayó por la escalera tratando de sujetarse antes de chocar contra el frío suelo de la cripta. Luego la miró desde arriba y comprobó que la mujer seguía consciente.

—Maldita perra malnacida, hija de puta —dijo—. ¿Creías que te ibas a salir con la tuya? Da gracias de que no baje y me ensañe contigo hasta que me canse. Podría romperte los huesos uno a uno y dejar que te pudras ahí abajo entre terribles dolores.

Elvira no levantó la mirada y se arrastró hasta la pared. Allí permaneció sentada, sollozando junto al frío muro, con las rodillas flexionadas y abrazándose las piernas.

Vermudo estaba furioso, pero satisfecho de haber salido victorioso del lance, y se sorprendió cuando notó que podía hablar sin demasiados dolores.

—Pero no creas que voy a hacer eso —continuó animado—. No merece la pena ni la energía que iba a gastar en golpearte. Voy a hacer algo mucho mejor... Te voy a contar cómo murió tu marido y el engaño que has sufrido durante todos estos años.

Elvira levantó la mirada y a Vermudo su imagen le recordó a la de un perro apaleado.

—A tu marido lo mató Silvestre Osorio cuando la toma del castillo de Salvatierra había terminado. Silvestre se había adentrado con ese freire pupilo suyo en las profundidades de las bóvedas subterráneas de la fortaleza y asesinó a un moro para robarle. Tu marido los descubrió y comenzó recriminar al joven, pero Silvestre se acercó por detrás y le apuñaló a traición por la espalda.

Guzmán esperó a que sus palabras hicieran efecto y cuando vio la cara de asombro de Elvira decidió continuar.

—El otro monje encubrió a Silvestre para que nunca se supiera lo que había pasado y, durante todos estos años, nadie ha sabido de aquel secreto. El maestre llegó

hasta el moribundo y le contaron la historia que ya conoces sin que tu marido pudiera contradecir la versión de Silvestre; las puñaladas habían sido profundas y tenía los pulmones encharcados de sangre. Murió consciente de la traición y sin haber podido defenderse ni recibir justicia.

Elvira comenzó a llorar desconsolada. Sabía que Vermudo solo estaba tratando de hacerla daño, vengándose por su intento de fuga, pero el recuerdo de Rodrigo y la forma en que había muerto el padre de su hijo la colmaron de tristeza. No era lo mismo morir tomando el fuerte a manos del enemigo, que por una puñalada traicionera de un compañero de armas. ¿Sería posible que la historia de Vermudo fuera cierta? Por si fuera poco, el asesino había sido el maldito Silvestre Osorio, que había ido después a comunicarle la muerte de su esposo. Cómo habría disfrutado el muy cobarde al darle la noticia, pensó Elvira.

La rabia se apoderó de ella y de repente comprendió los sucesos de los últimos días.

—Silvestre y tú habéis ideado el asalto y sois los culpables de la muerte de los dos ancianos que vivían en mi casa —dijo Elvira, un poco más calmada—. Por eso Silvestre insistió en realizar la compra y entregar el dinero, y tampoco tuvo reparos en aceptar el precio que le pedí. ¡Malditos seáis los dos! Yo os maldigo y os condeno a una muerte lenta y dolorosa. Cómo hay Dios que acabaréis ajusticiados.

Vermudo se sintió contrariado por la maldición de la mujer, pero no dejó que Elvira se diera cuenta de su preocupación.

—Cuando se os pasen los malos humos, avisadme y os traeré algo de comer —replicó Vermudo.

El asesino bajó la trampilla, echó el cerrojo y lo cubrió con la manta. Por fin estaba en su casa. No era una vivienda lujosa, ni siquiera limpia o en buen estado, pero se alegró de estar de regreso y haber conseguido incluso un mayor botín de lo esperado. Además, ahora tendría a alguien con quien compartir su soledad y estaría acompañado durante una temporada. Sonrió a pesar del dolor que le provocaban las quemaduras.

Elvira había quedado casi a oscuras. La poca luz que se colaba por las rendijas de los tablones del suelo era insuficiente para iluminar el sótano y la manta que ocultaba la trampilla evitaba que entrase más claridad.

Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad, aunque por fin pudo ver la estancia en la que se encontraba; paredes de adobe y techo de madera, al que no alcanzaría ni siquiera saltando con sus escasas fuerzas. Vermudo había retirado la escalera y no había forma de acercarse a la cubierta. Las posibilidades de escapar eran casi nulas.

Elvira se tendió de costado en el suelo con el brazo extendido, apoyando su cabeza sobre uno de sus hombros. Se acordó de su hijo y de Diego y Sancha. Los ancianos ya no padecerían sufrimiento alguno, pero se preguntó qué sería de Nuño y cómo reaccionaría el niño cuando se enterase de la noticia de la desaparición de su

madre.

El sueño se iba apoderando de ella mientras las imágenes de los últimos días se agolpaban en su mente, hasta que el agotamiento la venció. Antes de dormir se acordó de la muerte de su marido y de la traición de Silvestre. El muchacho que acompañaba al monje era Félix y él le había relatado los momentos de la muerte de Rodrigo de otra manera. ¿Sería posible que el freire la hubiera estado mintiendo todos esos años?

Durante varios días, cada vez que lograba conciliar el sueño le asaltaban las pesadillas.

Sierra de San Vicente
17 de agosto de 1211

Félix sonrió satisfecho cuando divisó el campamento del rey.

—Nuestras súplicas han sido atendidas —dijo a Nuño, que también observaba las lejanas tiendas desde su montura—. Por fin hemos dado con la hueste de Alfonso.

El freire llevaba varios días tras la pista del monarca pero, al llegar a Toledo, se enteró de que el rey Alfonso había dejado a su amigo Lope Díaz de Haro a cargo de la defensa de la ciudad. Mientras, el soberano salía con sus mesnadas a hostigar las columnas de moros que asolaban la región y a evitar que las razias sobrepasaran la Transierra causando daños en el interior de Castilla. En Toledo no supieron darle razón exacta de la situación del monarca, que se encontraba en continuo movimiento, visitando castillos y atendiendo villas y fortalezas.

—Fíjate en la disposición del campamento —dijo Félix al muchacho—, sobre una muela, con un riachuelo a los pies del cerro, y con un bosquecillo cercano para obtener buena leña. Como ves, el adalid a cargo de la hueste no podía haber elegido una posición más idónea.

Nuño asintió indiferente y Félix, ya resignado a la tristeza del niño, decidió ignorarlo. El freire hubiera preferido que Nuño se hubiese quedado en Toledo, en unas casas que tenía la Orden en aquella ciudad, o incluso valoró llevarlo con Guzmán, pero la melancolía del muchacho, tan parecida a la de Félix en su infancia, y la insistencia del chico por acompañarle acabaron ablandándole e inclinaron la balanza del lado de Nuño, que pudo seguirle como escudero.

Una guardia de cuatro peones fuertemente armados les salió al paso, mientras observaban el cerro. Tras una breve explicación, los dos jinetes continuaron camino hacia el arroyo, que a duras penas sobrevivía a los calores del estío, e iniciaron el ascenso a la muela. El campamento estaba rodeado por varias filas de estacas clavadas en la tierra y unidas entre sí mediante argollas y cuerdas. Sus puntas sobresalían varios codos del suelo y, en algunos casos, estaban reforzadas con afiladas cuchillas de hierro. En la entrada Félix volvió a mencionar el motivo de su visita a los centinelas, que le dieron las indicaciones necesarias para llegar a la tienda del rey. Félix y Nuño continuaron a caballo y les acompañó el sargento responsable de la puerta, ávido por tener noticias de Salvatierra.

El campamento estaba establecido en cuadrado, con las tiendas formando una avenida de norte a sur cruzada por dos callejuelas transversales que permitirían una rápida reacción de los acampados en caso de emergencia. Las tiendas que se encontraban en el perímetro exterior, junto a las estacas, correspondían a las de los

cabildos y los rico-hombres, y estaban situadas tan cerca unas de otras que no permitían el paso de hombres o bestias entre ellas. Hacia el interior se encontraba el grueso de la hueste, acampada entre el perímetro exterior y la plaza central, en donde se situaban la tienda del rey y las de los señores que formaban el mando del ejército.

Nuño había divisado en la distancia las jaimas del ejército del Miramamolín, pero nunca había podido observar de cerca estas moradas circulares que tanto le llamaban la atención. A primera vista no se diferenciaban de las de los moros más que por los colores y los pendones que mostraban a quién pertenecía cada una. Sobre un mástil central se colgaba un tendal circular, o sostén de madera, sobre el que se colocaba la tela que se tensaba mediante cuerdas fijadas a estacas alrededor de la tienda.

—¿Cuántos hombres caben en una tienda de estas? —preguntó Nuño.

—Una de veinte cuerdas tiene capacidad para unos veinte hombres, aunque en caso de necesidad uno siempre puede apretarse más —respondió Félix.

—El mozo no anda muy ducho en temas de acuartelamiento —intervino el sargento que les acompañaba—. Para ser tan buen zagal, está aún muy verde en estas cosas. En verdad que estaréis impresionado por la hueste real, ¿no es cierto, muchacho?

A Nuño el real le pareció diminuto comparado con las dimensiones que ocupaba el ejército del califa en el sitio de Salvatierra. Decidió no responder al comentario y buscó la ayuda de Félix pero, al mirarle a la cara, se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo que él. El sargento les miraba contrariado por el silencio de los dos y, mientras avanzaban por la calle principal, algunos soldados se asomaron a verlos. Había corrido la voz de su llegada y los hombres hacían conjeturas sobre las noticias que traería el freire desde Salvatierra. Descendieron de sus monturas en la plaza donde se encontraban las tiendas de mayor lustre.

—Yo me ocuparé de los animales —dijo el sargento, tomando las riendas de Temeroso y del palafrén que montaba Nuño—. No sabía que la milicia andaba tan falta que ahora ha decidido cambiar sus monturas por las de los moros.

—Los asuntos de la Orden no son de su incumbencia —cortó Félix con frialdad.

—Esperen aquí, enseguida les recibirá el repostero —se despidió el otro.

La tienda del rey destacaba con su tela fina de seda bermeja. Sus dimensiones no superaban las de las otras tiendas pero, además de su color, un gran estandarte con la enseña de Castilla colgaba orgulloso a la entrada. A su derecha había otra tienda similar, en cuyo estandarte se mostraban dos calderos.

—Es el escudo de los Lara —explicó Félix—. Pertenecen a la familia más influyente del reino; de los condes que hay en Castilla, solo dos no pertenecen a esa familia.

—¿Y quiénes son? —preguntó Nuño.

—Don Diego López de Haro y don Gómez González de Campoo. —Félix sonrió con malicia—. La historia de los Lara está llena de traiciones; arrebataron la custodia del rey niño a don Gutierre Fernández de Castro, a quién el difunto rey Sancho había

confiado la tutoría de su hijo y la regencia de Castilla. Después de quedarse con el joven rey, persiguieron la regencia y no cesaron hasta conseguir Toledo, que arrebataron a Fernando Rodríguez de Castro, sobrino del anterior, no sin que antes este hubiese acabado con la vida de Manrique Pérez de Lara, tutor del rey y regente de Castilla. La regencia pasó a su hermano, don Nuño Pérez de Lara, hasta que el rey alcanzó su mayoría de edad y ahora es su hijo, don Álvaro Núñez de Lara, el alférez del rey, el encargado de portar su estandarte y mandar a la hueste cuando falta el monarca, y es responsable también de guardar el reino y velar por el cumplimiento de la justicia. —Félix señaló otra tienda—. Al otro lado de la tienda del rey está la de los Téllez de Meneses, con su divisa de un campo de oro. También son influyentes y bien relacionados con el rey y la Iglesia; uno de ellos es obispo de Palencia y fundó el primer Estudio General, transformando la escuela catedralicia en universidad. —Félix se agachó y susurró al muchacho—. Dicen las malas lenguas que andan mal avenidos con los Lara pero, ¿quién sabe lo que se cuece en la curia real?

Félix se irguió de nuevo, y señaló otra de las tiendas que flanqueaban la plaza.

—La tienda de ahí, con el escudo de roeles sobre campo rojo, es de Fernando García, que ya fue merino del rey y cuya familia siempre ha estado cerca del monarca desde tiempos de Alfonso VII, el Emperador. La enseña de ahí es la de los Girón que, antes de la triste hora de Alarcos, cedieron la mitad del castillo de Dueñas, al este de Salvatierra, a la Orden de Calatrava y que hace unas semanas cayó en poder de los moros. El padre fue mayordomo del rey y, poco después de su muerte, el mismo año en que la Orden recuperó Salvatierra, nombraron a su hijo don Gonzalo Ruiz mayordomo del rey. El mayordomo es la primera dignidad del reino, por delante del alférez, y responsable de la hacienda real. Es decir, todos le deben rendir cuentas de los dineros que se gastan o se reciben.

Félix andaba describiendo las tiendas de los magnates que pertenecían a la curia real cuando apareció el repostero, que salía de la tienda del monarca. El repostero, pequeño en altura y de aspecto lúgubre, calzaba botas de montar hasta la rodilla y una camisa blanca de lino que se ataba a la cintura con una correa de la que colgaba una espada de empuñadura ricamente adornada.

—Soy Fernando Sánchez, repostero de Su Majestad, el noble rey Alfonso de Castilla y Toledo —se presentó—. Tengo entendido que tienen un mensaje urgente para el monarca, ¿puedo saber qué es lo que se les ofrece, exactamente? El rey anda muy ocupado.

Fernando Sánchez ejercía las labores de repostero desde hacía diez años y estaba encargado de los enseres personales del Alfonso VIII, así como de la guardia personal del monarca, los Monteros Reales, en la que los vástagos de las principales familias realizaban su instrucción como donceles hasta llegar a ser nombrados caballeros.

—Mi nombre es Félix González, caballero de la Milicia de Salvatierra. Vengo con un mensaje para entregar personalmente a Su Majestad, de parte de mi maestro don

Ruy Díaz de Yanguas, cercado por el ejército del Miramamolín en la sede de nuestra Orden en Salvatierra.

El repostero miró a Félix de arriba a abajo, estudiando al joven alto y fuerte que, con ojos duros pero cansados, representaba la perfecta estampa de las tropas de choque de la frontera. La cruz negra del escapulario y el impecable equipo de batalla, austero pero de gran calidad, reluciente pese a la fina capa de polvo del viaje, completaban la imagen legendaria de un caballero calatravo.

—Me han comunicado que habéis venido en un caballo árabe, ¿puedo preguntaros por qué motivo?

—Hui de Salvatierra en la oscuridad de la noche y, con la ayuda de Dios y de la Virgen María, tuve la fortuna de tropezarme con un jinete árabe al que pude arrebatarse el animal. De no haber sido así, aún andaría corriendo la Transierra en busca del rey.

—Vuestro nombre no me dice nada. ¿Tenéis familia?

—Mi padre y mi hermano descansan en paz desde hace más de diez años. Mi padre, don Gonzalo Álvarez, era familiar de la Orden de Calatrava, igual que mi hermano Álvaro González, hasta que ambos murieron defendiendo a la cristiandad en la triste jornada de Alarcos.

—Mala hora la de Alarcos, quiera Dios que podamos vengar la muerte de tantos valientes a manos de los demonios africanos. —El repostero entornó los ojos, recordando la crudeza de la batalla y su huida junto al rey, antes de que la villa en la que se refugiaron los supervivientes fuese sitiada por los vencedores—. Decidme pues, ¿cómo está la situación en Salvatierra? ¿Es tan desesperada como cuentan los rumores?

—Los freires aún resisten, pero con penalidades. El cerco está resultando muy duro y los almohades han montado cuarenta ingenios que baten las murallas de la fortaleza. La defensa de la plaza ha costado mucha sangre cristiana.

—El monarca está reunido con los magnates y el infante don Fernando les acompaña. Seguidme, y podréis exponer vuestras noticias, que de seguro interesarán a todos los presentes. El escudero puede ir a ocuparse de los caballos, que es su obligación.

—Ya has oído, muchacho —dijo Félix, consciente del lugar de Nuño en su nueva ocupación—. De todas maneras, busca quien te dé algo de comer antes de ir a las cuadras.

—Así lo haré, mi señor —respondió Nuño, mostrando el debido respeto.

El repostero acompañó a Félix a la tienda del monarca. A pesar del calor, el interior aparecía fresco y en penumbra; la tela escarlata de la tienda tamizaba la luz de tal forma que los vivos colores del exterior quedaban suavizados por un tono bermellón que producía una agradable sensación al entrar.

Los ojos de Félix tardaron unos instantes en acostumbrarse a la sombra pero, finalmente, mientras el repostero le anunciaba, pudo distinguir al rey junto al infante, flanqueados por sus magnates, que departían alrededor de una mesa de tablero

damasquinado sobre la que descansaban unos pergaminos cuyos escritos Félix no llegó a distinguir.

El rey contaba cincuenta y seis años de edad, que se habían ido marcando uno a uno en la expresión de su rostro. De cara proporcionada y rasgos suaves, su barba cuidada le daba un aspecto afable y sereno. La mirada del monarca sorprendió al freire; sus ojos claros, capaces de las miradas más gélidas, le observaban con curiosidad y calidez, no en vano la Orden de Salvatierra era un pilar fundamental del reino y, tanto el maestre Ruy como todos sus componentes, estaban dando muestras más que suficientes de sacrificio por el bien de la cristiandad.

A la diestra del monarca se encontraba su hijo, el infante don Fernando, de mayor estatura y porte juvenil, irradiaba energía y seguridad; se decía que no había en toda la cristiandad caballero tan apuesto, ya que había heredado el físico de su tío, el rey Ricardo Corazón de León, y el equilibrio y el aplomo de sus padres. Al contrario que el rey, que iba ataviado con una túnica azul sin correa alguna que la ciñese, el infante lucía loriga y brafoneras, sobreveste con la enseña de Castilla y calzaba botas de cuero y espuelas, aún dentro de la tienda.

Félix se dirigió al centro de la estancia con paso firme y decidido, ante la atenta mirada de la curia regia. La altura del freire superaba en un palmo a la de todos los convocados, excepto a la del infante, y mientras avanzaba notaba cómo crecía la expectación entre los asistentes al consejo. Félix se esforzó por parecer tranquilo y, con voz firme, expuso los motivos de su visita y describió con detalle la situación de sus hermanos en Salvatierra.

Nunca había sido hombre de discursos pero, ante tan distinguido público, se esforzó por aportar toda la información que pudo. Pese a ello, fue un mensaje tan escueto que los presentes dedujeron que el freire no estaba muy acostumbrado a hablar debido al voto de silencio.

El infante don Fernando intervino inmediatamente después de que Félix hubiera terminado, sin dejar que su padre se le adelantase.

—Debemos ir prestos en su ayuda; yo podría mandar la avanzadilla y el grueso del ejército me seguiría con un día de retraso —dijo ante las alarmantes noticias.

Nadie osó contradecir al infante y fue don Álvaro Núñez de Lara, alférez del reino e hijo del antiguo regente, quien tomó la palabra.

—Majestad, este trance en el que se encuentran los calatravos me trae a la memoria otro que ocurrió hace ya años, en Huete, cuando mi primo don Nuño Manrique defendió la plaza del sitio del abuelo del Miramamolín. Aún cuando gran parte de la muralla estaba perdida, con los defensores refugiados en las iglesias de la villa y en la alcazaba, sin víveres ni agua, salieron victoriosos del sitio gracias a la ayuda de Dios, que envió un gran vendaval seguido de una fuerte lluvia que destrozó las tiendas de los agarenos y llenó los aljibes de los defensores. El barro y el lodo frenaron a los atacantes y, por fin, los sitiados pudieron hacer una salida y tornar la situación, rechazando las ofertas de rendición que les hacían llegar los sitiadores.

¿Recordáis, Majestad, el deshonor con el que partió el califa Abu Yaqub una vez enterado de que veníais en auxilio de la villa?

—¿Cómo no voy a recordarlo, si fue mi primera expedición al mando de la hueste?

El infante vio que la conversación se le iba de las manos y trató de reconducir el asunto.

—¿Qué tiene que ver eso con el cerco de Salvatierra? ¿Es que acaso se va a producir un milagro y Dios todopoderoso va a barrer al Miramamolín y a todo su ejército de un plumazo?

Se produjo un incómodo silencio ante la impertinencia de don Fernando pero, a pesar de los cruces de miradas, nadie, excepto el monarca, se atrevió a terciar en la discusión. El rey habló con mesura.

—Mi amado hijo ha hablado con el corazón y no con la cabeza, y os ruego que no os sintáis ofendido, mi buen Álvaro. —El rey miró con dureza al infante, a modo de reprimenda, pero se cuidó mucho de insistir en el tema por no quitar autoridad a su sucesor—. La posición de Salvatierra es similar a la de Setefilla, que muchos de vosotros recordaréis. Habían pasado cinco años desde la campaña de Cuenca, en los que no me había puesto al frente de la hueste. —El rey hizo una pausa y entornó los ojos, al recordar en voz alta—. En estos mismos lares reunimos un gran contingente para correr tierras de moros y pudimos llegar hasta las cercanías de Córdoba para asolar sus tierras en tiempo de recolección. Nuestra hueste campó a sus anchas por todo el valle del Guadalquivir, mientras los moros se limitaban a esconderse en sus ciudades; no en vano nuestras incursiones llegaron hasta los campos de Carmona, e incluso hasta Algeciras.

El monarca hizo otra pausa y continuó con voz cansada.

—Entre Córdoba y Sevilla tomamos al asalto el castillo de Setefilla, capturando setecientos prisioneros. Luego abastecimos la plaza en abundancia para sustentar una guarnición permanente de quinientos caballeros, y el doble de peones, para hostigar las tierras andalusíes. A los cuarenta y cinco días de campaña regresamos a Toledo cargados con un rico botín, incontables cabezas de ganado y multitud de prisioneros. Qué gran campaña fue aquella —dijo, sonriendo con añoranza, para continuar con mayor entusiasmo—. Pues bien, mis estimados amigos, la fortaleza de Setefilla se encontraba enclavada en el corazón de Al-Andalus, igual que la de Salvatierra, y la atacaron sin denuedo hasta expulsar a todos los cristianos de allí. Creo recordar que, al igual que en Salvatierra, los defensores del fuerte hicieron una salida y fueron emboscados con gran mortandad. El maestre Martín ya estaba al tanto de esto cuando decidió tomar la plaza de Salvatierra y, sin embargo, se arriesgó con bravura y ha conseguido mantenerla durante trece años... —«Setefilla solo aguantó tres meses», pensó—, no sin gran sacrificio para los suyos y mayor daño para nuestros enemigos.

—Padre —exclamó el infante—, vos acudisteis en ayuda de los sitiados cuando no podían aguantar más el cerco. ¿No es de justicia acudir en ayuda de los freires?

El rey levantó una mano para acallar las protestas de su hijo.

—Mi muy querido Fernando, a pesar de que mis buenos freires se hallan en un lance tan comprometido, mi hueste no está en condiciones de enfrentarse al ejército del Miramamolín. Las noticias que nos han traído de Salvatierra confirman las que ya teníamos, y no pueden ser más preocupantes. Sería necesario formar un gran ejército, incluso con ayuda de otros reinos cristianos, para poder hacer frente a los agarenos. No podemos permitirnos otro Alarcos.

El rey había hablado y no para consultar a su curia; la decisión estaba tomada y nadie osó intervenir, ni a favor ni, mucho menos, en contra de su decisión.

—Formaremos un gran ejército mientras las tropas africanas se debilitan en sus cuarteles y se alimentan de las cosechas y el ganado de los andalusíes. En un año pueden acontecer muchos lances entre africanos y andaluces, por lo que su ejército no luchará como una sola tropa ni estará tan unido como lo está ahora, que acaban de empezar la campaña y están ahítos de victorias. Nuestros valientes freires han resistido más allá de lo que se puede pedir a cualquiera y ya no es necesario continuar con su agonía. La fuerte y valiosa defensa de su sede ha retrasado al ejército africano lo suficiente como para que ya no suponga una amenaza para Toledo, Cuenca o Talavera.

A Félix se le encogió el corazón; no habría ayuda para sus hermanos y la fortaleza caería, ya fuera en heroica lid o en honrosa capitulación. De una u otra manera, el futuro de la Orden era incierto pero, si masacraban a sus hermanos, las posibilidades de supervivencia serían mínimas.

—Mi buen freire —dijo el rey, con la mirada fija en los ojos de Félix—. No es sin pesar que autorizo la rendición de la plaza con el fin de salvar lo que quede de vuestra Orden y ofrecer al maestre y a todos vuestros hermanos una nueva y más propicia ocasión en la que puedan demostrar su valentía y arrojo. Podéis llevar este mensaje a frey Ruy, junto con mi mayor agradecimiento por la leal y magnífica defensa de su convento, y mi promesa de que tendrá oportunidad de medirse en mejor ocasión con los perros africanos.

Félix trató de mantenerse impasible y, con una inclinación de cabeza, se despidió y salió de la tienda ante los murmullos de los presentes.

Los rayos del sol se clavaron como puñales en los ojos del freire al salir fuera, y por unos instantes se mantuvo inmóvil en el centro de la plaza mientras, con los ojos cerrados, pasaban por su cabeza las imágenes de la defensa de Salvatierra. La llegada del ejército enemigo, la fallida carga de sus hermanos y la persecución implacable de los arqueros turcos; la caída de Tello con su montura asaeteada, el incendio del arrabal, el fuego, el humo y los ladridos de *Mustafá* guiándole hacia el fuerte; la matanza en la brecha de la muralla, la sangre y el sudor salpicando por doquier y empapando el suelo; los muertos apilándose a sus pies y su hedor extendiéndose por todo el fuerte... Y el calor del sol que caía como plomo fundido sobre todos, moros o cristianos por igual, castigando sus pecados.

Félix se frotó los ojos humedecidos, tratando de borrar de su mente los rostros acusadores de sus hermanos caídos que le miraban desde el suelo, al pie del muro. Los muertos clamaban venganza. La tristeza se tornó rabia y agarró la empuñadura de su espada con tal fuerza que los nudillos de su zurda sobresalieron blancos en la piel de su mano bronceada.

—Félix, ¿estás bien? —preguntó Nuño, que se había acercado sin que el freire se diera cuenta.

—Estoy bien, muchacho —dijo, recomponiéndose al instante.

—¿Qué ha dicho el rey? ¿Saldremos a luchar con los moros?

—Saldremos, Nuño, saldremos.

Miró al muchacho y el chico le recordó a su madre. Tenía que mantenerle alejado del peligro a toda costa.

—Pero no ahora, Nuño —dijo con suavidad—. El rey no tiene hombres suficientes con los que enfrentarse al Miramamolín, y habrá que rendir el fuerte; lo mejor será llevarte a Toledo.

—Yo no pienso ir a Toledo. No voy a quedarme solo después de que mi madre haya desaparecido y de que Guzmán haya vuelto a su casa. Eres lo único que tengo y no voy a separarme de ti.

—Escucha, muchacho, la edad para entrar en la milicia son dieciocho años. Que yo sepa aún te faltan unos cuantos y, de todas formas, tu madre quería que estudiases en la escuela; me lo ha contado ese mercader amigo vuestro.

Nuño miró enfurecido a Félix y, cuando estaba a punto de replicar, el infante don Fernando salió de la tienda del rey y dio una palmada en el hombro del freire.

—No os hagáis mala sangre, mi valiente, el rey está convencido de que hay que plantar cara a esta nueva embestida del moro y derrotar al Miramamolín de una vez por todas, pero después de lo de Alarcos comprended que actúe con cierta cautela. Es cuestión de tiempo, pero os aseguro que en la siguiente temporada de campañas vos y yo estaremos, mano a mano, tajando cuellos y cercenando brazos de los malditos que ahora sitian vuestra sede. —El infante miró optimista a Félix, contagiándole su ardor guerrero de inmediato—. El rey me ha dado su permiso para que recorra las tierras de Trujillo y Montánchez, si queréis podéis acompañarme y resarciros de vuestro pesar enviando unos cuantos sarracenos al Infierno.

—Os lo agradezco, don Fernando, pero mi sitio está con los míos.

Nuño miraba al infante sin salir de su asombro. Nunca había visto a nadie parecido; a pesar de la mayor estatura de Félix, el porte y la autoridad natural que emanaba del príncipe le hacían parecer de mayor tamaño. El infante tenía rasgos bondadosos, que quedaban atenuados por una nariz fina y unos ojos claros pero chispeantes.

—No esperaba menos de vos, pero si cambiáis de opinión, os recibiré con los brazos abiertos —se despidió don Fernando, que dio media vuelta y se alejó con dignidad.

Félix trató de recomponerse tras las palabras del infante y comenzó a pensar en la tarea que tenía por delante. Las negociaciones para la entrega del fuerte llevarían varias semanas antes de poder alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Los ejércitos victoriosos necesitaban obtener un buen botín, y aunque el tiempo corría a favor del califa, los almohades desconocían la situación en el interior del castillo.

*Salvatierra**13 de septiembre de 1211*

Nuño sujetó a *Mustafá* por el cuello y le acarició con tristeza mientras trataba de apaciguarle. El perro tiraba con fuerza hacia delante y el muchacho apenas podía contenerlo. Félix observó a ambos desde la altura de su caballo y se dio cuenta de que el niño, más que calmar al animal, se consolaba con la cercanía del perro, que se revolvió inquieto y ajeno a las atenciones del chico.

—Que no se te escape, hijo. No iría más allá de cincuenta pasos antes de que una saeta africana se lo llevase de este mundo —dijo Félix.

Guzmán y el freire intercambiaron una mirada. El animal trató de zafarse para salir a tumba abierta al campo del enemigo, donde poco después del amanecer el ejército musulmán presenciaría, en magnífica formación, la entrega de la fortaleza de Salvatierra a su comandante en jefe.

—No hay cuidado, le tengo bien sujeto —respondió Nuño mientras el perro se levantaba sobre sus patas traseras y empujaba hacia delante, forzando al chico a emplearse a fondo—. Está todo controlado —masculló entre dientes.

Guzmán adelantó un poco su caballo y quedó a la altura de Nuño. Se inclinó sobre él y le acarició la cabeza, animándole a no dejarse vencer por los envites del perro.

Después de la visita al campamento del rey, Félix y Nuño regresaron a Toledo y, durante su estancia en la ciudad, se encontraron en varias ocasiones con Guzmán. Félix se daba cuenta de que el chico y el mercader se apreciaban y disfrutaban estando juntos. La presencia de Guzmán ayudaba a Nuño a distraerse de la falta de noticias sobre su madre y animaba al muchacho, y el freire, que se había vuelto más reservado y taciturno, se alegraba del cambio de ánimo del niño.

Félix alzó la vista y divisó a lo lejos cómo el Miramamolín sujetaba sin esfuerzo un nervioso corcel blanco a las puertas del castillo. El corcel piafaba y bufaba, pero su jinete no estaba dispuesto a que el bruto se moviera a su antojo y lo dominaba con mano de hierro. El califa tenía fama de tímido, pero la autoridad que ejercía sobre el animal no dejaba lugar a dudas sobre su determinación y, sin embargo, no era un hombre cruel.

El acuerdo que habían alcanzado los freires permitía que los monjes entregasen el fuerte llevándose lo que pudieran cargar. Félix estaba convencido que sus hermanos no abandonarían su colección de reliquias a la profanación de los almohades. Bastante agravio era perder la fortaleza a sabiendas de que la iglesia se convertiría en mezquita, como para además dejar que los sagrados objetos fueran pasto del escarnio

de los enemigos de la cristiandad.

El califa estaba flanqueado por dos de sus lugartenientes, y un destacamento de su guardia personal, fuertemente armada, formaba a sus espaldas. Montaban flamantes tordos ricamente enjaezados que contrastaban con el purasangre blanco de su señor. El aspecto fiero y disciplinado de la guardia del califa hizo que Félix evocara a sus propios hermanos y la imagen de Tello se le apareció, recio y sonriente, al recordar la despedida al salir en busca del rey. ¿Qué habría sido de su amigo?

Félix había perdido toda esperanza cuando el rey renunció a salvar el castillo. Las complicadas negociaciones, en las que nadie estaba dispuesto a mostrar sus cartas, habían prolongado el sitio y de este modo también el sufrimiento de los freires. Una mala piedra, de las decenas que batían cada día la muralla, o una flecha perdida, podían haber acabado con la vida de su amigo. Trató de no pensar en ello para evitar hundirse aún más en la tristeza que lo atenazaba desde la desaparición de Elvira.

A pesar de sus esfuerzos por animarse, un escalofrío le recorrió la espalda erizándole el vello de la nuca. Los agarenos no les habían dejado acercarse al fuerte para evitar que se produjese algún altercado con el ejército almohade. La pequeña comitiva de recepción, formada por un puñado de freires con mulas cargadas de agua, dos carretas, un mercader, un muchacho y un perro, se vio obligada a esperar en el llano, al pie de la atalaya y algo retirada del campamento sarraceno. Se trataba de la misma llanura por la que los freires habían avanzado para asaltar el castillo trece años atrás, cuando el padre de Nuño le había infundido a Félix los ánimos suficientes para no fallar en su primera lid y además le había salvado la vida.

Félix se reprochó en silencio lo poco que había hecho por cumplir el juramento dado al padre del chico en sus últimos instantes; ni había sido capaz de desvelar la forma de su muerte para que el crimen no quedase impune, ni se había ocupado de su viuda más que por haberse enamorado perdidamente de ella, ni sabía dónde se encontraba Elvira, tampoco si viva o muerta. No se había ocupado de la heredad ni de la seguridad de su hijo como hubiera querido su madre... Ni siquiera había podido defender el fuerte por el que Rodrigo Núñez había pagado con su vida.

Félix distinguió la figura del maestro de Salvatierra salir de la fortaleza y situarse a la diestra del Miramamolín. Ruy, abatido aunque firme y erguido sobre su caballo, presenciaba la salida de todos y cada uno de los supervivientes del cerco. El maestro de la milicia observaba la triste procesión de freires, sargentos, amigos de la Orden y restos de las familias de los habitantes del arrabal que se habían refugiado en la fortaleza y habían logrado sobrevivir a los cincuenta y un días de asedio.

La sed, las enfermedades y la lluvia de piedras y saetas los habían diezmado y quebrado sus almas. Muchos de los que salían ya se habían encomendado a Dios, largo tiempo atrás, dando sus vidas por perdidas. No se veían sonrisas ni expresiones de alivio en los rostros de los vencidos. Todos habían perdido algún ser querido durante el sitio; hermanos, amigos, padres, hijos o esposas habían sido enterrados en el cementerio de la fortaleza. Apenas se veían caballos, probablemente muertos por la

sed, pensó Félix.

Algunos de los que salían, cabizbajos y arrastrando los pies, preferirían no haber sobrevivido y el único deseo que les quedaba era el de venganza. Los freires que lideraban la comitiva se fueron acercando lentamente a sus hermanos, que les recibieron con calabazas y pellejos de agua para repartirlos entre los recién llegados. El aspecto de los supervivientes no dejaba dudas de las penalidades sufridas durante el asedio. Rostros de ojos tristes y facciones ennegrecidas por el sol y el polvo, con los labios agrietados hasta el extremo de haber aparecido profundas llagas allá donde se había abierto la carne. Sus miradas vacías se confundían con expresiones de extremo agotamiento.

Guzmán desmontó y ofreció agua a una niña, que apuró la calabaza. Estaba muy delgada y sus ojos resaltaban grandes y oscuros en sus huesudas facciones. Cuando estaba a punto de devolver el recipiente, empezó a vomitar el líquido entre convulsiones, hincada de rodillas en el suelo. Su madre la abrazó mientras iban llegando más vencidos que, insensibles a la escena, se afanaban en recibir el agua que repartían sus hermanos.

Félix se fijó en las pieles grises, oscuras y apergaminadas de los supervivientes; algunos acusaban una delgadez extrema a pesar de las abundantes provisiones acumuladas en los días previos al sitio. Bajó del caballo de un salto para dar agua a los sedientos.

—Bebed con mesura, hermano —dijo a un freire que se atragantaba a cada trago.

—Ha sido un infierno —alcanzó a decir el freire, algo más recuperado—. Cuando el maestro ordenó racionar el agua, los caballos empezaron a morir y se desató una pestilencia que recorrió el fuerte. Murieron muchos por flujo de vientre; no podían sujetar sus intestinos y la poca agua que les quedaba en el cuerpo se les escapaba sin contención. Apenas si sobrevivió algún niño y los vivos no alcanzaban para enterrar a los muertos. El fuerte se había convertido en un enorme camposanto. —El freire tosió al beber de nuevo. Una tos ronca y seca que desgarraba su garganta—. La sed nubla la vista y duelen los ojos y la cabeza. Algunos sentían también dolor en el pecho y los más ancianos apenas podían moverse, aquejados por dolores en las articulaciones. Solo los hermanos más jóvenes y fuertes permanecían en el adarve para que los moros no notasen la gran mortandad y la debilidad de los supervivientes.

—La táctica dio resultado —consoló Félix al freire—. Si no, el Miramamolín no se hubiera avenido a pactar. ¿Hubo muchos asaltos?

—Cada vez que caía una torre o se venía abajo una parte de la muralla, los moros estaban dispuestos, como perros acechando a la presa, y había que defenderse con fiereza de sus ataques. Apenas teníamos tiempo de cerrar las brechas durante la noche cuando al día siguiente los almajeneques volvían a batir los lienzos sin compasión. Ese moro es el mismísimo demonio —masculló el monje antes de seguir su camino.

Félix continuó repartiendo mecánicamente agua a los recién llegados que se agolpaban a su alrededor para saciar su sed.

Un rugido de millares de voces sacó a Félix de sus pensamientos cuando el ejército del califa celebró la entrada de su jefe en la fortaleza. La entrega había finalizado y la montura del maestro avanzaba vacilante, por la debilidad, siguiendo al último grupo de freires que cargaba con pesadas sacas. Los guardias andalusíes que revisaban una por una la carga que portaban los expulsados apenas si habían confiscado uno o dos sacos, en los que habían encontrado joyas o monedas. No podían permitir que los vencidos se llevaran el botín de guerra.

El maestro empezó a descender con lentitud por la pendiente bajo la mirada amenazadora de los guerreros del ejército de Al-Nasir. A su alrededor, las ruinas del arrabal ofrecían un aspecto desolado. Apenas quedaban algunas paredes en pie, que las catapultas habían respetado al servir de protección a las oleadas de hombres que mandaba el califa contra el fuerte. Frey Ruy no volvió la vista atrás. Allí quedaban demasiados recuerdos dolorosos y la tarea que tenía por delante para evitar la desaparición de la Orden se le hacía inabarcable.

Levantó la vista al cielo, de un azul brillante y sin una mísera nube, como en las últimas semanas, y rezó una plegaria a la Virgen mientras avanzaba hacia el pequeño grupo que se había acercado a recibirles. Al mirar hacia delante le pareció distinguir a Félix entre los que repartían agua a los sedientos y se alegró de ver que el joven freire había superado la prueba a la que le había sometido.

El maestro no había tenido ninguna duda de que Félix saldría del cerco y transmitiría al monarca su mensaje, sin embargo no había estado tan seguro de verle de vuelta entre sus hermanos después del castigo y la humillación que le había impuesto. Además, parecía que el enorme alano que siempre acompañaba al freire, y milagrosamente se había salvado de la matanza canina, también estaba allí; a duras penas sujeto por un chiquillo que trataba de contener las embestidas del animal.

Nuño empezaba a cansarse de los tirones de *Mustafá* y lo sujetaba por el collar de púas que tenía al cuello. De repente el animal empezó a impacientarse y a gemir, mientras empujaba para soltarse del niño, pero luego el perro dejó de moverse y miró al muchacho, que se alegró de la tregua en el tira y afloja. Cuando el chico se había relajado, *Mustafá* se abalanzó hacia delante de imprevisto y Nuño apenas alcanzó a contenerlo. El perro vio la oportunidad y siguió avanzando con sus poderosas patas hasta que Nuño perdió el equilibrio y cayó, aún agarrado al collar del animal. *Mustafá* lo arrastró algunos pasos.

—Suéltalo, Nuño —gritó Félix.

Pero el muchacho no quería fallar al freire y siguió agarrado con una mano al perro mientras este lo arrastraba por el polvo.

—¡Suéltalo de una vez!

Tras varias zancadas, Nuño soltó el collar sin querer y vio desde el suelo cómo el perro se alejaba a una velocidad asombrosa, recorriendo la fila de freires que continuaba aproximándose en procesión. Los supervivientes miraban extrañados al perro, que en dirección contraria volaba hacia el enemigo.

Guzmán ayudó a levantarse al chico y le sacudió el polvo de la camisa. Apenas unos rasguños en las rodillas y los codos, pero Nuño estaba bien. El maestre cerraba la comitiva a escasos cincuenta pasos y el perro se acercaba al final de la hilera con rapidez. Nuño vio cómo un arquero turco salió de la formación y tensó la cuerda de su arco apuntando el mortífero dardo hacia *Mustafá* al muchacho se le encogió el alma.

De pronto, antes de llegar al maestre, el perro se entremezcló con los supervivientes y saltó sobre uno de ellos lamiéndole la cara y ladrando de alegría.

—*Mustafá*... —dijo Tello mientras dejaba caer al suelo el saco de reliquias con el que cargaba—. Que alegría verte, haragán. Pero si tú estás aquí... también estará Félix.

Tello alzó la vista y vio la cara de su amigo iluminarse con una sonrisa. Los dos habían sobrevivido a la campaña almohade y para Tello eso era lo único que importaba. Recogió el saco y se acercó presuroso a su amigo, que también había ido en su busca.

—Tienes buen aspecto, Félix —dijo Tello mientras se abrazaban.

—Tú también, amigo mío —contestó el otro.

—Gracias por el cumplido, pero parecemos todos unos harapientos. Ha sido un infierno —repuso Tello, antes de comenzar a beber del pellejo que le ofrecía Félix.

—Tienes que contármelo todo. Hubiera preferido quedarme en el fuerte y compartir vuestro destino en lugar de estar corriendo por ahí como una liebre.

—Yo también te he añorado en algunos momentos —dijo Tello, recordando los combates a pie de muralla al límite de sus fuerzas—. Pero siempre se te dio mejor saltar de un sitio a otro que permanecer mucho tiempo en la madriguera. Por lo menos has conservado al perro.

—Sí, parece que *Mustafá* te ha olfateado otra vez a tiro de flecha.

El maestre Ruy llegó hasta donde estaban los amigos y Félix inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Me alegro de veros —dijo el maestre—, aunque sea en tan mala hora.

Tello le ofreció agua.

—¿Han saciado su sed los demás?

—Sí, frey Ruy, podéis beber en paz. Los hermanos han repartido agua a todos los supervivientes —aseguró Félix.

—Apenas si hemos sobrevivido la cuarta parte de los que empezamos el sitio, sin contar con los casi cuatrocientos hombres que perdimos en la salida que hicimos para recibir las tropas del Miramamolín. La defensa ha sido un fracaso, pero al menos hemos conseguido salvar algunas vidas y las reliquias... si es que no vamos golpeándolas por ahí a la primera oportunidad —dijo mirando a Tello, que sonrió con gesto inocente.

—No os apuréis, maestre —replicó Félix, acaparando la atención de frey Ruy—. El rey os envía su más sincero agradecimiento por la defensa del fuerte y os felicita

por la bravura y la gal ardía con la que habéis resistido. Si Salvatierra hubiese caído antes, solo Dios sabe a dónde se hubiera dirigido el moro. Con un ejército así es posible que hasta se hubiera atrevido con Toledo. La temporada de guerra toca a su fin y el Miramamolín no emprenderá ya ninguna acción peligrosa, por lo que Castilla tendrá tiempo de organizarse y dar respuesta a este agravio.

El maestre apoyó su mano sobre el hombro del freire.

—Mi buen Félix, tenéis que darme noticias de todo, pero ahora debemos seguir hacia el norte. No quiero que retrasemos nuestro avance —dijo mirando hacia el ejército enemigo—. Mientras no abandonemos estas tierras seguiremos en peligro.

Frey Ruy parecía más recuperado de repente y Félix se preguntó si habían sido sus palabras o el agua que había bebido con tanta avidez.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señor? —preguntó Tello.

—Iremos a Zorita. Desde allí reorganizaremos nuestras fuerzas.

Las reliquias y los demás bultos que habían conseguido sacar del fuerte fueron cargados a lomos de las mulas y se hizo sitio en alguna carreta para que los más débiles fueran transportados y no retrasaran la marcha del resto. El lento avance de la comitiva continuó una vez que todos hubieron saciado su sed.

Un viento fresco del oeste barrió la llanura mientras el grueso del ejército almohade comenzó a subir la pendiente en perfecta formación para ocupar el fuerte que tanto les había costado conquistar. Trece años había tardado en caer la orgullosa fortaleza de Salvatierra, que se alzaba desafiante dentro las fronteras de Al-Andalus, pero al fin el califa había logrado someter la sede de la principal orden militar de Castilla.

*Marjaliza**13 de septiembre de 1211*

Vermudo sonrió con malicia al ver la mirada lasciva y codiciosa de su invitado.

La mitad de su rostro, ya de por sí desagradable, se había convertido en una masa deforme y calcinada que había pasado del rojo intenso provocado por la quemadura, al amarillo purulento de las heridas y, posteriormente, a una costra curtida y grisácea que había perdido toda sensibilidad.

—No es tan mocita como decías. ¿Estás seguro de que todavía no ha conocido hombre?

—Tan virgen como la madre de Dios —repuso Vermudo, incomodando a Qasim, que hizo un gesto de desdén hacia su anfitrión—. No le he tocado ni un pelo, aunque no ha sido por falta de ganas.

Vermudo comenzó a reír con una risa sorda y ahogada, mientras hacía gestos obscenos con sus caderas al tiempo que negaba con la cabeza. Qasim le miró aún con mayor desprecio y decidió desviar su atención hacia la muchacha. La visión deforme y calcinada del rostro del viejo se le hacía insoportable.

A pesar de su trabajo, Qasim se creía muy por encima de la chusma con la que se veía obligado a tratar para obtener la mercancía que luego vendía a precios astronómicos en los mercados de Córdoba y Sevilla. Su aspecto elegante y refinado, con una camisa de lino blanca sujeta a la cintura por un cordel dorado y unos bombachos blancos ceñidos por unas botas altas de cuero repujado, intentaba diferenciarle de los que le rodeaban. Sin embargo, el contraste de sus ropajes con su tez oscura, su abundante cabello moreno, su barba recortada, su nariz aguileña y sus ojos negros de mirada fría le conferían un aspecto siniestro y atrayente a la vez.

Elvira permanecía de pie, en silencio, en mitad de la habitación. Se encontraba débil y desorientada, después de varias semanas de cautiverio encerrada en el sótano de la casa. La claridad de la sala le impedía abrir los ojos, acostumbrados a la oscuridad de la cripta, y apenas entendía la algarabía en la que se comunicaban su raptor y el recién llegado.

El tratante de esclavos la observaba muy de cerca y Elvira podía sentir la respiración del hombre en la piel mientras repasaba su cara, una y otra vez, en busca de defectos o arrugas. Qasim tomó una de sus manos e inspeccionó primero la palma y luego el dorso. Las manos de Qasim, calientes y pegajosas, contrastaban con la gelidez de las de Elvira, que se estremeció al sentirse tocada.

—Tiene las manos y la cara bronceadas por el sol, así no la querrán —dijo el moro, dejando caer la mano de Elvira.

—No trates de rebajarme el precio. Su piel es blanquísima como la leche y suave como pétalo de rosa. Es cuestión de tiempo que pierda la color de la cara y las manos —replicó Vermudo, enojado—. Solo hace pocos días que la tengo encerrada y por eso aún no se ha blanqueado del todo.

—¿Desde cuándo te has vuelto poeta, Vermudo? Piel blanca como la leche y suave como el pétalo de una rosa. —Qasim sonrió—. Creía que los notarios convictos se dedicaban a otro tipo de textos. ¿Es por eso que te cortaron el pulgar, y ahora lo ocultas con ese siniestro guante del que nunca te desprendes? —Qasim miró a Vermudo desde su mayor altura antes de darse media vuelta—. No me interesa, nos vamos.

Vermudo rechinó los dientes al oír que el moro mencionaba su doloroso pasado y se enfureció todavía más por el desprecio con el que se dirigía a él. No iba a consentir que Qasim se saliese con la suya y le dejase plantado y con otra boca que alimentar.

—¡Mira! —gritó, al tiempo que agarraba el escote del vestido y tiraba hacia abajo con fuerza, dejando el torso de Elvira al descubierto—. Carne más blanca no la has visto en tu vida, maldito agareno.

Elvira se cubrió los pechos con las manos y comenzó a gemir. Qasim se dio la vuelta y observó a la mujer. Tenía la mirada clavada en el suelo y el cabello dorado cubriéndole la cara y parte del pecho. Lloraba en silencio mientras sus hombros subían y bajaban con cada sollozo.

En verdad que una piel tan blanca y un cabello tan dorado se cotizarían por las nubes, ahora que habían llegado nuevos contingentes desde África, pensó Qasim. La temporada de la guerra tocaba a su fin y los hombres tendrían que encontrar entretenimiento hasta la siguiente primavera, por lo que la demanda de esclavas cristianas podía aumentar, máxime cuando las tropas no habían conseguido muchos prisioneros, y mucho menos de una calidad como la que se presentaba ante sus ojos.

Además, Vermudo estaba perdiendo los nervios y eso solo podía favorecerle a la hora de acordar el precio.

—No seas bestia, Vermudo, a las mujeres hay que tratarlas con delicadeza. —Qasim observó a Elvira con detenimiento—. Está bien, habrá que lavarla, alimentarla, depilarla y cuidarle la piel para que esté presentable. Me costará una fortuna ponerla al día. Está esquelética, ¿es que no la das de comer?

—La mercancía es de la mejor calidad y, con adecentarla un poco, obtendréis una buena suma —aseguró Vermudo.

¿Qué sabría Vermudo del precio de la esclava?, pensó Qasim. En ese momento, decidió engañarle y pagar aún menos de lo que pensaba, a pesar de que esperaba cobrar un precio astronómico en el mercado de esclavos de Sevilla.

—Te pagaré más de lo que mereces, pero aún queda un pequeño detalle por aclarar —dijo el moro, mientras se acercaba a la puerta—. Sawda, tienes tarea —gritó.

De inmediato apareció en la entrada una figura pequeña y rechoncha, vestida de

negro y cubierta por un pañuelo del mismo color. Sus movimientos lentos y torpes y su estampa encorvada delataban su avanzada edad.

—Sawda es comadrona y mi ayudante para estos asuntos, y goza de mi máximo respeto y confianza —comentó Qasim con naturalidad—. Sawda, el viejo ya te ha hecho parte del trabajo desnudándole el torso para que puedas verla bien.

Vermudo aceptó sin recelos la breve presentación de Qasim, a pesar de que la mujer no se diferenciaba en nada de las adivinatoras y las alcahuetas que recorrían los pueblos de Al-Andalus.

—Mirad cómo está la pobre —se quejó Sawda—, desnuda y llorando. Tendré que tranquilizarla para poder llevar a cabo la inspección. Será mejor que salgáis. Así no hay manera de trabajar.

La comadrona empujó a los dos hombres hacia afuera mientras mascullaba sobre la brutalidad de Vermudo. Una vez a solas con Elvira, se despojó del pañuelo que llevaba y cubrió a la mujer mientras la conducía a uno de los taburetes para tranquilizarla y ganarse su confianza. Después de sentarla, Sawda la cogió de la mano y le habló con dulzura.

—Mi querida niña, no os asustéis. Qasim no es malo y no os hará ningún daño. Para él vos no tenéis ningún interés, aparte del dinero que pueda sacar de vuestra venta, y por eso debe alimentaros, cuidaros y mimaros como a una hija... —Elvira la miró sorprendida por la fluidez con la que se comunicaba en lengua romance—. No temáis nada, he visto esto decenas de veces y puedo aseguraros que, con vuestro aspecto y el precio que llegaréis a alcanzar, no iréis a ninguna casa de baja categoría. Vos sois digna del harén de un rico comerciante, o incluso del de un funcionario del *diwan* del califa. Decidme, querida niña, ¿sabéis cuantos años habéis cumplido?

Elvira estaba conmocionada y no alcanzaba a formular una respuesta por miedo a equivocarse. No sabía qué iba a ser de ella, ni si podía confiar en las amables palabras de la anciana. Había perdido todo lo que tenía e ignoraba qué había sucedido con sus seres más queridos; su hijo, Diego y Sancha, y Félix. La anciana parecía segura de su destino pero, para ella, todo era un mal sueño que no acababa. ¿Sería posible que terminara sus días como concubina en un harén en Sevilla? Decidió quitarse la vida antes de que aquello ocurriera.

—No temáis nada, mi niña. Debo conocer vuestra condición para saber el precio que Qasim podrá pedir por vos; pero no os preocupéis, nada malo os va a suceder. A la vista de vuestro cuerpo, vuestra piel bronceada por el sol y la dureza de vuestras palmas, no me cabe duda de que mejoraréis vuestra vida y sufriréis menos calamidades que las que habéis pasado hasta ahora.

Elvira seguía sin hablar, pero había dejado de sollozar y parecía que se calmaba de nuevo. Por primera vez se detuvo a contemplar el rostro de la anciana. Adivinó una vida de sufrimiento, reflejada en una cara surcada de profundas arrugas y en una mirada cansada de ojos pequeños, y casi mates, que la observaban con compasión. Elvira sintió pena por la mujer y respondió a su ternura con una mirada de

comprensión y algo de complicidad.

—No sé los años que tengo con exactitud —mintió—, pero no más de veinticinco ni menos de veinte. He sido educada de acuerdo con mi condición de señora, y sé leer y escribir en latín. Tenéis razón en que he llevado una vida de trabajo y esfuerzo, al aire libre en mi heredad, pero teniendo en cuenta que enviudé nada más casarme no me ha quedado más remedio. —Elvira sonrió a la anciana—. Si lo que queréis es inspeccionarme para comprobar si soy virgen, os diré que no lo soy, que ya he parido una criatura de mi propia sangre.

Los felinos ojos verdes de la prisionera estaban enrojecidos por el llanto y su mirada desamparada despertó un recuerdo lejano en Sawda.

—Virgen o no, Qasim recibirá un buen precio por vos. Los moros no dan tanta importancia a la virginidad de las esclavas; a fin de cuentas su tarea es satisfacer los deseos de su amo y señor. Lo que sí tendremos que hacer será engordaros, vos no tenéis grasa pero sí sois de formas redondeadas. Con un poco de descanso y buenos alimentos bastará. Ahora poneos en pie y desnudaos por completo, quiero examinar vuestras caderas. Elvira obedeció a la anciana y dejó caer su vestido al suelo.

—¿Hace cuánto que paristeis a vuestro hijo? No veo signos claros de haber estado preñada ni de haber sufrido las tensiones de un alumbramiento. Todo parece en su sitio.

—Mi hijo ya tiene doce años y desde que lo concebí no he conocido hombre.

Sawda miró a Elvira, sorprendida.

—Os han sacado de un convento, entonces —replicó la anciana—. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera en los conventos es fácil mantener la castidad, con el ajeteo de clérigos entrando y saliendo continuamente de la casa de Dios.

La vieja se acercó a Elvira y separó sus muslos con la mano, para introducir los dedos en su vagina. Elvira se contrajo involuntariamente y detuvo una arcada.

—He guardado luto desde que murió mi marido —alcanzó a decir la prisionera.

—Pues se os nota. —Sawda sacó la mano de entre los muslos de Elvira y se limpió con la tela de su vestido—. Está claro que no tenéis la membrana de la virginidad, pero he visto a muchas mujeres que a pesar de no haber conocido hombre tampoco la tenían. Podéis cubriros.

Elvira se subió el vestido y lo colocó de manera que tapase su pecho por completo. Se preguntaba qué pasaría; ¿la venderían como virgen?, como le había insinuado Vermudo cuando se masturbaba delante de ella, sin tocarla para no bajar su precio en el mercado, ¿o la anciana delataría su condición de madre?

—¿Cómo podéis estar tan segura de que se trataba de mujeres vírgenes, si ya habían perdido la membrana? —preguntó Elvira con curiosidad.

—Porque yo misma llegué virgen a mi matrimonio y fui repudiada por mi marido al no romperse la membrana durante la noche de bodas y no sangrar la sábana, como está previsto cuando las mujeres conocen por primera vez.

La expresión de la anciana evocaba tiempos remotos y dolorosos. Por un instante

pareció que la vieja se hallaba muy lejos de allí y Elvira se compadeció de ella.

—Lo siento, no sabía que eso fuera posible...

Sawda despertó de sus recuerdos, y reaccionó al oír sus palabras.

—Tuve que huir de mi pueblo y luego encontré trabajo en Córdoba, ayudando en un hospital para pobres. Con el tiempo me convertí en partera y, posteriormente, Qasim me contrató. Desde entonces he tenido que inspeccionar mujeres para ganarme la vida. No es raro que la membrana haya desaparecido a pesar de que la mujer no haya yacido con un hombre. Lo he visto en niñas tan jóvenes e inocentes como para estar convencida de que no habían conocido varón.

—¿Podréis decir que soy virgen, entonces? —preguntó Elvira.

—Lo que no puedo decir es que tengáis un niño de doce años si vos no llegáis a veinticinco, porque habríais quedado preñada con once primavera y una dama de vuestra alcurnia no se preña tan pronto. Por la piel de vuestras manos os calculo unos treinta años. ¿Estoy en lo cierto?

Elvira se sintió atrapada por la sagacidad de la anciana y confesó su mentira.

—Estáis en lo cierto, tengo veintinueve años a mis espaldas, pero no quería parecer demasiado mayor como para terminar en una posada o una venta en el camino.

—No os preocupéis, diré a Qasim que tenéis veinticinco años y que sois virgen. Ahora bien, cuando seáis vendida, necesitaréis fingir que yacéis por primera vez; aunque si hace tanto tiempo de aquello probablemente se os habrá olvidado y no será difícil que engañéis a vuestro nuevo amo.

—Gracias, señora —dijo Elvira con gratitud.

Sawda salió de la casa y pasaron unos instantes que a Elvira se le antojaron eternos, hasta que entraron Qasim y Vermudo discutiendo por el precio. Ambos venían acalorados y Vermudo no paraba de gesticular y mover las manos.

—Por ese precio prefiero quedármela y disfrutar yo mismo de sus encantos antes que malvenderla. ¿Por qué no diez veces lo que me has ofrecido?

—Tengo que invertir en esa flacucha, y ni siquiera es tan joven como decías. ¿Qué beneficio obtendré si solo consigo un precio similar al que te pago yo a ti? Además, el califa paga a sus soldados con mucho retraso, no creo que tengan suficiente dinero para pujar por la cristiana. —Qasim miraba fijamente a los ojos a Vermudo—. En verdad que me gustaría quitarte este peso de encima, pero no voy a perder dineros haciendo un mal negocio. Ya me conoces, Vermudo; más de treinta maravedís, imposible. Si prefieres puedes llevarla tú al mercado de Sevilla pero no te garantizo que salgas con vida de allí.

Vermudo comenzó a valorar sus alternativas y la situación en la que se encontraba.

Cuando se reunió con el freire para repartir las ganancias, Silvestre se quedó tres cuartos de la bolsa para evitar que el anciano la malgastase y poder cuidar de los ahorros de los dos. El freire solo le había dejado ochenta maravedís para los gastos y

Vermudo se había alegrado del botín que le esperaba, atado y amordazado junto a un arroyo a escasa media legua.

La oferta de Qasim no era buena, pero se sumaba a su pequeña fortuna.

—Trato hecho —asintió—. Pero la próxima vez que vengas, lo harás con una esclava de buen ver y no con esa vieja que te acompaña a todas partes.

Qasim miró el despojo de cara que le había quedado a Vermudo, y sintió compasión por la pobre chica que tuviese que satisfacer al viejo.

—¿Y qué prefieres? ¿Las exóticas negras sudanesas, las esbeltas beduinas de ojos grandes, las cristianas de piel blanca y tetas movedizas, o las andalusíes de cabello negro y labios encarnados?

—La que sea, pero joven y gorda, que tenga las carnes prietas.

—Muy bien, te lo deduciré del precio de la cristiana que me llevo ahora. Por supuesto que será solo una pequeña cantidad a cuenta, el resto me lo pagarás cuando recibas la mercancía.

Vermudo frunció el ceño, pero no protestó al recibir los veinte maravedíes que Qasim le entregó por Elvira.

Qasim hizo una seña a Sawda y la anciana rodeó con un brazo la cintura de Elvira y la empujó con suavidad hacia la puerta. Cuando los tres abandonaron la casa, Vermudo contaba las monedas con una avaricia enfermiza mientras las quemaduras de su cara hacían que su piel se contrajese en una mueca de dolor y de una insana satisfacción.

*Río Záncara**15 de septiembre de 1211*

Los restos de los defensores de Salvatierra continuaban con su doloroso avance hacia Zorita.

El único sonido que acompañaba a la columna de freires y familiares de la Orden eran los llantos ahogados de la madre que había enterrado a su hija al amanecer, antes de partir.

La niña, muy débil durante los últimos días de asedio, somnolienta y con frecuentes dolores de cabeza, había ido perdiendo visión hasta que comenzó con espasmos y vómitos. Desde la salida del fuerte padeció fiebres altas y los cuidados de los freires no pudieron hacer nada para que mejorara. Al segundo día de marcha dejó de respirar entre los brazos de su madre. No era la única que había fallecido durante el camino.

Los freires habían enterrado a dos hermanos más y a una joven que tampoco había resistido la enfermedad ni la falta de agua durante el asedio.

El verano estaba próximo a su fin, pero los rayos del sol caían como plomo derretido y solo la perspectiva de llegar al río Záncara les impulsaba a continuar su avance.

—Pobrecilla, la muchacha —dijo Guzmán a Nuño mientras caminaba junto al chico.

Guzmán había cedido su montura a uno de los freires que habían sobrevivido al asedio y tiraba con prudencia de las riendas del animal. Los demás hombres habían hecho lo mismo y solo alguno de los defensores que no habían encontrado sitio en las carretas o en alguno de los caballos se veía obligado a caminar.

—Todo esto es muy triste —dijo Nuño—. ¿Será el fin de la Orden de Salvatierra?

—No lo sé —respondió Guzmán—. Habrá que preguntárselo al maestro, no creo que esté dispuesto a abandonar ahora. Además, cuentan con el favor del rey y aún tienen varias encomiendas.

Nuño no respondió. Seguía taciturno y con frecuencia se acordaba de su madre, aunque los acontecimientos de los últimos días le habían hecho entender la dureza de la situación en la frontera y la fragilidad de la vida humana. Parecía como si los únicos destinados a sobrevivir fueran los hombres, y cuanto más jóvenes y fuertes más posibilidades tendrían de salir adelante. Se fijó en las espaldas de Félix y Tello, que caminaban a escasa distancia delante de él.

Se preguntó si algún día sería tan grande y tan fuerte como ellos y si la vida en la Orden era mejor que la vida fuera de la milicia, como la de Guzmán, que tenía una

familia y trataba de sacarla adelante.

El maestro estaba caminando junto a los freires cuando señaló a lo lejos la suave línea verde de árboles y juncos que indicaban la proximidad del río. El mediodía estaba cerca y las gentes comenzaban a tener hambre y acusaban el cansancio de la caminata. Un murmullo de alegría recorrió la tropa.

—¿Seguro que no está seco el cauce? —preguntó.

—No, frey Ruy. Hace apenas una semana que pasamos por aquí y, aunque corría poca agua, en algunos remansos se habían formado pozas en las que poderse refrescar —respondió Félix.

—Dios quiera que así sea. Muchos de los nuestros están agotados, y me temo que sin un buen descanso podríamos perder más hombres.

El maestro se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor y miró hacia atrás para comprobar el avance del resto. Félix y Tello le imitaron.

—Continuad, no os detengáis —decía Ruy a los que miraban expectantes, esperando la señal para detenerse—. El río está próximo y, una vez llegemos, descansaremos el resto del día.

Sus palabras parecieron animar a los freires que, aunque a duras penas, a medida que se acercaban al río iban apretando el paso. La preocupación sobre el futuro de la Orden oprimía al maestro como unos grilletes, pero su objetivo inmediato era poner a salvo a los escasos supervivientes de Salvatierra y cada miembro que perdían le entristecía como si de un hermano se tratase. Los únicos que parecían encontrarse en buen estado y servían de apoyo y aliento al resto eran los freires que habían llegado para auxiliarles durante su regreso a tierras toledanas, los demás necesitarían días para volver a parecerse a las personas que habían sido antes del asedio, si es que alguno de ellos lo conseguía.

El niño y el mercader que habían venido con Félix suponían una incógnita para el maestro, aunque en esos momentos tenía otras cosas en las que preocuparse. En cualquier caso no sobraban manos para ayudar a los enfermos y sus caballos prestaban un buen servicio a los heridos.

—Dime, Félix —preguntó Ruy—. ¿Por qué has traído al niño y al mercader que le acompaña?

Félix descansaba con las manos apoyadas en el cinturón y en ese momento sintió que le apretaba el almófar y se pasó la mano por el cuello. Tello lo miró expectante.

—El niño es hijo de doña Elvira Manrique, la viuda de la heredad que os comenté. Hubo un asalto a su casa y mataron a los ancianos que vivían con ella. De Elvira no se sabe nada, desapareció. El niño estaba con el mercader en Toledo cuando ocurrieron esos sucesos y por casualidad me llegó noticia de ellos.

El maestro miró suspicaz a Félix, pero no continuó preguntando, y este suspiró aliviado.

—Maestre Ruy —intervino Tello—, voy a adelantarme para organizar el campamento y poner algunos calderos a hervir; una sopa sentará bien a todo el

mundo.

El maestre asintió y vio cómo Tello se alejaba cojeando ligeramente. Había resistido bien las vicisitudes del asedio y la falta de agua, aunque todavía estaba débil y no parecía totalmente recuperado de sus heridas.

—Iré a ayudar a Tello —se despidió Félix, aprovechando la coyuntura.

La tarde pasó rápida para los que estuvieron ayudando a los demás.

Después del almuerzo, los que no estaban enfermos se bañaron y luego se ocuparon de lavar al resto. Solo los hombres que estaban sanos se desnudaron río abajo y se metieron al agua, frotándose para deshacerse de la suciedad de los meses de asedio. Algunos se restregaban con arena, como si además de la suciedad pudieran desprenderse de los recuerdos y las vivencias que habían sufrido y, aunque no fue así, ya entrada la tarde la moral de la expedición había mejorado.

Cuando empezó a oscurecer la temperatura descendió con rapidez. La noche iba a ser fresca y los hombres organizaron algunas hogueras en las que calentarse hasta que el sueño los rindiese.

Nuño se sentó junto a Guzmán y extendió sus brazos hacia el fuego para templar sus manos. *Mustafá* apoyaba su cabeza en el muslo del niño y, a pesar del peso, el chico sentía el calor del perro y se encontraba a gusto con su compañía.

—Este descanso ha hecho mucho bien. Por fin he visto algo de esperanza en las miradas de esta pobre gente —dijo Guzmán.

Todavía no era noche cerrada, pero apenas podían distinguirse los contornos del paisaje. Félix apareció con Tello como si hubiesen salido de la nada y se sentaron al fuego junto a Nuño.

—Ya hemos organizado los turnos de guardia —dijo Félix—. Lo mejor será irnos a dormir cuanto antes para descansar todo lo que podamos. Mañana nos espera un día duro.

—Pero si llevamos toda la tarde aquí, sin movernos —se quejó Tello—. Ahora me puedes contar qué es lo hiciste cuando fuiste a llevar el mensaje al rey y cómo te recibió el monarca.

Félix miró a Guzmán y este enarcó las cejas, indiferente a lo que Félix quisiese decir a su amigo.

—El rey me recibió en cuanto supo de mi llegada al campamento. Estaba reunido con la curia y expuse el mensaje del maestre ante todos. Hubo algo de deliberación y algunas opiniones encontradas sobre lo que se debía hacer. El infante don Fernando propuso socorrernos y atacar al Miramamolín, pero el rey decidió rendir el fuerte. Apenas tenía ejército y plantar batalla campal hubiera sido un suicidio.

Tello ya conocía esa historia y no quedó satisfecho con las explicaciones de su amigo.

—Dime, Félix, ¿pasaste a ver a la madre del chico? —preguntó señalando a Nuño con una ligera inclinación de su cabeza.

Félix no contestó. Dudaba entre contar la verdad a su amigo u omitir alguna parte

de la historia.

—Pasó por la heredad el mismo día que llegamos nosotros a casa de mi madre —respondió Nuño—. Guzmán creyó que Félix venía a atacarnos y Félix pensó que Guzmán estaba asaltando la casa, así que se enzarzaron en una lucha que hubiera terminado mal si yo no hubiera intervenido para que dejaran de pelear.

Tello miró primero a Félix y luego a Guzmán, pero ninguno de los dos amplió los comentarios del niño.

—¿Y por qué creyó Félix que Guzmán estaba asaltando la casa? —preguntó Tello, que no estaba dispuesto a que le contasen solo una parte de la historia.

—La casa estaba derruida, se había incendiado la noche anterior y no quedaban más que unos cuerpos abrasados dentro... —A Nuño se le quebró la voz.

Félix lanzó una mirada reprobatoria a Tello, y Guzmán pasó la mano por el hombro del chico. Este comenzó a llorar en silencio recordando la imagen de la casa y de los cadáveres de los ancianos. Tello miró a Félix sorprendido.

—¿Qué alguien había prendido fuego a la casa? —preguntó Tello.

Nadie le contestó. Se produjo un largo silencio roto solo por el chisporroteo del fuego y el sonido del viento meciendo los juncos que crecían junto al río. En la creciente oscuridad, destacaba el resplandor de las brasas iluminando los rostros de los freires con una luz rojiza que evocaba los horrores de la guerra.

Tello preguntó de nuevo:

—¿Y la madre del muchacho?

—Ha desaparecido —contestó Guzmán—. Cuando llegamos encontramos los cuerpos calcinados de los perros y de los ancianos que vivían con Elvira, pero no hayamos ni rastro de ella. Al menos puede que esté viva todavía.

Guzmán dio un apretón a Nuño en el hombro y el niño forzó una tímida sonrisa.

Tello se había quedado sin palabras y Félix observaba el fuego inmóvil, con expresión ausente. Tello era incapaz de asimilar las nuevas noticias y su rostro mostraba el esfuerzo que le suponía entender lo que había sucedido; algo no estaba bien. El silencio se prolongó durante un buen rato.

—¿Y qué pasó con el oro que habíamos pagado por la heredad? —preguntó Tello—. Yo mismo participé en la expedición en la que compramos las tierras y llevamos el tesoro y gran parte de las reliquias a Ciruelos.

—No ha aparecido nada —intervino Félix, saliendo de su mutismo—. El que asaltó la casa se llevó un buen botín.

—Podría haber sido una casualidad, o podría haber sido alguien que sabía que todo ese dinero estaba en la casa —dijo Guzmán.

—Los freires que me acompañaron regresaron conmigo a Salvatierra y ninguno de los dos sobrevivió al asedio. Una desgracia porque eran unos hermanos jóvenes y fuertes, bien dispuestos para la lucha.

—Entonces solo nos queda Silvestre —dijo Félix—. El miserable sería capaz de eso y de más, pero no podemos acusarle sin pruebas, cualquiera podría haber asaltado

la heredad.

Tello no soportaba a Silvestre, pero tampoco daba crédito a las palabras de su amigo; el asalto a la casa de Elvira había sido una desgracia, pero de ahí a acusar a uno de los freires más antiguos de la Orden había un gran trecho y Silvestre tenía buena reputación entre los hermanos.

—Cuando salimos de Salvatierra, Silvestre nos desvió hacia el oeste y subió por los montes hasta unas casas abandonadas a la falda de la sierra de Yébenes, cerca del río Milagros. Fuimos a recoger a un conocido suyo que nos acompañó a la venta. Al parecer venía como testigo para dar fe de la celebración de la operación.

—¿Acaso no bastaba con la firma de Elvira y las vuestras? —preguntó Félix.

—Eso mismo pregunté a Silvestre, pero me dijo que no, que hacía falta un tercero —contestó Tello sin mucha convicción.

Félix miró a Guzmán, él tenía que saber de eso, tratándose de un mercader.

—Lo mío no son las fincas, eso me queda muy grande. Yo comercio con bienes más pequeños y ahí no hacen falta documentos, solo dineros para cerrar la operación.

Félix empezó a impacientarse con su amigo. ¿Sería posible que pudieran dar con el paradero de Elvira y recuperar a la madre de Nuño? Todos sus planes le parecían tan lejanos hacía algunas horas, que no podía esperar a que Tello terminase de contar lo que sabía.

—¿Cómo se llamaba? ¿Cómo era ese hombre? ¿Se quedó con Silvestre o regresó a su casa? ¿Te parecía una persona de fiar? ¿Le hubieras confiado tu caballo? —Félix se había puesto de pie y formulaba una pregunta tras otra sin dar tiempo a responder a su amigo.

Félix se preguntó por qué Tello no había hablado antes del misterioso hombre que había participado en la venta de la heredad. Si lo hubiera sabido, podría haber ido en su busca antes de la entrega del castillo. Estaban perdiendo un tiempo precioso.

Tello tardaba en responder y Félix notaba que se enfurecía por momentos.

—Contesta, Tello. ¿A qué estás esperando?

Félix agarró a Tello por el pecho y lo levantó del suelo. Guzmán se levantó también para separarlos y *Mustafá* se despertó y se incorporó sin saber qué estaba pasando.

—¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco? —dijo Tello, soltándose de las manos de su amigo.

Félix miró a Tello y vio a Guzmán y a Nuño detrás de él. *Mustafá* se había interpuesto entre los dos amigos y frotaba su cabeza en las piernas de Félix a modo de saludo.

—Te debo una disculpa, Tello —dijo Félix—. Espero que puedas perdonarme.

—Por mí no ha pasado nada —respondió Tello.

—Lo mejor será que nos sentemos otra vez y dejemos a Tello terminar con su explicación —intervino Guzmán.

Se sentaron los tres y *Mustafá* se acurrucó entre las piernas de Félix. Ya era noche

cerrada y el frío se empezaba a notar. Guzmán echó una manta de lana sobre Nuño.

—El viejo se llamaba Vermudo Cuevas, lo recuerdo bien porque firmó el documento con letra impecable. Era pequeño y con aspecto siniestro y, ya que lo preguntas, no le hubiera confiado ni un par de guantes para llevar a remendar, mucho menos mi caballo.

—¿Es posible que ese Vermudo estuviera aliado con Silvestre y entre los dos idearan el plan para asaltar la casa? —preguntó Guzmán, que no conocía a ninguno de ellos.

—Por supuesto que es posible —dijo Félix.

—Incluso aunque Silvestre no estuviera involucrado, hubiera sido posible —sentenció Tello.

—¿Podrías encontrar su casa otra vez? —preguntó Félix.

—Seguro que sí, no tiene pérdida. Bordeando la sierra de Yébenes por el sur hasta llegar a una alquería abandonada. La casa de Vermudo es la única habitada de toda la alquería, aunque me extrañaría que estuviese allí.

—Aunque se trate solo de una conjetura, es lo único que tenemos —dijo Guzmán—. Habría que pasar por allí por si podemos encontrar algo que nos ayude a dar con Elvira. Deberíamos salir mañana temprano, no está lejos de aquí.

—Iré yo solo —dijo Félix—. Viajaré más rápido. Tello todavía no está en condiciones de una cabalgada así.

Tello iba a protestar, pero Guzmán se le adelantó.

—Mi caballo es el mejor de todos los de la expedición y aguantará sin problemas. Además, no hay nadie que conozca estos parajes mejor que yo, llevo toda la vida viajando entre Toledo y Córdoba, así que podré ser de gran ayuda si no encontramos las casas.

—Yo os acompañaré —dijo Nuño—. Es mi madre y quiero encontrarla.

—No —contestaron Guzmán y Félix a la vez.

—Tú te quedas aquí con Tello, él cuidará de ti... o tú de él —dijo Félix—. En cuanto tengamos noticias volveremos en vuestra búsqueda.

Nuño estaba a punto de protestar, pero Guzmán le hizo una seña para que se callara.

—Ahora todos a dormir —dijo Félix—, mañana será un día duro.

Nuño, Félix y Tello se envolvieron en sus mantas y se acostaron de lado para dormir. Guzmán se quedó contemplando la hoguera durante unos instantes antes de echarse. Félix todavía no había accedido a que le acompañara y el freire podía ser muy testarudo. Los dos juntos tendrían más posibilidades de éxito y Guzmán estaba convencido de que sería de gran ayuda. El frío le había entumecido las rodillas y se levantó con dificultad. Caminó hasta Félix y se agachó junto a él.

—Te propongo un pacto de lobos, Félix.

Félix se volvió hacia Guzmán.

—¿Eso qué es? —preguntó.

—Un lobo viejo y uno joven se alían para abandonar la manada. El viejo enseña al joven todo lo que sabe y el joven ayuda con su mayor fuerza y resistencia en las tareas de caza y defensa frente a otros.

Félix consideró la oferta. Guzmán conocía la zona y todavía podía luchar, no sería tan buen compañero como Tello, pero su amigo estaba lejos de haberse recuperado y sería preferible que se quedara, junto al niño y el perro, con los freires.

—Está bien, pero yo estaré al frente y se hará lo que yo diga.

—Por supuesto, Félix, no se me ocurriría pensar lo contrario.

—Saldremos antes del alba —dijo el freire—, que descanses.

Guzmán se separó de este y fue a sentarse junto al chico. Los leños estaban casi consumidos y el fuego apenas ardía con una ligera llama azul. En poco tiempo se apagaría. Lo mejor sería taparse bien y dormirse cuanto antes.

*Marjaliza**16 de septiembre de 1211*

Vermudo dormitaba en su camastro esperando a tener hambre para almorzar.

Tenía los ojos cerrados y abrazaba la bolsa con las monedas de oro. En su duermevela, fantaseaba con lo que haría con la pequeña fortuna que acababa de conseguir. Primero se marcharía de aquel paraje inhóspito y abandonado y se instalaría en alguna ciudad de Castilla. Luego vería cómo invertir sus ahorros de manera que nunca más tuviera que trabajar.

Estaba cansado de la soledad y las penalidades de una vida abocada al destierro. Recordaba los viejos tiempos como notario: había llevado una vida cómoda, llena de pequeños privilegios, hasta que la codicia le hizo estafar a varios de sus clientes y terminaron por descubrirle y castigarle cortándole el pulgar de la mano derecha para que nunca más pudiera volver a escribir. Qué necio había sido al dejarse atrapar, pero pronto aprendió a escribir con la zurda y pudo ganarse la vida escribiendo cartas y peticiones en las plazas y los mercados. Los campesinos y pequeños comerciantes eran todos analfabetos y la clientela de Vermudo aumentó con rapidez, hasta que descubrieron sus malas artes y de nuevo tuvo que salir huyendo. Parecía condenado a vivir en soledad y, en las noches frías y solitarias de la alquería, había llegado a disfrutar de los aullidos de los lobos como única compañía que habitaba en aquellos parajes.

El sonido de unos cascos de caballos acercándose al trote le sacó de sus elucubraciones. Se levantó y se acercó a la ventana para averiguar quién era. La estancia estaba en penumbra y Vermudo apenas abrió el postigo lo suficiente para poder ver con un ojo sin ser visto desde fuera. Las bisagras, aunque oxidadas, no rechinaron y los dos hombres que se acercaban no se percataron de que estaban siendo observados.

—Debe de ser aquí —dijo Guzmán mientras tiraba de las riendas de su caballo para detenerlo.

Paredes derruidas y techos derrumbados asomaban entre la maleza que había invadido casi todas las edificaciones. Apenas un par de casas quedaban en pie y el calor sofocante, junto con el canto de las chicharras, daban un aspecto desolado al lugar. Guzmán se acordó de su casa y su familia al ver la alquería y formuló una plegaria para que nunca tuvieran que verse en aquellas circunstancias. La granja estaba en tal estado de abandono que Guzmán apenas podía imaginarse que alguien la habitara. Cualquiera que fuese el que vivía allí no sería mejor que una alimaña del monte, pensó.

—Aquella casa tiene mejor aspecto que las demás —dijo Félix—. Acerquémonos.

Los visitantes desmontaron y ataron sus caballos junto a un árbol, cerca de la entrada de la casa. Guzmán sacó su hacha del cinto y Félix desenvainó su espada.

Vermudo observaba asustado. ¿Quiénes serían los dos forasteros que acababan de llegar? El joven era un freire de Salvatierra y el otro tenía aspecto de disfrutar de una posición acomodada. ¿Sería posible que Silvestre le hubiera traicionado y hubiera enviado a estos dos hombres a robarle su parte y silenciar sus secretos para siempre? Vermudo dudaba entre esconderse en el sótano o escapar por la ventana. Lo que fuera tendría que hacerlo en ese instante, porque los forasteros estaban a punto de entrar.

—¡Ha de la casa! —dijo Félix mientras golpeaba la puerta con sus nudillos—. ¿Hay alguien ahí?

Vermudo sabía que tenía que hacer algo, pero había dejado la bolsa sobre el colchón y no quería abandonar sus riquezas. Empezó a sentir que su pulso se aceleraba y corrió hacia el camastro al tiempo que decidía escapar por la ventana, pero no lo haría sin sus ganancias.

—¿Hay alguien en la casa? —preguntó Félix otra vez, volviendo a golpear con los nudillos.

Sus golpes sonaron un poco más fuertes y rápidos y Vermudo aferró la bolsa para salir por la ventana de la parte trasera.

—Voy a ver si hay otra puerta por atrás —dijo Guzmán—. Quizá haya alguna ventana abierta por donde podamos entrar a echar un vistazo.

Félix asintió y vio a Guzmán alejarse rodeando la esquina de la fachada.

Vermudo maldijo para sí en voz baja. Había desperdiciado su oportunidad y era demasiado tarde para escapar sin ser visto. Podría salir por la ventana y sorprender al del hacha, pero seguramente el otro lo alcanzaría antes de que pudiera escabullirse entre los riscos.

Félix se estaba impacientando y golpeó la puerta con el puño. Esta vez los golpes retumbaron dentro de la casa. Vermudo corrió hacia la chimenea y se agachó sobre los restos de leña que quedaban sin haber ardido totalmente la noche anterior.

Sonó un fuerte golpe y la puerta de la casa se abrió de par en par. La luz entró a raudales y Vermudo se volvió asustado para ver la figura de Félix, que ocupaba todo el hueco de la puerta. El freire tenía la espada desenvainada y su silueta a contraluz aparecía oscura y siniestra a los ojos del viejo. Vermudo sintió un escalofrío provocado por un mal presentimiento.

Félix recorrió la estancia con la mirada y se detuvo en un hombre pequeño, de aspecto nervudo, que parecía tratar de encender la chimenea. Entró con paso firme y se acercó al rufián.

—¿Sois Vermudo Cuevas? —preguntó mientras le pinchaba con la punta de la espada justo debajo de la mandíbula. Félix ejerció un poco de presión con su acero y obligó a Vermudo a ponerse de pie.

—¿Está todo bien? —preguntó Guzmán, que entró corriendo por la puerta después de oír el golpe.

—Parece que hemos tenido suerte y hemos encontrado al que buscábamos —respondió Félix antes de dirigirse de nuevo a Vermudo—. ¿Eres mudo?

—No, mi señor —respondió Vermudo mientras caminaba lentamente hacia atrás, separándose de la espada de Félix—. Es que solo oigo por un lado y además soy algo duro de oído. A veces no escucho si no me hablan de frente o por la oreja inservible.

Félix y Guzmán se miraron. Tello no les había dicho nada de eso y no sabían si aquel hombre les estaba mintiendo, pero si decía la verdad, era posible que no les hubiera escuchado llamar a la puerta y por eso no había abierto.

—Ahora tendré que reparar la puerta que habéis destrozado, pero tendréis que compensarme antes —dijo Vermudo con fastidio.

Félix y Guzmán se fijaron en el rostro de Vermudo. La piel aparecía arrugada y fina donde había sufrido las quemaduras. Vermudo estaba de pie, junto a la chimenea, tenía las manos manchadas de hollín y, ante las miradas escrutadoras de los forasteros, decidió continuar hablando.

—Estaba a punto de prepararme algo de comer e iba a encender el fuego. Pero antes, decidme, ¿a qué se debe esta inesperada visita a mi humilde morada? Soy un hombre de bien que se ha retirado a la soledad de las montañas a orar y estar cerca de Dios; un ermitaño que pasa por el mundo sin hacer ruido y reza para que el reino de Dios se extienda sobre la faz de la Tierra y la victoria del cristianismo traiga la paz a los buenos cristianos.

Vermudo había tenido el tiempo justo para tizar la bolsa con la ceniza y ocultarla entre los leños de la chimenea.

—¿Sois Vermudo Cuevas? —dijo Guzmán.

—Así me llaman. Pero sentémonos para que me contéis el propósito de vuestra visita y podamos departir con calma.

Vermudo señaló la mesa con cuatro taburetes que se encontraba junto a una de las ventanas y se sentó sin esperar respuesta. Félix envainó su espada y fue a sentarse frente a él. Guzmán los siguió, pero antes de sentarse junto a Vermudo abrió los postigos para iluminar la estancia. Colocó su hacha sobre la mesa de forma casual, pero consciente del efecto amenazador que tendría sobre el hombre. Félix estaba a punto de comenzar a hablar cuando Guzmán se le adelantó.

—Decidnos, Vermudo, ¿qué os ha sucedido en la cara? Tenéis marcas de quemaduras.

Félix miraba al dueño de la casa con una mezcla de odio y sospecha, pero Vermudo sabía que había sembrado la duda en sus visitantes y solo tendría que contarles una buena historia para que le dejaran en paz.

Vermudo tenía los dedos de ambas manos entrelazados como si estuviera a punto de ponerse a rezar y levantaba la mirada a cada momento; parecía que estuviera continuamente dirigiéndose al Cielo.

—Hace unos días tropecé cuando llevaba la olla llena de sopa y caí al suelo con ella. El líquido se derramó y me achicharró la cara. Doy gracias a Dios porque la herida ha curado rápido y ya casi no me duele. Me alegro de que me haya sucedido, porque ha sido una penitencia por los desmanes que suceden en el mundo y seguramente ayudará a que la ira de Dios se haya apaciguado en otro lugar.

Guzmán tomó la palabra de nuevo mientras Vermudo lanzaba otra mirada piadosa al techo.

—Hace unas semanas acompañasteis a Silvestre Osorio a realizar la compra de una heredad...

Vermudo se percató de que el hombre de mediana edad llevaba la voz cantante, pero era el joven freire el que le preocupaba, tan callado, pero de aspecto peligroso... Cualquier paso en falso podría ser fatal.

—Silvestre me pidió que le acompañara como testigo y así lo hice. Como buen cristiano estoy siempre dispuesto a ayudar a las milicias de esforzados freires que luchan por defender la cristiandad de las hordas de musulmanes. Pero decidme, ¿con quién tengo el honor de estar sentado en mi humilde morada?

—Eso no viene al caso, Vermudo —dijo Guzmán, sujetándole por el brazo y mirando fijamente a los ojos del rufián. Esperó unos instantes antes de continuar—: ¿Qué hicisteis después de haber cerrado el trato?

—Fuimos a Ciruelos a dejar las reliquias de la Orden y después regresé a la sencillez de mi hogar. Tardé varios días, porque a mis años ya no aguanto las largas jornadas a caballo.

—He visto que tenéis un caballo y una yegua detrás de la casa —dijo Guzmán—. ¿No son animales muy caros para un ermitaño que vive aislado de todo? ¿Para qué queréis las bestias?

Félix se estaba inquietando por la lentitud con la que avanzaba Guzmán y no sabía por qué no contaba lo que había pasado y lo que estaban buscando. Para él el camino más rápido era siempre la mejor opción. Guzmán se dio cuenta del desasosiego del freire.

—Vermudo, ¿no os importará que mi amigo eche un vistazo por vuestra casa?

Félix se levantó de inmediato y se puso a registrar los escasos muebles que había en la estancia. Vermudo estaba a punto de protestar, pero se dio cuenta de que sus quejas habrían sido inútiles y decidió mostrar su mejor disposición. Lanzó otra mirada al techo antes de hablar:

—No hay nada que ocultar en la casa de este pobre anacoreta. Registrad lo que queráis.

Félix registró el único arcón que había en la casa. Sacó dos ollas de cobre y un par de cucharones de madera, varias mantas raídas y un cuchillo. Paseó su vista por la estancia. Apenas quedaban sitios en los que ocultar el oro de Elvira; la mesa y las sillas estaban junto a la chimenea y apenas eran unos tablones mal sujetos, solo quedaba la cama, con el delgado colchón de paja, y la manta que la cubría. Félix

revisó bajo la cama y retiró el colchón. Lo echó al suelo y comenzó a pisotearlo, por si había algo escondido en su interior, ignorando las miradas cargadas de odio de Vermudo.

—Los animales me los regaló Silvestre por haberle acompañado. Insistí en que no había necesidad, pero el buen freire se empeñó en que mis servicios debían ser recompensados y las bestias me traerían a casa sin que me fatigase caminando por las llanuras.

—Es muy generoso ese Silvestre —dijo Guzmán.

Vermudo asintió y forzó la expresión más piadosa que pudo.

Félix había terminado de registrar la casa pero no había encontrado nada. Paseaba su mirada por la estancia una y otra vez sin ver nada sospechoso y Guzmán no estaba llegando a ninguna parte con sus preguntas.

Vermudo ideó la forma de ganarse definitivamente la confianza de los forasteros y se dirigió a Félix.

—Mi buen freire, espero que hayáis encontrado lo que buscabais. No hay muchos sitios en los que mirar, pero para que veáis que no os oculto nada, os diré que bajo esa manta que cubre el suelo a modo de alfombra moruna se esconde una trampilla que lleva a una pequeña cripta, en la que a veces me he ocultado de los moros cuando por casualidad recorren estos parajes.

Félix quitó la manta con el pie y destapó la trampilla. La abrió y bajó a revisar el sótano.

Vermudo miraba a Guzmán con fingida humildad y este asía el astil de su hacha sin quitar ojo al rufián.

—Aquí no hay nada —dijo Félix—. No es más que un sótano vacío.

Guzmán sospechaba de Vermudo, pero hasta el momento no habían encontrado nada y todas las explicaciones que les daba encajaban de alguna manera. Comenzaba a dudar de que pudieran averiguar algo allí, pero no quería marcharse hasta estar convencido de la inocencia del ermitaño.

Félix salió del sótano preguntándose si alguna vez volvería a ver a Elvira. Empezaba a estar desesperado y cada vez parecía más claro que Vermudo no tenía nada que ver en el asalto. Iba a decir a Guzmán que se macharan de allí cuando escuchó los cascos de unos caballos aproximarse. Se acercó a la ventana y vio que se trataba de Nuño y Tello acompañados por *Mustafá*. Tendría que haberse imaginado que su amigo no se quedaría de brazos cruzados mientras él recorría la Transierra.

Guzmán se levantó y salió a recibirles. El chico había vuelto a desobedecer y él pensó que ya se le debían de haber olvidado los correazos.

—Nuño, ¿se puede saber por qué diablos has tenido que venir? —dijo Guzmán.

—Tello me obligó —respondió el niño mientras bajaba del caballo.

El desparpajo del niño cogió a todos por sorpresa.

Tello miró al chico, desconcertado. Se había dejado liar por el muchacho y entre los dos habían convencido al maestro para que les dejara partir. Ruy les había

escuchado atentamente y, aunque la historia le parecía increíble y la posibilidad de que encontraran algo era remota, el niño había conseguido convencerle.

Nuño entró corriendo en la casa en busca de su madre y se encontró con Félix y Vermudo.

—¿Está mi madre aquí? —preguntó a Félix.

—No, muchacho, aquí no hemos encontrado nada.

Vermudo sintió cómo una ola de fastidio le invadía. Estaban buscando a Elvira pero, ¿sería posible que la mujer no hubiera sido virgen? Todo parecía muy extraño y se estaba complicando por momentos.

El maleante decidió dejar sus preguntas a un lado; más visitantes solo podían traer más problemas. Lo mejor sería sacarlos de allí cuanto antes. Se levantó y se dirigió hacia la entrada, tratando de llevar el encuentro fuera de la casa, pero cuando llegó a la puerta se encontró con Tello.

—Hola, Tello —saludó sorprendido de ver de nuevo al freire—. Qué alegría verte por aquí otra vez. Tus amigos ya se iban; parece que no han encontrado lo que buscaban.

Tello miró a Félix y Guzmán en busca de un atisbo de esperanza, pero las expresiones decepcionadas y sombrías de los otros le confirmaron las palabras de Vermudo.

—¿No ha aparecido nada del oro de la venta de la heredad, ni tampoco rastro de Elvira? —preguntó—. Puede que se os haya pasado algo por alto. Podemos pedir al chico que revise la casa, no tardará ni un suspiro.

Vermudo sonrió para sus adentros. Con una sola frase de Tello había recibido más información que durante todo el tiempo que habían estado importunándole los dos forasteros.

—Pasad si queréis, pero ya no queda nada que registrar; vuestros amigos han inspeccionado la vivienda a conciencia y no han dejado objeto sin levantar en mi humilde morada.

Tello miró a Félix preguntando si merecía la pena volver a registrar la casa. En ese momento se oyó a Nuño gritar en el interior de la vivienda.

—¡Félix! ¡Guzmán! Venid enseguida —dijo el chico atropelladamente—. ¡Mirad lo que he encontrado!

Nuño caminaba hacia la puerta con algo en las manos. Félix se acercó con rapidez y se lo arrebató sin contemplaciones. El chico tenía las manos manchadas de hollín y había encontrado el morral de cuero escondido en la chimenea. Félix abrió la bolsa y vio las monedas.

En ese momento Vermudo intentó huir. Empujó a Guzmán a un lado y salió a toda velocidad, pero cuando cruzaba la puerta, Tello lo detuvo con un puñetazo en la nariz que le hizo caer de espaldas.

Vermudo se llevó las manos a la cara y comenzó a gritar.

—¡Piedad! ¡Piedad! Por el amor de Dios, ¡piedad!

Félix se sintió como un idiota y se enfureció con el ermitaño como nunca antes le había sucedido. No solo les había engañado todo el tiempo, sino que además había participado en el asalto a la casa y había robado el dinero de Elvira. El asesino iba a pagar caro lo que había hecho, pero antes debería confesar y decirles qué había pasado con la madre de Nuño.

Félix agarró a Vermudo por el cuello de la camisa y lo levantó. El rufián se tapaba la nariz con las dos manos y seguía gritando de dolor y pánico al haber sido descubierto. El joven freire lo sujetó con la zurda por el cuello, contra la pared, y comenzó a asfixiarle mientras le golpeaba el estómago con el otro puño.

Con el primer golpe Félix sacó todo el aire que quedaba en los pulmones del asesino y, al apretarle con fuerza el cuello, no le permitía seguir respirando. Durante los siguientes puñetazos, la falta de aire hizo que Vermudo comenzase a perder el conocimiento y, solo cuando Guzmán sujetó el brazo de Félix, el freire detuvo su castigo. Soltó a Vermudo, que se dejó caer al suelo y comenzó a vomitar una pestilente bilis amarilla.

—Lo vas a matar y tiene que confesar todavía —dijo Guzmán, tratando de detener la ira de Félix—. Lo necesitamos para encontrar a Elvira y es la prueba del crimen. Muerto no nos servirá.

Félix se detuvo un instante y Guzmán se confió. En ese momento el freire propinó una patada a Vermudo en las costillas pero, antes de que pudiera continuar, Tello y Guzmán lo sujetaron y lo alejaron unos pasos del viejo.

Cuando Vermudo se recuperó un poco de los golpes, confesó todo lo que había sucedido desde la firma del contrato. Omitió los detalles más escabrosos y se presentó como un mero ejecutor, víctima de la mala influencia de Silvestre Osorio, que se había quedado con casi todo el dinero. Todos se alegraron al saber que Elvira estaba viva y en buen estado, pero la noticia de que iba a ser vendida como esclava en Al-Andalus cayó como un jarro de agua fría sobre ellos.

Decidieron salir cuanto antes, siguiendo la ruta de las caravanas hacia Calatrava. Elvira no podía estar muy lejos si había partido tres días atrás. Sin duda viajarían más rápido que el mercader y podrían darle alcance antes de que cruzaran las montañas. Se llevarían también a Vermudo sobre uno de sus caballos, no convenía perder de vista al rufián.

Nuño y Tello salieron a preparar los animales y Félix y Guzmán se dedicaron a maniatar al asesino. Guzmán se colocó a la espalda de Vermudo para cortar un trozo de tela de su camisa, que entregó a Félix, antes de comenzar a atar las manos del prisionero con un cordel mientras el primero se disponía a amordazar al viejo con la tela. Pero Vermudo quiso hablar antes de que le tapasen la boca. El rufián destilaba odio por la paliza que le había propinado el freire.

—Sois Félix, el asesino del padre del chico —susurró Vermudo al oído del freire—. Silvestre me lo ha contado todo y yo se lo conté a Elvira. Ella sabe lo que habéis hecho.

Félix escuchó la noticia impasible, aunque por dentro toda su firmeza se estaba desmoronando. Apenas podía creer lo que estaba oyendo y no quería que ninguno de los demás se enterase de su secreto.

—Son todo patrañas. Espero que hayáis terminado, porque os voy a amordazar —dijo haciendo un gran esfuerzo por parecer sereno.

Guzmán había terminado de atarle las manos a la espalda y se disponía a salir.

Vermudo se sorprendió de que sus palabras no hubieran hecho mella en el freire y se apresuró a hablar antes de que Félix se lo impidiese.

—Elvira lloró mucho cuando le conté la noticia, pero lloró más cuando la poseí ahí abajo, en la cripta. Me arrepentí de haberla vendido y, si queréis escucharlo, creo que ella se arrepintió también.

Félix cerró los ojos y trató de impedir que las imágenes del asesino abusando de Elvira aparecieran en su mente, pero no lo logró. Aquel ser ruin y despreciable había mancillado el honor de su amada y la había hecho sufrir hasta límites insospechados.

El freire sintió cómo una fuerza interior le hacía sacar su daga del cinto y, con un rápido movimiento, clavó su puñal en el corazón de Vermudo. El rufián apenas tuvo tiempo de suspirar y lo único que se oyó fue la hoja de la daga penetrando en la carne y rozando con las costillas de Vermudo, mientras entraba y salía varias veces del pecho.

Guzmán se volvió alarmado y vio cómo el viejo caía al suelo con una mancha de sangre empapando el pecho de su desgarrada camisa.

—Le has matado —acusó a Félix sin dejar de mirar a Vermudo.

La mancha se extendía rápidamente y la sangre comenzaba a llegar al suelo.

—Estaba hablando de Elvira. Contando cosas que nadie debería saber —dijo Félix—. La estaba mancillando.

—Sería todo mentira. Por el dinero que le pagaron, la vendió como virgen. Es decir, no osó acercarse a ella por no estropear la mercancía. —Guzmán no entendía cómo Félix podía ser tan crédulo.

—Dios te oiga —respondió Félix.

Tello entró en ese momento para avisar de que los caballos estaban listos para partir y se encontró con el cuerpo de Vermudo tendido en mitad de un charco de sangre.

—¡Pero si lo habéis matado! —exclamó, abriendo mucho los brazos—. ¿Qué prueba vamos a presentar ahora al maestre para acusar a Silvestre?

—Llevaremos el oro, es prueba más que suficiente —dijo Félix. Y Guzmán asintió.

Nuño escucho las voces de Tello desde fuera y fue a entrar en la casa, pero Félix se lo impidió.

—Nos vamos, muchacho. No hace falta que entres, Vermudo se queda.

Nuño intentó superar a Félix colándose por uno de sus costados, pero el freire lo detuvo y lo sacó fuera a pesar de sus protestas. En el intento, Nuño llegó a ver el

cuerpo de Vermudo tirado en mitad de la estancia, con el pecho cubierto por una enorme mancha oscura.

El sol comenzaba a descender y las sombras se extenderían por los campos en poco tiempo. Los días se acortaban rápidamente con la llegada del otoño y necesitaban apresurarse si querían dar caza al tratante de esclavos antes de que se internase en Al-Andalus.

Guzmán se entretuvo un momento mientras observaba el cuerpo inerte de Vermudo.

Salió el último y dejó la puerta de la casa abierta: los lobos se darían un festín esa noche.

*Calatrava**17 de septiembre de 1211*

Los dos amigos contemplaban a Guzmán y Nuño alejarse, remontando el río Guadiana en dirección a Calatrava. Les llevaría una hora llegar a la ciudad y necesitarían toda la tarde para dar con Elvira, y regresar a su escondite en las faldas de la Sierra del Gigante.

—Deberíamos haberles acompañado —se quejó Tello—. La espera se nos va a hacer interminable.

Félix miró con fastidio a su amigo y acarició la cabeza de *Mustafá*, que estaba sentado a su lado observando al niño y al mercader en la distancia. La perspectiva de pasar el día con Tello lamentándose por la espera se le hacía muy cuesta arriba y decidió ignorar los comentarios de su amigo. Tello continuó hablando hasta que los dos viajeros desaparecieron en el horizonte y permaneció callado solo un instante.

—Seguro que hubiéramos sido de gran ayuda —continuó—. Alguien podría atacarlos, o incluso uno de los caballos podría lastimarse por el camino. No hay que olvidar que se han llevado todo el oro de Vermudo; si no encuentran al tratante de esclavos no podrán gastarlo y alguien podría arrebatárselo.

Mustafá volvió su cabeza hacia Tello y Félix no aguantó más la verborrea de su amigo.

—El oro es de Elvira y Guzmán es cien veces más capaz que tú de negociar la compra de una esclava. Deberías haber visto las preguntas que le hizo a Vermudo —dijo Félix—. Es hora de ser pacientes y esperar.

—Pues sí, además el niño le acompaña. Ese que descubrió en un santiamén la bolsa que tú no habías visto durante tu riguroso registro de la casa. De todas maneras, a la vista está que el más paciente de todos eres tú, si no que le pregunten a Vermudo... Ah, se me olvidaba que ya no está entre nosotros.

—Lo mejor será que aprovechemos el tiempo para descansar y afilar nuestras armas. El viaje ha sido duro y nos sentará bien dormir un rato. El calor empieza a apretar.

Tello y Félix habían cubierto sus sobrevestidos de la Orden con unas mantas que se habían llevado de la casa de Vermudo. Estaban sucias y raídas, pero les habían hecho un corte en el centro para meter la cabeza y ocultaban la cruz de la Orden para no ser fácilmente reconocidos desde la lejanía de un castillo o una torre de vigilancia. El sol estaba en su punto más alto y sus cálidos rayos, que se agradecían durante las primeras horas de la mañana, se habían convertido en una molesta compañía de la que era imposible desprenderse.

Guzmán y Nuño sudaban bajo sus camisas de lino y algodón, sintiendo bajo las sillas los lentos movimientos de sus caballos avanzando al paso hacia Calatrava. El campo había pasado del amarillo inicial del verano, al pardo de la tierra sedienta de las primeras lluvias del otoño.

—Allí se ve la ciudad —dijo Guzmán—. ¿Qué tal vas?

—Me duele el culo y las piernas, creo que se me van a quedar para siempre con la forma del caballo y me pareceré a esos caballeros de piernas cortas y arqueadas hacia fuera.

Habían cabalgado toda la noche y Guzmán sentía la espalda dolorida por el viaje.

—¿Estás muy cansado?

—Estoy deseando encontrar a madre y regresar con ella a Toledo. El cansancio apenas lo noto y ya casi estamos en la ciudad.

Nuño estaba eufórico ante la perspectiva de poder liberar a su madre. La breve parada que habían hecho para descansar había sido más que suficiente para recuperarse de la cabalgada a la luz de la luna y de las emociones del día anterior.

Entraron a la ciudad justo después del mediodía y se dirigieron sin pausa al mercado de esclavos. Guzmán sabía que el zoco estaría abarrotado y no se sorprendió de la multitud de compradores y curiosos, entre los que resultaba difícil avanzar. Al colorido del gentío se añadía lo extravagante del género que se despachaba. Los esclavos se distribuían por zonas, según su procedencia, y los tratantes mostraban la mercancía sobre una tarima para que los posibles compradores pujaran por ellos, dependiendo de sus necesidades y de la fortaleza y juventud de las personas que estaban a la venta.

Nuño observó con ansiedad los distintos puestos tratando de distinguir a su madre entre la multitud de hombres y mujeres que se encontraban a la venta.

—Fíjate chiquillo —dijo Guzmán—, allí están los eunucos junto con algunas mujeres de buen aspecto; las mejor valoradas son las cantoras, que vienen casi todas de Oriente, aunque las gallegas también se pagan bien porque su dialecto es parecido al que se habla en Al-Andalus.

Guzmán se acercó al puesto preguntando por una esclava cristiana de cabellos rizados, dorados como el sol y todavía joven, aunque no una chiquilla, que buscaba para complacer a su señor de Córdoba. Por todos era bien sabido que en la frontera podía conseguirse mercancía exótica, fruto de las aceifas por las tierras cristianas. Había también negros, muy apreciados por su fortaleza y resistencia, y eslavos apresados por los francos en el norte y llevados hasta la frontera para su venta. A pesar de que a Guzmán le ofrecieron muchachas jóvenes, maduras y ancianas de cabellos más o menos rizados y más o menos claros, ninguna de ellas era Elvira.

—No vamos a poder encontrarla —dijo Nuño cuando ya salían del mercado—. Nadie ha podido darnos razón de su paradero y ni siquiera conocen al tal Qasim que nos dijo Vermudo.

Guzmán pensó que el asesino podía haberles engañado, pero no dijo nada a Nuño

para no entristecerle aún más.

—Iremos a ver a Aben. Si alguien está enterado de lo que pasa en esta ciudad, es el alcaide.

Caminaron por las callejuelas empedradas abrumados por la cantidad de gente; campesinos, artesanos, soldados y mercaderes que deambulaban por la ciudad en un ambiente festivo y alegre que invadía cada rincón de la medina. Barberos, aguadores, vendedores de fritangas y de ungüentos se disputaban el espacio con astrólogos, faquires y cuentacuentos, así como con una incesante multitud de mendigos.

La victoria sobre Salvatierra aseguraba la retaguardia de la ciudad y había terminado con las correrías de los freires en la frontera. El califa regresaba a Sevilla y al año siguiente organizaría una campaña para conquistar Toledo. La moral en Al-Andalus estaba por las nubes.

Un esclavo de buen aspecto recibió a Guzmán y al chico y les dejó pasar al recordar la estancia de ambos en casa de su amo unos meses atrás.

—Mandaré a llamar a mi amo, que se encuentra en el alcázar —explicó a los visitantes.

Guzmán y Nuño pasaron a una sala donde les lavaron las manos y les atendieron hasta la llegada de Aben. El agua de rosas y los dátiles que les sirvieron les ayudaron a refrescarse mientras esperaban al alcaide. La espera transcurría con inusitada lentitud para ambos, sin embargo las sombras del patio se movían con rapidez y anunciaban la entrada de la tarde y la cercanía de la noche.

—Os ofrezco una disculpa por la espera —dijo Aben con una sonrisa cuando entró al patio—. Acabo de regresar de Salvatierra y he encontrado muchos asuntos que atender.

—Por favor, Aben, nada de disculpas. Si acaso somos nosotros los que debemos disculparnos por esta visita repentina, inesperada y fugaz —respondió Guzmán mientras se fundía en un abrazo con su amigo.

El comentario despertó la curiosidad de Aben.

—¿A qué debo esta visita? En verdad que no te esperaba tan pronto.

—Es una larga historia, pero no quiero aburrirte con ella. Cuando regresamos de Andújar fuimos a casa del chico para que viese a su madre, pero al llegar encontramos la morada arrasada por las llamas y los ancianos que vivían en ella calcinados por el fuego.

Aben miró a Nuño temiéndose lo peor.

—Cuánto lo siento —dijo al niño, y esperó a que Guzmán continuara.

—La madre del chico no apareció y la hemos estado buscando desde entonces sin mucho acierto, hasta que hace unos días nos dieron una pista que nos hace pensar que pueda haber pasado por aquí. —Guzmán hizo una pausa y miró al Nuño para animarle—. Al parecer la han vendido como esclava a un mercader llamado Qasim, que se dirige a Córdoba o Sevilla para conseguir un buen precio por ella. Hemos preguntado en el zoco de esclavos, pero nadie nos ha dado razón. ¿Le conoces?

Aben tomó a Guzmán por el codo y les invitó a que se sentaran.

—Qasim pasó por aquí —dijo finalmente—. Le conozco porque está especializado en concubinas para los harenes de los grandes militares y dignatarios. No es una persona de mi confianza, pero alguna vez le he comprado género y suele venir a visitarme cuando pasa por la ciudad. Normalmente no vende en el zoco, se dirige directamente a sus compradores.

Guzmán suspiró aliviado y Nuño se removió inquieto en su asiento; por fin tenían noticias.

—¿Cuándo salió de Calatrava? —preguntó Guzmán, impaciente.

—Partió ayer al amanecer. Me comentó que iría hacia el este, para evitar toparse con los restos del ejército del califa, y tomaría la ruta a Andújar por el puerto de Niefla. Pero dime, muchacho, ¿qué aspecto tiene tu madre?

—Es menuda y con el cabello rubio y rizado. Tiene la estatura de Guzmán y los ojos verdes.

Aben reflexionó unos instantes antes de contestar. La esclava que le había presentado Qasim coincidía con la escueta descripción del niño, pero según el mercader se trataba de una virgen cristiana.

—Tu madre está con Qasim. La vi ayer mismo antes de partir, muy bella y bien atendida, aunque de aspecto triste y melancólico.

Nuño se puso de pie y se volvió hacia Guzmán con una gran sonrisa.

—Tenemos que ir en su busca, Guzmán —dijo el niño mientras tiraba de la manga del mercader para que se levantara.

—Dentro de poco anochecerá —intervino Aben—. ¿Puedo ofreceros mi casa para descansar, y una escolta para que os acompañe mañana al alba? Creo que sería lo más sensato.

Guzmán se levantó con lentitud, los años le iban pesando.

—Nada me haría más feliz —contestó—. Pero no quiero tener al niño esperando toda la noche. No creo que pudiese pegar ojo y, seguramente, yo tampoco. Te agradezco la escolta, aunque no será necesaria; ya sabes que conozco estas tierras como la palma de mi mano y creo que tus hombres se han ganado un merecido descanso.

—Insisto, Guzmán —dijo Aben—. Es mejor que salgáis mañana.

—Te lo agradezco mucho, mi gran amigo, pero de verdad que ganaremos tiempo saliendo esta noche. Aún quedan algunas horas de luz.

El alcaide se dio cuenta de que no podría retener a su amigo.

—Mi querido Nuño, confío en que Alá te acompañe y te deseo suerte para que puedas reunirte con tu madre durante los próximos días —exclamó Aben mientras extendía su mano al niño a modo de despedida—. Ahora puedes ir a preparar los caballos.

Nuño estrechó la mano de Aben y salió corriendo hacia las cuadras sin despedirse.

—¿Cómo piensas recuperar a la madre del chico?

—Tengo dinero para comprarla. Haré una oferta a Qasim que no podrá rechazar.

—Qasim es astuto como un zorro —respondió Aben—. Sabe que conseguirá un buen precio por la mujer en la corte del califa, puede que hasta quinientas monedas de oro.

Guzmán no se dejó desanimar a pesar de que apenas juntaban la cuarta parte de esa cifra.

—Algo se podrá hacer, ya sabes que soy buen negociante. Tengo buenos dineros, pero si tenemos que esperar a reunir una suma más alta, Qasim lo entenderá.

Aben se percató de que Guzmán no podría pagar la suma que le pediría Qasim.

—Qasim tiene amigos poderosos, tendrás que andarte con cuidado. Será una negociación difícil, pero no imposible —mintió Aben a su amigo—. Solo para que lo sepas, debe llevar un cargamento de unas seis o siete esclavas y le acompaña una comadrona anciana, un par de sirvientas y unos treinta hombres armados hasta los dientes.

Nuño llamó a Guzmán desde el zaguán y Aben le acompañó hasta la calle, donde les esperaba el niño con los animales, el sirviente y una pareja de soldados de la guarnición. Ambos caminaban en silencio, valorando las opciones que tenía Guzmán de conseguir su objetivo. Antes de que este subiese a su caballo, Aben y él se despidieron con un abrazo.

—Que Alá te acompañe, mi buen amigo —dijo Aben.

—Gracias por tu amistad —contestó Guzmán—. La próxima vez que nos veamos vendré con tiempo suficiente para contarte todo con detalle. Será una velada inolvidable.

Guzmán subió a su caballo y azuzó al animal.

—Os escoltarán hasta la salida de la ciudad; a eso no puedes negarte. Luego estaréis solos. —Aben no sabía si volvería a ver a su amigo con vida y le costaba dejarle partir—. Dime, Guzmán, ¿conseguiste los libros en Andújar?

Guzmán se volvió para contestar:

—No, tendrá que ser en otro viaje.

Y levantó la mano a modo de despedida mientras se alejaba calle abajo con Nuño a su lado. Los soldados iban abriendo camino entre la gente que aún no se había recogido en sus casas y Aben esperó inmóvil hasta que su amigo se perdió de vista.

Guzmán y Nuño cabalgaron hacia el oeste, en dirección al escondite donde los esperaban los freires.

El sol acababa de ponerse como una bola de fuego sumergiéndose en las entrañas de la tierra, y el cielo destacaba en el paisaje, con los tonos rojizos y anaranjados que fueron dando paso a los malvas y violetas del atardecer.

Félix y Tello esperaban con impaciencia y les vieron llegar a lo lejos a galope tendido. Solo distinguieron un jinete en cada caballo y las escasas esperanzas de que llegasen con Elvira se esfumaron al instante. No habían conseguido su propósito.

Mustafá salió a recibirles y, cuando llegaron a los freires, la alegría de Nuño les sorprendió.

—Mi madre está viva y va camino de Andújar con el mercader de esclavos —dijo el niño antes de desmontar—. La han visto y me han dicho que está bien.

Félix se acercó al caballo de Nuño y abrazó al muchacho. Mientras lo sujetaba lo bajó del animal y le apretó varias veces con fuerza antes de dejarlo en el suelo. La noticia había sido confirmada y Elvira estaba viva. Tello corrió a abrazarlos a los dos mientras *Mustafá* saltaba alegre a su lado. Guzmán desmontó y se acercó al grupo sin poder evitar sentirse contagiado por la alegría de los tres. A pesar del regocijo general, Guzmán no podía parar de dar vueltas sobre lo mismo: tendrían que idear un buen plan para rescatar a la madre de Nuño, porque Qasim nunca aceptaría una oferta tan baja.

Félix se volvió hacia él y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

*Puerto de Niefla**18 de septiembre de 1211*

La caravana de Qasim se había detenido para pasar la noche.

Les había llevado tres días recorrer la distancia entre Calatrava y el puerto de Niefla. Desde allí, bajarían por Fuencaliente y, siguiendo el cauce del río Yeguas, llegarían hasta el Guadalquivir. Si todo iba bien, en cuatro días estarían en Córdoba.

Como de costumbre, Qasim ya había organizado el campamento antes de que comenzase a oscurecer; las carretas reunidas en el centro, junto a la tienda en que dormirían las esclavas y las mujeres, y tres tiendas más rodeándolas, una para él y dos más para los hombres que formaban la caravana.

—¿La has visto? —susurró Tello a Félix.

Los dos estaban echados sobre la tierra, escondidos tras unos arbustos desde donde podían observar el trasiego de guardias y sirvientes. Habían avistado la caravana al mediodía y la habían seguido a distancia para evitar ser descubiertos. Cuando Qasim decidió acampar, Félix y Tello se acercaron con sigilo a espiar los reparativos para la noche.

—No, todavía no —respondió Félix.

—Te lo advertí, teníamos que haber traído al niño, ve bastante mejor tú.

Nuño se había quedado al cuidado de los caballos porque Guzmán decidió asegurarse de que el chico no volviera a tomar la iniciativa, desobedeciendo y arriesgándose a ser descubierto por los guardias de Qasim. El plan no estaba claro, pero durante las discusiones que habían mantenido desde Calatrava habían acordado que sería absurdo tratar de comprar a Elvira. El oro de Vermudo no sería suficiente para cubrir las expectativas de Qasim y decidieron que lo mejor sería utilizar la sorpresa, ya fuera raptándola o atacando el campamento.

—Aquella debe ser la tienda de las esclavas, parece la más confortable y además se está llenando de mujeres —dijo Félix.

Félix y Tello habían visto cómo varios hombres descargaban alfombras, cojines y telas de finos bordados y ricos colores, y las iban colocando dentro de la tienda. También metieron un par de arcones grandes y un baúl, además de una bañera de madera. Una vez que los objetos pesados se habían instalado dentro, la comadrona echó a los hombres de allí y las sirvientas cubrieron la entrada con una cortina para evitar las miradas curiosas.

Las prisioneras estaban esperando junto a las carretas y fueron escoltadas por varios guardias hasta la tienda.

—Lástima que vayan todas tan tapadas, con los velos y las túnicas no se ve

absolutamente nada. Ese Qasim debe ser muy celoso de su mercancía —se quejó Tello.

Las esclavas estaban cubiertas de la cabeza a los pies. El velo que ocultaba sus rostros solo dejaba los ojos al descubierto y llevaban el pelo recogido y oculto bajo un pañuelo. A la distancia que estaban, Félix y Tello no podían distinguir si Elvira formaba parte del grupo, solo vieron una procesión de seis mujeres que entraban en silencio en la tienda.

Los dos amigos ya se habían hecho una idea clara sobre la distribución del campamento y sobre los puntos en los que Qasim había apostado la guardia. Varios grupos de tres centinelas vigilaban el perímetro y, adicionalmente, dos hombres guardaban la entrada de la tienda de las mujeres.

Comenzaba a oscurecer cuando los dos hombres regresaron con Guzmán y Nuño.

Les encontraron en un claro del bosque en donde un riachuelo de agua cristalina fluía entre rocas de granito. Guzmán estaba tumbado bajo un árbol con la cabeza apoyada sobre la silla de montar. El murmullo del agua lo arrullaba y se estaba quedando dormido. Nuño vigilaba, sentado a su lado, mientras acariciaba el lomo de *Mustafá* y los caballos pastaban sueltos a poca distancia.

Mustafá levantó las orejas y los animales relincharon al oír acercarse a sus compañeros poco antes de que Félix y Tello aparecieran entre los árboles como dos sombras siniestras.

Se reunieron todos junto a Guzmán que, con el alboroto de la llegada, se había despejado. La luz de la luna comenzaba a iluminar los contornos del bosque y, aunque en el monte la temperatura descendía con rapidez, esa noche no habría fuego con el que calentarse.

—Será fácil acercarse —dijo Félix mientras se sentaba al lado de Guzmán—. Han colocado la tienda de las cautivas junto a las carretas y rodeándola está la tienda de Qasim y otras dos en las que duermen los guardias. —Guzmán se incorporó y Félix continuó su informe—. Podremos acercarnos por debajo de las carretas y llegar hasta la tienda. La dificultad va a ser qué hacemos con la comadrona y con las sirvientas.

Guzmán y Nuño escuchaban atentos las explicaciones de Félix, que seguía enumerando la distribución del campamento, las distancias entre las tiendas, el aspecto de los guardias y de Qasim. El chico, que no podía esperar más tiempo, le interrumpió:

—¿Has visto a mi madre?

—No, Nuño. Hay seis esclavas, pero estaban ocultas con velos y túnicas. No hemos podido distinguir de cuál de ellas se trataba.

El muchacho apenas suspiró un instante pero no se permitió entristecerse. Estaban demasiado cerca de rescatar a su madre como para perder la esperanza por un pequeño detalle.

—Tendremos que preparar muy bien la huida. No quiero tener a treinta hombres persiguiéndonos por tierras enemigas —dijo Guzmán—. La entrada no me preocupa

tanto; la salida será lo peligroso.

Tello observaba con el ceño fruncido a los otros dos. El rescate iba a ser más difícil de lo que esperaban. No creía que sacar a Elvira sin que alguien diera la voz de alarma fuera posible y tampoco la tarea de adentrarse entre las tiendas sin ser visto le parecía tan fácil.

—Deberíamos asaltar el campamento al alba y acabar con todos los que podamos —dijo—. La sorpresa nos ayudará y, con seguridad, podremos deshacernos de unos cuantos antes de que nos descubran y la lucha se ponga fea.

—Son demasiados —respondió Félix—. Nunca lo lograríamos.

La conversación se detuvo durante unos momentos mientras todos pensaban en la mejor manera de sacar a Elvira de allí y las posibles consecuencias de un ataque fallido. Solo tenían una oportunidad.

—Guzmán —dijo Nuño—, ¿por qué no llamamos a Lope y su banda para que nos ayuden en el asalto?

Guzmán reflexionó unos momentos antes de contestar y comenzó a hablar con lentitud. Félix y Tello se miraron perplejos.

—No sé si todavía estarán por estos lares. Tendríamos que encontrarlos primero y deben de andar muy escondidos puesto que las tropas que estaban cercando Salvatierra están ociosas y muchas de ellas andarán recorriendo los montes.

—Todavía no nos hemos topado con ninguna —contestó Nuño, que no estaba dispuesto a que Guzmán desechara su idea—. Además, el Sabandija estaría más que dispuesto a ayudarme, y seguro que Lope y los demás, también.

—¿Se puede saber de quién estamos hablando? —preguntó Félix.

—Lope es un viejo conocido que recorre estos montes asaltando a los incautos que se adentran en ellos sin suficiente protección. Tiene una banda de bandoleros que le acompañan. Buena gente toda, aunque un poco imprevisibles —contestó Guzmán.

Tello y Félix no pudieron evitar un gesto de sorpresa.

—¿Y Nuño de qué los conoce? —preguntó Félix.

El muchacho se adelantó a la respuesta del mercader.

—Después de ir a Calatrava con Guzmán, pasamos por aquí a recoger unos libros y nos topamos con ellos. Nos ayudaron a escondernos de los moros y me regalaron este cuchillo.

Nuño sacó la daga curva que le había dado el Sabandija.

Félix hizo un esfuerzo para que no se le notase el enfado. Guzmán había arriesgado la vida de Nuño más allá de lo que le había contado y le habían ocultado esa parte del viaje. Empezó a dudar si habría más secretos entre los dos.

—Gracias a Dios, el chico ha tenido una gran idea —dijo Tello—, buscaremos a esos rufianes para que nos ayuden.

La alegría de Tello por la propuesta del muchacho no tuvo eco entre Guzmán y Félix.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Guzmán—. Cada vez estamos más cerca de

Andújar y el camino estará más transitado. Si nos ponemos a buscar a esa gente y no la encontramos, cuando queramos rescatar a Elvira será demasiado tarde.

—Es demasiado arriesgado. —Félix no estaba dispuesto a involucrar a una banda de asaltadores en sus planes, por muy buena gente que fueran—. Si descubren el asalto, podrían acabar con las prisioneras; la vieja esa que las acompaña a todas partes no parece de fiar y no dudaría en matarlas si fuera necesario.

—¿Por qué no buscamos a Lope esta noche? —protestó Nuño—. Yo podría adentrarme en las montañas y dar con ellos sin dificultad.

Tello apoyaba al niño, pero los otros dos no estaban de acuerdo.

—Tú harás lo que se te diga, Nuño —cortó Félix.

El niño miró a Tello y a Guzmán en busca de ayuda.

—Félix tiene razón —dijo Guzmán—. No tenemos tiempo y el asalto puede ser peligroso. Tu madre me dejó a tu cargo y, dadas las circunstancias, tienes que obedecernos tanto a Félix como a mí.

Tello se encogió de hombros, la batalla estaba perdida y no merecía la pena seguir luchando por el plan del muchacho.

—A medianoche me escabulliré dentro del campamento, cruzaré por debajo de las carretas y entraré en la tienda por detrás. Encontraré a Elvira y la sacaré por el mismo camino —dijo Félix—. Antes de que amanezca estaremos lejos de aquí.

Para sorpresa de Nuño, Tello intervino, más animado.

—Habrà que acabar con el puesto de guardia que está cerca de las carretas. Si tenemos suerte alguno se habrá dormido, si no, tendremos que idear un ardid para poder matarlos a los tres antes de que den la voz de alarma.

—Lo mejor será atacar después del cambio de guardia —dijo Guzmán—. Estarán despiertos, pero tendremos tiempo para que Félix entre y salga antes del siguiente cambio. Nosotros nos haremos pasar por los guardias una vez hayamos acabado con ellos. Tello y yo te cubriremos la salida.

—¿Y yo? —protestó Nuño otra vez.

—Tú te quedas cuidando de los caballos a una distancia prudente, para que no los oigan. Los ruidos viajan lejos en el campo y podrían descubrirnos si nos acercamos demasiado —dijo Félix.

—Es mi madre y quiero participar en su rescate, ya casi soy tan alto como Tello y puedo defenderme con mi daga.

Félix comenzaba a perder la paciencia con el niño. Había sido una mala idea que les acompañase, pero Tello lo había llevado hasta Marjaliza y ya no habían podido dejarlo solo.

—Te necesitamos con los caballos —intervino Guzmán—. No es la tarea más arriesgada, pero sí la más importante. Sin los caballos preparados y listos para huir no podríamos escapar. Puede que nadie nos oiga, pero si nos descubren, tendremos que salir corriendo y solo si tú te ocupas de tener los caballos a mano podremos lograrlo.

Nuño parecía ir entrando en razón y Félix notó cómo se calmaba. Guzmán sabía

manejar al muchacho. Tenía la habilidad suficiente como para convencerle sin tener que hacer uso de su autoridad. Félix se dio cuenta de que el mercader podría enseñarle muchas cosas.

Guzmán y Nuño todavía discutieron un rato más mientras Félix y Tello se quedaban al margen. Cuando el chico asintió, siguieron conversando sobre los detalles del plan hasta que cada uno supo lo que tenía que hacer en cada momento.

—Ahora hay que dormir, apenas tenemos algunas horas antes de iniciar el asalto —dijo Guzmán, dando por terminada la conversación.

Nuño y Tello se levantaron a recoger los caballos y llevarlos junto al árbol por si los lobos andaban al acecho y espantaban a los animales. Una vez aseguradas las riendas a las ramas, cada uno se envolvió en su manta.

Félix y Nuño no podían conciliar el sueño por la emoción del reencuentro con Elvira. El muchacho estaba entusiasmado por poder ver a su madre de nuevo, pero la alegría de Félix se mezclaba con la preocupación por lo que Vermudo le hubiera contado. Si el rufián no le había mentado, Elvira ya estaba enterada de los sucesos que ocurrieron durante el asesinato de su marido.

Los ronquidos de Guzmán comenzaron a escucharse enseguida y Félix observó la oscura silueta de sus compañeros mientras descansaban. En cinco días tendrían luna llena, por lo que la luz para el asalto era la ideal. Ni tanta como para delatarlos, ni tan poca como para que no pudieran ver dónde pisaban.

*Puerto de Niefla**19 de septiembre de 1211*

El canto de los grillos acompañaba la guardia del centinela, que luchaba por mantenerse despierto. El arreglo que tenía con sus compañeros le obligaba a permanecer alerta mientras los otros dos dormían. La noche estaba clara y en calma y Yusuf disfrutaba escuchando los ruidos de la oscuridad y tratando de adivinar a qué formas correspondían las sombras que se dibujaban en el lindero del bosque.

Mientras observaba los rescoldos de la hoguera, se acordó de Qasim y de los sonidos que habían salido de su tienda poco después de que entrase una de las esclavas de la expedición. El centinela notó una punzada de envidia; a pesar de estar completamente cubiertas durante la marcha, las suaves y redondeadas formas de las muchachas atraían la atención de Yusuf, que no perdía oportunidad para espiar a las cautivas. Qasim no era un hombre discreto y, cuando se complacía con ellas, los gemidos y los gritos, unas veces de placer y otras de llantos y dolor, se oían en todo el campamento desatando la imaginación de Yusuf y de alguno de sus compañeros.

Qasim podía disfrutar de las esclavas que no eran vírgenes, pero sin embargo no las compartía con la excusa de que la calidad del género acabaría disminuyendo si se las hacía trabajar más de lo necesario. Yusuf se acordó de la esclava de cabellos cortos y ojos grandes y tristes que, cabizbaja y temblorosa, había regresado a su tienda después de que Qasim hubiera quedado satisfecho. Rara vez las dejaba pasar la noche con él.

Yusuf levantó la vista de las brasas. Algo había cambiado. Escrutó las sombras del bosque pero no pudo distinguir ningún movimiento, sin embargo se percató de que los grillos habían dejado de cantar. Permaneció sentado, inmóvil, mientras sopesaba la idea de despertar a sus compañeros. No quería interrumpir su sueño por una falsa alarma, pero sentía un peligro acechando y notó cómo se le erizaba el vello de la nuca. Comenzó a notar los latidos de su corazón acelerándose y le pareció ver algo en la oscuridad; un ligero movimiento en las sombras y un objeto que volaba hacia él.

En ese momento recibió un fuerte golpe en el pecho que le derribó, sacando todo el aire que tenía en los pulmones. Yusuf sintió un dolor intenso y abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido de su garganta. Sentía una presión enorme en el pecho y sus fuerzas parecían haberle abandonado. Trató de palparse el torso pero sus brazos no se movieron. En ese momento unas sombras aparecieron sobre él y sus compañeros que, con inesperada rapidez, pasaron a cuchillo a los que estaban dormidos.

Yusuf vio cómo un hombre robusto se inclinaba sobre él y le sacaba el hacha que tenía clavada en el esternón. La presión aflojó, pero otra nueva oleada de dolor le invadió durante unos segundos hasta que su corazón dejó de latir. Su verdugo ni siquiera se había percatado de sus últimos instantes de vida.

—Vamos a esconderlos al bosque —susurró Guzmán a Tello mientras se colgaba el hacha en el cinto y arrastraba a su víctima hacia los árboles.

Guzmán sonreía abiertamente. La primera parte del plan había sido un éxito gracias a su habilidad con el hacha y a que los centinelas estaban dormidos. El muerto pesaba como un demonio, pensó el mercader, y le dio la sensación de que Tello, a pesar de su cojera, transportaba a su víctima sin apenas esfuerzo. Amontonaron los dos cadáveres tras unos madroños y los cubrieron con ramas y hojas.

—Esto ha sido coser y cantar —dijo Tello al regresar junto a la fogata—. Es posible que tuvieras razón y salgamos de este trance mejor de lo que esperábamos.

Félix no respondió. Su víctima parecía seguir durmiendo como si nada hubiera pasado y fuera a despertar en cualquier momento. Limpió la sangre de su daga en la ropa del muerto y, cuando Tello y Guzmán se hubieron instalado como si de los centinelas se tratase, continuó hacia el interior del campamento.

Félix caminó agachado hasta las carretas. Apenas habían transcurrido unos instantes desde que habían dejado a Nuño a cargo de los caballos hasta que llegaron al campamento. No podían creer su suerte cuando vieron que dos de los guardias estaban dormidos y el tercero no se había dado cuenta de su presencia hasta que fue demasiado tarde.

El campamento estaba en calma y Félix se arrastró lentamente por debajo de las carretas hasta llegar a la tienda de las esclavas. Los grillos comenzaron a cantar de nuevo con su monótona melodía y Félix sacó su daga para practicar una abertura desde la que poder ver el interior de tienda. El acero entró sin resistencia, con un movimiento imperceptible y sin apenas ruido realizó un corte por el que pudo colar la cabeza.

Félix esperó unos instantes hasta que su vista se adaptó a la oscuridad del interior. Distinguió varios cuerpos tendidos sobre alfombras y cubiertos con mantas. El murmullo de la respiración de las jóvenes mientras dormían profundamente se vio interrumpido por un ruidoso ronquido que llegó desde el otro extremo de la tienda. Debía de ser la comadrona, pensó Félix, que estaba acostada delante de la puerta. Unas risas ahogadas se escucharon al otro lado de la puerta. Los guardias estaban despiertos y también habían oído a la anciana.

Varias mujeres que dormían junto a la anciana cambiaron de postura y una más se incorporó ligeramente para observar a su alrededor. Félix sintió cómo se le helaba la sangre. La mujer le miraba de frente, pero no pareció verle y se dejó caer de nuevo vencida por el sueño. No se trataba de Elvira, pero al menos ya podía descartarla. La calma regresó al interior de la tienda y Félix cortó una abertura para poder entrar y

salir sin demasiados problemas. Una vez dentro pasaría por encima de los cuerpos sin tocarlos, pero inclinándose sobre los rostros de las esclavas en busca de Elvira.

Al entrar le sorprendió el olor a las muchachas, tan distinto de las tiendas en las que acampaban los freires y los soldados en campaña. El calor en el interior contrastaba con el frescor de fuera y Félix comenzó a sudar. No podía darse mucha prisa, cualquier tropiezo o movimiento podría despertar a las cautivas o incluso a la comadrona, que parecía haber dejado de roncar por el momento.

La primera muchacha a la que se acercó dormía boca abajo y con un brazo doblado hacia arriba cubriéndose el rostro. Félix trató de distinguir las facciones de Elvira, pero lo cierto es que no veía nada y, en la penumbra, tampoco podía distinguir el color de su pelo. A la luz del día podría haber sido rubio o castaño, pero Elvira no era la única mujer de pelo claro en el mundo.

Pasó a la siguiente y la descartó al instante. La chica dormía acostada de lado y tenía una espesa cabellera morena y lisa. Tampoco era la que estaba buscando. La tercera era la que se había incorporado con el ronquido de la comadrona y Félix no se detuvo a observarla.

La silueta de los dos guardias se recortaba fuera a la luz de la luna creciente y Félix comenzaba a perder la calma. Decidió dejar a un lado las siguientes chicas que se encontró en su camino y se dirigió a la que estaba echada junto a la comadrona. Por el tamaño, y la forma del pelo podría tratarse de Elvira.

Se agachó con cuidado junto a la mujer y permaneció un rato mirándola para estar seguro de que se trataba de su amada. La mujer respiraba profundamente, estaba tumbada boca abajo y solo se veía una parte de su rostro. No podía estar seguro de que fuera ella, pero la forma de su nariz y los labios ligeramente abiertos le recordaban a la madre de Nuño.

Félix retiró suavemente el pelo que cubría la cara de la muchacha y notó una mezcla de sentimientos cuando se dio cuenta de que se trataba de Elvira. La alegría de volver a verla se mezclaba con el temor de ser descubiertos durante la huida y, en lo más profundo de su ser, temía que Vermudo le hubiera dicho la verdad y Elvira ya conociera su secreto. Desechó sus malos pensamientos y decidió pasar a la acción. Fuera como fuese, lo primero era sacar a Elvira de allí sana y salva.

Con cuidado, paso el dorso de su mano por el rostro de Elvira. Le acarició ligeramente los pómulos y la nariz pero no consiguió despertarla. Cambió de estrategia y colocó la palma de su mano en el rostro de la joven. Le tapó la boca y apretó los carrillos de Elvira con suavidad pero con firmeza. Elvira abrió los ojos de repente y su cuerpo se estremeció. Estaba a punto de gritar cuando Félix acercó su rostro al de ella y con el índice delante de los labios le señaló que no hiciera ruido. Elvira le reconoció de inmediato y su expresión de pánico al despertar se tornó en sorpresa.

Félix fue aflojando la presión sobre Elvira hasta retirar su mano de la cara de la mujer. Colocó su índice sobre los labios de la cautiva para que no dijese nada y, a

pesar de la tensión, Elvira se percató de la alegría que irradiaba la sonrisa del freire.

Los pensamientos se atropellaban en la mente de la mujer. Félix estaba allí, había ido a rescatarla, pero no había aparecido durante la compraventa de la casa y además podría estar asociado con Silvestre; el secreto que habían compartido durante años era un lazo muy fuerte entre los dos.

Sintió cómo una ola de odio invadió su cuerpo y estaba deseando golpear al freire cuando recordó su situación y la imagen de su hijo le vino a la mente. No desecharía la ayuda de Félix para escapar, pero la idea de que en algún momento volvieran a estar juntos ya la había abandonado durante sus días de cautiverio en la casa de Vermudo.

Estaba convencida de que Félix no sabía nada porque su sonrisa no dejaba lugar a dudas. Elvira se irritó de nuevo por la simpleza de la mente del joven.

Félix la tomó de la mano y se puso en pie con lentitud para que ella le acompañase. Ella se incorporó y retiró su mano. Miró a su izquierda, vio cómo la comadrona dormía plácidamente y, por fin, se levantó para seguir a Félix.

Estaba descalza y vestía una camisola que le cubría hasta las rodillas. Tendría frío fuera, pensó Félix, y se quitó la manta con la que cubría su hábito para tapar a Elvira. Su sobreveste con la cruz negra de Calatrava quedó al descubierto.

Se volvió hacia la abertura que había cortado en la tela de la tienda y comenzó a caminar sobre los cuerpos de las cautivas. En ese momento la comadrona roncó otra vez y se escuchó un comentario incomprensible seguido de unas risitas ahogadas del exterior. Algunas muchachas se movieron y la que se había incorporado la vez anterior volvió a levantar la cabeza y se apoyó sobre sus codos. Esta vez sus grandes ojos negros vieron entre tinieblas unas sombras que se movían por la tienda y la chica se incorporó del todo y se frotó los ojos sin creer lo que estaba viendo.

Félix la miró y se puso la mano sobre los labios para indicarla que no hiciera ruido. Apenas era una niña, con el pelo corto como un chico y la piel blanca como la luna. El freire se preguntó de qué aldea la habría robado Qasim y sintió cómo comenzaba a perder la calma de nuevo. La situación se estaba complicando y tenían que salir de allí enseguida.

Elvira le agarró del brazo y acercó su cara a la de Félix.

—Tenemos que llevárnosla —susurró Elvira al oído del freire—. Y a las demás también.

La mujer se volvió hacia la chica que se había despertado y le hizo un gesto para que permaneciese en silencio.

Félix no daba crédito. No podrían salir del campamento sin ser descubiertos. Es más, seguramente la comadrona les descubriría antes de que lograsen salir de la tienda y de todas maneras no había caballos suficientes para todos.

—Es imposible —contestó Félix.

El freire se volvió hacia la muchacha que les observaba desde el suelo y comenzó a sentirse mal por no querer ayudar a la chica. Las posibilidades de salir de allí con

vida eran muy escasas y cuantos más fueran, más difícil sería escapar sin ser descubiertos.

A pesar de que tenía claro lo que tenía que hacer para escapar de allí, la imagen de la niña atormentaba su conciencia una y otra vez.

—Está bien —susurró al oído de Elvira. Estar tan cerca de ella como para poder sentir su perfume le producía una alegría inmensa, pero todavía no estaban fuera—. Nos la llevaremos solo a ella.

Aunque las muchachas seguían durmiendo, su sueño no era tan profundo y en el interior de la tienda se comenzaba a notar cierta agitación.

—No me moveré de aquí si no nos vamos todas —dijo Elvira, y se separó bruscamente del freire.

Elvira era la mayor de las esclavas y desde su llegada a la caravana había servido de apoyo a todas las muchachas, especialmente a las más jóvenes, que vivían aterradas por el futuro que las esperaba. Elvira las consolaba y las tranquilizaba, las cautivas recurrían a ella para cualquier cosa por insignificante que fuera. Los sentimientos estaban a flor de piel y los días eran intensos para todas, por lo que a pesar del poco tiempo que habían compartido cautiverio, la madre de Nuño las había cogido un gran cariño.

Félix notaba cómo la angustia se apoderaba de él y se obligó a reflexionar por unos momentos. Lo primero que se le ocurrió fue golpear a Elvira y sacarla de allí inconsciente, pero eso le limitaría durante la huida y Elvira no se lo perdonaría nunca. Además, ya llevaba demasiados años con la muerte del marido sobre la conciencia y no quería seguir atormentándose por haber abandonado a un grupo de cautivas a su suerte.

—Está bien —concedió—. Habrá que despertar a las demás, pero sin hacer ningún ruido, o nos van a descubrir.

Elvira estuvo a punto de besar a Félix pero no se dejó llevar por su repentino sentimiento de gratitud y se agachó junto a la muchacha.

—Nos vamos todas —susurró al oído de la niña—. Han venido a rescatarnos, pero es muy importante que no hagamos ningún ruido. Tendrás que ayudarme a despertar a las demás.

Elvira y la muchacha se ocuparon de despertar a todas mientras Félix esperaba, agazapado, junto a la abertura por la que había entrado. Observaba el campamento desde el interior. Todo estaba en calma. Los grillos seguían con su cantinela y no se escuchaban voces, sin embargo en poco tiempo comenzaría a clarear y los pájaros despertarían a todo el mundo con sus trinos. Había que darse prisa.

Elvira y Judith habían despertado a las demás y explicado los planes de huida. La emoción y el miedo se palpaba en el interior de la tienda y Félix se preguntaba si conseguirían alejarse lo suficiente antes de que se diera la voz de alarma. Félix miró hacia la comadrona antes de dirigirse a las demás. Dormía plácidamente pero podría ser un problema. Pensó en asfixiarla con un cojín, pero no quería perder tiempo y

seguro que Elvira se lo impediría.

—Saldréis de una en una. Agachadas, pero con rapidez, hasta que lleguéis a las carretas y allí os escondéis debajo. Hasta que no se haya escondido una no puede salir otra —dijo Félix.

Las muchachas cumplieron las instrucciones al pie de la letra. La última en salir fue Elvira y Félix esperó hasta que se escondió para abandonar la tienda. Echó un último vistazo a la comadrona y, justo cuando iba a salir, la mujer roncó de nuevo y los guardias volvieron a comentar y a reírse. Salió sin volverse y se perdió entre las sombras del campamento.

El ronquido había sido un poco más largo y más fuerte que los demás y Sawda, que tenía el sueño ligero, se había despertado con las risitas de los guardias. Le pasaba con frecuencia y no le dio mayor importancia. Todavía estaba oscuro y se volvió para seguir durmiendo. Todo estaba muy tranquilo y no tenía por qué preocuparse. Hablaría con Qasim por la mañana para que castigara a los dos graciosillos de la entrada. Al menos ninguna de las chicas se había despertado. Sawda abrió los ojos para comprobar que todas dormían plácidamente y vio que estaba sola. Las sirvientas habrían ido a pasar la noche con algún hombre, pero las esclavas no podían salir...

—¡Qasim! —gritó—. ¡Qasim! ¡Dios mío, las muchachas han desaparecido!

Los dos guardias entraron de inmediato y se encontraron con Sawda sentada en el suelo pidiendo auxilio. La tienda estaba vacía y solo se veían los arcones y los bultos de las mantas esparcidos. La vieja tenía razón, las muchachas habían desaparecido.

Uno de los guardias salió a por una antorcha e iluminó la tienda. Qasim llegó en ese instante, con la camisa de dormir, espada en mano.

Fuera, se había levantado un gran revuelo y los hombres corrían de un lado a otro sin saber qué hacer. Poco a poco se fueron juntando a la entrada de la tienda. No se sabía que había podido ocurrir, pero los gritos de Sawda habían puesto en pie a todo el mundo.

—Registrad el campamento —dijo Qasim cuando descubrió el corte en la tela de la tienda—. No han podido ir muy lejos.

Félix esperaba el momento propicio para salir de su escondite y emprender la huida, pero con todo el ir y venir de guardias no habían podido salir de debajo de las carretas. Comenzaba a clarear y su plan se estaba yendo al traste. ¿A qué estaban esperando Guzmán y Tello para entrar en acción?, pensó Félix. El plan estaba muy claro y cada momento sus posibilidades se iban reduciendo.

Tello y Guzmán se habían levantado de su puesto al escuchar los gritos de alarma de la comadrona. No sabían si Félix estaba en peligro y decidieron acercarse a la tienda junto con el resto de los guardias. La oscuridad y las ropas de los centinelas asesinados les permitirían pasar desapercibidos hasta que amaneciera. Las mujeres habían desaparecido y Guzmán y Tello se calmaron y se separaron para llevar a cabo su plan.

Agarraron un par de antorchas y se distribuyeron por el campamento para prender fuego a las tiendas y a los pastos. Las telas ardían con facilidad y la confusión les ayudaría a escapar allí sin ser vistos. Tello quemó la tienda de Qasim y Guzmán fue a por la de los guardias. Apenas se inició el incendio, los hombres cesaron la búsqueda y concentraron sus esfuerzos en apagar el fuego con mantas y ramas.

El humo había empezado a extenderse y el campamento era un caos. Los gritos de Qasim pidiendo ayuda para apagar el fuego resonaban por todas partes. Era el momento propicio para escapar. Los hombres estaban ocupados con el fuego al otro lado de las carretas y habían dejado un espacio despejado para salir huyendo al bosque. Las muchachas empezaron a correr de una en una hacia los arbustos en mitad de la confusión reinante. Lo más importante era llegar hasta los árboles sin detenerse; allí habría ayuda esperándolas. Las dos primeras consiguieron llegar sin ser descubiertas pero uno de los hombres vio a la tercera salir de debajo de las carretas y dio la voz de alarma.

El guardia consiguió llegar hasta la chica antes de que escapara y la sujetó por el pelo para detenerla. Félix salió de su escondite y le atravesó con su espada antes de que el otro se hubiera dado cuenta de su presencia. Otros hombres se acercaban y corrió la voz de alarma.

—Nos atacan los freires —dijo uno de los soldados al ver a Félix con su hábito de la Orden.

Un grupo de soldados rodeó a Félix y otro se dirigió a las carretas para detener a las mujeres que ya habían sido descubiertas. El sol no había salido, pero ya había claridad suficiente para ver sin problemas.

Félix derribó al primero de sus atacantes de un tajo en el cuello; estiró el brazo lo suficiente como para cortar la garganta a su agresor con la afilada punta de su espada antes de que el otro hubiera tenido tiempo de acercarse. Aferraba la espada con las dos manos y echaba en falta su escudo, que se había quedado con Nuño y los caballos. Retrocedió para esquivar la hoja de una lanza, que pasó rozándole el costado, y golpeó con fuerza desde arriba a otro de los guardias. La cabeza del desdichado se abrió como una sandía y el soldado quedó tendido en el suelo inmóvil. Todavía sujetaba la lanza con fuerza y mantenía la expresión de ira que había tenido durante el ataque. Sus compañeros observaban la mezcla de masa viscosa y sangre que empapaba el cabello del muerto. Después de que las dos primeras víctimas habían caído de manera tan rápida y a la vez tan brutal, los hombres no se pusieron al alcance de los golpes de Félix. Sin embargo, el incendio parecía sofocado y cada vez se acercaban más guardias para hacer frente al freire.

Qasim dejó de atender al fuego para ocuparse de las esclavas y del posible ataque de los monjes guerreros. Cuando llegó a donde estaba el freire, vio que se trataba de uno solo y comenzó a sacar a las mujeres de debajo de la carreta. Los hombres esperaban su orden para atacar, pero Qasim se tomó tiempo hasta que tuvo a todas las cautivas bajo vigilancia. Faltaban solo dos, pero ya les daría caza en el bosque, se

trataba únicamente de un pequeño contratiempo.

Dio la voz de ataque y dos hombres más salieron de entre los árboles para ayudar al freire. Otro joven con el hábito de la Orden y un hombre de mediana edad armado con un hacha. Los soldados de Qasim se detuvieron ante los nuevos contrincantes.

—Acabad con ellos —ordenó Qasim—. Somos diez contra uno, aseguraos de que no quede nadie vivo. ¡Sin piedad!

Los soldados fueron cerrando el círculo en torno a los freires y Tello, Félix y Guzmán retrocedieron hasta llegar al tronco de un enorme alcornoque que cubriría su retaguardia. Los tres tenían sus armas en la mano y medían a sus adversarios sin parpadear.

—Ha sido un buen intento —dijo Félix sin apartar la vista de sus enemigos—. Siento haberos metido en esto, pero ya es tarde para lamentarse. Nos veremos en la otra vida si Dios quiere.

Guzmán y Tello vieron a Elvira con el resto de las cautivas, y un sentimiento de satisfacción invadió a Guzmán al ver que la madre del niño se encontraba bien. Antes de que Elvira pudiera corresponder a la mirada de Guzmán, los soldados atacaron y el mercader ya solo tuvo tiempo de parar y devolver golpes.

El ataque se había hecho en tromba y, a pesar de la rapidez de movimiento de los freires y de la certera fuerza de los hachazos de Guzmán, la situación era desesperada. Félix paró un lanzazo que le venía por la izquierda y apenas tuvo tiempo de agacharse y esquivar otra lanza que iba directa a su pecho. Los soldados no se atrevían a acercarse y hostigaban al freire desde la seguridad de la distancia. Este, en cuclillas, estiró su diestra lo que pudo para golpear las piernas del lancero que le acosaba. El golpe llegó hasta el soldado y le causó un profundo corte en el muslo, suficiente como para derribarlo, aunque no mortal.

Ahora era otro contrincante el que merecía su atención. Félix miró hacia arriba y vio que el golpe del otro ya se le venía encima. Consiguió pararlo con su espada, pero la fuerza del impacto le tiró al suelo. Estaba perdido en esa posición. Dos hombres se acercaron y se arrastró hacia atrás buscando el refugio de sus compañeros, que apenas podían contener a sus propios rivales.

Tello lanzó un golpe desesperado que amputó el brazo del que atacaba por la izquierda a Félix y tuvo que saltar hacia atrás para esquivar un golpe que le venía a la altura del vientre. Chocó con la espalda de Guzmán y el otro trastabilló, aunque consiguió mantener el equilibrio. Tello no había tenido el espacio suficiente para retirarse y la punta de la espada de su atacante cruzó por su vientre cortando la tela de su sobreveste, aunque no consiguió penetrar las anillas de acero de la loriga. Si hubiera sido una estocada no hubiera sobrevivido, pensó.

Pocas veces la muerte había rondado tan cerca al joven y, en un ataque desesperado, Tello se lanzó sobre su enemigo hundiendo su espada en el costado del otro. Guzmán agarró el brazo de Félix con su zurda y le ayudó a ponerse de pie. Los tres estaban tan juntos que apenas tenían espacio para maniobrar.

—¡Rendíos! ¡Es vuestra última oportunidad!

La orden no llegaba de Qasim ni de ninguno de sus hombres, y todos volvieron sus cabezas por un momento para ver de quién se trataba.

Nuño estaba en el extremo del campamento montado a caballo y con una lanza en la mano. El animal caracoleaba, nervioso, sintiendo la tensión de su jinete y anticipando la lucha que estaba a punto de producirse. Junto a ellos un perro negro con la cabeza gacha gruñía enseñando los colmillos sin dejar de mirar hacia el campamento.

Elvira dio un grito al ver a su hijo y sintió cómo le fallaban las piernas. Las dos muchachas que estaban junto a ella la sostuvieron antes de que cayese al suelo y a duras penas consiguió recuperarse. Su hijo estaba allí. ¿Cómo era posible que lo hubiesen llevado consigo? La esperanza de que Nuño estuviera a salvo era lo único que le ayudaba a sobrellevar su tristeza, pero el muchacho iba a morir igual que todos los demás.

—No es león todo el que tiene garras —dijo Qasim—. ¡Matadlos a todos de una vez! Del chiquillo me ocupo yo.

Nuño levantó la lanza y tiró de las riendas del animal, que se puso de manos.

—¡Al ataque! —dijo con toda la fuerza de sus pulmones.

Aflojó las riendas y picó espuelas. El caballo se lanzó hacia delante y comenzó a galopar hacia Qasim. Al mismo tiempo, los arbustos comenzaron a moverse y una banda de hombres armados hasta los dientes salió del bosque, corriendo a toda velocidad, acompañando los gritos del chico con sus propios alaridos. Estaban cubiertos de pieles y se movían como alimañas, portando grandes cuchillos y azconas. La visión de los recién llegados aterrorizó en un primer momento a los hombres de Qasim y algunas de las muchachas comenzaron a gritar y a llorar ante la salvaje embestida que se les venía encima.

—Son los hombres de Lope —dijo Guzmán—. Estamos salvados.

Félix vio cómo cargaba el muchacho y su imagen le recordó su primera carga a caballo durante la toma de Salvatierra, en la que el padre del niño le salvó la vida. Debía llegar hasta Nuño cuanto antes, pero seguían rodeados. Levantó la espada y asestó un golpe en el escudo del enemigo más cercano. Guzmán y Tello reanudaron la lucha aprovechando que parte de los soldados se disponían a enfrentar la nueva amenaza.

—¡Son menos que nosotros! —gritó Qasim—. ¡Acabemos con ellos! ¡Al ataque!

Las azconas comenzaron a volar hacia los soldados y las que encontraban su objetivo penetraban con tanta fuerza en el cuerpo de los miserables que los lanzaban hacia atrás. Los gritos de los atacantes se confundían con los de los heridos y la lucha se recrudeció. La carnicería estaba a punto de empezar.

Qasim se dispuso a defenderse del ataque de Nuño y cruzó por delante de su caballo agarrando las riendas y derribando al muchacho. Elvira gritó desesperada:

—¡No! ¡Mi hijo!

Nuño rodó por la tierra y sintió un fuerte dolor en el hombro y el costado, aunque consiguió ponerse en pie. Había perdido la lanza y sacó el cuchillo curvo que le había regalado el Sabandija. Se había raspado las manos y la cara y las heridas destacaban brillantes en su rostro cubierto de polvo.

Los bandoleros habían llegado hasta sus enemigos y la lucha había comenzado. Los hombres de Qasim superaban en número a los de Lope, pero no estaban preparados para recibir un ataque por sorpresa y estaban divididos en dos frentes. La pelea era encarnizada y no habría tregua hasta que uno de los dos bandos hubiera acabado con el otro. Félix, Tello y Guzmán atacaban a los soldados con energías renovadas. La batalla no estaba perdida y, a pesar del cansancio, los certeros golpes de los freires y la fuerza de los envites de Guzmán hacían retroceder a sus enemigos.

Los dos guardias que custodiaban a las muchachas dudaban entre permanecer en sus puestos o ayudar a sus compañeros. Cruzaron una mirada y uno de ellos se lanzó contra los asaltantes dejando al otro al cuidado de las prisioneras. En un descuido Elvira se puso detrás del centinela y lo agarró por el cuello, derribándolo hacia atrás, y en ese momento el resto de las muchachas se unieron al ataque. Entre todas golpearon al soldado, que no pudo defenderse de las cuatro mujeres que lo atacaban como fieras protegiendo a sus crías.

Qasim veía cómo sus hombres estaban siendo diezmados por los atacantes y comenzó a dudar sobre el desenlace del combate. El niño que tenía enfrente parecía el jefe de los asaltantes y, además, resultaba que el chico era el hijo de Elvira, que según la vieja comadrona era virgen... Mataría al muchacho y le cortaría la cabeza para desviar la atención del resto, así sus hombres tendrían una oportunidad de reagruparse y ordenar el ataque.

Nuño esperaba la carga de Qasim con las piernas ligeramente flexionadas y el puñal en la diestra, con la punta hacia abajo, tal y como le había enseñado el Sabandija. Qasim se acercaba lentamente espada en mano. Todavía llevaba puesta la camisola de dormir y su aspecto no parecía muy amenazador, pero después de haber derribado al muchacho del caballo, Nuño temblaba de miedo ante su enemigo. Qasim lanzó un par de golpes que obligaron a Nuño a retroceder. El chico no sabía cómo atacar a su oponente pero tampoco quería salir huyendo delante de todos, aunque no se dio cuenta de que nadie le estaba mirando.

Lanzó un golpe con la daga, pero quedó tan lejos de Qasim que solo consiguió arrancar una sonrisa lobuna del mercader de esclavos. Este dio unos rápidos pasos y lanzó tres golpes seguidos al niño, que solo pudo esquivarlos dejándose caer de espaldas. Acto seguido se colocó encima de Nuño y, con su pie descalzo, pisó la mano del niño que empuñaba la daga. Levantó su espada para atravesar el corazón del muchacho y en ese momento sintió un golpe en el costado que lo derribó de lado hacia el suelo; alguien se había lanzado contra él, le había rodeado la cintura con los brazos y le había derribado de un golpe con el hombro. El impacto había sido fuerte, pero su oponente no parecía pesar demasiado. Qasim trató de levantarse, todavía

aturdido por el golpe y sujeto por los brazos de su atacante; el peso de su enemigo no sería un problema, pero tendría que quitárselo de encima. Llevaba la espada en la mano pero no podía tomar impulso suficiente para usarla y trató de incorporarse.

En ese momento su agresor se movió con una rapidez inusitada y le cortó el cuello sin que Qasim tuviera oportunidad de defenderse. Apenas tuvo tiempo de llevarse la mano a la herida tratando de tapan la sangre que salía a borbotones por el corte. Murió antes de ver la cara de su verdugo.

—Casi te matan, muchacho —dijo el Sabandija—. Menos mal que estoy aquí para salvarte. Estamos en paz.

Elvira llegó corriendo a abrazar a su hijo y el Sabandija se levantó del suelo, emocionado por la escena pero sin querer interrumpir el momento de intimidad entre los dos. Mientras limpiaba la sangre de su daga miró a su alrededor. La lucha había terminado y los pocos soldados que no habían podido huir depusieron sus armas al ver caer a su jefe. Había muchos muertos en el campo, pero no veía a ninguno de sus compañeros malherido, aunque el cirujano ya estaba atendiendo a Lope y a Guzmán. El ataque había sido todo un éxito y el botín sería abundante. El freire alto y fuerte que luchaba como un demonio se acercó al Sabandija a estrecharle la mano.

—Soy Félix González, caballero de la Orden de Salvatierra. Muchas gracias por haber salvado al crío. Estamos en deuda con vos.

El Sabandija miró a Félix de arriba abajo. El freire llegaba cubierto de sangre, aunque no estaba claro si era suya o de sus contrincantes, pero en cualquier caso era mejor tenerlo como amigo que como enemigo.

—Deuda ninguna —dijo mientras estrechaba la mano de Félix—. Era yo el que le debía una al chiquillo.

Los hombres de Lope habían comenzado a recoger todo el botín que encontraban y ya estaban desvalijando el interior de las tiendas de Qasim. Algunas muchachas se habían acercado a Elvira y otras ayudaban al cirujano con los heridos. El suelo estaba sembrado de cadáveres y la visión de las heridas abiertas, los miembros amputados y la sangre por todas partes era aterradora para los que no hubieran participado en otros combates.

El sol comenzaba a ascender en el horizonte y, a pesar de la desolación, los trinos de los pájaros rompieron el silencio que sigue a cada batalla mientras los supervivientes se alegraban de haber recuperado su libertad.

Félix sonrió satisfecho al fin.

*Arroyo Guajaraz**29 de septiembre de 1211*

En la casa de Guzmán se respiraba alegría.

Nuño y su madre llevaban casi una semana cómodamente instalados en la alquería y Zubayda y sus hijas les habían acogido con mucho cariño. El regreso del niño había alegrado a todos, especialmente a Muwayra, que no le dejaba a solas ni un momento. Y la vuelta a casa del señor, junto con el feliz desenlace del rapto de Elvira, había supuesto un gran acontecimiento.

Guzmán repetía una y otra vez sus tribulaciones, desde la entrega de Salvatierra al califa almohade hasta la persecución y el rescate de Elvira, a todo aquel que quisiera escucharle y no sabía si era él o los demás quién más disfrutaba la historia.

—No creas que todo lo hice yo solo —dijo a Omar—. Los dos freires me ayudaron, aunque sin mi participación nunca hubieran encontrado a Elvira.

Omar mordisqueaba una brizna de hierba que le asomaba entre los dientes mientras escuchaba atentamente a su señor. El encargado tenía cosas que hacer, pero una buena historia merecía un rato de atención y el relato de Guzmán era de los mejores que había escuchado. Aún no caía la tarde y Omar todavía tenía tiempo para resolver los asuntos de la alquería.

Los dos estaban sentados sobre el borde de la fuente que adornaba el patio de la casa y servía para refrescar la estancia. Guzmán había sacado una acequia del arroyo que pasaba por la parte trasera de la finca y mediante una tubería alimentaba la fuente para que siempre tuviese agua fresca del río. El calor de los últimos días del mes se dejaba sentir y Guzmán se protegía del sol bajo la sombra de los laureles que rodeaban la fuente. La camisola de lino blanca que le cubría hasta la rodilla le daba un aspecto sencillo y despreocupado.

Uno de los niños de la servidumbre se acercó con cuidado de no interrumpir la conversación de su señor. Se mantuvo a escasos pasos de distancia y, solo cuando Guzmán le hizo una señal, habló para anunciar una visita.

Guzmán estaba a punto de levantarse cuando Félix entró en el patio acompañado por Nuño, que le había visto llegar a la alquería. El chico estaba radiante y su alegría contrastaba con el semblante serio del freire.

—Hola, Félix —saludó Guzmán, que no le había visto desde su regreso a Toledo—. Te presento al encargado de mis expediciones, mi buen y leal Omar.

Félix saludó a Omar estrechándole la mano y miró a Guzmán con impaciencia. Omar no quiso inmiscuirse en asuntos que no le atañían y se excusó para ir a atender sus obligaciones, llevándose al niño, que le acompañó a regañadientes.

—¿Ha habido algún cambio? —preguntó Félix cuando Omar y Nuño se retiraron.

—Mi esposa y mis hijas hacen lo que pueden —respondió Omar—. Elvira está bastante más contenta y conversa y ríe animadamente con ellas, y también con Nuño, pero en cuanto le mencionamos tu nombre se encierra en sí misma y se niega a pronunciar una palabra sobre ti o sobre tu participación en su rescate.

—¿Ya ha accedido a verme? —preguntó Félix, cabizbajo.

—No sabría qué decirte, porque no suelta prenda. No abre la boca ni siquiera para criticarte; en eso ya llevas ganancia.

Guzmán metió la mano en el agua y la removi6 lentamente haciendo círculos que se propagaron por todo el pil6n. Los dibujos geométricos de los azulejos del fondo parecían dilatarse y encogerse con las ondas del agua y el mercader reflexion6 sobre lo agitadas que debían haber sido las últimas semanas para Elvira. La madre del niño les estaba poniendo las cosas difíciles y, aunque Guzmán no conocía todos los detalles del tema, sospechaba que entre Félix y la mujer había algo más que nadie sabía. Sin embargo, las aguas terminarían por calmarse. Sac6 la mano del pil6n y se refresc6 la frente.

—Puedo pedir a Zubayda que la traiga con algún pretexto y tú apareces cuando estén aquí. Si Zubayda está con ella, Elvira no tendrá más remedio que esperar a que mi esposa te salude. El resto será cosa tuya.

El plan era burdo y simple, pero Félix asintió y se retir6 a una de las habitaciones que daban al patio, ocultándose detrás de la cortina que, a modo de puerta, colgaba de una barra. Mientras, el mercader entr6 en la casa en busca de su mujer.

La luz inundaba el patio reflejándose en las paredes encaladas de la casa y Félix agradeció poder resguardarse de tanta claridad. Con la cabeza fresca podría pensar mejor.

Elvira no le había dirigido la palabra en todo el viaje de regreso y, a pesar de que él había accedido a liberar a las demás cautivas, nada de lo que hiciera o dijera el freire tenía el más mínimo efecto en la madre de Nuño. El asalto al campamento había sido todo un éxito y el regreso se había llevado a cabo sin contratiempos. Tres de las cautivas, las de existencia más miserable en sus lugares de origen, se habían quedado con Lope y sus amigos, pero las otras dos habían decidido regresar junto a sus familias y partieron hacia el norte con los demás.

Qasim era un hombre rico que desconfiaba de todos, pero gracias a la seguridad que le proporcionaban sus tropas, transportaba siempre gran parte de su riqueza consigo. El botín había sido abundante y la parte que recibieron las cautivas les permitiría vivir sin contratiempos el resto de sus vidas. Elvira había recibido su porción del botín y además la bolsa que Nuño había encontrado en casa de Vermudo. La viuda podría instalarse con su hijo en el lugar que eligiera y Félix sintió un ligero temor por la desahogada situación de su amada. Por la actitud distante y hermética de la madre del chico, Félix estaba convencido de que Vermudo no le había mentado y conocía todos los detalles sobre la muerte de su marido. Pero ella no había

mencionado nada durante el regreso y Félix no quiso sacar el tema por no empeorar más la situación.

El freire perdió la cuenta del tiempo que había tardado Guzmán en avisar a su mujer, aunque la espera se le había hecho interminable. Pero cuando Elvira apareció junto a Zubayda y sus hijas, conversando animadamente, Félix sintió una punzada en el estómago y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para salir a saludar a las damas.

—Buena tardes señoras —saludó Félix, saliendo de su escondite.

—Hola, Félix —dijo Zubayda—. Qué alegría tenerte por aquí.

—El placer es mío. Estaba esperando a Guzmán, me ha dicho que no tardaría.

Félix miró a Elvira pero ella no le saludó. Era obvio que el freire había estado esperándola y que las otras la habían llevado hasta el patio para facilitar el encuentro. El semblante y el silencio de Elvira confirmaba las noticias de Guzmán y Félix comenzó a dudar del éxito de su visita.

—Que buen aspecto tenéis —dijo Zubayda—. Nada que ver con el día que nos trajisteis a Guzmán, Nuño y Elvira. Nunca podremos agradecerlos lo suficiente que no perdierais la esperanza y continuarais la búsqueda.

Félix se había bañado y afeitado para la ocasión y había conseguido una sobreveste limpia en el que destacaba la cruz griega negra sobre la tela blanca del hábito.

—No tenéis nada que agradecer —dijo Félix mientras inclinaba su cabeza ligeramente hacia delante.

Parecía que iba a decir algo más, pero dudó un instante y Zubayda le interrumpió:

—Niñas, tenemos que ir a echar de comer a las gallinas. Elvira, ¿podrías hacerme el favor de atender a Félix hasta nuestro regreso?

Elvira cruzó una mirada de reproche con la mujer de Guzmán, pero esta no se dio por enterada.

—¿Ahora a dar de comer a las gallinas? —preguntó Muwayra, sorprendida.

Hafsa sujetó a su hermana por el codo y la empujó para que continuara avanzando. Madre e hijas desaparecieron como por arte de magia y Félix se quedó solo frente a Elvira. Estaba casi totalmente recuperada del viaje y tenía la cara descansada y el pelo limpio y brillante. Guzmán le había prestado una túnica azul bordada en oro y Félix pensó que nunca la había visto tan hermosa..., ni tan distante. Elvira no le dirigía la mirada y alternaba vistazos al cielo con el escrutinio de las baldosas de arcilla del patio. Era como si él no estuviera allí.

—Elvira, no quiero andarme con rodeos. Sé que sabes lo que pasó durante la toma de Salvatierra hace trece años y quién fue el asesino de tu marido. No te lo dije durante todo este tiempo porque tenía miedo de denunciar a Silvestre y creía que nunca me lo perdonarías.

Elvira miró a Félix a los ojos sin decir una sola palabra. La franqueza y la claridad con la que el freire había abordado el tema le había cogido por sorpresa.

—No creas que no lo he intentado en muchas ocasiones —continuó Félix—, pero

Silvestre se ocupó de mí cuando murieron mi padre y mi hermano, y dentro de la Orden era un freire reconocido y respetado por todos. Mi palabra carecía de peso frente a la suya.

—Me has engañado durante todos estos años —dijo Elvira, al fin.

—Siempre traté de decírtelo, pero nunca encontraba el momento y he vivido atormentado por eso desde entonces.

Elvira no respondió y Félix se sintió obligado a continuar.

—Ayer hablé con el maestro y le confesé todo. Al principio le costó creerme, sobre todo después de tantos años de silencio. Frey Ruy ya había ordenado el apresamiento de Silvestre cuando supo de lo sucedido con Vermudo y la heredad, pero antes de detenerle, ha puesto a unos hermanos a seguir al freire para descubrir dónde ha ocultado los dineros. El botín de sus fechorías servirá de prueba contra él y, además, te pertenece la parte que faltaba de la venta de tus tierras.

Elvira notaba la desesperación de Félix por agradarla.

—No quiero la limosna de la Orden ni tener nada más que ver con ninguno de sus miembros.

Félix tragó saliva. Se le estaba resecaando la boca y notaba cómo se formaban gotas de sudor en su frente. Se produjo otro breve silencio.

—El maestro me ha perdonado y me ha asegurado que, cuando todo se aclare, podré dejar la Orden y casarme contigo. Al final todo se ha arreglado y podremos seguir con nuestros planes.

Félix se esforzaba por sonreír, pero ante la frialdad de Elvira no conseguía mantener el ritmo de la conversación. No quería estropear el encuentro y tenía que pensar antes de hablar, sin embargo Elvira replicaba de inmediato sin darle tiempo a ordenar sus pensamientos.

—El maestro no es quién para decidir quién va a ser mi marido. Yo ya tenía uno antes de que la Orden viniera a buscarlo y no estoy dispuesta a casarme con nadie más, por mucho que lo diga el maestro. Por mí puedes dejar la Orden cuando quieras, pero no creas que vaya a casarme contigo.

Se produjo otro silencio.

—Pero, Elvira, era lo que teníamos planeado. Tú misma me lo dijiste cuando estuve en tu casa, camino de Salvatierra. No sabes todo lo que he pasado desde entonces.

—Lo que sé es que me has estado engañando durante esos trece largos años que dices. Has permitido que el asesino de mi esposo siguiera con su vida como si nada, cuando a mí y a mi hijo nos destrozó la existencia y, por si fuera poco, asaltó mi casa, mató a Diego y Sancha, me golpeó, me raptó y me vendió como esclava. Nada de eso hubiera sucedido si te hubieras comportado como un hombre y hubieras acusado a Silvestre por lo que hizo.

Félix quiso decir que solo tenía dieciséis años cuando ocurrió aquello, pero le pareció una excusa débil que solo empeoraría las cosas.

—Elvira, siento profundamente todo lo que ha pasado y si pudiera cambiarlo lo haría, pero ya no puedo cambiar el pasado —se defendió—. Lo que sí puedo, es tratar de daros una vida mejor a ti y al niño. No tenéis por qué seguir solos.

Elvira no quería que Félix metiera al niño en la discusión y desde luego no necesitaba al freire.

—Dime, Félix... Si Vermudo no me hubiese contado el crimen de Silvestre, ¿habrías tenido el valor de decírmelo tú, o me hubieras seguido engañando toda la vida?

—Te lo hubiera contado antes de que nos casáramos, pero se complicó todo. Confundí las dos cartas que llevaba para el maestre al llegar a Salvatierra y me castigó sin poder abandonar la fortaleza. A la primera ocasión que tuve fui a verte, pero solo me encontré una casa en ruinas todavía humeante por un incendio. Pensé que te había perdido para siempre, pero cuando encontré a Nuño volví a tener esperanza.

—No te necesitamos, Félix, ni Nuño ni yo. Hemos podido salir adelante durante todos estos años solos y, después de haber repartido las riquezas de Qasim, ninguno de los que estuvimos allí volveremos a pasar necesidad. Nos instalaremos en el norte y olvidaremos todos estos años de amargura. Tú no entras en mis planes, y menos después de lo sucedido.

Elvira sintió los últimos años de su vida desperdiciados por la mentira y el engaño. El último acontecimiento feliz que recordaba fue su boda, ni siquiera el nacimiento de Nuño había supuesto una gran alegría porque no podía dejar de pensar que el niño se iba a criar sin un padre y llevarían una existencia dura y llena de penalidades durante toda su vida.

—Elvira, siempre estuve a vuestro lado —murmuró Félix, bajando la cabeza—. Déjame estar junto a vosotros otra vez.

Elvira le miraba fijamente con sus ojos verdes y penetrantes y, a pesar del brillo en la mirada de la joven, el freire tuvo la impresión de que ella no cambiaría de opinión. La decisión parecía tomada y Félix no sabía qué más decir para que entrara en razón. Se produjo un silencio incómodo entre ambos, un poco más largo de lo habitual, y Félix pensó en marcharse de allí para siempre.

Recorrió el patio con la mirada y se percató de que estaba oscureciendo; las hojas de los laureles parecían negras y la cal de las paredes del patio se estaba tornando gris. Parecía como si a Félix se le estuviera acabando el tiempo y no pudo evitar relacionar el ocaso del día con el fin de su relación con Elvira. Apenas había avanzado algo con la madre del chico y no parecía que esa noche pudieran llegar a entenderse.

Hafsa salió de la cocina llevando una bandeja con una jarra de vino dulce, dos copas de cristal verde y unos cuencos pequeños con aceitunas, almendras, ciruelas secas y uvas pasas. La dejó sobre el poyete de la fuente junto a los dos y, antes de despedirse, sirvió el vino y entregó una copa a cada uno.

—Mi madre me ha pedido que os trajera algo. Seguro que os sentará bien.

Elvira estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, pero agradeció la bebida y levantó la mirada hacia la celosía de la habitación de Zubayda, desde donde sabía con toda certeza que los estaban observando.

Hacía mucho calor y Félix bebió un sorbo antes de continuar. El aroma y el sabor del vino despejaron su mente. Elvira era terca como una mula, sin embargo la madre del chico había accedido a hablar con él y todavía no se había marchado de su lado. Era más de lo que había conseguido durante el camino de regreso desde la sierra de Córdoba.

—Elvira, si estoy aquí escuchando todos tus reproches no es porque crea que me necesitas, sino porque te quiero —dijo Félix—. No me llevé a Nuño en busca del rey ni hice que le dejasen acompañarme durante todo este tiempo por necesidad, sino porque era lo único que me quedaba de ti y no quería perderlo a él también; le quiero como a un hijo.

Elvira permaneció en silencio sin probar el vino ni la comida que había traído Hafsa.

—Crucé la Transierra solo con la remota esperanza de encontrarte, pero sin desistir en mi empeño. Cuando Vermudo empezó a faltarte al respeto, sentí un odio como nunca antes había sentido y le atravesé el pecho con mi daga porque no podía soportar que mancillara tu nombre... Nos adentramos en tierras andaluzas después de haber perdido la fortaleza y haber visto morir a muchos de mis hermanos. Tuvimos que ocultar nuestros hábitos para no llamar la atención y llegamos hasta las montañas de Córdoba sin tener tampoco la seguridad de encontrarte. —Elvira parecía prestar más atención a las palabras de Félix y él continuó—: Elvira, tú sabes que no tenía ninguna necesidad de hacer todo eso y arriesgar mi vida y la de Tello y Guzmán. Si entré en la tienda para rescatarte es porque mi existencia carece de sentido sin ti.

—Tú no sabes lo que yo he pasado —susurró Elvira con un ligero temblor en su voz—. Me han vendido como esclava e iba camino del destierro, sometida a los caprichos de otros, sin comprender su lengua, rodeada de infieles... sin mi hijo.

Los ojos de Elvira se humedecieron y desvió la mirada para que Félix no se diera cuenta de la emoción que sentía.

—Sabes que si no te hubiéramos alcanzado en la sierra habría llegado hasta la mismísima corte del califa, en Sevilla, para salvarte. Cuando dejé a los freires para ir tras de ti no sabía a qué me iba a enfrentar ni si moriría en el intento, pero ni siquiera entonces tuve la más mínima duda. Eres lo que más quiero y por eso fui en tu busca, y lo haría una y mil veces aunque me dejara la vida en ello. Elvira, yo quiero pasar el resto de mis días junto a ti.

Elvira notó cómo los ojos se le inundaban de lágrimas. Estaba a punto de darse la vuelta cuando Félix la abrazó y la sostuvo entre sus brazos con cariño.

Ella no se resistió al abrazo y dejó descansar su cabeza sobre el pecho de Félix mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas empapando la cruz flordelisada de

la Orden de Salvatierra. Félix le acariciaba la cabeza mientras le susurraba palabras de aliento y consuelo y Elvira sollozaba dejando escapar la tensión de los últimos días, o incluso años, de existencia. Cuando notó que ella comenzaba a tranquilizarse, se separó un poco de ella y la miró un instante a los ojos antes de besarla en los labios. Elvira cerró los ojos y apretó su cuerpo contra el de Félix en un beso largo y cálido que le hizo olvidar por un momento todo lo que le rodeaba y sintió que no existía nada más en el mundo que ellos dos, abrazados en la penumbra de la noche.

Cuando se separaron Elvira sonreía abiertamente y Félix sintió el impulso de abrazarla otra vez y cubrirle el rostro de besos salados por las lágrimas de ella. Su felicidad no era comparable a nada de lo que había sentido hasta ese momento y le faltaban palabras, besos y caricias para expresar a Elvira todo el amor que sentía por ella.

En ese momento hubo un estrépito de cristales rotos seguido de un pequeño alboroto y los dos amantes levantaron la vista hacia el lugar del que provenía el ruido.

En la alcoba de Zubayda, detrás de la celosía, Nuño miraba a Guzmán con su mejor cara de inocencia encogiendo los hombros como disculpándose por el accidente.

—¿Qué has hecho, chiquillo? —susurró Guzmán—. Nos van a descubrir. Además, has tirado el cofrecillo donde mi esposa guarda sus perfumes.

Zubayda, Guzmán, Muwayra, Hafsa y Nuño se apretaban junto a la celosía tratando de no perder detalle de lo que estaba pasando en el patio.

—Pero si me has empujado tú, Guzmán —respondió el chico—. No querías que viera lo que pasaba abajo y estabas intentando taparme los ojos.

Zubayda se agachó para recoger los frascos rotos del suelo y su hija mayor salió en busca de una lámpara para que su madre no se cortase con los cristales. Una ligera mezcla de perfumes se extendió por la habitación

—Y tú no te has dejado porque siempre andas haciendo lo que te parece. — Guzmán alzó la voz y sus protestas llegaron hasta el patio—. Te colaste en la carreta, abandonaste a los freires, derrotados y necesitados de ayuda, y por último saliste en busca de Lope desobedeciéndonos a Félix y a mí.

Hafsa había entrado en la habitación con una lámpara de aceite y se agachó junto a su madre para ayudarla. Muwayra también comenzó a recoger cristales mientras cruzaban miradas divertidas por la discusión de Guzmán con el niño.

—Pero si os salvé la vida a todos, Guzmán —chilló Nuño—. Muwayra, ¿puedes creer lo que está diciendo tu padre? —preguntó, tratando de involucrar a los demás.

La luz titilante de la lámpara alumbraba la habitación desde el suelo y las sombras de los cinco se proyectaban con claridad sobre la celosía.

—Que desobedeciste cada vez está claro —dijo Muwayra entre risas—. Otra cosa es el resultado final, pero mi padre tiene razón.

Las risas llegaban hasta Félix y Elvira, que contemplaban la escena desde el patio intentando entender las palabras de Nuño y Guzmán entremezcladas con el murmullo

de la fuente. Los dos miraban hacia arriba abrazados por la cintura, con sus cuerpos muy juntos.

—Parece que tendremos que buscar pronto un lugar donde vivir —dijo Félix—. Nuño discute mucho con Guzmán, aunque los dos se adoran.

Elvira miró a Félix y le acarició la mejilla con la punta de sus dedos.

—Necesitamos un hogar, pero no por Guzmán, sino porque aquí no tenemos intimidad para nosotros.

Elvira se puso de puntillas y besó a Félix de nuevo en los labios mientras le rodeaba el cuello con los brazos. La figura de los dos abrazados se intuía entre los laureles del patio, iluminada por la luz de la luna que se reflejaba en el agua de la fuente.

Mientras, las risas llegaban claras desde la celosía.

Epílogo

Enero 1212

El día había amanecido brumoso en Zorita.

La helada de la noche anterior había congelado los charcos y las orillas del río y habían aparecido grandes placas de hielo flotando donde el agua era menos profunda. Las nieblas del amanecer habían dado paso a un cielo despejado y pálido sobre los campos cubiertos de escarcha.

El invierno era duro para todos y los ánimos estaban bajos en Castilla. Apenas un mes después de la caída de Salvatierra había muerto el infante don Fernando y la noticia había causado gran pesar en todo el reino. Parecía como si las desgracias no cesaran y, sin embargo, el rey Alfonso se había embarcado en una cruzada para derrotar de una vez por todas al califa. La alianza con su primo Fernando de Aragón ya estaba resuelta y solo faltaba la bendición papal y la confirmación de la posible ayuda de Navarra, León y cualquier otro reino cristiano de más allá de los Pirineos que quisiera recibir la indulgencia de Roma. Todavía había tiempo hasta que cambiasen las estaciones y llegase la temporada de guerra. Cuanto más al norte, más dificultaba el invierno las comunicaciones y el transporte de la tropa. Era el momento de organizar los preparativos y establecer acuerdos y compromisos para la campaña.

El paisaje se veía blanco y estéril. Elvira se arrebujó en su capa y escondió las manos resguardándolas del frío. Llevaba la capucha echada y se cubría el cuello con una gruesa bufanda de lana. Las botas forradas de piel de conejo que sobresalían por debajo de la capa apenas la protegían del frío. Temblaba ligeramente a pesar de ir bien abrigada y Félix la abrazó por los hombros y pegó su cuerpo al de ella para tratar de calentarse durante la espera. El freire ya había salido de la Orden de Salvatierra, aunque por la solemnidad del momento llevaba puesta su ropa de campaña, con la loriga y la espada al cinto. Su capa oscura y la falta de la cruz en la sobreveste era lo único que le diferenciaba de los hermanos que le rodeaban.

Los asistentes a la ejecución se habían reunido a las afueras de la villa, en una loma despoblada junto al camino a Toledo. El maestre, el clavero y el comendador mayor de la Hermandad, ahora con sede en Zorita, esperaban junto con Félix y Elvira, próximos al cadalso. Detrás de ellos estaban el resto de freires que no participaban en la procesión y, algo más alejados, algunos de los habitantes que no habían querido esperar a ver pasar al reo y se habían acercado al despoblado para conseguir buenos lugares desde donde presenciar la ejecución.

El frío mordía con fuerza los rostros del público y los convocados se miraban

impacientes entre sí. A pesar del espectáculo y la obligatoriedad de asistir a cualquier ajusticiamiento, los habitantes de la villa estaban deseando regresar al calor de los hogares.

El lugar había servido de asentamiento a la antigua ciudad de Racupel y todavía quedaban vestigios de las casas y muros por todo el cerro. La ciudad había sido abandonada hacía muchos años y solo quedaba en pie la ermita de la Nuestra Señora de la Oliva, reconstruida sobre los restos de una iglesia. El resto de las piedras y materiales habían servido para la construcción de la villa y el castillo de Zorita, desde donde saldría el reo en procesión.

Los crímenes de Silvestre eran tan graves que el maestre decidió realizar un ajusticiamiento público, fuera del castillo, que sirviera de ejemplo y recordase a todos los presentes el poder de la Orden y las consecuencias de agraviar a cualquiera de sus miembros.

Silvestre había sido condenado por traición, asesinato, robo y secuestro, y a pesar de haber reclamado durante el juicio que se le dejase morir degollado, como correspondía a su noble origen, el tribunal decidió colgarle de una soga como si de un vulgar ladrón se tratase. La sentencia había sido especialmente dura con el anciano.

—Esta es la justicia que mandan hacer el rey y la reina, y el maestre y los señores de la Orden de Salvatierra, porque este hombre mató y robó con intención y a salva fe. Traicionó a sus hermanos y, en pena de su mala intención, se le condenó a morir arrastrado y colgado por ello. Para su vergüenza y escarnio, y para ejemplo y terror de todos, será descuartizado y sus cuartos quedaran expuestos en las puertas y los caminos de esta villa.

Las palabras del pregonero llegaban claras desde el camino, la procesión estaba acercándose al lugar de la ejecución.

La mula que tiraba de Silvestre abría la comitiva. Se trataba de un animal grande y joven que arrastraba su liviana carga sin fatigarse. El pregonero iba detrás de la bestia, un poco alejado para no tragarse todo el polvo que levantaba el serón en el que iba embutido Silvestre. Su voz potente, aunque un poco aguda, llegaba a todos los rincones del pueblo anunciando a gritos el castigo y las fechorías del condenado.

Las dignidades habían preferido esperar junto al cadalso y Tello, seguido por una veintena de freires que custodiaban al reo, caminaba a pie tras el pregonero. El sacristán y un grupo de frailes cerraban la comitiva de la Orden, entonando monótonos cánticos y oraciones por el alma de Silvestre. Por último les seguía el público que se les iba uniendo a medida que avanzaban por la villa.

El sol estaba en su punto más alto y marcaba las doce del mediodía. La hora de la ejecución había llegado.

La comitiva llegó al patíbulo y cesaron los gritos del pregonero. Tello y dos freires más sacaron al reo del serón para ayudarlo, sin muchas contemplaciones, a subir al cadalso.

Silvestre había envejecido durante sus días de cautiverio y apenas era una figura

pequeña y maltratada que se encogía ante todos por el frío y las magulladuras que había sufrido durante la procesión. El viento ondeaba los faldones de su camisa y se colaba por cada abertura, haciéndole temblar notoriamente ante todos. El anciano rogó a Dios para que pusiera fin de una vez a su calvario.

Cuando acabaron las torturas y Silvestre confesó todos sus crímenes, mucho antes de que terminase el juicio, el maestre decidió que le cortasen la lengua para evitar que divulgase muchos de los secretos que conocía de sus hermanos. Silvestre estuvo a punto de morir mientras se recuperaba de las heridas que sufrió durante los interrogatorios, pero el odio que sentía por los que le rodeaban le mantuvo con vida pese a los tormentos que le infligieron.

Al principio lo había negado todo y solo después de largas sesiones de tortura había confesado sus crímenes. No todos a la vez, sino poco a poco, jugando con la mente de sus hermanos y tratando de ocultar todo lo que pudiera. Los interrogatorios se habían extendido durante días por la parquedad con la que Silvestre confesaba sus delitos, pero al fin su cuerpo no pudo resistir más tormentos y su voluntad se quebró. Silvestre confesó todos sus crímenes, incluso aquellos de los que no se le acusaba y que había cometido antes de entrar en la Orden.

Además, durante su cautiverio, sus hermanos repitieron una y otra vez con estoica insistencia la necesidad de que Silvestre expiara todos sus pecados mediante la penitencia del castigo, para poder así salvar su alma, hasta que al fin el freire, debilitado y enfermo, llegó a entrar en razón.

El sacristán se acercó y le dio los sacramentos antes de que el verdugo le ayudara a subir a una pequeña escalera de tijera y le colocara la soga alrededor del cuello, apretando el nudo hasta que sintió que la garganta del reo comenzaba a hundirse.

Silvestre no había levantado la cabeza en ningún momento desde su salida de la cárcel. No quería que ninguno de los presentes se diese cuenta del sufrimiento que estaba padeciendo y estaba seguro de que se reflejaría en su macilento rostro. Su último momento había llegado y, haciendo un esfuerzo por recomponerse, levantó el rostro y miró desafiante a la multitud. Su visión estaba borrosa y apenas podía abrir los ojos, sin embargo entre los presentes pudo distinguir a Félix y a Elvira. Cruzó por un instante la mirada con su antiguo discípulo.

La ramera de su mujer estaba allí, pensó el anciano, pero se había vuelto y ya no le estaba mirando. Silvestre empezó a esbozar una sonrisa, pero en ese momento el verdugo retiró la escalera y cayó a plomo. Su cuerpo se estiró de golpe al permanecer colgado por el cuello, pero su escaso peso hizo que no muriese en el acto. Sentía una presión horrible en la mandíbula y notaba cómo comenzaba a perder el conocimiento. El pánico le dominó en los últimos instantes y su cuerpo empezó agitarse con espasmos, tratando de aliviar el dolor y la falta de aire. Todo parecía inútil y Silvestre se dio cuenta de que no había espacio en su mente para nada, solo una enorme voluntad por sobrevivir.

El verdugo le abrazó las piernas y tiró con fuerza hacia abajo para terminar con la

agonía del anciano.

Nota del autor

De las diferentes versiones existentes sobre la toma de Salvatierra he elegido aquella que me parece la más comúnmente aceptada entre los historiadores, es decir, el cerco se produjo durante el verano de 1211 y no se extendió durante ocho meses, como indica el Rawd al-Qirtas con el objeto de justificar la derrota del ejército musulmán en las Navas de Tolosa, y que ya se encarga de desmentir Huici Miranda en su obra *Las grandes batallas de la Reconquista*.

Todas las dignidades de la Orden de Calatrava mencionadas en la novela corresponden a personajes históricos, al igual que la nobleza que acompaña al rey Alfonso VIII durante su breve aparición en el libro.

Las ciudades, los castillos y algunas de las villas que salpican la obra, así como otros accidentes geográficos, mantienen su denominación actual con objeto de ser fácilmente identificados por el lector curioso.

Aquello que no se recoge en las crónicas mencionada más adelante es fruto de mis conocimientos y mi imaginación, y los errores que pudiera contener el libro son, por desgracia, exclusivamente atribuibles a mi persona.

Agradecimientos

En primer lugar me gustaría agradecer a todos aquellos historiadores, catedráticos, eruditos, arqueólogos, asociaciones, administraciones, o simplemente entusiastas como yo que se interesan por el estudio y la conservación de la Historia de España su esfuerzo y su trabajo a lo largo de los años, sin los cuales hubiera sido imposible realizar esta obra.

Los libros de Rodríguez Picavea sobre la *Formación del feudalismo en la meseta meridional castellana* y de González Simancas sobre *España militar a principios de la Baja Edad Media* que cayeron en mis manos, fruto de la casualidad en el Instituto Cervantes de Londres, despertaron mi curiosidad y me impulsaron a profundizar mis conocimientos sobre la Orden de Calatrava por un lado y sobre la batalla de Las Navas de Tolosa por otro. Además, el trabajo de Carlos Vara sobre la batalla de las Navas de Tolosa y la biografía de Gonzalo Martínez sobre Alfonso VIII han sido piezas fundamentales en las que he basado mis conocimientos sobre los hechos históricos de la época, por los cuales estoy muy agradecido a sus autores.

A mi editor, por creer en el texto y por su paciencia, sus consejos y conocimientos que me permitieron mejorar el manuscrito original de forma considerable.

Por último, y con la mayor gratitud por ser quien ha estado a mi lado, agradecer a Nuria, mi mujer, su incansable optimismo y su aliento a la hora de continuar con el libro cuando el desánimo por la falta de tiempo y de fuerzas me llevó a plantearme el sentido de seguir persiguiendo un objetivo, en aquellos momentos, inalcanzable.



MIGUEL MARTÍNEZ, Málaga, 1973, está casado y tiene cuatro hijos, tres niñas y un niño. Es un entusiasta de la historia y de la novela histórica y le encanta la Edad Media.

Estudió ciencias empresariales en la UCM en Madrid y cuando termino la carrera se fue a trabajar a Alemania a una compañía del sector de seguros. Desde entonces ha residido en varios países: España, Reino Unido y México, siempre trabajando para la misma empresa. Actualmente vive en Madrid.

Salvatierra nace del estudio de la Orden de Calatrava y de la batalla de las Navas de Tolosa. Cuando residía en Londres, entre 2006 y 2008, en el instituto Cervantes encontró un libro del profesor Rodríguez-Picavea sobre la Orden de Calatrava y despertó su curiosidad para seguir investigando. La novela nació por el deseo de extender el conocimiento de esta orden militar y esta etapa tan interesante de la historia de España y tratar de hacerlo de una manera amena y accesible para todo el mundo.